



SAQUEO

al carajón

MAFIA 

BÁRBARA PADRÓN



SAQUEO

al corazón

— MAFIA I —

BÁRBARA PADRÓN

ediciones
Besos
DE PAPEL



Saqueo al corazón

© 2018, Bárbara Padrón Santana

© De esta edición: Ediciones Besos de Papel

© Cubierta e interior: Munyx Design

© Imagen cubierta: fotolia

ISBN: 978-84-948151-0-2

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

índice

PRÓLOGO

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Otras Publicaciones](#)

Dedicado a todos mis apoyos.

PRÓLOGO



La limusina llegó a la nave industrial en poco tiempo. La noche era oscura y la iluminación de la zona muy escasa, alguna que otra farola, en su mayoría, rotas por los vándalos que circulaban por allí normalmente.

Una vez aparcó el vehículo delante de la entrada, el chófer se bajó para abrirle la puerta al único ocupante que iba dentro. Cuando la abrió, un hombre, vestido de traje y corbata, se bajó y se dirigió al interior de la nave con paso pausado.

En el centro, donde un único foco de luz iluminaba, había un hombre atado a una silla. Tenía la cara magullada por la cantidad de golpes que había recibido, probablemente su cuerpo estaría igual. A su alrededor, varios hombres de negro saludaban con respeto al que acababa de entrar.

— Espero que sea importante — dijo este mirando a los hombres — . Me habéis hecho salir de la fiesta de cumpleaños de mi querida hermana.

— Señor, tenemos a uno de los esbirros de los Zanetti, hemos intentando que hablara, pero se niega.

El tipo se acercó al atado mientras cogía de la mano de uno de sus hombres una táser eléctrica.

— ¿Qué hacías en mi casa? — le preguntó fríamente.

— No sé, a mí me mandaron a vigilar.

— Te contraté como jardinero, has traicionado a la familia Graziani y eso merece un castigo ejemplar. — Hizo una señal a uno de sus hombres y este asintió, cogiendo un cubo lleno de agua para tirárselo encima, entonces él puso

la táser en funcionamiento y la acercó al cuerpo del desgraciado que lo había traicionado. Las convulsiones no se hicieron esperar — . Con la familia Graziani no se juega, espero que no lo olvides.

Separó la táser y el pobre hombre respiró agitadamente intentando recuperarse mientras su cuerpo seguía convulsionando.

— Yo no quería, me amenazaron... — logró decir.

— Zanetti no tiene la valentía suficiente para encararme, solo sabe mandar a esbirros a mi territorio. Pudiste haberme pedido ayuda y no lo hiciste. Tuviste la oportunidad de salvarte, ahora es tarde, nos veremos en la otra vida. Chicos, ya sabéis lo que hay que hacer.

Dicho esto, se giró y se marchó haciendo oídos sordos a las súplicas del tipo al que habían torturado. Esa misma noche lo recibiría el agua gélida del mar.

1

El olor a salitre en el ambiente le despejó la mente aún embotada por el sueño que se había pegado en su noche de guardia en la comisaría de Florencia, preguntándose por qué lo habían llamado a él si podían llamar a la policía de Livorno.

Se internó en el puerto hasta ver el despliegue policial de coches celestes con líneas blancas por un lado hasta el capó. Junto a estos había una ambulancia blanca y naranja con las luces de las torretas encendidas.

Se bajó de su coche, un Fiat Punto de color negro, y se ajustó unas gafas de sol de espejo, ocultando así sus ojos azules. Se pasó una mano por el pelo corto rubio y luego por la barba de dos días mientras se acercaba a donde estaba el grupo de criminalística.

En el suelo había una bolsa negra abierta, con un cuerpo pálido en su interior, mientras un tipo moreno con gafas de pasta se dedicaba a sacarle fotos desde todos los ángulos posibles.

El tipo rubio se acercó a uno de los de criminalística.

— ¿Otro más? ¿Cuántos llevamos en los últimos tres meses?

— Este es el quinto — dijo el chico apartándose el pelo algo largo de color castaño para mostrar sus ojos verdes musgo — . Tiene marcas de ligaduras en muñecas y tobillos. Varios golpes por todo el cuerpo y algunos signos de quemaduras que podrían ser perfectamente los de un objeto que produzca electricidad.

— Lo torturaron y luego lo lanzaron al mar...

— Con un bloque de cemento, tan típico — dijo el tipo suspirando.

— ¿Cómo lo encontraron?

— Al parecer alguien vio cómo lo lanzaban.

— Vaya, tenemos un testigo. Y ¿qué ha dicho?

— No mucho, que vieron tirar a un hombre al fondo del mar desde aquí.

Ni descripciones, ni nada.

— Quiero un informe completo de la autopsia, nombre, apellido, dónde vivía, ya sabes. Este hombre podría tener familia y deben saber que por meterse donde no lo llamaban lo pilló la mafia.

— El lastre de *La bella Italia* — dijo el tipo con claro acento toscano.

— ¡Leo Ruggeri! — gritaron a su espalda.

El joven policía se giró y se topó con un hombre algo mayor con pelo entrecano y un espeso bigote cubriéndole la boca. Puso los ojos en blanco, aunque por suerte este no lo vio ya que aún llevaba las gafas de sol puestas.

— Vaya, señor Cantoni, no pensé encontrarme con usted por aquí.

— Este es el quinto en los últimos tres meses, es un caso tuyo, ¿dónde están los culpables que no aparecen? Los del gobierno se me están echando encima con todo esto. Ya no es solo la prensa nacional la que se hace eco de esto, tenemos a la internacional, la tercera víctima era un español y no van a andarse por las ramas con el tema.

— Créame que estoy haciendo todo lo que puedo, pero usted sabe cómo es la mafia. Se escurre como el agua entre los dedos.

— No me importa, quiero a la mafia controlada y que dejen de estar matando a los ciudadanos de la Toscana.

— Lo que usted ordene, señor.

— Bien, quiero un informe detallado en mi despacho esta misma tarde.

— Lo tendrá — dijo Leo mientras el señor Cantoni se alejaba hasta un coche policial que lo llevaría a la comisaría — . Maldito cascarrabias.

El chico de criminalística soltó una carcajada.

— Te quedas corto con el insulto, amigo. Abajo lo llamamos Hulk, ¿Te has dado cuenta de que cuando se enfada mucho se pone verde como el personaje de Marvel?

Leo no pudo evitar soltar una carcajada.

— ¿Os han dicho que estáis un poco chiflados?

— Lo sabemos tío, pero qué le vamos a hacer. Nadie es perfecto — dijo encogiéndose de hombros — . Vamos a proceder al levantamiento del cadáver. Nos vemos luego en la comisaría, con un primer informe del pobre desgraciado que se atrevió a desafiar a la mafia.

Leo asintió y se apartó para sacarse el móvil del bolsillo de los vaqueros. Debía llamar a Byanca y decirle que hoy iba a llegar tarde por lo del cadáver que acababan de encontrar. ¿Estaría despierta o aún era muy temprano?

Miró la hora en él móvil y supuso que aún estaría durmiendo, por lo que decidió enviarle un mensaje de WhatsApp para contarle brevemente lo ocurrido y que no llegaría temprano a casa.

— Maldita sea una y mil veces la jodida mafia — blasfemó mientras se dirigía a su coche, para así poder volver otra vez a la comisaría a revisar todos los informes de las otras muertes para buscar alguna nueva pista.

Para su desgracia, cada muerte era diferente con respecto a las otras y no

había ningún patrón determinado salvo la del bloque de cemento y el mar. Todas las torturas a las que eran sometidos no se igualaban entre ellas.

Cuando llegó a la comisaría, entrada ya la mañana, se metió en su despacho en el que había una enorme pizarra con las fotos de los anteriores asesinados. E en el centro escrito en mayúsculas se hallaba la palabra “mafia”.

Estaba observando aquella pizarra, apoyado en la mesa con los brazos cruzados cuando llamaron a la puerta.

— Pase.

La puerta se abrió dejando paso a una joven de largo cabello castaño claro y ojos marrones que miró a Leo, el cual estaba de espaldas a ella.

— Me han dicho que ha aparecido otro más en el puerto de Livorno — dijo la joven acercándose con dos vasos de café que había conseguido en una cafetería cercana.

— Sí. Los de criminalística están con el cuerpo ahora mismo y estoy a la espera de un informe para añadirlo a la lista que tenemos aquí — dijo tomando uno de los vasos que ella le había ofrecido — . Cantoni ya está metiendo prisa para cerrar el caso, pero si siguen matando a estos hombres no habrá forma de cerrarlo.

La joven se apoyó en la mesa al lado de Leo, acentuando más su figura con aquellos vaqueros de pitillo tan ajustados, y la camiseta de tirantes con encaje en la espalda se había levantado dejando ver parte de esta.

— Cantoni siempre tiene prisa para todo. No entiendo cómo es que no le ha dado un infarto ya.

— Hulk es fuerte — dijo Leo sonriendo al recordar el apelativo que le habían puesto los de criminalística.

— ¿Hulk? — preguntó la chica enarcando una ceja.

— Los de criminalística, que son unos cachondos, Clairee — dijo Leo — . Al parecer le han puesto ese apodo porque dicen que se pone verde cuando se enfada.

La joven lo meditó durante unos segundos y luego asintió con un gracioso mohín de sus labios.

— Pues ahora que lo pienso... sí, tiene cierto parecido.

Ambos se miraron y soltaron una carcajada ante lo que había derivado el tema. Cuando pararon de reírse, Leo miró su móvil para ver si Byanca le había contestado y, al parecer, así era.

— Mierda, no me acordaba que hoy tenía la entrevista de trabajo — se lamentó Leo dejando el móvil a un lado — . Le prometí que la acompañaría.

— Si quieres puedes irte y yo te cubro.

— Cantoni quiere verme a mí cuando haya un informe, si me voy ya sabes

cómo se pondrá.

— Bueno, Byanca lo entiende, ¿no?

— Sí, pero no es la primera vez que no cumplo una promesa y esta era importante para ella. Sé que no se enfadará, aunque me hubiese gustado estar allí, acompañándola.

— Otra vez será.

Leo asintió y se sentó en el asiento mientras encendía el ordenador.

La alarma del despertador sonó estruendosamente en el silencio del ático lo que la hizo incorporarse rápidamente. Se frotó los ojos bostezando y sacó los pies fuera de la cama mientras apagaba el despertador que la había sacado del maravilloso sueño que estaba teniendo.

Se levantó sin ponerse las zapatillas y se dirigió al baño para darse una ducha y despejarse. Hoy era un día muy importante y debía estar fresca como una rosa.

Se miró en el espejo frunciendo el ceño y se apartó algunos mechones rubios de la cara. Tenía bastante mal aspecto y deseó que la ducha hiciera su trabajo con ella.

Se quitó la ropa que usaba de pijama, unas bragas rosadas y una blusa de tirantes del mismo color que dejó en el cesto de la ropa sucia que había allí mismo y se metió en la ducha, suspirando de placer por el calor del agua sobre su cuerpo destensando los músculos agarrotados.

Tras la ducha, se envolvió en una toalla mientras se secaba el pelo con otra y se dirigió a su habitación para mirar el armario y sacar algo adecuado para la entrevista de trabajo que tenía esa misma mañana. Se decidió por un traje de falda y chaqueta de color azul marino con blusa de seda blanca.

Se sentó en la cama para echarse crema hidratante cuando vio una pequeña lucecita en su móvil. Se limpió las manos y lo cogió para ver que era un mensaje de WhatsApp. Cuando leyó el contenido, suspiró cansada.

— Siempre lo mismo — dijo poniendo morros mientras le contestaba y luego lo dejaba sobre la mesilla de noche.

Siguió con la crema y luego procedió a secarse el pelo con el secador y maquillarse un poco. Nada exagerado, más bien sobrio, aunque destacando sus labios con lápiz labial rosa. Los destacaba, ya que sus ojos quedaban ocultos por sus gafas de pasta negras.

Finalmente se vistió y se puso unos altos taconazos de aguja y plataforma delante del mismo color que el traje. Cogió su bolso y se miró en el espejo una última vez. Se peinó un poco la larga melena con los dedos y mostró una sonrisa confiada.

— Byanca, esta es tu oportunidad, aprovéchala. No te pongas nerviosa.

Tras esto, salió del ático hasta la calle donde llamó a un taxi para que la llevara a la zona empresarial de Florencia.

Quería llegar temprano para dar una imagen de puntualidad que normalmente no tenía. Siempre llegaba justa a todos los sitios.

Casi estaba llegando a su destino cuando el taxista se detuvo bruscamente haciéndole dar un brinco.

— ¡Malditos atascos! — se quejó el taxista tocando la bocina.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Byanca mirando al frente.

— Un atasco, señorita.

— Oh, por Dios, no llegaré a tiempo — dijo mirando la hora en su móvil, luego sacó su cartera y le dio un par de billetes al taxista — . Tome, quédese con el cambio.

Sin esperar respuesta, Byanca se bajó del taxi y se dispuso a ir lo más rápido posible hacia la empresa donde tenía la entrevista. Por suerte, no estaba muy lejos. Si hubiera sabido que iba a tener que caminar tanto tiempo, se habría traído otros zapatos.

Volvió a mirar su móvil, aún le quedaba tiempo para llegar. Menos mal que había decidido salir mucho antes de lo estipulado.

Llegó ante las puertas de la empresa y sonrió al ver que había llegado por lo que se apresuró a entrar por la puerta. Sin embargo, se le trabó uno de los tacones en una alcantarilla y su pie quedó descalzo durante unos instantes. Maldiciendo a las tapas de alcantarilla, se agachó para recuperar su zapato haciendo fuerza.

Tanta fuerza hizo que el tacón salió y ella salió disparada hacia atrás chocando su cuerpo con otro. Por un momento pensó que iba a caer al suelo, pero unas grandes manos la agarraron de la cintura antes de que eso ocurriera.

Byanca levantó la mirada y se topó con unos ojos azules clarísimos en un rostro masculino, el pelo, algo alborotado de color castaño llamó su atención por lo brillante que parecía bajo la luz del sol. Bajó la mirada hasta topar con sus labios, tan sensuales que casi parecían pedir a gritos ser besados. Estos se movían diciéndole algo, pero no supo reaccionar hasta más tarde.

— Perdón — dijo ella sonrojándose.

— ¿Se encuentra bien?

— Sí, el tacón se trabó en la tapa de una alcantarilla e intentaba recuperarlo — dijo ella mostrando el zapato, algo avergonzada — . Muchísimas gracias por salvarme de una caída.

— No me lo agradezca, cualquiera lo hubiera hecho en mi lugar. Además, esa falda no merecería acabar en un charco de barro como ese — dijo él

mirando un charco que había justo debajo de ellos y que había manchado sus pantalones.

— Oh, lo siento, se le han manchado los pantalones. No sabe cuánto lo lamento. Venga, vayamos adentro que conozco un truco para limpiar los pantalones.

— Parece que tiene prisa — dijo él — . ¿Acaso llega tarde?

— Quise salir con tiempo para una entrevista de trabajo aquí mismo, pero parece que el mundo está en mi contra. Primero el atasco y ahora esto. Algo me dice que esta entrevista no me va a ir muy bien — se quejó mientras se sacudía la falda y se ponía el zapato — . Pasemos dentro y se lo limpio.

— No se preocupe por eso ahora, quizás debería entrar ya o llegará más tarde.

— No creo que me cojan — dijo desanimada.

— ¿Por qué lo piensa?

— No lo sé, mi intuición me lo dice.

Él se acercó a ella y quedaron rostro con rostro.

— Yo creo que su intuición se equivoca — dijo mostrando una leve sonrisa.

— ¿Por qué lo dice?

— Porque aún no ha hablado conmigo en mi despacho — dijo él — . Hemos llegado los dos a tiempo, señorita. Saulo Graziani, dueño de Marittimo Graziani.

La joven abrió los ojos desmesuradamente al saber que aquel hombre al que había estado a punto de tirar sobre un charco de barro era el dueño de la empresa en la que quizás podría empezar a trabajar.

“Bien empiezas, Byanca”, pensó para sí misma sin dejar de observar aquella sonrisa de dientes blancos.

2

Era la primera vez en mucho tiempo que Saulo quedaba impresionado ante la belleza de una mujer, y esta chica le estaba sorprendiendo cada vez más. Su largo cabello caía salvajemente por su espalda y no dejaba de colocarse las gafas que ocultaban unos hermosos ojos claros, apenas delineados de kohl negro. Sus labios eran tentadores del color rosado, con el labio inferior un poco más lleno que el superior.

La pobre parecía a punto de sufrir un infarto al saber que él era el dueño de la empresa en la que tenía una entrevista de trabajo.

— Oh, Dios mío. Esto no me puede estar pasando a mí. Ya me puedo ir despidiendo del trabajo — dijo ella nerviosa.

— Aún no hemos hablado — dijo Saulo — . Por favor, pase.

— ¿Aún quiere hacerme la entrevista? He manchado sus pantalones y para limpiar eso haría falta un sueldo medio de un año — dijo la joven volviendo a mirar al pantalón.

— Son unas manchas sin importancia, ahora, por favor, déjeme acompañarla al interior y que la hagan pasar a mi despacho.

Saulo colocó la mano en la parte baja de la espalda de Byanca y la instó a entrar al edificio siendo recibido por las chicas de recepción. Se acercó a ellas con una gran sonrisa.

— Tengo una entrevista con esta señorita en mi despacho, avisad a mi secretaria de que ya subimos.

Una de ellas, de piel aceitunada y ojos negros con una media melena oscura asintió y tomó su teléfono.

Saulo volvió a hacerle un gesto a Byanca para que lo siguiera hasta los ascensores. Ella obedeció y ambos entraron en el pequeño habitáculo. Este comenzó a subir haciendo unos ruidos extraños por lo que ella se asustó.

— ¿Este ascensor es seguro?

— Por supuesto.

— Ese ruido no me gusta nada — dijo más para sí misma.

El ruido de un timbre les indicó que estaban en la planta donde estaba la oficina del dueño y él salió de allí. Byanca también salió y esperó junto a la puerta del ascensor sin saber muy bien qué hacer.

Al no oír el ruido de los tacones tras él, se giró y enarcando una ceja la miró.

— ¿No me sigue?

— Yo, eh...

— Tenemos una pequeña sala donde puede esperar hasta que mi secretaria le avise, solo tiene que seguirme, está al lado de mi despacho.

Byanca asintió de nuevo y volvió a seguirlo hasta que él mismo le indicó donde estaba la salita de espera y ella entró para sentarse en un cómodo sillón con el bolso en las manos.

Saulo la observó y pensó que aquella chica era la tentación hecha persona. Sus largas piernas le provocaban más de lo que había imaginado, sus caderas marcadas por aquella falda, los pechos tan apetecibles bajo aquella blusa de seda. Era toda una mujer, como a él le gustaban.

Se metió en su despacho seguido por su secretaria.

— Quiero que llames a mi mayordomo y que me envíe unos pantalones, no puedo ir al puerto con unos que están llenos de barro en los bajos.

— Enseguida, señor.

— Por cierto, haz pasar a la señorita, me ha dicho que tenía una entrevista de trabajo, ¿para ocupar tu puesto, Agnese?

— Sí, señor, he estado buscando algunas candidatas y ella es de las más adecuadas para el puesto.

Saulo sonrió mirando a aquella adorable mujer que llevaba casi cinco años trabajando para él en la empresa, la quería casi tanto como a su hermana y se preocupaba por su estado. Agnese llevaba varios años intentando quedarse embarazada, estuvo mucho tiempo intentándolo hasta que por fin supo que esperaba un bebé.

La joven llevaba un peto oscuro que evidenciaba el avanzado estado de gestación. El pelo rojo como el fuego lo llevaba recogido en una coleta y sus pecas casi le hacían parecer una niña con adorables ojos verdes.

— Entonces hazla pasar, no puedes seguir por aquí tal y como estás, te mereces la excedencia para que puedas estar con tu pequeño o pequeña, porque aún no lo sabes, ¿no?

— No quiere mostrarse, es un poco tímido — dijo Agnese sonriendo.

— Quiere daros una sorpresa a Marco y a ti.

— Eso parece, pero no hagamos esperar más a la joven, parece bastante nerviosa. Por cierto, tiene su currículum en su correo.

Saulo asintió y miró la pantalla de su ordenador para abrir su correo y mirar por encima el currículum de la joven, entonces, tocaron en la puerta y él levantó la mirada para ver cómo se abría y aparecía su secretaria acompañada de aquella joven que ahora sabía su nombre. Byanca Marchetti.

— Siéntese, señorita Marchetti — dijo él mostrándole su asiento frente a él.

— El pantalón llegará enseguida, señor — dijo Agnese antes de retirarse.

— Gracias, Agnese.

Byanca se mordió el labio inferior con culpabilidad y cuando salió la secretaria adelantó parte de su cuerpo hacia la mesa.

— No sabe cómo siento lo de su pantalón, de verdad. Se lo pagaré.

— No se preocupe por eso, señorita Marchetti — dijo Saulo — . Como ha dicho mi secretaria, otro pantalón viene en camino.

— Lo siento.

— No lo sienta. Es un pequeño daño colateral que puede solucionarse. Ahora veamos su currículum — dijo volviendo a mirar a la pantalla, esta vez con más detenimiento — . Veo que tiene varios títulos importantes relacionados con la informática.

— Sí, el mundo de la informática me apasiona.

— Se nota. Aquí pone que hace un año que no trabaja y su anterior trabajo era en una cafetería. ¿Cómo es posible que una genia de la informática acabara trabajando en un lugar así?

— Es complicado. En el mundo de la informática, al igual que en otros sectores parece que solo mandan los hombres.

— Triste, pero cierto, señorita. ¿Usted se ve capacitada para poder llevar a cabo todo el trabajo de asistente personal? Le comento que mi actual secretaria, como habrá podido comprobar está embarazada y le he concedido un año de excedencia para que pueda criar a su bebé, y en ese tiempo necesitaré alguien capaz.

— Me veo muy capacitada, señor. Creo que seré una secretaria ejemplar.

— Esa es la actitud que me gusta en mis empleados. Que confíen en sí mismos.

Saulo se levantó abrochándose el botón de la chaqueta y se acercó hasta ella que lo miró confusa. Más aún cuando este estiró la mano hacia ella.

— Bienvenida a Marittimo Graziani. De momento la tendré unos días de prueba para que Agnese le enseñe lo que necesite en cuanto a nuestro método de trabajo y, si esos días son satisfactorios, podrá usted comenzar a trabajar como

empleada de pleno derecho en esta empresa.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de la joven, que se incorporó y le tomó la mano con las suyas.

— Muchísimas gracias. No sabe cuánto se lo agradezco.

Saulo sonrió de medio lado mientras aquellas suaves manos tomaban la suya con fuerza. Unas manos de uñas largas y bien pintadas de rojo, un color que, en su opinión, le quedaba muy bien. Le gustaría ver ese mismo color en los labios haciéndolos resaltar aún más.

— No tienes nada que agradecer, ahora ve a que mi secretaria te de algunas instrucciones para cuando vengas mañana — dijo al ver que sonaba el teléfono haciéndole romper todo contacto con su cuerpo, aunque solo fuesen sus manos — . Intente llegar sin ningún percance.

Ella asintió. Sin más cogió su bolso y salió del despacho con una enorme sonrisa en los labios.

Cuando la joven cerró la puerta, su rostro cambió y cogió el teléfono. Las llamadas directas que no pasaban por su secretaria solo podían ser la de alguno de sus hombres.

— ¿Qué ocurre?

— Hay un pequeño problema con la entrada de la mercancía, señor. La policía anda rondando por el puerto.

— ¿Cuántas veces os tengo que repetir que no echéis los cuerpos en el puerto? Esto retrasará considerablemente el negocio.

— No teníamos otra opción, era lo que nos quedaba más cerca.

— Imbéciles, buscad una solución ya.

— De acuerdo, señor.

Tras esto, Saulo colgó y suspiró. Por culpa de los hombres de Zanetti tenía un cargamento que no podía entregar. A pesar de los policías corruptos que había, no podía arriesgarse a traer todo el material que tenía.

Se levantó y se asomó al enorme ventanal que cogía casi toda la pared y vio salir a Bianca del edificio. La vio contonear las caderas mientras se alejaba. Su mente, enseguida, empezó a imaginarla fuera de su despacho, trabajando con el ordenador vestida de la misma forma en la que acudió a la entrevista y sintió cómo se ponía duro solo de pensar en ello.

Era una mujer hermosa y aquellas gafas de pasta le daban un aire muy sexy. No pudo evitar sonreír al imaginarse ahí en su despacho, quitándole las gafas para entonces atrapar sus labios y morderlos con delicadeza mientras la desnudaba poco a poco.

— Mierda — dijo colocándose los pantalones — . Acabo de conocerla y ya estoy fantaseando con ella. Saulo, de verdad que estás mal de la cabeza.

De repente, tocaron en la puerta de su despacho y se giró intentando disimular la erección que abultaba sus pantalones.

— Señor, su pantalón ha llegado — dijo Agnese.

— Perfecto, pasa.

La joven embarazada entró con un pantalón colgado en una percha y lo dejó sobre la silla donde antes había estado sentada Byanca.

— Aquí lo tiene, me dijo su chófer que lo espera abajo.

— Gracias, Agnese.

Ella asintió y salió del despacho, por lo que Saulo cogió su pantalón y se dirigió a su baño privado para ponérselos. Cuando estuvo listo, salió de su despacho y bajó en el ascensor hasta la primera planta en la que le esperaba su chófer, que le entregó la llave de su coche. Un Ferrari 448 GTB de color negro.

— Gracias, Leonard.

Sin esperar respuesta, se metió en su coche y puso rumbo al puerto de Livorno, donde su empresa tenía un almacén propio para recoger el material que transportaban sus barcos.

Allí ya lo esperaban sus hombres con las puertas abiertas. Metió el coche dentro para que el salitre del ambiente no le estropeará la carrocería y cuando lo apagó se bajó.

Uno de sus hombres, un tipo de largo cabello rubio y ojos marrones se acercó a él para luego guiarlo entre las pilas de cajas que se amontonaban aquí y allá hasta llegar al fondo del almacén, donde había un pequeño cuarto en el que le esperaban otros tres hombres.

Una vez estuvieron todos dentro, cerraron la puerta para evitar que otros escucharan lo que allí se iba a conversar. Solo aquellos cuatro hombres poseían plena confianza de su parte.

— ¿Dónde habéis metido la mercancía?

— La tenemos aquí escondida, no la ha visto nadie — dijo el tipo del pelo largo.

— Sacadla — dijo mientras se sentaba en una butaca que había en aquel pequeño habitáculo.

El rubio les hizo una señal a los otros, que enseguida trajeron una gran caja plana que colocaron frente a él. Rápidamente, rompieron el envoltorio de fuera y quitaron el plástico que lo cubría y, ante él, vio un cuadro que codiciaban algunos mafiosos de la zona y que sólo él poseía.

Una enorme sonrisa de satisfacción apareció en su rostro y se levantó para acercarse.

— Este es el original, los rusos no lo querían soltar.

— Normal, su valor es incalculable. ¿Te imaginas lo que puede costar en

una subasta? — preguntó Saulo tocando la pintura — . Más de lo que puedes ganar en diez años.

Uno de los hombres silbó por lo bajo.

— Millones de euros — dijo el rubio.

— Exacto. Prepararemos una fiesta para mostrar mi nueva adquisición. Invitaremos a los altos cargos políticos, gente influyente, prensa, policía...

— ¿Policía?

— Claro, no hay nada más corrupto que el cuerpo de policía en estas tierras. Nadie pondrá en duda la palabra de Saulo Graziani de que ha obtenido este cuadro en una subasta en Rusia.

— ¿Piensa invitar a Patrizio Zanetti?

— A él y a toda su familia. Tengo una pequeña cuenta pendiente con él por la invasión de sus hombres en mi territorio. A la familia Graziani no se le toca porque mi ira puede ser peor que la del mismísimo demonio. Será el invitado estrella. Disponedlo todo para que la fiesta se realice la semana que viene.

Los hombres asintieron y enseguida volvieron a cubrir el cuadro para dejarlo en un lugar seguro hasta el día de la fiesta.

Saulo, entonces, salió de allí y volvió a subirse en su Ferrari para volver a su oficina donde le esperaba una gran cantidad de trabajo. Estaba deseando que fuera el día siguiente para volver a ver a Byanca enfundada en una falda como la que llevaba en la entrevista.

3

Byanca llegó al ático con una enorme sonrisa en la cara. La habían contratado por fin, después de tanto tiempo. Ahora podría colaborar con el alquiler que Leo se estaba encargando de pagar, pero ya no tendría más problemas. Ahora ella trabajaría y pondría su parte.

Cogió su móvil del bolso y le mandó un mensaje de WhatsApp a Leo para saber si iba a venir a cenar. Él le contestó que iba a hacer todo lo posible, que estaba preparando un informe importante, pero que creía que iba a terminar temprano.

— Informes y más informes... — se quejó la joven — . Da igual, dice que probablemente termine a tiempo, prepararé algo exquisito para celebrar mi nuevo contrato.

Dicho esto, se cambió de ropa para estar más cómoda y se dirigió al supermercado para comprar algunos ingredientes que faltaban de lo que tenía pensado hacer.

No podía ocultar la sonrisa. Después de la mañana tan movida que había tenido, pensó que ese hombre no la iba a contratar. ¡Le había mojado los bajos de los pantalones! Y, en cambio, él había sido muy amable.

Por un momento pensó en la sonrisa que le había mostrado y no pudo evitar pensar que era un hombre muy guapo y sexy. Su constitución era grande y le llegaba a los hombros con tacones; su espalda ancha y sus caderas estrechas eran las de todo un deportista. ¿Nadador quizás? Probablemente así fuera.

Tenía unas manos grandes y que, seguramente, serían la delicia de toda mujer cuando la tocaban.

Pero ¿qué estaba pensando? Ese hombre iba a ser su jefe y ella estaba felizmente enamorada de Leo, su poli sexy. Sonrió levemente y se dirigió a la caja a pagar lo que había cogido para la cena.

Se dirigió a su ático y, con la música puesta, comenzó a preparar la cena.

Tan concentrada estaba que no se dio cuenta de la llegada de Leo.

El policía se apoyó en el marco de la puerta de la cocina sonriendo ante los movimientos de aquel trasero que le provocaba. Este estaba envuelto en un pantalón muy corto y en la parte de arriba llevaba una blusa de tirantes, ambas prendas de rosa pálido. Byanca llevaba el pelo recogido en una coleta que se bamboleaba con el ritmo impuesto por su cuerpo y la música.

Con una gran sonrisa en el rostro se acercó a ella y la abrazó desde atrás para luego darle un beso en el cuello, haciéndola estremecer.

— Me encanta cómo te mueves — le dijo él.

Byanca sonrió sin dejar de remover el mejunje que había en un gran bol que tenía entre sus brazos.

— ¿De verdad? — preguntó ella pícaro.

— Claro que sí, te ves tan sexy — dijo metiendo el dedo en aquella mezcla para coger un poco y pringarle la nariz a la chica.

Ella lo apartó de un manotazo, riendo y se limpió la nariz

— Eres un bobo. Anda, ve a ducharte que aún me quedan cosas por preparar.

— A sus órdenes, mi general — dijo él haciendo un saludo militar, sin dejar de sonreír mientras se alejaba hasta meterse en el baño.

Byanca aprovechó que había metido la masa en el horno para ir a cambiarse, pero antes pasó por delante del baño y tocó en la puerta.

— Ponte guapo — dijo ella sonriendo.

— ¿Es que no lo soy ya? — se oyó desde dentro.

— Más guapo aún.

La puerta se abrió y le cogió la mano para meterla dentro. Ella rio mientras él la tomaba de la cintura para pegarla a su cuerpo desnudo salvo por la toalla que envolvía sus caderas.

— ¿Se puede saber por qué tanto misterio? ¿Acaso es lo que creo que es?

Ella se puso un dedo en la barbilla pensativa y luego asintió.

— ¡Me han contratado! Estaré unos días de prueba, pero ya tengo contrato.

— Eso es maravilloso, cariño. Entonces todo lo de la cocina es para celebrarlo.

— Por supuesto, ¿qué te creías?

— Sabes perfectamente que prefiero celebrar de otra forma — dijo Leo acariciando su brazo con delicadeza para luego tomar uno de sus pechos.

Ella gimió ante aquel contacto.

— Lo sé, pero eso debemos reservarlo para el postre — dijo Byanca mordiéndole el labio inferior, sintiendo la dura erección del policía en su vientre.

— No puedes dejarme así, nena.

— Debo hacerlo o se me quemará la comida, no creo que quieras comer comida chamuscada.

— Que le den a la comida — dijo agarrándola por el trasero e izándola para que ella cruzara las piernas tras él sobre sus caderas.

La llevó hasta la pared más cercana y besándola salvajemente le quitó la camiseta y la lanzó en algún lugar del baño. El aire, cargado del agua caliente, se cargó más con el contacto de los cuerpos cuando él finalmente la desnudó con prisas por introducirse en su interior.

Succionó los pezones haciéndola gemir audiblemente. Su cuerpo se arqueaba y se frotaba contra su erección por lo que, sin poder aguantar mucho, la penetró notando la humedad de la joven.

El choque de cuerpos les hacía gemir excitados llegando poco a poco a lo más alto y, cuando llegaron, se dejaron llevar hasta lo más profundo del orgasmo, dejándolos exhaustos y cubiertos de sudor.

El olor a quemado los sacó de ese estado de ensoñación y ella le dio varios golpes en el hombro.

— La comida, se está quemando.

Sin siquiera cubrirse, corrió a la cocina, donde un humo negruzco salía del horno, por lo que se apresuró a apagar y abrir la puerta de este dejando salir el humo negro que intentó apartar con movimientos de su mano.

Leo corrió tras ella y, al ver todo aquel humo, abrió la ventana para que saliera, mientras Byanca tosía sacando lo que había dentro del aparato, que estaba calcinado. La chica se lamentó y miró al policía.

— Se ha quemado el pastel.

— No importa — dijo él agachándose junto a ella — . Para compensarlo, te invito a comer fuera. Así que date una ducha y ponte guapa. Yo me encargo de este estropicio.

Ella le dio un beso en la nariz y corrió al baño bajo la atenta mirada de Leo, que volvía a estar erecto al verla correr desnuda. No podía sentirse más feliz de estar con la mujer con la que sentía que le completaba. En su mente había un pensamiento que le rondaba desde hace tiempo y deseaba pedirle que se casaran, a pesar de que solo llevaban un año viviendo juntos. Podría ser precipitado, pero debía arriesgarse. No quería perderla. Definitivamente, iría a comprar un anillo y se lo pediría como debía.

Con ese pensamiento en mente recogió todo el desastre y se dirigió a la habitación para vestirse. Byanca estaba sentada en la cama echándose crema hidratante en las piernas.

— Como sigas así no saldremos nunca — dijo él mirando la pose de la joven.

— Deja de mirarme como un perverso — contestó burlona.

— Deja de ir provocando, entonces.

— Ve a vestirte, anda.

Con una enorme sonrisa abrió el armario y observó las prendas que había colgadas para decantarse por unos pantalones de pinza negros y una camisa celeste.

— Iremos a un restaurante que abrieron hace poco y en el que me han dicho que se come muy bien. Al parecer es un local de una familia española y dicen que la comida está buenísima.

— ¿Comida española? ¡Me encanta!

— Pues será mejor que te des prisa, dentro de un rato estará todo lleno.

— Ya voy — dijo ella, incorporándose para sacar del armario un pantalón de pitillo negro y una blusa ancha color crema que dejaba un hombro descubierto.

Luego sacó unos zapatos de tacón de color negro un poco más bajos que los que había llevado a la entrevista. Quería ir lo más cómoda posible. A continuación, se dirigió al baño donde se secó el pelo con el secador y se maquilló lo justo, tal y como se había maquillado esa mañana. Se colocó una diadema despejándole la cara de la cabellera rubia y volvió a la habitación por su bolso.

En la puerta ya le esperaba Leo, que la miró encantado.

— Estás preciosa.

Byanca se acercó y le pasó un dedo por la barbilla rasposa.

— Tú estás muy guapo.

Ambos sonrieron y él le abrió la puerta para salir. Bajaron en el ascensor y luego se metieron en el coche de Leo.

— Está un poco alejado, pero merecerá la pena.

— Eso espero. Por cierto, ¿cuándo me vas a dejar conducir tu coche? Esta mañana podría haber llegado a tiempo si lo hubiese tenido.

— Lo uso para el trabajo.

— Ellos tienen coches patrulla, ¿por qué no te dan uno? No quiero tener que coger taxis todos los días para ir a trabajar.

Leo la miró por un instante antes de volver la vista a la carretera.

— ¿Se puede saber en dónde te han contratado?

— Marittimo Graziani.

El policía dio un frenazo que le valió el toque de varios cláxones justo tras él. Lo adelantaron cuando él puso el freno de mano y le insultaron.

— ¿Qué has dicho?

— Me han contratado en Marittimo Graziani.

— Pero... la familia Graziani...

— ¿Qué pasa con ellos?

— ¿No sabes quiénes son?

— Bueno, solo conocí a mi jefe, Saulo Graziani.

Leo se bajó del coche. Aquella noticia le había chocado. Había sido contratada en la empresa de ese tipo.

Byanca, confusa, se bajó también y lo miró.

— ¿Se puede saber qué ocurre?

— La familia Graziani es una familia de mafiosos reconocidos en toda Italia. No puedes trabajar en esa empresa.

— ¿Mafiosos? Por favor, ¿en qué época crees que vivimos? Estamos en el año dosmil dieciséis. Las mafias ya no existen. Además, mi jefe no tiene pinta de mafioso, solo posee una empresa de transporte marítimo. Solo transporta mercancía.

— ¿Qué mercancía crees que transporta?

— Por favor, Leo. Es una empresa reconocida en todo el mundo.

— No deberías trabajar en ese sitio. Hazme caso, es mejor alejarse del mundo de la mafia. Han aparecido varios muertos en el puerto a causa de esta gente. Es peligroso trabajar para ellos.

— No voy a dejar mi trabajo. Ahora que puedo colaborar con los gastos, no voy a dejar de trabajar. Necesito salir de esas cuatro paredes — dijo ella alargando el brazo en la dirección donde estaba el ático — . No me pidas que deje ese empleo porque no lo voy a hacer.

— No hace falta que te preocupes por los pagos.

— ¡Claro que me preocupo! Estamos viviendo juntos, gastos compartidos.

— Puedes encontrar un trabajo mucho mejor que ese.

— ¿Eso piensas? ¿Dónde?

— No lo sé — dijo Leo acercándose a ella — . No quiero que estés cerca de esa familia.

Byanca se alejó un paso.

— No me pidas algo así. Quiero ese trabajo — dijo apartando la mirada — . No puedes impedírmelo. Por favor, Leo, no me va a pasar nada — esta vez lo miró a los ojos.

Leo se pasó una mano por el pelo con frustración. Trabajar en la empresa de un mafioso puede suponer un blanco fácil para otras familias, porque a veces los trabajadores saben más de lo que deben saber y son los que acaban en el fondo del mar atados a un bloque de cemento como el de esa mañana.

— Prométeme una cosa.

— ¿El qué?

— Si ves algo raro, no dudes en dejar el trabajo. No quiero que te pongas en riesgo.

— No va a ocurrir nada, ya lo verás.

— Espero que no — dijo él abrazándola y dándole un beso en la frente.

— Entonces será mejor que vayamos a ese restaurante — dijo ella.

Él asintió y ambos se metieron en el coche para poner dirección al restaurante donde tuvieron que esperar un poco para poder cenar porque estaba lleno hasta los topes.

Una vez consiguieron mesa, comieron un poco de todo lo que ofrecían en la carta. Disfrutaron de una velada maravillosa y, tras el postre, Leo pagó y salieron del restaurante para dar un paseo por la zona.

Iban cogidos de la mano y compartieron confidencias de enamorados. Casi parecía como si hubiesen empezado la relación, pero llevaban casi dos años juntos y se querían tanto como el primer día, o incluso más.

Deseaban que aquello durase mucho tiempo porque estaban viviendo un momento idílico.

Volvieron sobre sus pasos hasta el coche y regresaron al ático, donde hicieron el amor por todos los rincones, mezclándose los gemidos y los suspiros de placer.

Una vez saciados, se acostaron en la cama abrazados cariñosamente.

Aquello era felicidad y lo demás tonterías, pensaba Leo.

4

El despertador sonó temprano e hizo que Byanca diera un brinco del susto. Miró a su alrededor algo confusa y apagó el aparato para no despertar a Leo, que seguía profundamente dormido.

Se levantó para meterse en el baño y darse una ducha rápida. Volvió a la habitación envuelta en la toalla con intención de buscar la ropa en el armario y decidió ponerse un conjunto parecido al del día anterior, pero esta vez de color gris perla, con zapatos de tacón negros.

Antes de terminar de vestirse notó que Leo la cogía desde atrás para atraerla contra sí.

— Te ves tan sexy con esa falda — dijo Leo besándole el cuello — . Me vas a tener todo el día celoso al pensar en ese hombre viéndote así vestida.

— No seas tonto. Tiene mujeres dónde elegir, no va a fijarse en su nueva secretaria — dijo ella girándose entre sus brazos.

— Mientras no te fijes tú en él, que se muera de envidia por la mujer tan bella que tengo.

— ¿Cómo me voy a fijar en él cuando tengo al hombre más maravilloso del mundo aquí mismo? — Leo sonrió y se basaron apasionadamente — . Debo irme, no quiero llegar tarde en mi primer día.

— ¿Estás segura de ir allí? Piensa en lo que te dije anoche.

— No empecemos, Leo, por favor.

El policía apoyó su frente en la de ella con un suspiro, cansado.

— Prométeme que con cualquier cosa rara que veas saldrás de ahí tan rápido como puedas.

Byanca lo miró a los ojos.

— Te lo prometo, pero no va a pasar nada — dijo apartándose para ponerse los zapatos, volver al baño y pintarse los labios.

Cogió su bolso en la entrada, lugar donde lo había dejado al llegar la noche

anterior y se fue rápidamente de allí bajo la atenta mirada de Leo, que tuvo un mal presentimiento. Negó con la cabeza para no pensar en lo que podría ocurrir y se metió en el baño para darse una ducha y afeitarse, porque lo necesitaba.

Byanca, como el día anterior, cogió un taxi para dirigirse a la empresa donde le habían contratado. Ese día tuvo la suerte de no encontrarse en un atasco y de que le tocara un taxista un poco más agradable que el otro. Tras pagarle, se bajó del taxi y se dirigió a la puerta. Pulsó el botón del ascensor y se mantuvo a la espera.

— Buenos días, señorita Marchetti.

La joven dio un respingo, debido a la concentración que estaba poniéndole a la llegada del ascensor no se dio cuenta de que Saulo Graziani se había instalado a su lado.

— Buenos días, señor Graziani — dijo la joven con una mano en el pecho.

— ¿La he asustado?

Ella sonrió levemente.

— No se preocupe, estaba tan concentrada en el ascensor que no le oí llegar.

— Eso veo — dijo él sonriendo levemente y entonces el timbre del ascensor sonó — . Parece que ya ha llegado.

La puerta se abrió y ambos entraron en el interior. Sus manos se rozaron cuando fueron a pulsar el botón de la planta a la que iban e intercambiaron miradas. Byanca mostró una sonrisa tímida y le dejó que pulsase el botón para luego mirar ambos hacia la pequeña pantalla en la que se iluminaba el número de la planta por la que pasaban.

Cuando por fin llegaron a la planta que era, él la dejó pasar primero y se dirigieron hasta donde estaba el despacho de Saulo. Allí ya estaba la mujer a la que iba a sustituir, ¿a qué hora llegaba ?

Tras el saludo de esta a su jefe, la saludó a ella y cuando Byanca dejó las cosas sobre una silla que había instalada al lado de la de la secretaria, esta le empezó a dar indicaciones de lo que tendría que hacer a partir de ese día.

— En realidad, nuestro trabajo no es tan complicado porque tenemos un buen jefe: responderás llamadas que luego le tendrás que pasar, enviarás e-mails de su parte y alguna que otra cosa más, pero lo más importante es el control de su agenda.

— Espero estar a la altura.

— Ya verás que sí — dijo Agnese — . Es un buen jefe.

Byanca asintió con una leve sonrisa.

— Eso parece.

— Ya lo comprobarás, y si tienes alguna duda puedes preguntarme cuando

venga del baño — dijo Agnese incorporándose mientras se agarraba el abultado vientre.

— Sí, claro.

Una vez la joven se hubo, Byanca miró a su alrededor para ir ubicándose un poco cuando de repente sonó la puerta del ascensor, que se abrió dando paso a una despampanante joven de largos cabellos rubios y piel blanca, con pecas adornando sus mejillas. Los ojos los llevaba ocultos tras unas enormes gafas de sol. Vestía con un vestido corto de color rojo con unos altos zapatos de tacón del mismo color y en su brazo cargaba un enorme bolso negro. Miraba su móvil de última generación mientras se acercaba hasta la mesa.

— Agnese — dijo la joven sin mirar — . Quiero hablar con Saulo, ahora.

— Eh... — comenzó Byanca — . Perdona, pero no soy Agnese. ¿Por casualidad tiene alguna cita concertada con el señor Graziani?

La chica levantó la cabeza y se quitó las gafas para mirarla. Sus ojos azules eran como el mar del Pacífico, muy claros y cristalinos.

— Ah, ¿eres nueva? ¿Dónde está Agnese?

— Está en el baño ahora mismo.

— Bueno, pues dile a Saulo que estoy aquí y que necesito verle ya.

— ¿Puedo preguntar quién es?

— Dile simplemente que Fabiola está aquí y que quiere verle.

— Pero...

— Vamos, Agnese no pone nunca problemas para que vea a Saulo.

— De acuerdo.

La joven pulsó un botón en el teléfono y esperó la respuesta de su jefe.

— Dime, Agnese.

— Señor, soy Byanca, hay alguien aquí que quiere verle.

— ¿Puedo saber quién es?

— Dice que se llama Fabiola.

Byanca lo oyó suspirar al otro lado de la línea.

— Hágala pasar y perdona por haberla confundido, Byanca.

— No pasa nada. Enseguida pasa.

Byanca soltó el botón y miró a la chica con una sonrisa afable. Esa joven podría tener perfectamente menos edad que ella. ¿Podría ser acaso alguna amante?

— Puede pasar.

— Sí, lo he oído, gracias, Byanca — dijo Fabiola, que había estado atenta a la conversación con su hermano.

Byanca hizo un gesto con la cabeza y la vio entrar. Al instante llegó Agnese con paso pausado.

— ¿Ha ocurrido algo en mi ausencia?
— Sí, vino una chica a ver al señor Graziani.
— ¿Una chica? — preguntó Agnese enarcando una ceja.
— Sí, me dijo que se llamaba Fabiola.
— Ah, entonces acabas de conocer a la hermana Graziani.
— ¿Hermana? — preguntó Bianca frunciendo el ceño.
— Sí, es la hermana menor de Saulo Graziani. Es una buena chica, aunque de primeras parezca un poco borde. Vendrá a menudo, así que desde que la veas salir del ascensor avisa al señor. No le gusta mucho esperar.
— Entendido.

Fabiola entró en el despacho de su hermano e hizo un gesto hacia fuera.
— ¿Quién es esa chica?
— Mi nueva secretaria, ya sabes que Agnese va a coger un año de excedencia por lo del embarazo.
— Es guapa.
Saulo elevó las cejas ante aquella revelación.
— No empieces con tus tretas, yo no me lío con mis trabajadoras.
— Con lo romántico que sería — dijo Fabiola sentándose.
Saulo suspiró mientras se masajeaba las sienes.
— ¿Qué quieres, Fabiola?
La joven hizo un mohín lastimero.
— Solo quería ver a mi hermanito, nada más.
— ¿Cuánto? — preguntó Saulo sacando su talonario de uno de los cajones.

Fabiola bajó la cabeza y lo miró con pena.
— Mil euros.
— ¿Mil euros? Pero ¿para qué quieres tanto?
— Bueno... le he echado el ojo a un par de modelitos y calculando los complementos y todo me sale esa cantidad.
— Por Dios, Fabiola, gastas demasiado en cosas que luego no usas.
— ¡No es cierto! Mira, este vestido me lo compré la semana pasada.
El dolor de cabeza que empezaba a sentir Saulo comenzaba a incrementarse porque no lograba entender cómo le podía seguir dando dinero a su hermana para comprarse más cosas de las que usaba realmente.

Cerró los ojos por unos instantes, y cuando los abrió comenzó a escribir en el talonario la cantidad que le pedía su hermana.
— Aún no entiendo cómo es que Piero te soporta con todo lo que gastas.
— Piero me ama porque soy un amor de chica y lo sabes, hermanito

querido — dijo Fabiola estirando la mano con una gran sonrisa.

— No sé para qué hablo, sinceramente. Por cierto, dile a tu querido Piero que se pase por la oficina, que tiene mucho papeleo atrasado.

— No le dejas respirar al pobre.

— No haberse metido en la empresa de su amigo y cuñado. Dile que mañana lo quiero en su oficina.

— De acuerdo — dijo la joven.

Se levantó del sillón y se acercó a su hermano para darle un sonoro beso en la mejilla. Luego salió del despacho pegada a su móvil otra vez.

Cuando la joven salió, levantó un momento la mirada y se despidió de las dos secretarias. Estas correspondieron a la despedida y volvieron a sus quehaceres, el teléfono interno sonó y una de ellas se apresuró a cogerlo.

— ¿Desea algo, señor Graziani? — preguntó Agnese tras pulsar el botón.

— ¿Le puede decir a la señorita Marchetti que pase a mi despacho?

Byanca miró a Agnese frunciendo el ceño y esta se encogió de hombros.

— Enseguida pasa, señor — dijo y quitó el dedo del botón.

— ¿Para qué quiere verme? — preguntó algo preocupada por haber hecho algo mal.

— No lo sé, pero tranquila, seguro que no es nada malo.

— Eso espero — dijo con una mano en el pecho.

Se levantó y se acercó a la puerta. Inspiró hondo y tocó con los nudillos, entonces entró.

— Adelante, señorita Marchetti.

La joven entró sin dejar de mirar a su jefe, que estaba de espaldas a ella observando el paisaje por el gran ventanal que había en el despacho. Lo vio girarse y con un gesto le indicó que se sentara. Ella obedeció.

Con paso pausado, Saulo se acercó y se apoyó en la mesa justo frente a ella.

— ¿He hecho algo mal, señor Graziani? — preguntó ella preocupada.

— Para nada, solo quería saber cómo está siendo su primer día.

Byanca suspiró, aliviada al ver que se preocupaba por si todo le iba bien.

— Perfecto. Agnese me tiene mucha paciencia y me ha enseñado muchas cosas, le prometo ser tan eficiente como ella, incluso llegar más temprano a trabajar.

Saulo soltó una pequeña carcajada mientras negaba con la cabeza.

— No será necesario. Agnese siempre llega temprano por costumbre, cree que tiene trabajo por adelantar, pero en realidad no hace nada sino revisar correos. Usted podrá llegar a la hora a la que vino esta mañana porque es la misma hora a la que yo llego, no se preocupe.

— Veo que le tiene mucho cariño a su secretaria.

— Por supuesto, es una mujer que se hace querer y podría decirse que es casi como una hermana, y yo a mi familia la cuido. Para la familia Graziani, sus miembros son lo más importante y entre ellos siempre estarán mis trabajadores más allegados como Agnese.

— Pocos jefes son tan considerados.

— Cierto, por eso me gustaría que, si tiene cualquier problema, sea el que sea, sepa que me tiene aquí para ayudarla si es posible.

— Se lo agradezco mucho, señor Graziani — dijo la joven sonriendo levemente.

— Perfecto, puede volver a sus quehaceres.

Ella asintió y se incorporó, entonces lo vio volver a su asiento y mirar a su portátil con el ceño fruncido. Tecléo varias veces, pero a Byanca le dio la sensación de que no le iba bien por lo que se acercó.

— ¿Le ocurre algo a su ordenador?

— Llevo un rato intentando hacer que funcione, pero parece que no quiere trabajar.

— Déjeme mirarlo — dijo ella rodando un poco el portátil.

Comenzó a teclear y pasar ventanas sin parar durante un rato, siendo observada por Saulo.

— ¿Puedo saber qué le pasa?

— Pues que su ordenador está tan lleno de virus que me parece muy raro que no haya colapsado antes. Le acabo de descargar un antivirus y le está haciendo un reconocimiento completo, le llevará como una hora. ¿Cómo es posible que el sistema informático de la empresa no disponga de un antivirus en condiciones?

— Pues, la verdad... no lo sé. No suelo tener mucho trato con los de informática, esos temas los lleva mi amigo Piero Cavalli, mañana mismo hablaré con él. Lo que me sorprende es que sea tan buena en esto. Sé que tiene varios títulos de informática, pero lo que acabo de ver es digno de un hacker profesional.

Byanca se puso colorada al instante.

— He tenido tiempo de aprender a manejarme por toda la nube, tengo muchos conocimientos.

— Es bueno saberlo, cuando hable con Piero le diré que usted tiene conocimientos suficientes para que le dé indicaciones a los de informática.

— Eh... bueno. Como desee. Una vez que acabe el análisis avíseme y veré qué hay que hacer.

Saulo asintió y la vio salir con las mejillas completamente enrojecidas. No

pudo evitar sonreír ante aquella imagen tan seductora.

5

Leo recibió una llamada de la comisaría y acudió con rapidez al lugar porque ya tenían identificado el cadáver y todo lo relacionado con su muerte. Bajó al piso donde estaban los de criminalística que lo esperaban y allí se encontró a Clairee que leía el informe completo de la autopsia.

— Ya estoy aquí — dijo Leo nada más entrar y quitarle el informe a la joven.

— ¡Eh! — se quejó ella.

Leo sonrió.

— El responsable del caso soy yo, así que debería leerlo primero.

— Perdona, pero los dos somos los responsables.

Entonces se acercó el chico con el que Leo había hablado cuando encontraron el cuerpo y levantó las manos.

— Chicos, las peleas de enamorados fuera de aquí o mis chicos potarán.

Clairee se puso colorada, pero trató de disimularlo pasando por el lado de ambos hasta donde estaba el cuerpo. Siempre le había impresionado cuando iban a la morgue y veían los cuerpos con las marcas del trabajo de los forenses, pero se había hecho la dura porque en Italia, donde la mafia regía todo, la muerte estaba a la orden del día.

Leo se puso a su lado y el forense frente a ellos.

— Bueno, ¿qué tenemos de valor sobre el cuerpo? — preguntó Leo.

— Fácil, se llama Adamo Balzaretti, casado y con dos niños. Siciliano y vino con su familia a la Toscana cuando los desahucieron en la isla. Aquí se endeudó hasta los dientes y había sido detenido algunas veces por robos menores. Antes de su muerte había empezado a trabajar de jardinero en la casa de Saulo Graziani.

Leo frunció el ceño ante ese nombre. Parecía que ese hombre le seguía a todos lados. Byanca trabajaba para él y el muerto era su jardinero.

— ¿Y qué sabemos exactamente sobre su tortura y muerte? — preguntó Clairee.

— Bueno, le dieron una buena paliza y, en consecuencia, le han dañado el bazo y probablemente el hígado. Recuerdas que dije que tenía marcas de quemaduras en algunas partes del cuerpo — dijo mirando a Leo, que levantó la mirada y asintió — . Bien. El arma empleada fue una taser eléctrica y es posible que lo mojaran para que la electricidad corriese mucho más rápido. Cuando lo lanzaron al mar estaba medio moribundo y eso le produjo que entrase agua en sus pulmones tras la caída al agua, eso lo terminó de matar. Vamos, que el tipo sufrió hasta el último aliento, una gran manera de redimir sus pecados — dijo el forense cruzando los brazos.

— De verdad que vuestro humor es de lo más escalofriante — dijo Clairee mirándolo con un gesto que reflejaba el mal cuerpo que se le había quedado con aquel chiste.

— Ya, lo sabemos, nos gusta ver vuestras caras cuando decimos alguno de nuestros chistes. Tenemos de todos los tipos. Los preparamos mientras les hacemos las autopsias, es divertido.

— Por favor, para — dijo Clairee llevándose una mano a la boca y con la otra apuntando hacia el forense para que callara.

Este sonrió, Leo leyó el informe donde explicaba lo mismo que el forense les acababa de decir. A su mente vino el nombre de Saulo Graziani.

Levantó la vista del informe hacia su compañera y dijo:

— Vayamos a ver a Saulo Graziani, si era su jardinero, seguro que sabe algo.

Clairee asintió y ambos salieron de aquel lugar donde el olor podría hacerle vomitar en cualquier momento. Una vez arriba, llevaron el informe al comisario y, finalmente, se dirigieron a la mansión de Saulo Graziani.

Durante el trayecto hubo un silencio interrumpido por los sonidos del tráfico de alrededor, hasta que Clairee decidió tomar la iniciativa para hablar.

— Llevas un buen rato pensativo, ¿acaso sucede algo?

Leo la miró por unos segundos antes de volver la vista a la carretera mientras suspiraba.

— Digamos que este caso me tiene preocupado. Bianca ha empezado hoy a trabajar en la empresa de ese tipo, de Graziani, y el hombre muerto trabajaba como jardinero para él. Si esto es un ajuste de cuentas con él, Bianca podría estar en peligro.

— Pero no sabemos qué le ocurrió a ese hombre con exactitud, ¿y si estaba metido en una trama de la que su jefe no sabía nada?

— ¿Y los demás?

— De los demás no tenemos constancia de que trabajaran para Graziani, así que no deberías preocuparte tanto.

— No lo entiendes, Clairee.

— Claro que lo entiendo, Leo, pero no puedes proteger siempre a tu novia — dijo esto con algo de rabia en su interior, aunque trató de disimularlo — . Ella ya es mayorcita para saber si se encuentra en peligro o no, no es ninguna niña. Es posible que no entienda que alguien se preocupe por mí, pero de una cosa estoy segura: no me gustaría sentirme encerrada por las paranoias de mi pareja.

Tras esto, cruzó los brazos y miró el paisaje que se encontraba ante sí. En poco tiempo llegaron a la mansión Graziani. Ambos se bajaron del coche y Leo tocó el timbre.

Cuando la puerta se abrió, apareció un hombre bien ataviado que, supuso el policía, sería el mayordomo. Este los miró.

— ¿Desean algo?

Leo sacó su placa y se la mostró al mayordomo.

— Somos la policía de Florencia, nos gustaría hablar con Saulo Graziani.

— En este momento no se encuentra.

— ¿Sabe si tardará mucho en venir?

— No puedo asegurarlo. No debería tardar, pero a veces surgen acontecimientos que le hacen llegar tarde.

— ¿Le importa si le esperamos? — preguntó Clairee.

— Quizás esperen en vano, señores. Lo mejor es que antes de venir llamen para que no pierdan su tiempo.

— Créame que tenemos tiempo de sobra, señor — dijo Leo — . Esperaremos a Graziani en nuestro coche.

— Como deseen.

Leo y Clairee asintieron y volvieron a su coche a la espera de Saulo Graziani.

Pasadas un par de horas, vieron aparecer un Ferrari que aparcó delante de la mansión. Un chófer esperaba para hacerse cargo del vehículo cuando Saulo se bajó de este.

Cuando lo vieron acercándose a la puerta donde el mayordomo le hizo una señal, este se giró hacia el coche del joven detective de donde se bajaron los dos policías.

— Buenas tardes — se acercó Leo mostrando su placa.

— ¿En qué puedo ayudarles? — preguntó Saulo mirándolos tranquilamente.

— Supongo que ya se habrá enterado de lo ocurrido con su jardinero.

— Sí, una pena, era un buen jardinero. La familia Graziani lo lamenta

mucho.

— ¿Por casualidad usted sabía si tenía problemas?

— ¿Problemas? ¿Qué tipo de problemas?

— No lo sé, ¿traición? Lo han torturado y lanzado al fondo del mar en el puerto de Livorno. Un acto digno de la mafia — dijo Leo mirando a un impassible Saulo.

— Sinceramente, no lo sé.

— Vamos, Graziani, todos sabemos que su familia ha sido una de las principales dentro de la mafia italiana.

— Señor... — dijo Saulo que desconocía el nombre del policía que le estaba hablando.

— Leo Ruggeri.

— Señor Ruggeri, lo que mi familia hacía en el pasado no es lo que hago yo actualmente. Tengo una empresa marítima creada de la nada y es totalmente legal. Mis negocios personales son todos legales, es más, acabo de comprar un cuadro que voy a exponer en unos días. Enviaré una invitación a la comisaría por el gran trabajo que hacen. Ambos están invitados también. Ahora, si no les importa, me gustaría ultimar ciertos detalles de la fiesta. Siento no serles de ayuda.

Tras esto, Saulo se dirigió al interior de su mansión dejando a los dos policías en medio de la calle.

— ¿En serio pretende que nos creamos semejante patraña? — preguntó Leo.

— Parecía sincero — dijo Clairee.

— Por Dios, es de la mafia. Sabe disimular demasiado bien.

— Sin pruebas suficientes no podemos acusarlo, debemos recabar toda la información posible. No creo que quieras poner en riesgo tu puesto de trabajo.

Leo suspiró y se pasó una mano por el pelo. Estaba preocupado por Byanca por lo que le movía el temor más que su trabajo.

— Sí, tienes razón. Lo siento.

— Volvamos a la comisaría, habrá que ver si los forenses han encontrado algo que nos lleve a los culpables de todo esto.

Leo asintió y ambos se dirigieron al coche para poner rumbo a la comisaría.

Saulo vio marchar a los dos policías desde la ventana del despacho que tenía en su mansión. Aquellos malditos polis iban a por él solo porque el muerto había sido su jardinero, pero en realidad trabajaba para Zanetti.

Ese hombre había traicionado a su familia y era lo que se merecía. La

justicia para él era así. Ni siquiera la policía podía inmiscuirse. Ellos se tomaban la justicia por su mano. Italia estaba llena de corruptos que trabajan para ellos y que harían lo que fuera por una enorme cantidad de euros.

Volvió al interior y se sentó ante su mesa para llamar a los hombres que custodiaban el cuadro. Cuando descolgaron, y sin esperar ninguna contestación, dijo:

— Quiero que traigáis el cuadro ahora mismo, este fin de semana será la fiesta y debe estar todo preparado para ese día. Tened mucho cuidado.

— De acuerdo, señor — se oyó al otro lado de la línea.

Tras esto colgó y se dirigió al baño para darse una buena ducha. Una vez dentro abrió el grifo para que saliese el agua caliente.

Se desnudó completamente y se metió en la ducha dejando que el agua le cayese encima para aliviar sus tensos músculos. Apoyó las manos en la pared y cerró los ojos.

En su mente se creó la imagen de Byanca sentada en la mesa de su secretaria una de las veces que salió de su despacho. Agnese había ido al baño según le había dicho ella, que tenía las piernas cruzadas, por lo que la falda se le había subido revelando gran parte de sus muslos. Aquella imagen provocó que se pusiera duro e incómodo.

Se alejó de ella mientras se recolocaba los pantalones para que pasara el dolor de la erección.

Pasó gran parte de la reunión que tenía concertada, bastante incómodo y no se enteró de lo que sus empleados le estaban diciendo. Esa chica iba a ser una dura tentación y debía imponerse el no pensar en ella, porque era su secretaria y él no se liaba con sus empleadas.

Con ese pensamiento, se enjabonó para luego acabar quitándose el jabón con agua fría para relajarse. Se envolvió la cintura con una toalla y salió de la ducha, mirándose en el espejo que había sobre el lavamanos.

Al observarse pudo ver las cicatrices en su torso desnudo. Terribles recuerdos acudían a su mente de cuando tan solo era un adolescente.

Su odio por la familia Zanetti no era infundado en ningún sentido. El odio había nacido aquel día que el líder había mandado a secuestrarlo para intentar sacarle información sobre los trabajos de su padre.

Fueron tres días de intensas torturas en las que solo deseó morir, pero a la vez quería vivir para poder vengarse un día de todo el daño que le estaban haciendo. Los Zanetti llevaban muchos años en la cúpula de la mafia, pero llegaría el momento en el que los Graziani serían superiores, y así fue tras su liberación.

Aún recordaba los golpes que había recibido con un cable que había

dejado algunas cicatrices en su espalda y parte de su torso. Antes de eso vinieron los puñetazos que le partieron algunas costillas. Las laceraciones en las muñecas y el disparo que casi lo mata.

Lo habían dejado tirado en el puerto de Livorno, donde pensó que moriría. Por suerte, pasaron por allí un par de marineros que lograron llevarlo al hospital, en donde estuvo varios días en muy mal estado.

Sacó fuerzas de donde no tenía para intentar sobrevivir y así poder vengarse de los Zanetti. Y lo consiguió.

Tomó la pistola de su padre del despacho de este y se dirigió a la mansión de sus enemigos con solo una idea en mente. Se mantuvo escondido hasta que vio salir al mayor de los Zanetti, que se dirigía a su recién estrenado coche.

Saulo se interpuso en su camino, levantó la pistola dando un claro mensaje a los guardaespaldas que ya se dirigían a ellos.

— Esto es solo el primer paso de vuestra caída, la venganza será terrible.

Los disparos se sucedieron sin control, perforando el torso de aquel tipo, y la sangre corrió a borbotones. El joven cayó al suelo muerto y Saulo, tras una breve mirada, se fue corriendo de allí, a pesar del dolor que aún soportaba en sus costillas.

Desde entonces, su vida la había dedicado de lleno a la herencia familiar y acabar con los Zanetti, que lo marcaron de por vida con aquellas cicatrices.

Apartó la mirada del espejo y salió del baño para vestirse y recibir a sus hombres con el cuadro de la fiesta.

6

Fabrizio Zanetti lanzó la carta sobre el escritorio como si esta le quemara. ¿Acaso aquello era una provocación después de haber matado a su último informante?

— ¿Cómo se le ocurre? ¡Lo hace para provocarme! — dijo mientras daba vueltas por el despacho modernamente decorado — . ¡Él sabe que yo iba a por ese cuadro y ahora pretende que vaya para restregármelo por las narices! No tiene suficiente con matar a mi hombre.

— Sabíamos que no podíamos confiar en él — dijeron a su espalda.

Fabrizio se giró para mirar a su hombre de confianza, el que le mantenía informado de todos los movimientos de Graziani y de la policía italiana.

— ¿Crees que ha hablado?

— Todo es posible, hay gente que no tiene aguante cuando lo torturan un poco.

— Tenemos que mandar a otro para que nos mantenga informado desde dentro.

— Ahora mismo debemos esperar un poco, Graziani sospechará de todo el que se acerque a su casa a pedir trabajo.

— Sí, tienes razón. De momento, iremos a esa fiesta, quiero saludar a mi buen amigo Saulo Graziani, recordarle que aún no hemos olvidado lo que le hizo a mi hermano.

El hombre que tenía enfrente asintió y, sin decir nada más, salió para dejar solo a Fabrizio, que se sentó mirando la invitación. Desde que Saulo había matado a su hermano, los Zanetti habían caído tras la glorificación de los Graziani que los llevó a la cúpula, pero aquello no iba a quedar así. La venganza llevaba años preparándose para acabar con esa gloria y llevarlos al infierno más profundo.

Cruzó los dedos para apoyar la barbilla en estos mientras en su rostro se

formaba una siniestra sonrisa. Saulo caería, vería caer a todos los suyos y obtendría su lección. Una que merecía desde el día en que mató a su hermano.

Sintió su móvil vibrar, lo sacó del bolsillo y contestó al instante.

— Tenemos todo preparado para los rusos, señor.

— Perfecto, aseguraos que la policía no descubre nuestra mercancía.

— No se preocupe por eso, la cabina del camión está insonorizada y las chicas están dormidas.

— Maravilloso. Recordad que primero es el dinero y después las mujeres, nunca al revés, no podemos fiarnos de estos rusos.

— Entendido, señor.

Fabrizio colgó y se recostó en su asiento con una gran sonrisa en su rostro. Este tipo de tráfico daba mucho más dinero que el tráfico de arte o de drogas. Los ceros aumentaban en las arcas familiares tras haber aceptado la propuesta de los rusos de traficar con mujeres.

Muy pronto sería mucho más rico que Saulo Graziani y sería la perdición de este.

Leo llegó al ático sin hacer mucho ruido. Era casi medianoche y probablemente Bianca estuviese dormida. Lo que no se esperaba era encontrarla acostada en el sofá. Se había dormido viendo la televisión.

Con una tierna sonrisa, cogió el mando y apagó el aparato. Luego la cogió a ella en brazos y Bianca gimió medio adormecida.

— ¿Leo?

— Sh, duerme, pequeña.

— Has llegado tarde... — dijo ella apoyando la cabeza en su hombro con los ojos cerrados.

— Trabajo — respondió simplemente.

— Odio tu trabajo...

— No más que yo — dijo Leo suspirando.

— No quiero que llegues tarde...

— Ojalá pudiese evitarlo, pero la investigación se está complicando por momentos — Bianca movió la cabeza y un suspiro lanzado por sus labios le produjo escalofríos en el cuello a Leo, que se encendió de pasión — . No hagas eso, Bianca, estás medio dormida y yo estoy cansado.

— No he hecho nada — dijo ella con una leve sonrisa.

— Tramposa.

Leo la recostó en la cama y fue a cambiarse de ropa. Bianca se puso de lado apoyando la cabeza en la mano mientras le observaba quitarse prenda a prenda hasta quedar solo con los bóxers.

— Me encanta verte.

— Nena, me pone mucho que me mires así, pero necesito descansar. Hoy he tenido un día de perros. Hemos conocido la razón de la muerte del ahogado de hace dos días y solo de pensarlo se me revuelven las tripas. Esos mafiosos torturan sin piedad a la gente — dijo sentándose en la cama de espaldas a la joven.

Ella se acercó a él y lo abrazó desde, atrás apoyando la barbilla en el hombro del policía

— Vas a resolverlo, nunca has dejado un caso sin resolver, eres el mejor policía de toda la Toscana.

Leo giró el rostro para besarla con dulzura y con movimiento inesperado la sentó sobre su regazo, sorprendiéndola. El grito que soltó fue acallado con un apasionado beso.

Ella se agarró a su cuello mientras él le levantaba la blusa que llevaba puesta y gimió cuando notó que no llevaba sujetador puesto. Sin esperar, la desnudó de cintura para arriba y sus besos fueron bajando por su barbilla y cuello hasta llegar al valle entre sus pechos.

Byanca se arqueó gimiendo para darle mayor acceso, cosa que Leo no desaprovechó.

— ¿No decías que estabas cansado?

— Si la mujer que amo me recibe de esta forma, el cansancio se me pasa.

Ella sonrió y agarró con fuerza del pelo de Leo para que continuara con aquel dulce tormento al que estaba sometiendo. La mano de él recorrió la piel sedosa de su vientre para meterse bajo sus pantalones y bragas hasta llegar a su centro húmedo y caliente.

Byanca se mordió el labio evitando gritar, pero sin dejar de gemir. Todas sus terminaciones nerviosas se concentraban en los dos puntos donde Leo le daba placer, aumentando su excitación hasta niveles insospechados. Él la terminó de desnudar y siguió rozando su clítoris, que vibró de placer. Sin dejar de tocarlo, introdujo un dedo en su interior y Byanca no pudo evitar gritar extasiada.

Leo sonrió y apartó la cabeza de sus pechos para mirarla.

— Te ves tan hermosa.

Byanca tenía los ojos velados de pasión y sus gemidos eran cada vez más audibles con cada nueva penetración del dedo de Leo en su interior, pero un quejido escapó de sus labios cuando él se detuvo.

Se incorporó con ella en brazos, la depositó en la cama y se desnudó completamente para gozo de la joven. Se colocó encima y sus labios volvieron a unirse en un apasionado beso mientras Leo se metía entre sus piernas para entrar

en aquella empapada cavidad que lo tenía loco.

La penetró con suavidad, pero eso no evitó que Byanca gimiera por el orgasmo que había estado reteniendo en su interior cuando él dejó de tocarla. Leo se mantuvo en el sitio y, cuando vio que se recuperaba, comenzó a moverse con lentas embestidas que poco a poco fueron subiendo de intensidad. Ambos alcanzaron la cima del placer hasta estallar en un delicioso orgasmo en el que se nombraron mutuamente.

Leo salió de su interior y se recostó a su lado, respirando agitadamente al igual que ella. Ambos se miraron con una sonrisa en sus rostros y se abrazaron. Byanca cerró los ojos, disfrutando de aquel momento de paz mientras él le acariciaba la espalda desnuda.

Tras unos minutos de cómodo silencio, Leo la miró.

— Saulo Graziani ha invitado a toda la comisaría a una fiesta que va a dar este fin de semana.

— ¿Una fiesta?

— Sí, al parecer va a presentar un cuadro que ha conseguido hace poco. Como tengo una invitación, pensé que te gustaría ir.

Byanca se incorporó apoyándose en un codo.

— Pensé que te caía mal mi jefe.

— No lo conozco lo suficiente para saber si me cae mal, pero es un mafioso.

— ¿Cómo estás tan seguro de eso?

— Todo el mundo lo sabe, Byanca, que tú seas una ratoncilla de biblioteca que no conoce nada del mundo no quiere decir que los demás no lo sepamos — dijo dándole un pequeño toque en la nariz.

— ¡Eh! — exclamó ella golpeándolo en el hombro — . ¿Tiene algo de malo estudiar?

— Claro que no, pequeña, es más, eres la ratoncilla más sexy que he conocido en toda mi vida y no me arrepiento de la multa que te puse aquella vez.

Byanca sonrió y le dio un beso en los labios para luego colocarse encima de él, torturándolo con su toque suave.

— Te mereces un castigo por llamarme ratoncilla — dijo ella, sonriendo mientras el pelo le caía por ambos lados cubriéndolos alrededor de los rostros que se miraban con sonrisas que prometían mucha pasión.

— Oh, mi ratoncilla se ha vuelto toda una gatita.

— Siempre he sido una gata que saca sus garras en el momento en el que debe sacarlas — dijo mientras arañaba suavemente su torso desnudo — . Como ahora.

Acercó su rostro y lo besó con pasión, encendiéndolo y poniéndolo

inhiesto. Leo levantó sus manos para tocarla, pero ella se lo impidió haciendo un gesto de negación.

— ¿No me dejas tocarte?

— No, ese es tu castigo — dijo Byanca mientras se apartaba y se ponía a su lado junto a su miembro, que estaba duro como una roca.

Lo tomó con las manos y lo acarició de arriba abajo con suavidad para luego acogerlo en su boca, haciéndolo sisear.

— Dios, Byanca.

La joven sonrió y lo miró desde su posición. Aquella imagen la excitó y siguió jugando con sus labios y lengua mientras él temblaba bajo su toque. Cuando sintió que estaba a punto, se apartó y se colocó a horcajadas sobre él para ensartarse ella misma sin dejar de mirarlo a los ojos.

Hacían tan buena pareja que no podía imaginar a nadie más dándole todo lo que ella necesitaba en su vida, no solo en el sexo sino en su vida en general.

Él intentó colocar las manos en su cintura, pero ella las agarró y las sostuvo para que no la tocara.

— Prohibido tocar, te recuerdo que estás castigado.

— No creo que pueda aguantar mucho más, más que una gata eres toda una tigresa o incluso una leona.

— Me encanta que lo reconozcas — dijo Byanca sonriendo — . Yo tampoco aguantaré mucho más — dijo mientras se hundía más en él.

Los movimientos aumentaron de velocidad hasta que volvieron a estallar en un intenso orgasmo. Byanca cayó sobre el pecho de Leo sin siquiera sacarlo de su interior.

Esta vez dejó que él la envolviera en un abrazo.

— Otro castigo como este y te juro que te doy unos azotes por semejante tortura.

Byanca soltó una breve carcajada y lo miró.

— Me gustaría verlo dándome unos azotes, señor poli malo.

Leo también sonrió y la colocó a su lado saliendo de ella para cubrir sus cuerpos con las sabanas arrugadas por el momento de pasión que habían vivido minutos antes.

— Dudo que quieras algo así, por lo que, por favor, no vuelvas a torturarme de esta forma.

— Exagerado.

— ¿Sabes lo que es ver cómo te mueves y no poder siquiera rozar tu piel?

Byanca sonrió a la par que Leo.

— Te amo, Leo — dijo ella acariciándole la mejilla — . Espero que estemos juntos para siempre.

— Así será, eres la mujer de mi vida y no pienso perderte. Si tengo que atarte a esta cama para que no escapes, lo haré. Eso no lo dudas.

La sonrisa de ella se amplió y se acurrucó contra él mientras sentía que el cansancio la invadía.

— Por cierto... — dijo ella tras un bostezo — , iremos a esa fiesta, pero nada de trabajo.

— No prometo nada, aunque lo intentaré.

— Eso espero...

Tras esto, cerró los ojos y su respiración se tornó suave y cadenciosa revelándole a Leo que por fin se había dormido.

Él no pudo evitar observar su rostro y sonreír. Cada día que pasaba junto a ella estaba más convencido del amor que sentía por Byanca y de que quería pasar el resto de sus días juntos.

Byanca era prácticamente casi todo lo que necesitaba para vivir. Le daba vitalidad cuando llegaba cansado del trabajo, siempre lograba sacarle una sonrisa en momentos en los que creía que nada iba a poder hacerlo. Era la nota de color en su gris existencia.

El trabajo en la policía le quitaba gran parte de su energía y ella era ese chute que necesitaba para seguir adelante.

Si algo le pasara, probablemente él no podría soportarlo, por eso debía protegerla. Evitar por todos los medios posibles verla inmiscuida en los posibles negocios turbios de Saulo Graziani. No podía permitirlo, y a la mínima sospecha de que algo ocurriese, él mismo la sacaría de aquella empresa.

El cansancio comenzó a hacer mella en él, por lo que cerró los ojos y se dejó guiar a los brazos de Morfeo.

El día de la fiesta llegó y Byanca terminaba de prepararse. Acababa de pintarse los labios de color rojo para luego recolocarse el mechón de pelo que salía de su moño y caía sobre su hombro. El moño era suelto, apenas recogido con un par de horquillas que le daban un aire delicado a su rostro.

Se incorporó y miró a Leo, que terminaba de colocarse la corbata para completar el atuendo, un traje oscuro con camisa blanca de Armani que le sentaba de miedo.

— ¿Me puedes cerrar los botones del vestido? — preguntó Byanca dándole la espalda.

Leo se acercó y cerró todos los botones del precioso vestido que llevaba. Era de Pronovias, un vestido azul ajustado en todo su cuerpo y que se ampliaba desde las rodillas, dándole un poco más de margen para moverse. El torso y los brazos estaban cubiertos de encaje y la espalda tenía una tela transparente hasta casi la mitad de esta, con botones del mismo color que el vestido.

— Estás preciosa, mi amor — le dijo Leo dándole un suave beso en la nuca, lo que la hizo estremecer.

Ella se giró y sonrió.

— Tú también estás muy guapo. ¿Crees que es buena idea no llevar las gafas? Las lentillas no me gustan y siempre acabo perdiendo una, o las dos.

— Deberías mostrar más a menudo tus hermosos ojos, no deberías ocultarlos tras unas gafas.

Leo le acarició las mejillas para depositar un beso en la comisura de los labios de Byanca.

— Como pierda las lentillas y haga el ridículo, te vas a enterar.

Él sonrió y volvió a ajustarse la corbata mientras ella se ponía unos zapatos plateados a juego con el bolso y los pendientes de brillantes que daban luminosidad a su rostro.

— Te he comprado una sorpresa — dijo Leo sacando una larga caja de terciopelo que abrió para mostrarle un bonito collar de brillantes — . Pensé que quedaría bien con tus pendientes.

— Es precioso, Leo, ha debido ser muy caro. — El joven respondió con una leve sonrisa.

Él lo sacó de la caja y se colocó a su espalda para ponérselo. Una vez puesto, volvió a su lado y la invitó a cogerse de su brazo, cosa que no dudó en hacer, para salir de la casa y meterse en el coche.

Pusieron rumbo a la mansión de Saulo Graziani, donde el mismo recibía a sus invitados en la entrada del lugar, elegantemente ataviado con un traje gris oscuro de Armani con una camisa de color claro y corbata fina del mismo color que el traje.

A pesar de que le había pedido a su hermana que permaneciera a su lado para saludar a todos los invitados, la menor de los Graziani no perdió la oportunidad de perderse con Piero a darse el lote en alguna esquina de la mansión.

En el salón donde se iba a celebrar la fiesta se encontraba colgado el cuadro que había traído desde Rusia. El lujo se respiraba en el ambiente, aunque también había visto a gente que, a su parecer pertenecía a la policía. La idea de invitar a altos cargos policiales, políticos y la alta sociedad dio los resultados que deseaba.

Una limusina de color negro paró frente a la entrada y de esta se bajó Fabrizio Zanetti. Ambos se miraron fijamente, Fabrizio mostró una sonrisa sarcástica mientras se acercaba. Una vez frente a frente, se dieron la mano, desafiándose con la mirada.

— Pensé que no vendrías — dijo Saulo.

— ¿Y perderme semejante fiesta? No, esto no me lo perdería por nada del mundo.

— No podrás robarme el cuadro. Está bien custodiado.

— ¡Qué poco confías en mí!

— No me fío de nadie, Zanetti.

— Parece que pensamos igual, porque yo tampoco. Aun así, he venido a echarle un ojo a ese maravilloso cuadro que has conseguido.

Sin esperar respuesta por parte de Saulo, entró en el salón con aires de grandeza. Este puso los ojos en blanco, arrepintiéndose una y mil veces el haberlo invitado a la fiesta. En ese momento vio que un coche se paraba justo delante de la puerta y de este se bajaba el policía que había visitado aquella semana preguntando sobre el jardinero traidor. Lo vio acercarse a la puerta del copiloto y pensó que bajaría con la chica policía que lo acompañaba, pero al ver

quién era, su rostro demudó en sorpresa.

La mujer que se bajaba del coche agarrada de la mano del policía era su secretaria, Byanca Marchetti. ¿Cómo era posible? Ella no tenía invitación para la fiesta, ¿acaso eran pareja?

Los dos entraron en la mansión y se acercaron a saludarlo.

— Bienvenidos a mi casa — dijo Saulo y miró primero a Byanca, para coger su mano y besarla delicadamente — , señorita Marchetti.

Ella asintió.

— Gracias — dijo ella.

Luego él miró al policía y le tendió la mano, que el otro tomó con cierto recelo.

— Bienvenido, señor Ruggeri ¿no?

— Exactamente. Gracias por la invitación.

— Encantado de tenerles aquí. Señorita Marchetti, no pensé que la aquí esta noche.

— Leo insistió en que viniéramos, como la comisaría recibió las invitaciones, quiso aprovechar.

Byanca le tomó la mano a Leo sin dejar de sonreír, cosa que no pasó desapercibida para Saulo. Este sonrió y los invitó a pasar al salón.

Al momento apareció su hermana agarrada de la mano de su chico, un hombre alto y fuerte, con pelo corto de color oscuro y unos ojos azules intensos. Vestía de traje azul oscuro con una camisa blanca sin corbata. El pelo lo tenía un poco revuelto y lucía un leve rastro en sus labios de labial rojo.

Fabiola iba ataviada con un vestido de Rosa Clará largo de color rojo sin manga con pedrería en gran parte de este y un lazo en la cintura. El moño, estaba más suelto que antes y tenía las mejillas sonrosadas.

— ¿No era esa tu secretaria nueva?

— Sí.

— No sabía que la habías invitado.

— Y no lo hice, invité a la policía y ella vino con uno de ellos.

— ¿Ese bombón de mujer es tu nueva secretaria? — preguntó Piero mirando a Byanca, lo que le hizo llevarse un golpe en el brazo por parte de Fabiola.

Saulo enarcó una ceja ante su amigo.

— ¿No la viste cuando habló con los informáticos?

— No, estaba ocupado.

— ¿Para eso te tengo trabajando en la empresa? Para que andes hablando con mi hermanita por teléfono todo el día — dijo pasando un brazo por los hombros de su hermana pequeña.

— Lo echo mucho de menos — dijo Fabiola poniendo morros.

— Sí, claro, te pasas la mitad del tiempo en la oficina y lo echas de menos. Dejadlo, con vosotros no se puede hacer nada — dijo Saulo sonriendo — . Iré dentro, Zanetti está ahí y no me fío un pelo de ese tipo.

— ¿Has invitado a Zanetti? ¿Estás loco? — preguntó Piero — . Después de lo que te hizo, ¿lo invitas?

— Llámame masoquista, pero es de mala educación no invitar a todos los conocidos de la familia Graziani — dijo mientras se recolocaba la chaqueta y se giraba para entrar en el salón.

Byanca se acercó hasta el cuadro agarrada de la mano de Leo y lo observó fijamente para apreciar los numerosos detalles que tenía.

— Es un cuadro precioso — dijo ella sin dejar de mirarlo — . Sus detalles son espléndidos.

Leo la miró con una sonrisa.

— ¿Desde cuándo entiendes de arte? No es nada del otro mundo.

Byanca se giró hacia él con una ceja enarcada.

— ¿De verdad no ves lo que sus colores transmiten?

— Para mí es un cuadro como otro cualquiera, no entiendo como esto puede valer tanto.

— No sabes lo que dices.

— Veo que sabe apreciar la belleza de este cuadro, señorita Marchetti — dijeron a su lado.

Byanca miró a Saulo Graziani que sonreía de medio lado.

— Pienso que transmite mucha paz.

— Sí, yo pensé lo mismo cuando lo vi por primera vez — dijo él mirando hacia el cuadro.

— ¿Paz? — preguntó Leo enarcando una ceja.

Byanca lo miró con reproche para luego volver la vista a su jefe.

— No le haga caso, no entiende de arte.

— Supongo que apreciará otro tipo de cosas. No se preocupe que no me ofende. Cada uno tiene sus gustos y no pienso discutir sobre eso.

Leo bufó por lo bajo y cogió una copa de la bandeja que llevaba un camarero. Tomó un gran trago.

— ¿Los de informática han seguido mis consejos sobre la protección del antivirus?

— Sí, se lo agradezco mucho. Sin la protección que nos aconsejó, probablemente habiéramos tenido a la competencia metiendo sus narices en nuestros negocios y robándonos a nuestros clientes.

Byanca sonrió encantada, al fin sus estudios se tenían en cuenta.

— Me alegro mucho.

— Es una pena que alguien tan entendido como usted no haya encontrado un trabajo adecuado.

— Como ya le dije en la entrevista, la informática parece cosa de hombres y no se fían mucho de las mujeres, para desgracia de mis compañeras y mía.

— Una lástima, usted tiene talento — dijo Saulo y cuando vio a Piero acercarse, le hizo una señal a ella — . Supongo que aún no conoce al jefe de los informáticos, él es Piero Cavalli, mi mejor amigo y prometido de mi hermana, Piero, ella es Byanca Marchetti.

Piero tomó la mano de la joven bajo la atenta mirada de Leo, que sintió cómo los celos empezaban a hacer mella en él. Muchos hombres alrededor de su mujer.

— Encantado de conocerla, señorita Marchetti. Un placer contar con alguien como usted en nuestra empresa.

La joven sonrió complacida. Entonces Fabiola se acercó y agarró a Piero del brazo.

— Cariño, hay alguien que quiero presentarte, vamos.

Sin siquiera decir nada, lo arrastró lejos del grupo y entonces Leo vio aparecer al comisario Cantoni y rodó los ojos.

— Vaya, Ruggeri, veo que al final se ha decidido a asistir a la fiesta del señor Graziani.

— Ya ve, no pensé que le encontraría aquí.

— No podemos hacerle un feo a este ilustre caballero — dijo señalando a Saulo — , pero no venía hablarle de eso, necesito que me acompañe un momento, es un tema delicado que no deberían oír señoritas tan bellas — dijo haciendo un gesto a Byanca.

Leo la miró y ella le hizo un gesto.

— No me moveré de aquí, ve con tu jefe.

Él asintió y luego giró el rostro hacia Saulo con cara de pocos amigos para luego alejarse con el comisario.

— Parece que no le caigo muy bien a su novio.

— Es un poco desconfiado. Está un poco susceptible con el caso que está llevando y casi me prohíbe trabajar con usted porque dice que es un mafioso.

Saulo soltó una carcajada.

— Solo soy un hombre de negocios, dígale que no tiene de qué preocuparse. Los que entran a formar parte de la familia Graziani jamás correrán peligro.

Byanca sonrió agradecida. Su jefe era un buen hombre. En un momento de

silencio miró a su alrededor, donde toda la gente conversaba animadamente hasta que le dio por mirar aquel techo tan bellamente decorado para fijarse que la lámpara que estaba sobre ella se balanceaba peligrosamente.

Frunció el ceño, extrañada. Entonces vio que esta iba a caer sobre los dos por lo que, sin decir nada, empujó a Saulo con fuerza, cayendo sobre él al suelo.

El estruendo fue colosal y muchas personas presentes gritaron asustadas, pero nada de eso valió para que ambos reaccionaran al principio. Los cristales de la lámpara saltaron por todos lados, hiriendo en el proceso a varias personas que había cerca.

Byanca tenía la cabeza contra el pecho de Saulo y al oír el revuelo, ella levantó la mirada y fijó sus ojos en los de él que la miraba sorprendido. Entonces notó que algo ocurría en su interior. Un chispazo que provocó que empezara a temblar sin control, pero que no la dejaba apartar la mirada de la suya.

Intentó decir algo, pero se había quedado muda de repente. Él tampoco parecía reaccionar, pero se obligó a hacerlo y preguntar por su estado.

— ¿Estás bien? — preguntó dejando las formalidades a un lado.

Ella asintió levemente sin poder articular palabra, Saulo trató de incorporarse y poco a poco lo consiguió, quedando ambos sentados en el suelo, rodeados de cristales. Entonces vio la lámpara en el lugar donde habían estado hacía tan solo unos minutos.

¿Cómo había caído? Miró a Byanca que se llevaba una mano al pecho para intentar calmar los rápidos latidos de su corazón. ¿Cómo se había dado cuenta?

Al mirarla detenidamente vio que algunos cristales habían hecho cortes en el encaje de los brazos y tenía algunas heridas superficiales. Al mirarse a sí mismo vio que estaba completamente ileso y no pudo más que acercarse a ella para mirar los cortes.

— ¡Ay! — se quejó cuando él tocó uno que parecía un poco más profundo que el resto.

— Me has salvado la vida — dijo mirándola a los ojos de nuevo — . Te lo agradezco. Estoy en deuda contigo.

— ¡Byanca! — se oyó gritar a alguien que se acercaba corriendo.

8

Leo se acercó corriendo al lugar donde había caído la lámpara llamando a Byanca con el corazón en un puño. Cuando la vio sentada en el suelo, se agachó junto a ella y la abrazó con fuerza.

— Dios mío, ¿estás bien?

Pero ella no podía contestar, miraba a Saulo fijamente sin saber muy bien qué había ocurrido en su interior cuando lo miró a los ojos. Oía a Leo hablar, pero no lograba entenderlo. Se obligó a salir de su ensimismamiento y apartar la mirada de su jefe para mirar a su novio, que la observaba preocupado.

— Leo — dijo ella.

— Me has dado un susto de muerte — respondió Leo con las manos en las mejillas de Byanca — . ¿Se puede saber qué ha pasado?

Saulo se acercó.

— La señorita Marchetti me ha salvado la vida. Esa lámpara nos iba a caer encima y supo reaccionar a tiempo.

Byanca, al verse libre de las manos de Leo, miró a su alrededor de nuevo y vio a alguien que la miraba fijamente para luego girarse y salir del salón. Aquella mirada le produjo escalofríos.

De repente notó unas manos sobre sus brazos heridos y gimió dolorida.

— Tranquila, soy médico, quiero revisar sus heridas.

Ella lo miró y asintió para volver a mirar a Leo, que hablaba con su compañera de trabajo. ¿Cuándo había llegado? No la había visto. La joven llevaba un vestido de Patricia Avendaño sin mangas de color lila, con amplio escote y un abalorio justo debajo del pecho. Esta se acercó luego a Saulo para hacerle algunas preguntas sobre lo ocurrido mientras Leo se quedaba al lado de Byanca, que era examinada por el médico.

— Casi todas las heridas son superficiales, solo hay unas pocas que necesitan atención y quizá puntos, pero no es nada grave. — Miró a su

alrededor y vio a uno de los camareros observando todo — . ¿Sería posible que trajeras el botiquín?

El chico asintió y salió corriendo en busca del botiquín. Al momento volvió y el médico aplicó un desinfectante en las heridas, aunque obligó a Byanca a que sacara los brazos de las mangas del vestido, que tenía algunos jirones hechos por la fuerza de los cristales.

— ¿De verdad has salvado a Graziani? — preguntó Leo.

Ella asintió.

— La lámpara se movía mucho y cuando vi que empezaba a caer, me lancé sobre él.

— Has sido muy valiente — dijo él acariciándole la mejilla con dulzura — , pero no vuelvas a darme otro susto como este.

— Lo habría hecho cualquiera en mi situación.

— Sí, pero no me perdonaría que te pasara algo.

— Estoy bien — sonrió ella levemente.

Él también mostró una leve sonrisa mientras ella apoyaba la cabeza en su hombro.

Byanca se sintió observada y entonces miró hacia su jefe. Él la miraba fijamente, no solo con agradecimiento, algo más observó en aquellos ojos que consiguió ponerla nerviosa. ¿Qué significaba aquella mirada? Se apartó el pelo de la cara mientras giraba el rostro hacia sus heridas.

El médico había terminado de curar a la joven y ella se colocó las mangas del vestido de nuevo, a pesar de estar rasgado en muchos sitios. Se incorporó con la ayuda de Leo y se acercaron hasta Saulo.

La fiesta había acabado precipitadamente y los asistentes se estaban yendo poco a poco.

— Lamento que la fiesta haya acabado así — dijo Saulo a ambos.

— Más lo sentimos nosotros — dijo Leo — . Averiguaremos qué ha pasado para que esa lámpara cayera.

— Seguro que fue su peso y la sujeción no lo resistió, ya se lo dije a su compañera. No hay de qué preocuparse. Lo importante es que todos estamos bien — dijo él mirando a Byanca, que estaba pegada a Leo gracias a la mano que él mantenía en su cintura — . Lamento lo de su vestido, le pagaré el arreglo.

Ella lo miró y negó con los ojos completamente abiertos.

— No se preocupe, no tiene que hacerlo.

— Insisto. Se ha gastado una buena cantidad de dinero para tirarlo ahora. Mañana mismo pasará uno de mis hombres a buscarlo.

Byanca miró a Leo, que parecía algo tenso y luego volvió la vista a Saulo mientras sonreía levemente.

— No hace falta que se moleste, de verdad.

— Por favor, déjeme compensarle el que me salvara la vida. No me supone una molestia.

— Esto... vale, muchas gracias.

— No me lo agradezca, el que está agradecido soy yo, si usted no hubiera estado ahí, probablemente esa lámpara me hubiese matado.

— Bueno — interrumpió Leo con cara de pocos amigos — . Debemos irnos.

Saulo asintió sin dejar de mirar a Byanca.

— Gracias por haber venido, espero que este... incidente no repercuta en una futura asistencia a alguna fiesta.

— No se preocupe, vendremos encantados — dijo Byanca.

Saulo sonrió y cogió la mano de la joven para depositarle un suave beso en el dorso que a ella le hizo temblar. Luego se apartó y le dio la mano a Leo para después verlos salir de allí.

Su secretaria le había salvado la vida y eso le había impresionado. Tenía buenos reflejos y no se había dado cuenta hasta que ella lo empujó cayéndole encima. ¿Cómo no se había dado cuenta de que la lámpara estaba a punto de caer sobre ellos?

Con ese pensamiento en mente se dirigió a su despacho y llamó a los hombres de seguridad de la mansión. Estos corrieron prestos al despacho.

— ¿Nos ha llamado, señor? — preguntó uno de ellos.

— Sí, quiero que revisen las cámaras del salón donde se ha celebrado la fiesta, quiero saber quién manipuló la lámpara para que cayera. Quiero que vean cada minuto desde que se empezó a preparar todo lo relacionado con la fiesta y encontrar al culpable. Esto no es una casualidad — dijo mientras entrelazaba las manos para apoyar en ellas la barbilla, pensando — . Es probable que tengamos a otro traidor entre los nuestros. Cuando sepáis quién es, decídmelo, que yo mismo me encargaré de él.

— Entendido, señor — dijo el primero que había hablado.

— Perfecto, id entonces. El culpable pagará por esto.

Los dos hombres asintieron y salieron de allí para ir al cuarto de control de cámaras y hacer un visionado de los vídeos.

Saulo volvió a quedarse solo, pero unos minutos, porque luego apareció Piero en el despacho.

— Tu hermana ya está más tranquila, la he dejado descansando en su habitación. ¿Tú cómo estás?

— Perfectamente, salí ileso de todo.

— Fue Zanetti, ¿verdad?

— Sospecho que mandó a alguno de los suyos y empiezo a estar harto de que mis hombres no sepan descubrir a los malditos topos. ¿Cuántos han entrado ya?

— No lo sé, amigo, pero ¿no crees que deberías dejar este mundo de una vez por todas? Estás poniendo en peligro a tu hermana.

— Puedo proteger a mi hermana, Piero, además, te tengo a ti.

— A mí no me metas en esto, Saulo. Sabes perfectamente que odio todo esto.

Saulo cerró los ojos y se recostó en su asiento mientras suspiraba cansado.

— Yo lo odio más que tú, pero mientras haya un Zanetti al acecho, no voy a poder descansar tranquilo. Les gusta hacer daño a los míos y la familia Graziani no se va a dejar pisotear por ellos.

— ¿Estás seguro?

— Segurísimo — dijo mirando a su amigo a los ojos — . Nunca he estado tan seguro de algo en mi vida y todos ellos pagarán por lo que me hicieron. Ve a descansar, pero lejos de la habitación de mi hermana.

Piero enarcó una ceja.

— ¿De verdad? Sabes que no lo voy a cumplir.

— Oh, por favor. Quiero dormir esta noche — dijo tapándose la cara — . Vete, anda.

— De acuerdo — dijo Piero mientras se incorporaba y se acercaba a la puerta — . Buenas noches, cuñadito.

— Vete a la mierda.

Piero sonrió y salió del despacho, dejando a Saulo solo con sus pensamientos.

En su mente no dejaba de revivir el momento en el que Byanca se había lanzado sobre él para salvarlo. Tener aquel cuerpo sobre el suyo despertó sus más bajos instintos. Aquel vestido marcaba su figura y se sintió atraído desde el primer momento que la vio salir del coche de su novio.

Comenzaba a asustarle el no dejar de pensar en ella desde el primer día que la conoció. Jamás se había sentido tan atraído por una mujer cuando ni siquiera era una que entrara en sus prototipos, pero saber que era tan inteligente había sido algo que le llamó la atención. Las chicas con las que solía estar eran muy superficiales con muy poca conversación y la que tenía un mínimo de inteligencia lo empleaba en hablar de aumentos de pecho y liposucciones, como si a él le interesase algo semejante.

Nunca se había parado a pensar en buscar una mujer. Disfrutaba de su soltería, acostándose con la que le apeteciera sin ningún tipo de compromiso. No iba a cambiar su idea tan fácilmente, si su padre quería herederos, su hermana se

los daría.

Volvió a recostarse en la silla con los ojos cerrados. Lo mejor sería irse a su habitación e intentar descansar. Se incorporó y salió del despacho.

Byanca y Leo llegaron a su casa y una vez allí, ella fue a desvestirse. El susto que se había llevado la había dejado exhausta y solo quería meterse en la cama y descansar un poco.

Cuando se terminó de quitar el vestido y se puso el pijama, Leo se acercó hasta ella y la abrazó por detrás, apoyando la barbilla en su hombro.

— ¿Te duelen los brazos?

— Son unos simples rasguños, no me duelen tanto.

— El médico dijo que si te dolía te tomaras un calmante y ahora mismo quizá no te duela por la adrenalina, pero cuando empieces a relajarte seguro que sí.

Byanca sonrió, le encantaba cuando Leo se preocupaba tanto por ella.

— Estaré bien — dijo ella posando sus manos sobre las de él y meciéndose lentamente — . Mientras estés tú a mi lado, no tengo de qué preocuparme. Eres peor que un médico.

Él sonrió y la besó en el cuello.

— Lo mejor es que nos acostemos a dormir, se te ve muy cansada.

— La verdad que ha sido un buen susto — dijo ella sin apartarse de Leo.

— ¿Susto? Me has hecho envejecer veinte años tras esto.

Ella se giró y lo besó.

— Exagerado.

— ¿Exagerado? Empiezo a notar clareas en el pelo.

Byanca soltó una sonora carcajada y acarició la cabeza de Leo.

— La verdad es que sí que empiezas a tener entradas.

— Eres tonta — dijo él riéndose — . Venga, vamos a dormir.

Ella asintió y se metió en la cama mientras Leo se desvestía. Se puso un pantalón de pijama y se acostó a su lado. Byanca apoyó la cabeza en su hombro y empezó a acariciarle el torso desnudo mientras su mente viajaba al momento en que cayó encima de Saulo.

¿Por qué la había mirado de aquella forma mientras el médico le curaba los brazos? Ella había hecho lo que hubiese hecho cualquiera. No iba a dejar que aquella lámpara los aplastara y matara.

Lo que no lograba entender aún es que justamente cayera cuando él estaba allí. ¿Acaso alguien iba tras él para matarlo? A su mente vino la penetrante mirada de aquel hombre que luego salió del salón con paso firme.

— ¿Byanca?

La voz de Leo la sacó de su ensimismamiento por lo que levantó la mirada.

— ¿Sí?

— ¿Ocurre algo? Te noto tensa.

— Es que no dejo de pensar en lo ocurrido. Esa lámpara casi nos aplasta y quizás fue una casualidad que fuera en ese momento, pero nosotros llevábamos un buen rato bajo ella y no ocurrió nada.

— Esas lámparas pesan mucho y probablemente tenga muchos años. De todas formas, hay una investigación abierta. ¿Tienes miedo?

Byanca negó.

— No, simplemente me pareció bastante impactante todo.

— El mundo de la mafia es así.

— ¿Aún sigues con eso? Él me confirmó que no es un mafioso.

— ¿Crees que él te va a confesar sus más grandes pecados? Sabe que soy policía, no se arriesgaría a contarte algo así.

— No tiene cara de mafioso, parece un buen hombre.

— Pero no lo es, por eso no quería que trabajaras en su empresa.

— Oh por favor, Leo, no vayas a empezar ahora.

— Claro que empiezo. Eso que ha ocurrido no es producto de la casualidad, alguien va detrás de él, probablemente otro, mafioso y eso ha sido un ataque en toda regla.

— De verdad que contigo no se puede hablar de esto — dijo Byanca comenzando a hartarse de la obsesión de su novio por la mafia. Se giró dándole la espalda — . Buenas noches.

Cerró los ojos y trató de dormir.

9

Unas suaves manos acariciaron su vientre desnudo lentamente hasta que llegaron a su torso. Abrió los ojos ante ese toque, pero estaba todo oscuro y no podía ver quién estaba sobre él acariciándole tan eróticamente.

Unos labios lo sacaron de sus pensamientos cuando besaron cerca de uno de sus pezones con delicadeza. Aquel contacto lo encendió hasta tal punto que le dolía la entrepierna. ¿Cómo era posible que un solo beso le hiciera ponerse así?

Las manos que antes acariciaban toda su parte delantera llegaron a la cinturilla del pantalón del pijama y lo bajaron poco a poco para dejar al descubierto su erección, que palpitó de deseo.

Aquellas manos viajeras rodearon la base de su pene, lo que hizo que siseara, deseando más caricias que no se hicieron esperar. Entonces sintió que unos labios atrapaban la punta de su miembro y succionaban.

— ¡Dios! — exclamó él ante aquella sensación de pérdida de control.

Si seguía así probablemente acabaría corriéndose antes de poder hundirse en el cuerpo de esa mujer que lo poseía con su boca, pero ella se dio cuenta de lo que podría ocurrir así que se apartó y subió lentamente hasta posicionar su entrada sobre su inhiesto miembro.

La sintió clavarse en él poco a poco hasta que entró por completo, oyéndola gemir.

Ella tomó sus manos para llevarlas a sus pechos y le dijo:

— Tóqueme, señor Graziani, tóqueme.

Aquella voz... Reconocía aquella voz que le hablaba y le pedía que la tocara mientras sentía que llegaba al clímax.

— ¡Byanca!

Saulo se incorporó rápidamente abriendo los ojos. Tenía el cuerpo empapado en sudor y el dolor de su miembro erecto se hizo evidente. Levantó las sábanas mirando aquel bulto en su pantalón de pijama para luego pasarse una mano por el pelo.

Había tenido un sueño con su nueva secretaria.

Se levantó y se dirigió hacia el baño para darse una ducha de agua fría para serenarse. Nunca le había pasado algo así con una mujer antes. No soñaba con ellas. Era la primera vez que le pasaba y lo había dejado descolocado.

El contacto con el agua fría lo estremeció de pies a cabeza, pero era lo mejor para aplacar su lujuria. No iba a descargar sus más bajos instintos en una mujer que, a pesar de ser deseosa, estaba vetada para él. No solo era su secretaria, sino que era la novia de un policía que lo investigaba por ser un mafioso.

Tenía que poner fin a aquello, por lo que la ducha fría le ayudó un poco. Cuando acabó, volvió a su habitación y se cambió de ropa. Tenía que bajar al salón donde se había hecho la fiesta para ver el desastre.

Se vistió con unos vaqueros oscuros y una camiseta gris. Acabó el atuendo con unas deportivas y bajó al piso inferior. Los criados recogían las mesas diligentemente mientras él se acercaba hasta la lámpara que no se había movido del sitio por orden policial, ya que querían tomar huellas por si había habido manipulación para que cayera.

El cuadro, a pesar de haber estado cerca del impacto de la lámpara, apenas había sufrido daños cosa que agradeció internamente. Tras ver que todo iba poniéndose en orden se dirigió al cuarto donde se vigilaban todos los movimientos de las cámaras, hallando a los hombres viendo los vídeos de los últimos días.

— ¿Tenéis algo? — preguntó acercándose.

— Aún nada, señor. Todo normal.

— El culpable tiene que aparecer.

— Confíe en nosotros, lo encontraremos.

— Eso espero. Cuando tengáis algo, avisadme.

Los dos tipos asintieron y Saulo entonces salió de allí para ir al comedor a desayunar y leer la prensa, donde seguro hablarían de lo ocurrido ayer en su fiesta.

Cerca del amanecer, el móvil de Leo empezó a sonar con insistencia, por lo que se vio obligado a cogerlo.

— ¿Quién es?

— Leo, soy Clairee. Acaban de llamar diciendo que han encontrado dos cuerpos en el Jardín de Boboli.

— ¿En Boboli?

— Sí. Debemos ir allí, los forenses ya van de camino.

— De acuerdo — dijo pasándose una mano por el pelo — , ahora mismo

estoy allí.

— Aquí te espero, entonces.

Tras esto, Leo colgó y se incorporó. Miró hacia Byanca que estaba recostada de espaldas a él completamente destapada, por lo que sus largas piernas quedaban al descubierto.

A pesar de que se había enfadado un poco la noche anterior, cuando se quedó profundamente dormida se abrazó a él y se sintió dichoso. Después de todo, ella no podía estar lejos de él.

Se levantó de la cama intentando no hacer ruido para no despertarla y se vistió con unos vaqueros desgastados y una camisa celeste. Se ponía los zapatos cuando sintió a Byanca bostezar.

— ¿Leo? — preguntó abriendo los ojos.

— Buenos días, pequeña — dijo él sonriendo levemente.

— ¿A dónde vas?

— Me han llamado del trabajo, han aparecido dos cuerpos en el Jardín de Boboli.

Ella se incorporó con cierto asombro.

— ¿En el Jardín de Boboli?

— Sí, Clairee ya va para allá y yo debo ir.

— ¿No hay más inspectores?

Leo sonrió.

— Te prometo volver pronto — dijo dándole un beso en los labios tras colocarse la funda de la pistola.

— Siempre dices lo mismo y nunca lo cumples.

— Esta vez será verdad, ya lo verás. Siendo fin de semana poco podemos hacer, la mayoría de los forenses tienen libre y hasta el lunes no haremos mucho.

Byanca enarcó una ceja, pero aun así no lo detuvo cuando se fue, sino que volvió a acostarse en la cama a intentar dormir un rato más, pero el pensamiento le jugó una mala pasada, haciéndola volver a la noche anterior.

Aquella mirada que la había dejado sin habla. Había conseguido no dejar de pensar en él e incluso soñar con esos ojos azules que la miraban fijamente. Esto le hacía sentirse mal con respecto a Leo, era como si lo traicionara.

Negó con la cabeza y, sin poder soportar un minuto más en la cama, se levantó y se dirigió al salón. Puso la televisión y las noticias ya hablaban de lo ocurrido en la fiesta de Saulo Graziani.

De repente apareció una imagen suya en la televisión que hizo que se le cayera el mando a distancia.

— *Esta chica ha sido la salvadora del soltero más codiciado de la Toscana, solo sabemos que se llama Byanca y, que al parecer, es la secretaria de*

Saulo Graziani. ¿Será un posible affaire del señor Graziani? El problema es que esta chica es la novia del inspector de policía Leo Ruggeri, como bien demuestran las fotos donde se abrazan, que ha resuelto casos como el del asesino en serie denominado el asesino del As de corazones, deteniendo en este caso a un hombre muy poderoso de Sicilia que se escondía en Florencia. ¿Jugará esta joven a dos bandas o simplemente fue casualidad que ella estuviera justo en ese momento?

Byanca no podía creer lo que decían, hablaban de un *affaire* entre ella y su jefe, ¿cómo podían inventar algo así? Apagó la televisión indignada y se dirigió a la cocina para preparar un poco de café.

Esto tenía que saberlo su jefe, había que desmentir lo que sea que estuviera inventando esos periodistas. Ella era feliz con Leo y nadie iba a conseguir quebrantar una relación como la que ellos tenían. Se querían hasta lo indecible, eran la pareja perfecta, se complementaba al cien por cien.

¿Cómo podía contactar con su jefe? No lo vería en la oficina hasta el lunes y aún quedaba todo el domingo por delante. ¿Qué podía hacer?

De repente, su teléfono sonó, lo que hizo que se sobresaltara. Miró el aparato y descolgó.

— ¿Diga?

— ¿Señorita Marchetti?

Ella abrió los ojos sorprendida. Era su jefe.

— ¿Señor Graziani?

— El mismo. ¿Está ocupada?

— ¿Ocupada? No, no. ¿Algún problema con la agenda?

Saulo sonrió desde el otro lado de la línea.

— No, la agenda está perfectamente. Solo quería saber si iba a estar ocupada para poder ir a recoger su vestido y así hacer que lo arreglen.

— Ya le dije que no se preocupara, tampoco fue tanto.

— Por favor, déjeme compensarle lo que hizo por mí.

“Ya lo ha compensado, haciendo que salga en las noticias”, pensó ella.

— No es necesario, de verdad.

— Insisto.

Byanca suspiró cerrando los ojos, entonces una pregunta acudió a su mente.

— ¿Cómo ha conseguido mi número de teléfono?

— De su currículum, también tengo su dirección, pero quería saber primero si iba a estar ahí.

— Sí, sí estaré — dijo ella.

— Entonces estaré ahí dentro de una media hora más o menos, ¿le parece

bien?

Byanca miró el reloj que había junto a la nevera y enarcó una ceja. Apenas eran las nueve de la mañana. ¿A qué hora se levantaba ese hombre? Era sábado, por el amor del cielo. Se pasó una mano por el pelo y, al saber que estaba revuelto, miró hacia la puerta del baño.

Necesitaba una ducha, seguro que tenía restos de maquillaje en la cara.

— ¿Señorita Marchetti? — preguntó Saulo al ver que ella no contestaba.

— Sí, disculpe, ¿en media hora? Perfecto.

— De acuerdo.

Tras esto y la despedida de rigor, Byanca colgó el teléfono y corrió hacia el baño para mirarse en el espejo. Estaba hecha un desastre. Abrió el grifo para que se calentara el agua y se desnudó para verse los pequeños vendajes en las heridas de los brazos, se los quitó uno a uno y se metió bajo el agua. Tras darse una ducha rápida, pasando con cuidado el jabón por las heridas salió con intención de ir a vestirse.

Se puso unos vaqueros ajustados y una camiseta de tirantes, debía curarse los cortes y así estaría más cómoda.

De repente, sonó el timbre y ella miró el reloj. ¿De verdad había pasado media hora? Si casi no había tardado nada en el baño, ¿o sí? A veces perdía la noción del tiempo y en vez de una ducha rápida, se había dado un buen baño, justo para vestirse.

Corrió a la entrada y descolgó el telefonillo, apareciendo en la pantalla la sexy cara de Saulo Graziani. Los ojos los llevaba ocultos tras unas gafas de espejo que le sentaban de muerte.

“¡Deja de pensar esas cosas, Byanca!”, exclamó su conciencia mientras pulsaba el botón de apertura. Luego corrió hacia su habitación para colocar el vestido en la funda que lo protegería del polvo. Suspiró al ver las mangas llenas de cortes y con leves manchas de sangre.

Ese vestido le había costado bastante y sabía que el arreglo iba a ser caro, no se había esperado que su jefe se ofreciera a llevarlo a arreglar.

Tocaron en la puerta y corrió a abrir. Una vez abierta la puerta, ella lo miró de arriba abajo admirando lo bien que le sentaban los vaqueros oscuros que llevaba y la camiseta gris. En una de sus manos llevaba una chaqueta de cuero, mientras con la otra se quitaba las gafas de sol para mirarla. Ser así de guapo debía ser pecado.

Ella volvió a negar con la cabeza y lo miró a la cara.

— Buenos días, señorita Marchetti.

— Buenos días, señor Graziani — dijo ella sonriendo levemente.

Saulo le miró los brazos con las heridas y se sintió un poco culpable, y

estiró la mano para rozar uno de ellos, lo que hizo que ella se apartara siseando.

— Lo siento — dijo él — . ¿Le duelen mucho?

— No mucho, solo cuando rozan con algo. Precisamente iba a curármelas ahora, después de entregarle el vestido. Pase — dijo ella apartándose de la puerta.

Él asintió y entró en el ático de la joven fijándose en todos los detalles del lugar, incluso en las fotos donde ella estaba sonriente junto al inspector de policía. Muy felices, casi como una pareja perfecta.

— Bonito ático — dijo Saulo.

— Gracias, ¿desea tomar algo?

— Agua estaría bien — dijo acercándose a la cocina tras ella.

Byanca tomó un vaso y luego le sirvió el agua que él bebió mientras la observaba. La joven se mordió el labio inferior mientras colocaba la botella de agua sobre la encimera.

— Voy a por el vestido, seguro que tiene cosas que hacer — dijo ella señalando hacia el lugar donde estaba su habitación.

— Sinceramente, tengo la mañana libre, no tengo prisa.

Byanca asintió, pero, aun así, corrió a la habitación a por su vestido, si Leo aparecía por la puerta y veía a su jefe en la casa, lo veía capaz de sacar el arma reglamentaria para echarlo de allí.

Se giró con el vestido en la mano y se topó con Saulo frente a ella, sorprendiéndola.

10

Si vestida formalmente estaba sexy, con ropa informal lo estaba aún más. Aquellos pantalones mostraban perfectamente todas sus curvas, al igual que la camiseta de tirantes.

Cuando ella fue a su habitación a buscar el vestido, no pudo evitar que sus pies se movieran en pos de la joven y seguirla hasta allí para ver cómo cogía el vestido, inclinándose lo suficiente para apreciar su bonito trasero marcado por aquellos vaqueros.

Entonces ella se giró hacia él y chocaron sus miradas.

La joven se llevó una mano al pecho debido al susto que se había llevado.

— ¿Ocurre algo? — preguntó ella.

Él sonrió de medio lado y negó con la cabeza.

— Me gustaría usar el baño.

— Oh sí, aquí — dijo ella señalando la puerta del lavabo.

— Gracias.

Él se metió dentro, cerrando la puerta mientras Byanca se apoyaba en la pared respirando agitadamente. ¿Qué le estaba pasando con ese hombre? No podía pensar así, ella solo quería a Leo. Saulo Graziani es una provocación andante, pero ella no se iba a dejar provocar por el soltero más codiciado de la Toscana, porque ya tenía a un gran hombre a su lado al que amaba con toda su alma.

Cuando escuchó que él tiraba de la cisterna, corrió hacia el salón con el vestido en las manos. Él debía marcharse cuanto antes de allí para que ella pudiese estabilizar sus sentidos.

Lo sintió salir y se giró para mirarlo de frente de nuevo. Ella estiró el vestido para que lo cogiese.

— Aquí está, pero de verdad que no hacía falta que se ofreciera.

— Lo hago encantado, me ha salvado la vida y los Graziani pagamos

nuestra gratitud con los que nos ayudan.

A la mente de Byanca retornó la noticia que había visto en la televisión un rato antes.

— Lo mejor que podría hacer es hablar con los medios de comunicación. Hemos salido en las noticias y están haciendo correr el rumor de que tenemos un lío, yo amo a mi pareja. No quiero tener ningún tipo de problemas ni con él ni con nadie. Estoy encantada de trabajar para usted, pero no quiero que malinterpreten sobre mi vida.

— ¿Cómo que la televisión? — preguntó Saulo confuso.

— ¿No lo ha visto?

— ¿Qué tengo que ver? No había periodistas en la lista de invitados.

Byanca dejó el vestido en el respaldo del sofá y puso la televisión, en ese momento un programa del corazón ponía una y otra vez la foto de ambos tirados en el suelo y mirándose a los ojos fijamente. Le subió el volumen y él oyó cómo una de las tertulianas hablaba sobre un posible idilio entre ambos.

— No han parado... — susurró Byanca.

— Pero ¿qué cojo...? ¿Cómo entraron los periodistas en mi casa?

— No lo sé.

— No se preocupe que esto lo arreglo yo en un santiamén.

— Se lo agradecería.

— Tenga por seguro que lo solucionaré.

Ella asintió y, tras apagar la televisión, le entregó el vestido. Él lo tomó, y por alguna razón no quería irse aún, por lo que dejó la prenda sobre el respaldo del sillón y se acercó a ella.

Byanca retrocedió sin comprender aquella actitud.

— ¿Señor Graziani?

— Va a necesitar ayuda para curarse las heridas, muchas de ellas están por detrás y será difícil que se las lave correctamente.

— No... no es necesario...

— Déjeme ayudarla — dijo él empujándola levemente hacia dentro — . Supongo que tendrá el botiquín en el baño, ¿no?

— Pero...

Saulo no le hizo caso y entró con ella en el baño.

— ¿Dónde está?

— No es necesario, puedo hacerlo sola — dijo ella.

— No llegará a todas las heridas.

— Puedo mirarme en el espejo.

— No es lo mismo. Déjeme ayudarla. Vamos, siéntese.

Saulo miró en el mueble que había allí y cuando encontró el botiquín, lo

sacó, abriéndolo para ver lo que había dentro. Sacó el contenido y se acercó a ella que aún permanecía de pie. Tal era su cercanía que ella sintió su aliento y tuvo escalofríos.

Él la empujó suavemente hasta que se sentó en una banqueta que había allí. Cogió una gasa que empapó con alcohol y la acercó a una de las heridas. Byanca siseó y se apartó, pero Saulo tomó su brazo con delicadeza y volvió a pasar la gasa por las heridas.

— Escuece.

— Lo sé, pero lo que escuece cura — dijo él con voz suave para luego soplar la zona empapada.

Ella sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo tras ese gesto y lo miró fijamente. Se le veía concentrado en la tarea de pasar la gasa por las heridas para luego soplar con cuidado y que no le escociera.

Saulo levantó la mirada hacia ella y sus ojos se encontraron. Byanca sintió las mejillas arder de vergüenza ante aquella media sonrisa que él le mostraba.

— Aún no me explico qué me ocurre... — susurró él, dejando la gasa para tomar el rostro de ella entre sus manos sin dejar de mirarla.

Ella aguantó el aliento y no se movió cuando Saulo acercó los labios a los de suyos. Intentó hablar, pero de su boca no salía absolutamente nada. Estaban tan cerca...

De repente, la imagen de Leo apareció en la mente de Byanca y esta apartó la cara sin saber qué decir. El corazón le bombeaba demasiado fuerte, e como si se le fuese a salir.

Saulo se apartó y se pasó una mano por el pelo alborotándose mientras cerraba los ojos. Había estado a punto de besar a su asistente personal. Eso no debería estar pasando. Así solo conseguía aumentar sus fantasías eróticas más íntimas.

Abrió de nuevo los ojos para mirarla y negó con la cabeza.

— Lo siento.

Sin esperar respuesta, se giró y salió del baño bajo la atenta mirada de Byanca, que no se había movido del sitio. Saulo cogió el vestido y se fue del ático. Sin querer esperar el ascensor bajó las escaleras hasta llegar a la calle y se metió en su coche tras dejar la prenda en el asiento del copiloto.

Una vez dentro le dio un golpe al volante y luego apoyó la frente en este sin poder creerse aun lo que había estado a punto de hacer.

Tenía que dejar de pensar en ella de esa forma o ambos se verían en serios aprietos. La prensa estaba cerca y bastante tenía con evitar que lo pillasen en su “trabajo”, como para estar pendiente de todos sus movimientos con su secretaria.

Su móvil vibró en el bolsillo trasero. Lo sacó y, al ver quién era, contestó

rápidamente.

— ¿Qué sucede?

— Tenemos dos cadáveres en el Jardín de Boboli. Dos camareros contratados para la fiesta con restos de cristales de la lámpara caída.

Saulo se presionó el puente de la nariz con los ojos cerrados.

— Quiero saberlo todo, así que no te separes de los que estén realizando la investigación, probablemente sea el inspector que estuvo anoche en la fiesta.

— Entendido.

Colgó, y tras dejar el móvil junto al vestido, puso el coche en marcha y se alejó de allí.

Bianca había estado asomada a la ventana que daba a la calle viendo cómo él se metía en un coche de alta gama para después de un rato salir de allí. Él había estado a punto de besarla y ni siquiera opuso resistencia hasta casi ser tarde.

Leo no se merecía algo así, ella lo amaba y, sin embargo, casi se deja llevar por las dulces atenciones de Saulo Graziani. Se apoyó en la pared al lado de la ventana y se dejó caer al suelo con ese momento en la mente. Se llevó una mano a los labios que casi rozaron los de su jefe.

Negó con la cabeza. Eso no iba a volver a ocurrir. No iba a permitir que su jefe se le acercase de esa forma. Ella era muy feliz con Leo y era con quien iba a pasar el resto de su vida.

Sin querer pensar más en lo ocurrido, se incorporó y volvió al baño para terminar de curarse las heridas del día anterior.

Mientras tanto, Leo estaba en Jardín de Boboli observando los dos cuerpos en las bolsas para ser trasladados. Ambos iban vestidos con chaqueta y pantalón oscuros, camisas blancas y pajaritas negras. Justo encima del cuello de la camisa unas profundas heridas, aunque muy finas.

El forense se acercó hasta él y miró los cadáveres, negando.

— Estos dos son dignos de aparecer en la serie *Juego de Tronos*.

Leo enarcó una ceja bajo sus gafas de sol.

— ¿Qué?

El tipo lo miró con asombro.

— No me digas que no ves *Juego de Tronos*, ¿en qué mundo vives? Por favor, es la mejor serie que he visto en toda mi jodida vida.

— Tengo crímenes que resolver, no tengo tiempo para ver series de televisión.

— No sabes lo que te pierdes, amigo. Pero, a lo que iba — dijo acercándose a uno de los cadáveres mientras se ponía unos guantes de látex y se

agachaba para poner una mano sobre la herida — . Han estado a punto de rebanarles las cabezas. Utilizaron, probablemente, alambre para ahogarlos y esto ha cortado la epidermis, dejando a la vista la dermis a la que también alcanzó. Una muerte muy dolorosa porque sientes cómo te van cortando la piel con algo así y encima con la falta de aire que supone el ahogamiento.

— ¿Alguna pista que nos pueda llevar a un posible culpable?

— A primera vista no se ve nada, pero uno de ellos tiene algunas heridas en las manos, pequeños cortes, producidas probablemente por algún tipo de cristal, quizás hallemos resto de esos cristales.

— ¿Cristales?

Leo volvió a mirar los cadáveres y entonces reconoció uno de los rostros. Era el chico que le llevó el botiquín al médico que curó las heridas de Byanca la noche anterior en la fiesta. Esa ropa era la que llevaban los camareros.

— Estos dos estuvieron anoche en la fiesta de Graziani.

El forense abrió la boca, sorprendido.

— ¿Fuiste a la fiesta de Saulo Graziani? ¡No me jodas que el inspector Leo Ruggeri, que odia las fiestas de gala, acudió a una!

Leo se quitó las gafas con gesto enfadado.

— ¿Algún problema?

El tipo levantó las manos.

— Ninguno, solo me sorprende.

— Eso es lo de menos ahora. Estos tipos estaban sirviendo en la fiesta, el de las heridas en las manos trajo un botiquín para que un médico curara las heridas de Byanca. Probablemente él también recibiera parte del impacto de los cristales de la lámpara que cayó.

— Tenía que haber ido a esa fiesta, pero el traje de la boda de mi hermana me quedaba grande y no tenía nadie que me lo arreglara. Me pierdo toda la diversión.

— ¿Diversión? Esa lámpara estuvo a punto de matar a mi novia y a Graziani — dijo con cierta rabia.

— Bueno, bueno, calmemos los ánimos. Entonces dices que son cristales de lámpara.

— Exacto. Trabajaron anoche en la fiesta y al menos uno estaba en el momento del accidente con la lámpara. Quiero que encuentres huellas o lo que sea.

— Por supuesto. Sabes que nuestro trabajo es necesario para que vosotros hagáis vuestro mejor trabajo. Nos los llevamos, entonces.

El forense hizo una señal a los suyos y, tras cerrar las bolsas, se llevaron los dos cuerpos a los furgones preparados para ellos mientras otros compañeros

policías sacaban fotos del lugar o recogían alguna cosa fuera de lo común para analizarla.

Lo que Leo no sabía es que alguien cerca de él vigilaba todos sus movimientos. Una persona que todos creían que iba con la ley, pero a la que en realidad le movían sus propios intereses.

Con una sonrisa maliciosa cogió su móvil y marcó un número. Al momento cogieron la llamada.

— ¿Sí? — preguntaron al otro lado de la línea.

— Ya han encontrado los cuerpos.

— Perfecto. No habrás dejado ninguna pista sobre nosotros, ¿verdad?

— Tranquilo, que las pruebas apuntarán todas a quien deben apuntar.

— Me encanta. Procura que todo salga como lo planeamos anoche después de fracasar en nuestro intento de matar a Graziani. Averigua todo lo que sepas de la chica. Mucho me temo que nos va a dar problemas en el futuro.

— Algo sé, pero intentaré averiguar más sobre ella.

— Cuando tengas algo interesante me avisas.

— No lo dudes.

Sin esperar respuesta, apartó el móvil de su oreja y lo metió en el bolsillo tras colgar. Si esa chica se interponía en sus intereses, no dudaría en dejarla como a esos dos inútiles que no habían sabido hacer bien su trabajo.

11

Saulo llegó al almacén donde se iba a reunir con algunos de sus hombres. Estos esperaban sentados alrededor de una gran mesa que habían puesto en el centro. Se sentó en la silla que había libre y los miró a todos.

— ¿Se sabe ya cuándo llegará la droga?

— Ha habido un pequeño problema — dijo uno de ellos.

— ¿Cómo que un pequeño problema? — preguntó Saulo mirando al tipo — . La droga tenía que haber estado aquí hoy.

— Hemos intentado ponernos en contacto con el capitán del barco, pero no contesta nadie y el barco está aquí atracado.

— ¿Sabéis que barco es?

— Sí, claro, pero es peligroso ir allí ahora — dijo el tipo al ver las intenciones de su jefe.

Saulo se levantó y dio un par de vueltas, pensando.

— ¿Dónde está?

El tipo al imaginarse lo que iba a hacer, se incorporó y negó con la cabeza.

— Es peligroso, señor.

— Dime dónde está, debo comprobar que la droga está dentro.

— Probablemente la droga esté dentro, pero fuera del barco están los hombres de Zanetti.

Saulo se llevó las manos a la cabeza.

— Lo sabía — se detuvo y volvió a mirar a su esbirro — . ¿Dónde está el barco? — Al ver que no contestaba golpeó la mesa con fuerza — . ¿Dónde cojones está el barco?

— Está frente al almacén de pescado.

— Perfecto, dame tu arma — dijo estirando el brazo.

El esbirro miró a sus compañeros que no habían dicho ni una palabra en toda aquella discusión porque ya conocían a su jefe y lo instaron a darle el arma,

si no se la daba iba a ser peor.

— Iré con usted.

— No. Si me ven acompañado se formará una guerra y no quiero perder a ninguno de los míos. Iré solo. No me verán.

— Es peligroso, señor.

— ¡Dame tu arma de una maldita vez! — rugió Saulo. El hombre sacó su arma y se la tendió a su jefe, resignado — . No quiero que nadie me siga, ¿entendido?

Los hombres se miraron entre ellos y luego asintieron. Lo mejor era no desobedecer las órdenes de su jefe o las consecuencias serían muy malas.

Saulo salió del almacén y se dirigió hasta el barco que traía la droga que había mandado traer. Se escondió detrás de un vagón de carga para ver lo que allí pasaba, percatándose de que había dos tipos en la misma entrada del barco. Intentó buscar más secuaces de Zanetti, pero solo parecían estar aquellos dos. Sería fácil matarlos para entrar.

Maldijo para sus adentros al ver que la pistola no tenía silenciador y decidió arriesgarse. Asomó parte de su cuerpo con el arma en alto y disparó a uno de ellos, dándole de lleno en la frente. Saulo volvió a esconderse en el momento en el que el otro tipo levantaba su pistola y se acercaba a su compañero, que permanecía tirado en el suelo con los ojos y la boca abiertos en una mueca un tanto grotesca.

Era el momento, por lo que volvió a asomarse y disparó al otro hombre, que acabó tirado encima del otro con un tiro atravesando su sien.

Saulo sonrió ante su puntería, había mejorado mucho desde la última vez que había usado un arma. Siempre estaban sus hombres para protegerlo y él apenas tenía que hacer nada, por eso disfrutaba cuando podía ir solo y matar a sus enemigos, la adrenalina se le subía tan rápido que no le importaba correr riesgos.

En parte, necesitaba esa adrenalina para olvidar lo que había pasado hacía tan solo unas pocas horas en la casa de Byanca. Ella era de otro hombre y no tenía derecho ninguno sobre ella.

Tomó aire y se asomó para ver que nadie aparecía por la zona, así que aprovechó y se dirigió al barco con el arma preparada para disparar si se presentaban enemigos. Una vez dentro, se dirigió a la zona inferior hasta llegar a la bodega, donde había varias cajas de madera de tamaño medio. Todas estaban atornilladas, por lo que buscó algo con que hacer palanca.

Encontró una barra de metal con la cual abrió una de las cajas y vio dentro varias bolsas con polvo blanco. Saulo sonrió. Al menos la carga estaba en perfecto estado. Cuando saliera, hablaría con sus hombres para que fueran

sacando la carga y metiéndola en su almacén.

De repente, un ruido en la parte alta lo alertó y preparó su arma para defenderse de quien quiera que fuese. Varios pasos bajaron las escaleras y se vio obligado a esconderse tras una montaña de cajas para que no lo viesen.

Cerró los ojos por un instante y se concentró en respirar pausadamente, entonces se abrió la puerta y tres hombres entraron en la bodega.

— ¡Sabemos que estás aquí así que sal de tu escondite o será peor!
— exclamó uno de ellos con un fusil de asalto en las manos.

Saulo sonrió y negó con la cabeza. Si creían que iba a salir para entregarse por las buenas, iban listos.

Los hombres comenzaron a moverse con sus fusiles, preparados para disparar en cualquier momento. Si no hacía algo lo cercarían y estaría en serios problemas. Sin pensarlo sacó su móvil y escribió un rápido mensaje a sus hombres para que vinieran a por él. Volvió a guardar el aparato en sus vaqueros y trató de vigilar desde su posición con la pistola preparada.

— Seguro que eres un miembro de los Graziani ¿verdad? Os gusta jugar al gato y al ratón.

Si supiera quién era realmente, no habría dicho lo mismo. Los Zanetti le temían, pero no estaba de más estar preparado. Al ver que uno de ellos se acercaba, disparó, pero esta vez no acertó y tuvo que volver a esconderse cuando vio que varios disparos iban hacia él.

— Joder... — susurró respirando agitadamente.

Cuando se calmó un poco la situación volvió a asomarse y tuvo que esconderse de nuevo, porque otra tanda de disparos se dirigió hacia él.

— No tienes nada que hacer contra nosotros. Somos tres y tú solo uno.

— ¿De verdad piensas que eso me aterroriza? — preguntó Saulo con sarcasmo — . Se nota que no me conoces.

— ¿Debería?

— Por supuesto que deberías — dijeron a su espalda.

Saulo suspiró aliviado al oír la voz de uno de sus hombres, por lo que aprovechó y se levantó de donde estaba escondido, sin embargo, un fognazo en el hombro le hizo sisear y caer de rodillas. Se llevó la mano al lugar y notó la tibieza de la sangre correr por su camiseta.

Le habían disparado. Miró a su espalda y vio a uno de los Zanetti apuntándolo con su fusil de asalto, dispuesto a dispararle otra vez, por lo que se levantó rápidamente para correr hacia otro lugar menos peligroso.

— ¡Tenemos que salir de aquí! — gritó Saulo a sus hombres.

El cabecilla de su grupo asintió y, tras lanzar varios disparos, cubrió a su jefe al igual que los cuatro que habían ido a ayudarlo. Cuando lograron subir a

cubierta, se dirigieron a la pasarela para bajar. Allí los esperaba un furgón negro en el que subieron rápidamente.

Saulo gruñó dolorido taponándose la herida.

— Esa herida tiene muy mala pinta, señor.

— Olvídate de ir a un hospital — dijo viendo las intenciones de su hombre — . Avisad a Salvatore, rápido.

El tipo asintió y tomó su móvil para llamar al hombre que más de una vez había salvado la vida de todos los que trabajaban para los Graziani. Se unió a las filas hacía tiempo por una deuda de juego contra Saulo.

Él había estudiado medicina como toda su familia, pero al ver que trabajar en un hospital no era lo suyo, desafió a su padre metiéndose en medicina forense hasta conseguirlo. Empezó a jugar al póker, en donde perdía grandes cantidades de dinero, hasta que una noche topó con Saulo. Esa noche perdió demasiado y, al ver que no podía pagarlo, este le ofreció trabajar para la mafia eliminando pruebas que lo pudieran acusar. No pudo negarse, él conocía muy bien los trabajos de la mafia y no quería acabar igual, así que aceptó.

Poco a poco fue ganándose la confianza de Saulo y se volvió uno más dentro de la familia Graziani.

El hombre que estaba al lado de Saulo colgó y miró a su jefe.

— Dice que vendrá en su ayuda, pero necesita saber el sitio exacto.

— A la casa de campo — dijo haciendo una mueca de dolor mientras su frente sudaba copiosamente.

— Entendido.

Saulo asintió levemente y sintió cómo le pesaban los párpados hasta que, sin poder evitarlo, perdió el conocimiento.

El que conducía se dio prisa en llegar a la casa de campo que tenía la familia Graziani. Entre dos hombres bajaron a Saulo y lo metieron dentro a la espera de que llegara Salvatore para curarlo.

Salvatore se quitó la bata para dejarla en su taquilla. Debía salir rápido hacia la casa de campo de Saulo Graziani. El último mensaje lo tenía preocupado. Había perdido el conocimiento y era posible que la bala estuviese dentro de su cuerpo.

Justo cuando iba a salir, se topó con el chico que había ido a recoger los cuerpos del Jardín de Boboli.

— ¿A dónde vas? Te necesito para dos autopsias.

— Ahora mismo no puedo, me ha surgido un problema.

— No puedes irte.

— Porque tú lo digas, chaval. Mira como me largo.

Sin esperar ningún tipo de respuesta se fue de allí bajo la asombrada mirada del tipo, cosa que hizo sonreír a Salvatore. Salió de la comisaría para dirigirse a su coche, un Honda Civic type R de color negro. Él era de tecnología japonesa más que italiana y adoraba su coche más que a nada. Bueno... a casi nada.

No pudo evitar pensar en su viudita con una leve sonrisa en su rostro. Ella era otra de las cosas que más adoraba y, a pesar de no tener ninguna oportunidad, en su mente se permitía soñar que estaban juntos.

— Deja de pensar en ella, Fabreschi, no es para ti — se dijo mientras giraba en una curva.

Para olvidarse de ella, puso la música a todo volumen hasta que llegó a la casa de campo de Saulo. Una vez allí, se bajó y cogió el maletín que llevaba en el maletero del coche.

Se dirigió a la entrada de la casa y, sin siquiera tocar, abrió. Sabía que estaría abierta para su llegada. En el pasillo se topó con uno de los hombres del mafioso y este le hizo una señal hacia arriba.

Salvatore asintió y subió corriendo las escaleras hasta llegar a la habitación donde estaba Saulo, la última de todas y la más grande. Dentro estaba Saulo recostado en la cama, sudando profusamente mientras jadeaba por el dolor. Su hombre de más confianza estaba al lado de la cama.

— ¿Aún no ha recuperado el conocimiento? — preguntó Salvatore sacando unos guantes del maletín para ponérselos.

— No, pero de vez en cuando dice cosas.

Salvatore le apartó la camiseta a Saulo y examinó la herida que tenía en la parte de atrás del hombro, pero no había orificio de salida así que la bala estaba incrustada aún en su cuerpo.

— Tenemos un problema. La bala está alojada dentro y habría que operar para sacarla porque sin radiografía ni nada, no sé dónde puede estar exactamente. No sé si tendré todo el instrumental aquí — dijo mirando en su maletín.

— Pero podrá salvarlo, ¿no?

— Byanca... — decía Saulo entre jadeos.

Salvatore enarcó una ceja.

— ¿Quién cojones es Byanca?

— No lo sé, la ha nombrado varias veces.

— Vaya, vaya, parece que nuestro jefe tiene a una nueva mujer en la que pensar. Le ha calado hondo para nombrarla en sus delirios. Pero, a lo que íbamos. ¡Hay que sacar esa bala ya! Así que busca todo el alcohol que haya en esta casa.

El tipo asintió y salió de la habitación rápidamente mientras Salvatore incorporaba a Saulo.

— Siento mucho esto, pero tienes más dinero del que puedas imaginar para comprarte otra camiseta — dijo mientras la rompía y se la quitaba.

Al momento apareció el ayudante y le tendió varias botellas de bebidas alcohólicas.

— Es lo mejor que he podido encontrar.

— Servirá — cogió una y la puso contra los labios de Saulo — . Será mejor que bebas.

La inclinó un poco y parte del líquido cayó fuera, el resto entraba en su garganta a duras penas. Cuando le dio suficiente, dejó la botella cerca y buscó el bisturí que había dejado sobre la cama.

Le hizo una señal al tipo para que lo ayudara. Este obedeció y, entonces, Salvatore procedió a hacer un corte en el hombro.

Saulo gruñó y volvió a jadear.

— Aguanta, compañero — dijo Salvatore.

Hurgó un poco en la herida abierta tratando de hacer el menor daño posible hasta que topó con la bala que sacó con delicadeza. Los gruñidos de Saulo cobraron intensidad cuando la bala fue extraída por completo.

Por suerte, no había perdido demasiada sangre en la intervención que procuró acabar rápidamente cosiendo la herida para luego vendarla y colocarle el brazo en cabestrillo.

Tras acabar, se limpió el sudor y entonces le dio un trago a la botella que había dejado sobre la mesa.

— Da gusto beber *whisky* del caro tras una intensa operación, sí señor.

El tipo recostó a su señor y salió de allí para informar a sus compañeros.

12

Horas más tarde, Saulo abrió los ojos con un gemido de dolor. Miró a su alrededor, confuso hasta que reconoció la habitación de su casa de campo. Intentó incorporarse, pero el dolor en su hombro le hizo desistir de la idea y permanecer recostado.

Entonces la puerta se abrió y vio aparecer a Salvatore.

— Vaya, el bello durmiente ha despertado.

— Déjate de tonterías. ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

— Desde ayer. Estamos a domingo.

— Tengo que volver.

— Estás herido. He tenido que operarte, ¿de verdad crees que iba a ser tan fácil? — Saulo le echó una mirada enfadada y Salvatore levantó las manos — . Vale, me rindo, es imposible hacerte entrar en razón. Acabas de salir de una operación y estoy esperando por si hay riesgo de infección, pero como no quieres hacerme caso... adelante. Haz lo que te dé la gana.

Saulo, entonces, sonrió levemente.

— Parece mentira que no me conozcas, Salvatore.

— Te conozco demasiado.

— Pues ayúdame a levantarme y llévame a la mansión Graziani.

— ¿En mi coche? Olvídalo, que te lleven los tuyos en el furgón. Quiero demasiado mi coche como para que se llene de sangre.

— Eres un imbécil, sabes que no puedo ir en el furgón.

Saulo se incorporó lentamente e hizo una mueca de dolor. Luego miró a Salvatore.

— Pero sí en el coche de un forense que colabora con vosotros... ¿quieres que me descubran? Puedo ir a la cárcel por ayudarte.

— Joder, Salvatore, tienes los cristales tintados, nadie se enterará.

El forense suspiró, masajeándose el puente de la nariz para luego volver a

mirarlo.

— Al menos ponte una camiseta.

Saulo sonrió y se acercó hasta un ropero del que cogió una camiseta blanca que trató de ponerse tras sacar el brazo del cabestrillo. Cuando la tuvo puesta se dirigió a la puerta de la habitación.

— Debemos salir ya.

— A sus órdenes — dijo Salvatore haciendo un saludo militar.

Ambos soltaron una carcajada y bajaron las escaleras para luego salir de la casa. En pocos minutos pusieron rumbo a la mansión Graziani.

— Probablemente no haya nadie en la casa, así que no te preocupes porque te vean. Mi hermana y mi futuro cuñado tenían planeado irse este fin de semana a Venecia a pasear en góndola.

— ¿No se aburre? La góndola ya empieza a ser cansina.

— Ella parece que no se cansa, es una romántica. No hace más que nombrar a Piero cada tres palabras.

— Bueno, tú tampoco te quedas atrás — dijo Salvatore sonriendo.

Saulo enarcó una ceja y lo miró.

— ¿Qué? — preguntó confuso.

— Byanca... ¿te suena de algo? — Saulo se puso pálido de repente sin dejar de mirar a su amigo, cosa que hizo sonreír a Salvatore — . No dejabas de nombrarla en tus delirios, ¿puedo saber quién esa tal Byanca que te tiene así? Es la primera vez que nombras a una mujer así.

— Así ¿cómo?

— Con desesperación y anhelo. Tío, cualquiera diría que estuvieras a las puertas de la muerte con aquellos gemidos. Venga, ¿quién es?

Él cerró la boca, no queriendo decir nada, pero luego suspiró y se pasó una mano por el pelo.

— Es mi nueva secretaria, está sustituyendo a Agnese, que está a punto de dar a luz.

El forense soltó un bajo silbido.

— Chica nueva en la oficina, ¿cuándo piensas ir a por ella?

— No, ella está prohibida.

— ¿Prohibida? ¿Qué quieres decir?

— Es la novia del inspector Leo Ruggeri.

Salvatore dio un frenazo y lo miró.

— El mundo es un puto pañuelo. ¿Tu secretaria es la novia del inspector? ¿De Ruggeri?

— Exacto, por eso está prohibida. Estuve a punto de besarla ayer.

— Es la que te salvó del incidente de la lámpara, ¿verdad? No dejan de

salir las imágenes en la televisión y en internet, con lo buena que está no me paré a leer y oír nombres.

Saulo se cubrió los ojos con el brazo sano y suspiró.

— Malditos periodistas, siempre metidos en donde nos les llaman. Ahora tendré que llamar a mi abogado para que haga lo que tenga que hacer y que no sigan filtrando noticias falsas.

— ¿De verdad piensas que se darán por vencidos?

— Debo hacerlo. Ella quiere a su novio y no quiere que esto le afecte.

Salvatore asintió.

— Lo tienes muy complicado.

— Lo sé.

El resto del camino se produjo en silencio y, cuando llegaron a la mansión Graziani, él se bajó del coche. Salvatore lo imitó y lo miró.

— Mañana me pasaré para ver cómo sigue esa herida.

Saulo asintió.

— ¿Podrías avisar a mis hombres para que me traigan el coche? El vestido de Bianca está dentro para llevarlo a arreglar. Cuando me salvó, los cristales rompieron las mangas.

El forense enarcó una ceja.

— ¿Su vestido? Me dejas anonadado, amigo. Lo tuyo es grave.

Saulo lo miró con cara de pocos amigos y, sosteniendo el brazo herido, entró en la mansión, donde el mayordomo ya le esperaba con la puerta abierta.

Salvatore negó con una sonrisa. Cuando la puerta se cerró, mandó un mensaje a uno de los hombres de Saulo para lo del coche y se metió en el suyo para dirigirse a su casa.

Una vez llegó allí, dejó el coche aparcado delante de la puerta de su casa y salió de este. Cuando estaba a punto de entrar, miró a un lado y vio a la mujer que le robaba el sueño por las noches, corriendo como todos los días.

Vestía ropa de deporte, demasiado sexy, para despertar el deseo de los hombres. Su larga melena castaña la llevaba recogida en una coleta que se balanceaba con cada trote que daba. Sus ojos azules oscuros los llevaba ocultos tras unas enormes gafas de sol.

Sin poder evitarlo, Salvatore se interpuso en su camino y ella se detuvo bruscamente. Intentó esquivarlo, pero él se lo impidió.

— Déjame pasar — dijo ella moviéndose a los lados para pasar.

— No, tenemos que hablar.

— Tú y yo no tenemos nada de qué hablar, creo que quedó muy claro la última vez que nos vimos, así que déjame pasar.

Ella consiguió esquivarlo, pero Salvatore la agarró del brazo y la atrajo

hacia sí.

— Sigues llorándole a alguien que no amas, Giulia. Sabes perfectamente que él no era el hombre de tu vida. Aquella noche me demostraste que no amabas a Lucio.

— ¡No te atrevas a decir su nombre! No te consiento que insultes su memoria. Tú eres uno de los culpables de su muerte, si le hubieses atendido ahora estaría vivo.

— No, Giulia. Le dispararon en el corazón, no pude hacer nada por él.

Ella le golpeó en el torso con fuerza.

— ¡Mientes! ¡No querías salvarlo! Me lo dijiste, que ibas a hacer todo lo posible para que nos separáramos. Lo conseguiste, pero jamás seré tuya. No pienso perdonarte jamás.

— Nunca digas de este agua no beberé, Giulia, se podría volver en tú contra.

— Jamás, óyeme, jamás seré nada tuyo, no quiero verte, quiero que me olvides y que me dejes en paz.

Salvatore la agarró con fuerza y la besó, sorprendiendo a Giulia, que se removió para apartarse, cayendo las gafas de sol con el movimiento. Las lágrimas comenzaron a empapar sus pestañas y correr libres por sus mejillas.

Intentó luchar contra él, pero las fuerzas le fallaron y solo podía sollozar contra los labios de Salvatore. Él se apartó y la miró. Sus ojos estaban opacos por la falta de vida, bajo sus ojos las ojeras se acentuaban y era la razón de llevar las gafas de sol.

— Giulia...

— Aquella noche fue el comienzo de mi tormento, tú eres el causante de toda mi desgracia, Salvatore. Destruiste mi perfecta vida al lado de Lucio.

— No lo amabas.

— ¡Claro que lo amaba! El problema es que apareciste tú y pusiste mi mundo patas arriba. Le contaron todo, no sé quién fue, pero cuando se enteró llegó hecho una furia a casa, luego salió por una llamada de Saulo y no volvió. Lo mataron. Hoy hace dos meses que lo mataron, Salvatore, dos meses desde que lo dejaste morir.

El forense se alejó un paso y ella aprovechó para alejarse de allí rápidamente.

Giulia corrió todo lo que pudo hasta que llegó a su casa. Una vez cerró la puerta se apoyó en ella, llorando desconsoladamente.

¿Por qué Salvatore tenía que hacerle aquello? Había destrozado su vida y la de Lucio. Se dejó caer en el suelo mientras los sollozos se hacían cada vez más audibles hasta que poco a poco fueron bajando de intensidad.

Aún recordaba cuando Lucio llegó a la casa hecho una furia y le insultó diciéndole de todo por haberse acostado con Salvatore. Ella intentó explicarse, pero no le dejó hablar, incluso estuvo a punto de golpearla, deteniéndose en el último momento.

Tras esto se fue de allí para ayudar a Saulo con una nueva carga de droga. Ella había intentado mantenerse alejada del mundo de la mafia y quiso convencer a Lucio, pero nunca le hizo caso y ahí estaban las consecuencias. Esa misma noche recibió un disparo que lo mató.

Giulia ni siquiera pudo despedirse de él, se había ido enfadado con ella y era una carga que llevaría toda su vida sobre los hombros. Saulo intentó ponerse en contacto con ella varias veces para protegerla, pero se había negado a contestarle las llamadas, dejando mensajes en el contestador. Ella quería alejarse de ese mundo y de Salvatore.

Se levantó para dirigirse a la cocina, pero las náuseas hicieron presencia y tuvo que correr al baño. De rodillas frente al inodoro vomitó lo poco que había conseguido desayunar aquella mañana. Cuando acabó, se incorporó y se lavó la cara.

Cuando se la secó vio el test de embarazo que había dejado en el lavamanos. Lo tomó entre sus manos apreciando el color rosa que lo teñía y que le indicaba lo que había estado temiendo desde hacía varios días.

Estaba embarazada de Salvatore. Sabía que era de él porque ella y Lucio llevaban años intentándolo y no lo habían conseguido, llegando a sospechar que uno de los dos eran estériles. Algo le decía que Lucio lo sabía y nunca le dijo nada porque guardaba la esperanza de que llegara un día en el que ella le diera la gran noticia.

Las lágrimas volvieron a hacer acto de presencia en sus ojos y se cubrió la cara, no queriendo verse. Salió de allí y se metió en la habitación que había habilitado para ella. Se negaba a entrar en la que había compartido con Lucio y que fue testigo del idilio con el forense mientras su marido estaba en una de sus misiones. La había cerrado con llave tras sacar todas sus cosas.

Se acostó en la cama con las manos sobre el vientre.

Unos gemidos lastimeros se oyeron cerca de la cama y vio a su perro Lucca subirse a esta para ponerse junto a su dueña. El único apoyo que había tenido tras la pérdida de su marido. El gran dóberman lamió una de sus manos, lo que la hizo sonreír levemente.

— Lucca, vamos a tener un nuevo miembro en nuestra pequeña familia — dijo ella con voz temblorosa acariciándose el vientre. El perro pasó su hocico por el vientre de la joven, que acarició la cabeza del animal — . Vas a tener que cuidarlo mucho.

Lucca ladró suavemente y ella cerró los ojos agradecida. Su perro cuidaría de ambos. Salvatore no podía enterarse del embarazo.

El timbre sonó y ella se incorporó frunciendo el ceño. Se dirigió a la puerta y miró por la mirilla. Una precaución que había aprendido de Lucio. Al no ver a nadie, abrió la puerta mirando a su alrededor.

Entonces vio una caja en el suelo. Una alarma interna le hizo cerrar la puerta rápidamente y mirar a los lados sin saber qué hacer. Se alejó unos pasos recordando las palabras de Lucio.

“Si ves algo sospechoso y no estoy cerca, llama a Graziani, él puede protegerte, no lo dudes y llámalo”.

Corrió en busca de su móvil y buscó en la agenda el número de Saulo Graziani. Temía que no le contestara cuando ella se había negado a recoger sus llamadas.

Un par de tonos más tarde, alguien cogió la llamada.

— ¿Diga?

— ¿Saulo Graziani?

— El mismo, eres la mujer de Lucio, ¿verdad?

¿Cómo lo había sabido?, pensó ella aterrada.

— Sí, pero...

— ¿Cómo lo he sabido? Lucio memorizó tu número en mi móvil e hizo lo mismo con mi número en el tuyo. Esperaba que contestaras un día de estos.

— Lucio me dijo que podía pedirte ayuda siempre que lo necesitara, ¿eso es así?

— Por supuesto, aunque quieras negarlo, perteneces a la familia, yo apreciaba mucho a Lucio y sé que te quería.

Giulia evitó llorar.

— Pues necesito ayuda.

— ¿Qué ocurre?

— Alguien ha dejado un paquete en la puerta de mi casa.

— No te preocupes, mandaré a un par de hombres para allá, mantente tranquila.

— Gracias.

— De nada.

Hubo unos segundos de silencio en los que ella quiso decir algo y, tras mucho dudar, sus labios hicieron una pregunta que esperaba tener respuesta.

— ¿Lucio me quería?

— Con cada fibra de su ser, me lo dijo antes de morir.

— Oh, Dios.

La joven se cubrió la boca mientras sollozaba desconsoladamente.

Saulo sintió a la mujer de Lucio llorar con audibles sollozos, por lo que esperó a que se calmase.

La imagen de su amigo tirado en el suelo con la sangre corriendo por su cuerpo tras el disparo no se le iba de la cabeza. Recordaba haberse acercado corriendo y agarrado la cabeza. Un rato antes le había contado la infidelidad de su mujer, pero en ese momento, mientras la vida se le iba, él le susurró algo que jamás olvidaría.

“Dile que no la odio, que la quiero con cada fibra de mi ser”. Al acabar de decir estas palabras, dejó de respirar. Recordó cerrar los ojos de su amigo con una terrible congoja.

Cuando los sollozos bajaron de intensidad, esperó a que ella hablara.

— Gracias.

— No hay de qué, todos cometemos errores.

— No lo merezco, soy una mujer terrible.

— Ninguna mujer puede ser terrible, cada uno tiene sus razones para hacer lo que hace y yo no pienso juzgarte, lo que quiero es que, si mis hombres ven algo peligroso en esa casa te vengas aquí para protegerte. No me perdonaría que la mujer de mi amigo sufriese estando sola.

— Pero... tengo un perro.

— Lo sé, si te vienes, él también, tengo muchos perros con los que puede jugar. — Al otro lado de la línea se oyó el timbre — . Seguro que mis hombres llegarán de un momento a otro desde que los mande, ve a recibirlos y diles que me informen de lo que hay en esa caja.

— Sí.

Tras esto, ambos colgaron y Saulo se recostó contra la almohada. El brazo le dolía horrores. Buscó en su mesilla de noche algo para el dolor, pero no había nada así que tuvo que bajar al botiquín.

Se tomó una pastilla y volvió a su habitación, en la que en ese momento estaba sonando su móvil. Rápidamente lo cogió y vio que era uno de sus hombres.

— Dime.

— La caja contiene fotos de Giulia, señor, en diferentes sitios e incluso en su propia casa a través de las ventanas.

— Alguien la espía — murmuró para sí — . Decidle que recoja lo esencial y se venga con su perro, que ya iremos a recoger lo que necesite.

— Entendido.

Dicho esto, Saulo dejó el móvil y miró al techo.

— Tus sospechas no eran infundadas, Lucio.

Empezaba a notar en su cuerpo los efectos de la pastilla para el dolor y si no se levantaba se quedaría dormido. No era de buena educación no recibir a los invitados, por lo que se levantó y se dirigió a su despacho sin dejar de agarrarse el brazo.

Se sentó a la mesa para revisar algunos documentos que tenía pendientes. Tras un rato, llegó uno de los hombres que habían estado en el almacén cuando el tiroteo, avisando de que el coche ya estaba en el garaje. Saulo asintió y se dirigió a este para comprobar que el vestido estaba donde lo había dejado.

Lo cogió y lo llevó hasta su habitación. Una vez allí, lo colgó y abrió la funda que lo protegía. El vestido que había despertado sus más ocultas fantasías. Acarició la tela con los dedos y se acercó para oler la fragancia de Bianca impregnada en aquella prenda. El olor a azahar lo impregnó y sonrió levemente. Olía tan bien.

Agachó la cabeza mientras negaba al darse cuenta de lo que le estaba ocurriendo. Si no dejaba de pensar en ella se volvería loco. Ella era feliz con su novio, no podía romper algo que a simple vista se veía especial. Se alejó mientras se pasaba la mano sana por el pelo.

— Olvídala, Saulo, es lo mejor. Ella es solo tu secretaria hasta que vuelva Agnese, nada más.

Le dio la espalda al vestido y salió de la habitación. Cuando llegó al piso inferior tocaron el timbre y el mayordomo fue a abrir. Él esperó junto a las escaleras para ver entrar a la mujer de Lucio con una maleta de ruedas y a su perro a su lado.

La mujer miraba todo a su alrededor, apreciando la opulencia del lugar.

— Bienvenida — dijo Saulo frente a ella.

Giulia levantó la mirada hacia él sin saber si sonreír o simplemente quedarse como estaba, prefirió solamente contestar.

— Gracias.

— He mandado preparar una habitación que espero sea de tu agrado. Intentaremos solucionar lo ocurrido con el que dejó esa caja en tu casa. ¿Has comido algo?

— La verdad es que no tengo mucha hambre, no me encuentro muy bien.

— Entonces te acompañaré a tu habitación para que descanses.

Ella asintió y luego miró a su perro.

— ¿Puede ir Lucca conmigo?

— Claro que sí. Entiendo que quieras estar con tu perro en un lugar desconocido.

Giulia agarró la correa del perro y siguió a Saulo, que comenzaba a subir las escaleras. La llevó por un pasillo hasta llegar a una puerta de madera oscura que estaba cerrada y la abrió.

Él la instó a entrar y ella lo hizo. Una vez dentro se sintió asombrada ante la decoración. Una enorme cama de colcha blanca y respaldo de madera oscura presidía el lugar. Varios muebles más bien dispuestos y un enorme ventanal que daba al exterior. El perro se soltó del agarre de su dueña e inspeccionó la habitación olfateando todo.

— Creo que a Lucca le gusta, espero que a ti también.

— Es una habitación preciosa, gracias.

— De nada, si necesitas cualquier cosa no dudes en pedirlo.

— Lo tendré en cuenta, ahora me gustaría descansar un poco.

— Estás en tu casa.

Giulia cerró la puerta y se apoyó en esta. Aquello era demasiado para ella sola. Aunque seguro que cuando naciera su bebé podría añadir algunos muebles y la cuna para hacerla más acogedora. Se llevó las manos al vientre.

— Bueno, pequeño, este va a ser nuestro nuevo hogar, al menos de momento.

Dicho esto, se alejó de la puerta y se dirigió a la cama donde se recostó. Lucca la siguió y se acostó a su lado. Giulia cerró los ojos y al momento se quedó profundamente dormida.

Al día siguiente, Bianca fue a la oficina intentando no pensar en el encuentro que se produciría con su jefe. Aún se sentía aturdida por el beso que él había estado a punto de darle. El corazón le latió con fuerza al recordarlo.

— ¿Estás bien? — preguntó Leo a su lado que la llevaba a su trabajo.

Ella dio un respingo y lo miró.

— ¿Qué?

— Estás ida esta mañana, ¿ocurre algo?

Ella negó con la cabeza.

— No, es solo que anoche no dormí bien.

— Lo sé, no dejabas de dar vueltas, yo tampoco podía dormir y me puse a leer el informe de los asesinatos.

— Seguro que te desperté.

— No, no me despertaste tú, tranquila.

— ¿De verdad?

— En serio — dijo él acariciándole la rodilla cubierta por un pantalón de pinza azul a juego con su chaqueta.

Debajo llevaba una blusa blanca y lucía unos zapatos de tacón abiertos del mismo color que el pantalón y la chaqueta.

— Deberías dormir más — dijo ella preocupada al verlo tan ojeroso, aunque lo ocultaba tras sus gafas de sol.

— Estoy bien, siempre puedo echarme una siestecita en la comisaría — dijo él sonriendo.

Ella sonrió también y le acarició la mejilla. Entonces el coche se detuvo en la puerta de la oficina y ella sintió como el corazón golpeaba con fuerza contra sus costillas. Se giró hacia Leo y le dio un beso en los labios para salir de allí y que no notara su nerviosismo.

Cuando entró en el edificio, se dirigió a los ascensores y subió hasta la planta donde estaba su mesa. Al llegar, se sentó y encendió el ordenador. Rápidamente se puso a trabajar en lo que había dejado pendiente el viernes.

Un rato más tarde lo vio aparecer con un traje de color gris que se ajustaba perfectamente a su cuerpo, como hecho a medida.

Ella lo miró por unos instantes para luego volver la vista a la pantalla del ordenador y seguir con lo suyo.

Saulo pasó por su lado.

— Buenos días, señorita Marchetti.

Byanca dio un brinco y lo miró.

— Buenos días, señor Graziani — dijo ella intentando sonreír.

— Me gustaría hablar con usted dentro de unos diez minutos más o menos.

— Entendido, señor.

Tras esto Saulo entró en su despacho y Byanca se llevó una mano al pecho respirando profundamente. Tras un par de minutos, sonó el teléfono de llamada interior y ella contestó.

— Cuando quiera, puede pasar.

— Sí, señor Graziani.

La joven se levantó y se acercó hasta la puerta, tomó una gran bocanada de aire y abrió la puerta.

— Adelante.

Ella cerró la puerta y se acercó hasta la mesa.

— Aquí tiene unos informes que hay que archivar — dijo él cogiendo varias carpetas para entregárselas.

— Perfecto, ¿alguna cosa más?

Saulo se levantó y se acercó a ella. Byanca retrocedió un paso.

— Quería disculparme por mi comportamiento del otro día. No debí hacer lo que hice.

— Eso está olvidado, señor, supuse que fue un error por su parte y no lo he tomado en cuenta.

— Me alegra saberlo — dijo él sonriendo levemente, aunque empezaba a notar que el brazo le dolía horrores.

— Entonces si no hay nada más que decir, me llevaré las carpetas para archivarlas.

— Perfecto — dijo él volviendo a su asiento.

De repente se sentía mareado. Se llevó una mano al brazo herido y gimió. Iba a tener que llamar a Salvatore para que le viese la herida, porque algo le decía que estaba mal. Miró su hombro y vio que se le empezaba a formar una pequeña mancha de sangre.

Maldijo para sus adentros. Cogió el teléfono e intentó marcar el número del forense, pero tras varios tonos, volvió a colgar. Se recostó en la silla para luego incorporarse.

Nadie podía verle herido, iría a su baño privado y buscaría la forma de limpiar la herida, por suerte tenía camisas de repuesto, aunque no chaquetas.

Se levantó a duras penas y dio un par de pasos, pero las fuerzas le fallaron y cayó al suelo de rodillas. La mancha era cada vez más grande en su hombro. Levantarse le iba a suponer un gran esfuerzo y no se podía permitir quedarse así y que lo vieran.

Entonces alguien tocó en la puerta. Inspiró profundamente para alejar el dolor.

— ¿Sí?

— Señor Graziani, uno de los documentos está sin firmar — dijo Byanca al otro lado de la puerta.

— Déjalo y archiva los demás — dijo con esfuerzo.

— Pero... — la joven frunció el ceño. Él nunca dejaba un papel sin firmar — . ¿Ocurre algo?

— No pasa nada, archiva el resto...

El mareo que sintió fue tal que tuvo que cerrar los ojos. El cuerpo le pesaba y sin poder evitarlo cayó tendido al suelo.

El golpe en el interior alertó a Byanca que dejó la carpeta en el escritorio y

abrió la puerta. Ahogó una exclamación y corrió al lado de Saulo.

— Señor Graziani, ¿qué le ocurre? — preguntó arrodillándose.

— Nada, he tropezado — dijo él haciendo un gesto de dolor mientras intentaba ocultar la herida.

Byanca lo miró mientras él intentaba incorporarse, pero volvió a caer. Ella quiso ayudarlo y una de sus manos tocó algo líquido que no dudó en mirar a ver qué era y al ver que era sangre miró alarmada a Saulo.

— Está sangrando.

— No es nada, vaya a hacer su trabajo — dijo él.

— ¿Cómo que no es nada? Tiene sangre — dijo Byanca empujándolo hacia el suelo para ver de dónde provenía.

En el hombro había una gran mancha, ella apartó la chaqueta y abrió la camisa tras quitarle la corbata. Al mirar el vendaje, volvió la vista hacia él.

Saulo había cerrado los ojos y su respiración parecía superficial. Aquello era más grave de lo que parecía.

— Está herido, hay que llamar a una ambulancia urgentemente — dijo ella intentando incorporarse, pero él la sujetó de la mano para que no se moviera.

— No llame a una ambulancia. Solo necesito a Salvatore... — dijo él.

— ¿Quién es Salvatore?

— Mi médico personal, haga una rellamada, acabo de hacerlo yo, pero no contesta.

— ¿Y si no contesta?

— Estaré en un serio problema.

Byanca se tapó la boca con las manos y entonces corrió al teléfono para marcar al número que Saulo había llamado mientras este cerraba los ojos, perdiendo el conocimiento.

14

Byanca pulsaba una y otra vez el botón de rellamada deseando que alguien contestara. La mancha de sangre en la camisa de su jefe aumentaba de tamaño.

Se arrodilló junto a él y terminó de quitarle las dos prendas impregnadas del líquido carmesí, dejándolo desnudo de cintura para arriba. Ahogó un grito al ver todas las cicatrices que lucía, pero se preocupó más por el vendaje ensangrentado.

Volvió a coger el teléfono, tenía que avisar a alguien, ¿qué podía hacer cuando le había prohibido llamar a una ambulancia? ¿Por qué tenía esa herida? Primero la lámpara y ahora esto.

— Por favor, reaccione, señor Graziani — dijo ella sacudiéndolo levemente.

Miró fuera, pero no había nadie. En esa planta solo trabajaban ellos dos, ya que el resto de empleados se encontraba en plantas inferiores.

— Byanca... — dijo Saulo en apenas un susurro.

Ella lo miró y, sin pensar, tomó su rostro entre las manos.

— Señor Graziani, aguante, por favor.

Byanca sentía deseos de llorar ante la impotencia de no poder hacer nada, entonces sintió el sonido del teléfono que rápidamente cogió. Al otro lado de la línea un hombre habló:

— ¿Saulo? ¿Qué ocurre? Tengo varias llamadas aquí.

— ¿Eres Salvatore? — preguntó Byanca.

— El mismo, ¿quién me habla?

— Gracias a Dios, tiene que venir rápido a la oficina. El señor Graziani se está desangrando y ha perdido el conocimiento.

— ¿Con quién hablo?

— Soy su asistente personal, Byanca Marchetti. Quise llamar a una ambulancia, pero él me lo impidió y no reacciona. Por favor, venga, estoy

desesperada — dijo la joven un poco asustada.

— Tranquila, respira hondo, y voy para allá, pero no dejes que nadie entre en su oficina.

— Entendido, venga rápido, se lo ruego.

— Sí, no te preocupes, ya voy.

— Gracias.

Tras esto, Byanca colgó y volvió junto a Saulo, cuya respiración se volvía superficial a medida que pasaba el tiempo.

— Aguante, por favor. No puede morir, por Dios, esto no me puede estar pasando a mí — se lamentó desesperada.

¿Cómo había podido llegar a este estado? Cuando había ido el sábado a su casa a por el vestido estaba perfectamente. ¿Acaso ocurriría algo después de salir de allí? Pero ¿dónde? ¿Qué líos se podría traer entre manos?

Sin pensar muy bien lo que hacía, se dirigió al portátil de Saulo y tecleó en busca de algún indicio que le diese una pista, intentando apartar de su mente las palabras de Leo.

Saulo no podía ser un mafioso.

En una de las carpetas, encontró una protegida con contraseña. Intentó varias posibilidades, pero ninguna daba resultado así que recurrió a sus dotes de hacker para intentar abrirla. El proceso tardaría bastante.

De repente oyó el timbre del ascensor y miró hacia allí. Las puertas se abrieron y apareció Salvatore con un maletín en la mano, por lo que tuvo que cerrar rápidamente todo lo que estaba haciendo para acercarse a él corriendo.

— Rápido, por favor — lo apresuró ella.

Salvatore miró a la chica y enseguida entendió la atracción que sentía Saulo. Era una mujer bellísima. Dejó de mirarla para acercarse a su amigo, que estaba tendido en el suelo con el vendaje empapado de sangre.

— Mira que se lo dije — murmuró para sí el forense mientras empezaba a retirar el vendaje, cortándolo con unas tijeras quirúrgicas tras ponerse los guantes — . Es un cabezota.

— ¿Qué le ha pasado? — preguntó Byanca preocupada a su lado.

— Mejor sería que no lo supieras. Ayúdame a incorporarlo un poco.

Ella asintió y lo incorporó para apoyar la cabeza de Saulo en su regazo y que así el forense pudiese trabajar mejor. Cuando este retiró el vendaje, Byanca pudo ver un agujero en la piel, ahí cabía perfectamente una bala y ella tragó saliva.

— Eso es una herida de bala — dijo mirando a Salvatore — . He visto heridas de estas en Leo. ¿Se puede saber qué le ha pasado?

— Yo no soy quien para contarte lo que ocurre. Saulo es el único que

puede hacerlo y si él decide no hacerlo tú no debes preguntar.

— Claro que debo preguntar, trabajo para él y se ha desmayado delante de mí por una maldita herida de bala, no quería que llamara una ambulancia, pero que te llamara a ti, eso es para preguntar, ¿no crees?

— Sí, pero no soy quien debe responderte. Ahora, por favor, cállate y ayúdame a curarlo.

Salvatore limpió la zona con varias gasas y observó la herida. Probablemente había hecho un gran esfuerzo cuando se puso la camisa y eso provocó que se le abriera. Su brazo necesitaba reposo y él siempre tenía que hacer una locura como esta: acudir a trabajar sin siquiera llevar un cabestrillo. Trabajó diligentemente para limpiar bien la herida y curarla para evitar infecciones.

Le colocó un vendaje nuevo y miró a Byanca que había estado callada mirando la cara de Saulo. Le acariciaba la mejilla y era muy probable que lo hiciese inconscientemente.

— ¿Por qué lo acaricias? — preguntó él de repente.

Ella apartó la mano y lo miró, sorprendida. ¿Cuándo había empezado a acariciar a Saulo? Sintió arder las mejillas y trató de apartarse, pero la cabeza de él aún estaba en su regazo.

— Deberíamos ponerlo más cómodo.

— Sí, y un cabestrillo para ese brazo.

Cogió la camisa ensangrentada y cortó dos trozos para hacer un cabestrillo lo suficientemente grande para que pudiera descansar el brazo en condiciones. Luego lo cogió y lo sentó en su silla mientras Byanca lo observaba.

Ella se incorporó y retorciendo las manos, dijo:

— Mafia.

Esa simple palabra detuvo a Salvatore, que ni siquiera se giró.

— ¿Por qué debería ser eso?

— ¿Qué otra explicación puedo encontrar? En menos de una semana ha sufrido dos ataques, no quiere que avise a nadie salvo a ti, ¿qué más podría pensar?

— ¿Y no puede ser debido a las envidias de otros? Es un hombre de éxito.

— No te creo.

— Con preguntarle a él cuando despierte tienes más que suficiente.

— ¿Como sé que no me va a mentir?

— Depende de ti que le creas o no.

Salvatore sacó una pequeña linterna del maletín que llevaba y le abrió un ojo a Saulo para ver cómo estaba. ¿Cuándo iba a aprender a hacer caso a las cosas que le decía?

Mientras tanto, Byanca se sentaba en una silla frente a la mesa, confusa por todo lo ocurrido. No podía dejar de pensar en la palabra mafia que daba vueltas una y otra vez en su mente. ¿Y si la empresa marítima era una cubierta para sus negocios turbios? Ella trabajaba ahí y podría ser cómplice de delitos que ni siquiera conocía. Podrían acusarla y Leo no podría hacer nada.

Pensar en esto le cortó la respiración mientras los latidos de su corazón aumentaban considerablemente. Se llevó una mano al cuello, sintiendo que le faltaba la respiración mientras un sudor frío recorría su espalda.

— Oh Dios... — decía la joven intentando coger el aire que se negaba a entrar en sus pulmones.

Pequeños temblores sacudían su cuerpo y se encogió en la silla.

Salvatore se giró hacia ella y rápidamente se acercó al ver que esta empezaba a sufrir un ataque de ansiedad.

— Tranquilízate.

— Me van a detener... soy cómplice...

— Nadie va a detenerte, no digas estupideces...

Ella negaba con la cabeza mientras la respiración se volvía más pesada en su pecho.

— No puedo... respirar...

— Sí puedes, es solo un ataque de ansiedad, concéntrate en respirar y se te pasará.

Byanca no dejaba de jadear, con lágrimas corriendo por sus mejillas y Salvatore le pasó las manos por los brazos tratando de relajarla. La joven, al sentir ese toque, fue relajándose poco a poco hasta que lo miró estando más calmada.

— No me detendrán, ¿verdad?

— ¿Por qué deberían detenerte?

— Sois la mafia.

— Basta. Deja de pensar eso, ¿entendido?

Ella lo miró por unos instantes para luego asentir levemente.

— De... de acuerdo.

— Deberías ir a buscar agua y así coges un poco de aire, estás pálida. No le digas a nadie lo que ha ocurrido aquí ¿entendido? La prensa podría enterarse.

Byanca volvió a asentir y se levantó con la ayuda de Salvatore. Con paso tambaleante, salió del despacho, momento que aprovechó el forense para acercarse a Saulo e intentó reanimarlo.

El mafioso gimió bajo y poco a poco abrió los ojos para encontrarse con la cara de Salvatore. No parecía muy contento. Miró a su alrededor, confuso.

— ¿Qué...?

— ¿Qué ha pasado? — preguntó Salvatore intuyendo la pregunta — . Muy fácil. Te dije que guardaras reposo, ¿y qué haces? Venir al puto despacho donde tu secretaria te ha visto la herida de bala que tienes en el jodido hombro. Ahora sospecha que eres un mafioso y acaba de sufrir un puto ataque de ansiedad. Eso es lo que pasa.

Saulo se incorporó y miró a su alrededor en busca de Byanca.

— ¿Dónde está? — preguntó haciendo un gesto de dolor.

— La he mandado a que le diera el aire y bebiera un poco de agua — dijo Salvatore cruzando los brazos apoyado en la mesa — . A ver qué le dices para convencerla de que no eres de la mafia.

— Me creerá.

— Eso espero. Te advierto una cosa, o te vas a tu casa a descansar ese hombro o la próxima vez que nos veamos será cuando te haga la jodida autopsia, ¿entendido?

— ¿Te das cuenta de con quién estás hablando? Soy el hombre que te salvó el culo hace unos años.

— Y yo te lo salvo cada vez que haces una estupidez como la del sábado. Creo que eso nos deja en un empate, ah, no, perdona, que te gano por goleada. Te he salvado demasiadas veces el culo cada vez que te hieren. Así que ahora vas a mover ese culo hasta tu casa y guardas reposo.

— No puedo moverme de aquí, tengo un negocio que atender y estoy esperando una llamada.

Salvatore enarcó una ceja.

— Una llamada, sí.

— Sí, una llamada — cortó Saulo recostándose de nuevo en la silla.

Tocaron en la puerta y ambos miraron hacia allí.

— Adelante — dijo Saulo.

Byanca, al oír la voz de Saulo, entró rápidamente y suspiró aliviada al verlo despierto, pero aun así no se movió de la entrada.

— Puede pasar, señorita Marchetti.

Ella entró y cerró la puerta.

— ¿Está bien?

— Me encuentro mejor, gracias — dijo él sonriendo afablemente.

— Tengo que irme — interrumpió Salvatore cogiendo su maletín — . Recuerda lo que te he dicho, vete a descansar.

— Lo haré.

Salvatore salió de allí dejándolos solos. Saulo miró a su secretaria fijamente y se percató del nerviosismo que mostraba.

— Si está mejor, debería volver a mi trabajo — dijo ella girándose.

— Espere. Salvatore me ha dicho que ha visto la herida y ha adivinado, acertadamente, que era de bala. También me ha dicho que cree que soy de la mafia.

Byanca apartó la mirada para luego volver la vista hacia él decidida a decir lo que pensaba.

— Me parece bastante lógico pensarlo. Debe recordar que mi pareja sospecha de usted y dice que es un mafioso. En menos de tres días ha sufrido dos percances, primero una lámpara y ahora un disparo. Cuando ha estado mal hace un rato, no me dejó llamar a una ambulancia. Creo que es para sospechar que algo raro pasa.

Saulo se levantó y se acercó a ella, que dio algunos pasos hacia atrás hasta toparse con la pared al lado de la puerta abierta.

— No quiero que pienses eso de mí, Byanca.

— ¿Qué... qué debo pensar entonces?

— Me atacan por envidia, soy un hombre de éxito y eso provoca la envidia de otros. Quieren deshacerse de mí.

— ¿Y por qué no lo denuncias?

Saulo negó con la cabeza mientras se acercaba más a ella, rozando sus narices.

— Ahora mismo solo deseo hacer una cosa.

Y sin esperar respuesta, posó sus labios en los de Byanca.

Byanca se estremeció ante el contacto de los labios de Saulo. El sábado lo había impedido, pero ahora no pudo reaccionar a tiempo y mil sensaciones se agolparon en su interior.

Quiso negarse a ese beso, pero los gemidos invitaban a Saulo a por más de aquel néctar de sus labios. Movi6 la lengua sobre los labios cerrados de la mujer para que esta los abriera. Ella, sin poder evitarlo, abri6 la boca y 6l se introdujo en su interior para saborearla.

En el fondo de su mente sabía que no debía seguir con ese beso, ella solo quería a Leo, pero algo le impedía apartarse de Saulo. Un sentimiento nuevo surgía desde el centro de su cuerpo, algo que nunca había sentido con Leo, a pesar de que la relación con 6l era maravillosa. Cuando el hombre que besaba con intensidad se apart6, sintió un vacío inmenso.

— Debes confiar en mí, Byanca, es mejor que la policía no se meta en esto.

6l le acarici6 la mejilla con delicadeza, ella lo mir6 y solo pudo asentir levemente. Luego, Saulo se apart6 un par de pasos y le dio la espalda para dirigirse al asiento. Aún iba desnudo de cintura para arriba salvo por el hombro que tenía vendado y el cabestrillo hecho con la camisa que había llevado puesta.

— ¿Por casualidad tiene alguna camisa? — pregunt6 ella con las mejillas sonrosadas.

— Sí, tengo un armario en mi baño privado con varias camisas — dijo 6l señalando una puerta a un lado del despacho.

Ella asintió y se dirigió allí. Una vez dentro fue hasta el armario con el corazón laténdole a mil por hora. Se llev6 una mano al pecho para intentar calmarse y, tras unos minutos, le llev6 una camisa nueva.

— Aquí la tiene — dijo ella colocándola sobre la mesa.

— Necesitaré tu ayuda para poder ponérmela — dijo 6l ocultando una

sonrisa.

Ella volvió a sonrojarse y él hizo un gesto hacia su hombro herido. Entonces Byanca bajó la mirada y cogió la camisa.

Saulo sacó el brazo del cabestrillo cuando Byanca preparó la camisa. El roce de las manos de ella en su piel mandó grandes oleadas de excitación a su entrepierna.

La secretaria subió la manga por el brazo herido cubriendo el hombro y él la ayudó con el brazo sano.

— ¿Me la abrochas? Me duele el hombro.

Ella se colocó delante de él y fue abrochando los botones mientras el color de sus mejillas pasaba del rosado al granate, por lo que intentaba no mirarle a la cara. Su vista se mantenía en su duro pecho lleno de cicatrices que deseó acariciar. Cerró los ojos para dejar de pensar en cosas que no debía y cuando terminó se apartó, pero él la agarró del brazo.

Ambos se miraron a los ojos fijamente.

— Por favor, señor Graziani, no siga — le rogó ella.

— No puedo, Byanca. No sé qué me está pasando contigo. Nunca me había sentido así con una mujer antes, sé que eres prohibida, pero desde el primer momento en que te vi te has metido de lleno en mi interior. Esto no es fácil para mí. Quisiera dejar de pensarte porque no quiero destrozar tu relación, pero no puedo.

Ella se apartó sin mirarlo.

— Deberá hacerlo, yo soy feliz con él.

— Lo sé, os vi en la fiesta.

— Entonces entenderá que esto no puede ser.

— Lo entiendo y no volverá a suceder.

— Gracias, ahora debo archivar las carpetas — dijo ella alejándose de Saulo sin siquiera mirarle.

Una vez fuera del despacho, se dirigió rápidamente al baño. Allí abrió el grifo del lavamanos para lavarse la cara. Cuando se refrescó un poco, se miró en el espejo que había frente a ella y pudo ver cómo sus mejillas estaban aún sonrosadas y los labios ligeramente hinchados por el beso que Saulo Graziani le acababa de dar.

Se llevó los dedos a los labios y sintió cómo su interior se removía ante el recuerdo, pero a su mente le venía la imagen de Leo y sentía deseos de golpearse por pensar siquiera en un hombre como su jefe cuando tenía un novio que era perfecto para ella.

— Byanca, tranquilízate, al señor Graziani se le pasará y todo volverá a la normalidad — se decía sin dejar de mirarse en el espejo — . Eres feliz con Leo

y seguirás con él porque lo amas.

Asintió intentando convencerse y salió de allí para seguir con su trabajo. Durante el resto del día intentó acercarse poco al despacho y realizar sus tareas de siempre: atender llamadas y programar citas para él.

Al llegar la hora de salida, cogió su bolso y se dispuso a salir sin siquiera despedirse de su jefe. Se metió en el ascensor y descendió hasta la primera planta para salir de allí. Aquel había sido un día complicado para ella, no solo había tenido que intentar salvarle la vida a su jefe, sino que encima este la besaba.

Cogió un taxi y se dirigió hacia su casa con mil y un pensamientos rondando en la cabeza. Necesitaba un baño relajante y olvidar ese día de perros.

Cuando llegó al ático, se quitó los zapatos, dejó el bolso colgado en el perchero y se dirigió al baño, donde se deshizo de toda la ropa tras abrir el grifo del agua caliente. Al notar el agua a la temperatura adecuada, se metió en la ducha y dejó que el agua corriese por su cuerpo y su pelo. Esto la relajó bastante y aligeró la tensión sobre sus hombros.

Tras una larga ducha, salió envuelta en la toalla y se dirigió a su habitación, donde se puso crema hidratante, el pijama y se dispuso a ver la televisión un rato hasta que llegara Leo para cenar.

Mientras tanto, Leo, que no había parado desde su llegada a media mañana, estaba a punto de salir cuando recibió un aviso a su despacho de la mano de Clairee.

— Nos han llamado porque ha aparecido una joven en Piazza della Repubblica, al parecer es extranjera, está desorientada y asustada y se encuentra junto a la estatua de *L'Abbondanza*.

— ¿Desorientada? — preguntó poniéndose la chaqueta de cuero y saliendo de su despacho seguido por la joven.

— Sí, parece que no conoce la zona.

— Vayamos allá entonces.

Ambos se dirigieron al coche y rápidamente pusieron rumbo hacia la Piazza della Repubblica, cerca del Puerto de Livorno. Al bajarse del coche, se dirigieron hacia la estatua donde vieron a un grupo de personas que parecían intentar hablar con alguien que estaba sentado en el suelo.

Leo y Clairee los apartaron enseñando sus placas y entonces vieron a la joven sentada en el suelo totalmente encogida. Una larga melena negra cubría todo su rostro, pero cuando lo levantó, unos enormes ojos negros los miraron. Asustada al verlo a él intentó alejarse entre gemidos angustiados por lo que se acuclilló frente a ella.

— Tranquila... — dijo él lo más suavemente que pudo — . No voy a hacerte daño.

Un escueto vestido negro cubría su cuerpo y estaba descalza. Tanto en sus muñecas como en sus tobillos había varias heridas. Leo levantó la mirada hacia Clairee que asintió y cogió su móvil para llamar a una ambulancia, Leo volvió la vista a la chica que gemía asustada.

— Ya pasó todo, mira, soy policía — dijo él sacando su placa para que no le tuviese miedo.

Ella al ver la placa se estiró un poco y las lágrimas bañaron sus ojos.

— ¡Oh Dios mío, gracias!^[1]

Leo intentó descifrar el idioma en el que hablaba y reconoció que hablaba español.

— ¿Hablas mi idioma?

— *Ayúdeme, por favor...*

Debido a un marcado acento, Leo no lograba entenderla y miró a su alrededor.

— ¿Alguien entiende español?

La gente congregada allí negó con la cabeza. Entonces apareció Clairee guardando su móvil y se agachó junto a ellos.

— ¿Qué ocurre?

— Es española y no entiende bien nuestro idioma.

— ¿ESPAÑOLA? Yo entiendo y hablo español — dijo la policía mirando a la joven — . *Hola, soy Clairee Pisano, inspectora de policía, ¿cómo te llamas?*

— *Me llamo Lucía Hernández.*

— *¿Cómo has llegado aquí?*

— *Yo... no lo sé, me secuestraron unos tipos y cuando... cuando conseguí escapar no supe dónde ir... yo...*

La chica comenzó a llorar cubriéndose el rostro y Clairee la abrazó.

— *Tranquila, ahora estás a salvo.*

— *Gracias* — logró decir la joven entre sollozos.

Leo observaba todo atentamente intentando comprender lo que decían, pero le era imposible captarlo todo, así que esperó a que su compañera hablara.

— Alguien la secuestró y logró escapar. No me ha dicho mucho más, ahora mismo necesita atención médica y cuando esté más tranquila la interrogaremos.

Él asintió y al poco rato apareció una ambulancia que atendió a la joven. Tras hablar con los dos policías, se llevaron a la chica para hacerle algunas pruebas.

— ¿Cómo ha llegado esta chica aquí? — se preguntó Leo.

— Está claro que fue secuestrada por las marcas de sus muñecas y tobillos,

pero si no conoce ni el idioma ni nada...

— Ni siquiera tiene documentación para avisar a alguien. Esto es muy raro — dijo Leo sacando su móvil para llamar a la comisaría — . Sí, buenas noches, necesito que mires todas las denuncias de desapariciones de la zona a ver si hay una chica española de pelo largo y ojos negros. Es urgente. — Tras unos minutos de silencio, se despidió de su compañero y guardó el móvil en el bolsillo de los vaqueros — . Vayamos al hospital. Debemos estar atentos, si realmente fue secuestrada y ven que se ha escapado, volverán a por ella así que la mantendremos vigilada.

Clairee asintió y se dirigieron a su coche para poner rumbo al hospital más cercano.

Byanca estaba dormida sobre el sofá cuando oyó el tono de su móvil y se incorporó rápidamente. Lo tomó y al ver que era Leo contestó:

— Leo...

— Hola, preciosa, ¿me echabas de menos?

— ¿Tú qué crees? — preguntó ella sonriendo levemente apartando de su mente los pensamientos oscuros — . ¿Sucedo algo?

— Nos han llamado hace un rato porque han encontrado a una chica desorientada que al parecer ha sido secuestrada, estamos en el hospital intentando averiguar algo sobre ella para que vuelva con los suyos.

— Dios mío, pobre chica — dijo Byanca cubriéndose la boca — . Pero ¿está bien?

— Magullada y asustada, no entiende el idioma.

— ¿Cómo que no lo entiende?

— Es española.

— ¿Cómo? ¿ESPAÑOLA?

— Sí, por eso mismo no nos podemos mover de aquí, si la secuestraron podrían volver a por ella. Siento mucho no poder ir a cenar a casa.

— Vale, no te preocupes. Protege a esa chica.

— Qué buena es mi chica. Te quiero.

— Y yo a ti.

Leo colgó y se sentó en la sala de espera hasta la salida del médico que atendía a la chica española.

Clairee fue a la máquina a por unos cafés y, tras tenerlos, volvió a su sitio tendiéndole uno a su compañero.

— Va a ser una noche larga — dijo ella dando un sorbo.

— Eso parece — respondió él bebiendo, luego se giró hacia ella — .

¿Desde cuándo sabes español?

— Desde siempre, la rama materna de mi familia es española y he convivido con los dos idiomas en mi casa.

— Pues menos mal, no sabía cómo hacerme entender bien con esa chica.

— Es todo tan extraño... secuestrada, sin saber siquiera el idioma, perdida... me parece muy raro todo.

— Si es lo que sospecho no sería tan extraño, Clairee.

— ¿Trata? — preguntó ella.

— Exacto, iba vestida con un vestido corto estilo camisón, marcas de ataduras. Es posible que cuando logró escapar estuviera con algún cliente.

— Dios mío, — Clairee se cubrió los ojos no queriendo imaginar lo que había sufrido la chica.

— De todas formas, debemos esperar a ver qué dice el médico y, si puedes, hacer que cuente algo.

Clairee asintió y bebieron el resto del café en silencio. Entonces vieron aparecer al médico, por lo que ambos se levantaron y se acercaron.

— ¿Cómo está la chica? — preguntó Clairee.

— Ahora mismo está durmiendo. Le hemos administrado un calmante.

— ¿Ha podido ver algo extraño?

— Las marcas de las cuerdas son recientes y una ginecóloga ha estado con ella hace un momento. Van a hacerle un estudio cuando despierte, porque se ha puesto muy nerviosa.

— ¿Nos avisará cuando despierte? — preguntó Leo.

— Sí, por supuesto, el calmante durará algunas horas aún por lo que aprovechen para descansar.

Ambos asintieron y le dieron las gracias. Volvieron a sus asientos.

— Nos espera una larga noche — dijo Leo — . Intenta descansar.

Clairee asintió y se recostó contra la pared cerrando los ojos.

Byanca se levantó temprano y se metió en el baño para darse una ducha. No había sentido llegar a Leo, así que probablemente aún no había regresado a casa.

Se preparó el desayuno y puso la televisión para ver las noticias. En ellas hablaban de diferentes temas de actualidad. No se había vuelto a hablar de lo ocurrido en la fiesta de Saulo por lo que podía respirar tranquila en ese sentido.

Lo que no la tenía tan tranquila era el hecho de que él la había besado el día anterior en el despacho. Aunque había intentado no pensar en ello, no había tenido resultado, porque le había hecho sentir cosas diferentes a lo que sentía cuando Leo la besaba. El beso de Saulo había sido muy sensual y apasionado, casi parecía hacerle el amor solo con sus labios.

Sin pensarlo se llevó la mano a los labios, cerrando los ojos y rememorando el momento vivido.

Rápidamente, los abrió y negó con la cabeza. No debía pensar en lo ocurrido, ese beso había sido un error y no volvería a suceder.

Volvió a la habitación y sacó la ropa que se iba a poner: una falda de tubo color crema con chaqueta a juego y camisa blanca. A juego con el traje, unos tacones del mismo color.

Se maquilló de manera sencilla, como siempre, y salió del ático para coger el taxi. Cuando cobrara su primer sueldo iba a comprarse un coche de segunda mano, lo necesitaba para poder ir a trabajar.

Por suerte no tardó mucho en llegar a la oficina. Se dirigía al ascensor cuando una de las chicas de recepción le dio algunas cartas para el jefe, las cogió y se las llevó hasta la planta donde estaba el despacho de la presidencia.

Al llegar dejó las cartas en su mesa para que Saulo las cogiese según llegara y se dispuso a empezar con su trabajo. Poco tiempo después, llegó él y se acercó a la mesa.

— Buenos días, señorita Marchetti.

Ella levantó la vista hacia él y sintió las mejillas arder. A pesar de tener el cabestrillo, se veía muy guapo con su traje negro.

— Buenos días, señor Graziani. Aquí tiene el correo — dijo ella bajando la mirada hacia las cartas.

— Gracias por recogerlas — dijo él.

Ella asintió en silencio por lo que él entró a su despacho sin decir nada más. Byanca cerró los ojos para recuperarse y entonces oyó un pitido en el ordenador avisándole de que había un correo electrónico, pero este no era el correo de la empresa.

Corriendo abrió la pantalla del mail y al ver el título de este y quién se lo mandaba, pulsó en él. La pantalla cambió y pudo ver una foto y un pequeño texto debajo. Byanca se cubrió la boca ahogando un grito con manos temblorosas. Debajo ponía: “*La he encontrado*”.

Había perdido toda esperanza de encontrar a su hermana. Cuando denunció su desaparición hacía ya casi tres años, nadie le hizo caso y no se lo harían ahora, aunque mostrase aquella foto. Debía encontrarla por su propia cuenta y no contar nada, ni siquiera a Leo.

Rápidamente contestó al correo pidiéndole toda la información posible. Cuando lo envió, pinchó en la foto y la abrió. En ella se veía a una joven de largo pelo oscuro y ojos azules que mostraban una mirada triste y sin vida. Un escueto vestido cubría su cuerpo en el que había multitud de moratones, muchos de ellos amarillentos ya. En la clavícula lucía un tatuaje un tanto extraño.

Sin poder evitarlo acercó su mano para acariciar la foto mientras algunas lágrimas escapaban de sus ojos.

— Chiara... — susurró. El teléfono sonó sorprendiendo a Byanca, que rápidamente cerró el correo para coger el aparato mientras se limpiaba las lágrimas — . Marittimo Graziani, ¿en qué puedo ayudarle?

— Um, hola, soy Piero Cavalli, quería hablar con mi cuñado.

— Sí, enseguida le paso — dijo ella y apretó un botón para comunicarse con su jefe — . ¿Señor Graziani?

— Dígame, señorita Marchetti.

— El señor Cavalli quiere hablar con usted, ¿lo paso?

— Sí, pássemelo.

— Enseguida, señor.

— Espere, señorita Marchetti.

— ¿Diga?

— ¿Se encuentra bien?

Byanca abrió los ojos sorprendida y miró a su alrededor por si no se había percatado de que había cámaras allí, pero no parecía haber ninguna.

- ¿Por... por qué lo dice, señor?
- Tiene la voz congestionada.
- Oh, seguro que es la alergia — mintió.
- No sabía que tuviera algún tipo de alergia.
- No es grave, pero de vez en cuando me ataca y me congestiono.
- Ya veo, si se encuentra mal puede irse.
- No, se me pasará.
- ¿Está segura?
- Sí. Le paso con el señor Cavalli.
- De acuerdo.

Byanca pulsó otro botón y colgó mientras él contestaba a Piero. Se levantó y se dirigió al baño para lavarse la cara. Tenía que evitar a toda costa que se diesen cuenta de su estado.

Por fin, después de tanto tiempo, sabía algo de Chiara. Estaba viva. Una leve sonrisa asomó a su rostro. Al fin había esperanza para su pequeña familia. Ahora tenía que moverse para encontrarla y traerla de vuelta. La llamada de Leo la noche anterior había removido sentimientos ocultos en su corazón que hoy habían salido a flote tras el correo recibido.

Estaba tan cambiada... ya no era la chica alegre que fue un día y eso la mataba por dentro.

- Chiara... pequeña..., te echo tanto de menos...

Se apoyó contra la pared mientras dejaba salir todo el dolor acumulado durante años por no saber dónde estaba.

Tocaron en la puerta, lo que la hizo sobresaltarse y se tocó las mejillas que al parecer habían vuelto a empaparse con las lágrimas.

— ¿Señorita Marchetti? — preguntó Saulo desde fuera — ¿Se encuentra bien?

Byanca cerró los ojos unos segundos y los volvió a abrir.

— La verdad es que no me encuentro muy bien. La alergia me está afectando bastante hoy.

- ¿Necesita algo?
- Si me dejara marcharme hoy, se lo agradecería.
- Por supuesto, tómese el resto del día libre y vaya al médico.
- Gracias, enseguida salgo, entonces.
- Espero verla mañana en mejor estado.
- Sí.

Ella lo sintió alejarse, por lo que volvió a lavarse la cara y salió del baño. Recogió su bolso y se fue sin despedirse. No tenía fuerzas para entrar en el despacho de su jefe. Solo quería llegar a casa y empezar a trabajar en la

búsqueda de Chiara.

Cogió un taxi y volvió a su casa. Una vez allí, dejó todo de lado y agarró el portátil, donde se conectó a su correo personal para ver si había obtenido respuesta de su informante. Un buen amigo de la facultad al que ella había ayudado en múltiples ocasiones y ahora él le devolvía el favor buscando a Chiara.

Había otro correo de él en donde le decía que estaba en Rusia en un antro de mala muerte donde le obligaban a acostarse con hombres bajo amenaza de golpearla e incluso matarla.

Byanca lloró desconsoladamente ante el terrible sufrimiento de esta. Tras leer el correo, comenzó una búsqueda exhaustiva a través de las redes sobre el lugar donde retenían a Chiara. Tenía que salvarla y si para ello debía infligir la ley, lo haría. Su hermana pequeña era lo único que le quedaba en la vida y no la iba a dejar desamparada a su suerte.

Bien entrada la mañana, el médico salió a buscar a Leo y Clairee para avisarles de que la chica española ya había despertado.

Este los dejó pasar a la habitación y tras una indicación de Leo, Clairee tomó la palabra.

— *Hola, ¿cómo te encuentras?*

La joven sonrió levemente.

— *Hola, un poco mejor, gracias.*

— *De nada. Verás, sé que ahora mismo deseas olvidar todo lo ocurrido, pero necesitamos toda la información posible para atrapar a los que te secuestraron, ¿podrías ayudarnos?*

La chica se encogió de hombros.

— *Haré lo que pueda.*

Clairee asintió y siguió hablando mientras Leo sacaba su móvil para mandarle un mensaje a Byanca. Desde el día anterior no la había visto y apenas pudo hablar con ella por la noche.

Estuvo un rato esperando una respuesta, pero esta no llegó así que supuso que estaría trabajando y no tendría el móvil a mano.

Guardó el aparato y vio que Clairee asentía y lo miraba para que se acercara, así lo hizo.

— *¿Qué ocurre?*

— Fue secuestrada en España. Esta chica estaba en Valencia cuando la secuestraron y eso fue hace dos semanas más o menos. También me ha dicho que era un gran grupo de hombres, el jefe se pasó a conocerla el primer día, pero no recuerda nada de él, dice que recuerda sensaciones, pero no de las caras.

— ¿Sabes si la violaron?

— Preferí no preguntarle, esperemos a que pase la ginecóloga y le haga un reconocimiento. Le he dicho que puede llamar a su familia para tranquilizarlos.

— Hiciste bien. ¿Dices que recuerda sensaciones, pero no recuerda caras? ¿Sabes algo más de eso?

— Al parecer su cuerpo no le obedecía.

Leo desvió la mirada, pensando en esos síntomas y entonces recordó un detalle de un caso que había resuelto hacía un tiempo y volvió los ojos a su compañera.

— Escopolamina.

— ¿Hablas en serio? ¿Le han administrado escopolamina a esta chica?

— Claro, es la mejor forma de inhibir sus sentidos, al menos al principio, para que no descubriese quién era el jefe de todo esto. Supongo que luego la querían bien despierta para lo que quisieran hacer, a juzgar por las marcas de sus muñecas y tobillos. Debemos conseguir un informe completo del hospital para añadirlo a su caso.

— Yo me encargo — dijo Clairee — . Vete a descansar.

— No, debo pasar por la comisaría para ordenar algunos informes sobre el caso de la mafia. Me da hasta miedo mirar la carpeta. Cada vez es más voluminosa.

— Lo sé, te recuerdo que trabajamos juntos en el caso y ni quiero acercarme a esa carpeta, soy más de acción.

— Claro y así siempre me toca a mí el papeleo.

— Las mujeres de acción no somos de estar sentadas en un despacho arreglando papeles — dijo ella sonriendo.

Leo sonrió y negó con la cabeza mientras se iba hacia la puerta.

— Iré a la comisaría, si ocurre algo, llámame.

— Así lo haré.

Él le hizo un gesto de despedida con la mano y salió de la habitación. Una vez salió, Clairee suspiró girándose hacia la joven que la miraba fijamente.

— Hacéis buena pareja — dijo la chica en español.

La policía se puso colorada y negó con la cabeza.

— Oh no, él es mi compañero nada más, además él tiene novia.

— Pues se os ve muy bien juntos — dijo ella y se miró las muñecas vendadas — . Ojalá encuentre a alguien como ese policía que me proteja de todo.

Clairee se acercó y tomó una de las manos de la joven para que la mirara.

— ¿Por qué no debería ser así? Eres preciosa y has sido muy valiente al lograr escapar y estar en un lugar que no conoces.

— ¿De verdad?

— Claro que sí, un hombre que te valore verá lo maravillosa que eres y no te dejará escapar.

Lucía sonrió levemente.

— Gracias.

— No me las des.

— ¿Estás enamorada de él?

Clairee volvió a ponerse colorada y miró a otro lado.

— ¿Serviría de algo que lo reconociera cuando él es feliz con su novia? Con verlo así me conformo, porque mi corazón no podrá pertenecer a otro hombre — dijo ella algo afligida. Luego recordó algo y sacó su móvil del bolsillo de su cazadora de cuero y se lo tendió — . Toma, seguro que quieres llamar a tu familia.

La chica cogió el móvil con manos temblorosas.

— Tengo miedo.

— No lo tengas, seguro que se pondrán felices al saber que estás viva.

Lucía miró la mano de Clairee que se apartaba y vio que tenía un tatuaje en el interior de la muñeca, entonces abrió los ojos desmesuradamente al recordarlo.

— Un tatuaje...

— ¿Qué? — preguntó la policía confusa.

— El jefe de todos aquellos hombres tiene un tatuaje y es el mismo que les hacen a las chicas. Cuando escapé me lo iban a hacer.

— ¿Recuerdas qué tatuaje era y dónde lo tenía?

— El lugar no estoy muy segura, pero recuerdo que era un diamante.

Clairee asintió y apuntó aquella información para decírsela a Leo en cuanto la chica hablara con su familia.

Leo entró en su despacho en la comisaría y miró la pizarra donde tenía toda la información acumulada de los asesinatos. Ahora debía añadir la aparición de la chica española como un posible caso de trata.

De camino recibió el mensaje de Clairee donde le informaba de la aparición de un tatuaje en los recuerdos de la chica.

— Un diamante, nada más y nada menos. Encima se codea de su riqueza con estas chicas — dijo Leo enfadado — . Ojalá te atrape pronto, maldito.

Se apoyó en la mesa y una pila de carpetas cayó al suelo. Maldiciendo por no haberlas archivado, las recogió y hubo una que le llamó la atención. En ella había un caso de un pirata informático que hace unos años había hackeado las cuentas de la policía para entrar en los archivos de esta y sacar información sobre algunos casos de desapariciones misteriosas.

Nunca lograron encontrar a aquel delincuente llamado: Buiobianco.

Mirando lo poco que habían recabado recordó que justamente había intentado meterse en algunas denuncias que se habían hecho sobre las desapariciones de algunas chicas. Eso le interesó bastante y quizás podría haber algo que se relacionase con todo lo que estaba ocurriendo ahora mismo con la mafia italiana.

Miró el reloj que había en su despacho y decidió que era momento de volver a casa para dormir un rato.

Se llevó la carpeta del hacker para echarle un vistazo con calma. Cuando llegó al ático, abrió la puerta y se dirigió a la habitación para cambiarse de ropa, al pasar por delante del despacho, se sorprendió al ver a Byanca concentrada en su portátil.

Leo no pudo evitar sonreír al verla tan guapa, pero se extrañó por la hora que era, así que tocó en la puerta abierta.

Byanca se sobresaltó y miró a Leo en el marco de la puerta mirándola.

— ¡Leo! Me has asustado.

— Lo siento, era mi intención. ¿Qué haces tan temprano en casa? — La miró a los ojos y los vio rojos y levemente hinchados — . ¿Ha ocurrido algo en el trabajo?

Él entró y se acercó a ella. Byanca, al verlo tan cerca tuvo que bajar la pantalla del ordenador para que no viera lo que estaba haciendo mientras negaba con la cabeza.

— No, tranquilo, es solo que no me encontraba muy bien y el señor Graziani me aconsejó que me tomara el día libre.

— ¿Qué tienes? — preguntó mientras le ponía la mano sobre la frente para ver si tenía fiebre.

— No es nada, estoy un poco cansada y algo congestionada.

— Y, si no estás bien, ¿qué haces en el ordenador? Deberías estar en la cama descansando.

Byanca sonrió con ternura mientras le acariciaba la mejilla.

— Ahora mismo apago el ordenador y me acuesto un rato.

— Perfecto, mientras duermes aprovecharé para leer este archivo de hace unos años.

Ella miró con curiosidad la carpeta que tenía en la mano.

— ¿Un archivo antiguo? ¿De qué se trata?

— De un hacker llamado BuióBianco. Hace unos años hackeó las cuentas de la policía. Eh, ¿de verdad estás bien? Te veo un poco pálida — dijo mirándola.

Ella miró la carpeta y luego a él.

— Sí, estoy bien. Solo ha sido un pequeño mareo.

— Pasas muchas horas delante del ordenador, pequeña. Ven, te llevo a la habitación.

— No, tengo que apagar el portátil, ahora voy a dormir, te lo prometo.

Leo sonrió y le dio un dulce beso en los labios.

— Estaré en el salón, si necesitas cualquier cosa me llamas.

Byanca asintió y volvió a besarlo antes de que saliera de allí dejándola sola. Rápidamente levantó la tapa del ordenador y lo apagó mirando hacia la puerta por si lo veía aparecer.

¿Por qué tenía que aparecer BuióBianco ahora? Apoyó la frente en la mesa y suspiró cansada. Desde aquella mañana, la tensión en su cuerpo había ido en aumento y solo deseaba que todo acabara cuanto antes.

Se levantó y con paso pausado se dirigió a su habitación, en la que se cambió de ropa para luego acostarse en la cama. Cerró los ojos para intentar dormir hasta que por fin lo consiguió, pero su sueño estuvo plagado de pesadillas

que no la dejaron descansar del todo.

Saulo volvió a su mansión antes de lo previsto. Byanca se había ido muy temprano aquel día y había tenido que atender todas las llamadas y correos. La había echado de menos y no tenía que haberle ofrecido irse.

Se metió en su habitación y abrió el armario donde estaba el vestido de fiesta de Byanca, que aún no había mandado a arreglar y era muy probable que no pudiera hacerlo. Conservar ese vestido era lo único que podría tener si ella era tan feliz con su novio el policía.

Le compraría otro. Sí, le regalaría un vestido nuevo y le ofrecería la excusa de que este no se podía arreglar. Tocó la tela con suavidad y cerró los ojos recordándola con ese vestido puesto.

Aquella imagen avivó su deseo, imaginando que le quitaba aquel vestido, dejándola desnuda para él. Probablemente se sonrojaría y miraría a otro lado, entonces él le obligaría a mirarlo y, tras quitarle las gafas, la besaría lentamente tocando cada uno de los rincones de su cuerpo, encendiéndola y anhelando más de su toque.

Saulo levantó la cabeza con una sonrisa y abrió los ojos. Era tan fácil imaginarlo... sabía que era imposible que sucediese algo así en la vida real, él no iba a romper una pareja a pesar de desearlo con toda su alma. Aquella mujer se había instalado en sus pensamientos y se negaba a abandonarlo. Si no quería acabar loco, tendría que buscar a una mujer que la sacara de su cabeza.

Con estos pensamientos se cambió de ropa, poniéndose algo más cómodo y salió rumbo a su despacho para intentar hablar con sus hombres para recuperar el cargamento de droga.

De camino a las escaleras decidió pasar por la habitación de Giulia y ver si estaba cómoda en su nuevo hogar. La puerta estaba entreabierta y vio como salía corriendo hacia el baño privado que tenía cada habitación. Preocupado, entró y la oyó vomitar.

— ¿Giulia? — preguntó mientras entraba en el baño.

La joven se encontraba de rodillas en el suelo con la cabeza metida en el inodoro echando todo. Al oírle le hizo una señal para que no se acercara.

— Estoy bien — dijo con voz ahogada.

— No lo parece — dijo él intentando verla, pero Giulia le daba la espalda — . Si quieres puedo llamar a un médico.

— No. No hace falta.

Lentamente se levantó y se lavó el rostro para luego mirarse en el espejo. A su espalda aún seguía Saulo que parecía preocupado por su estado. A su mente vinieron imágenes de él con Lucio en su propia casa y el dolor hizo aparición en

su rostro. Intentó ocultar las lágrimas, pero le fue imposible.

Saulo se acercó al verla llorar y la abrazó con el brazo sano. Giulia quiso apartarse, pero no lo logró.

— ¿Qué ocurre? — preguntó él con suavidad, pero ella negó con la cabeza — . Vamos, dímelo.

Giulia se llevó una mano al vientre y sin mirarlo reveló parte de una verdad de la que no querría saber el resto.

— Estoy embarazada — tras esta revelación, su llanto se incrementó.

— Pero deberías estar feliz...

— No puedo.

— ¿Por qué no? Será una forma de recordar a Lucio. Vamos, alégrate, seguro que él estaría feliz ahora mismo.

— Lo dudo.

— ¿Por qué?

Ella no podía decirle la verdad. Si lo hacía, probablemente la echaría de allí por lealtad a su amigo, pero ese bebé no iba a honrar la memoria de Lucio porque él no le había dejado nada.

Aquel bebé era de Salvatore, pero no podía decir nada. Nadie debía saberlo.

Ella se apartó por fin de Saulo y sin mirarlo volvió a la habitación, imaginando que la seguiría. Así fue. Se recostó en la cama acariciándose el vientre con la mirada perdida.

— Lo mejor será que llame a mi médico personal. No tienes buen aspecto.

— No hace falta, de verdad, estoy bien.

— Yo creo que no, lo mejor es que te vea un profesional, Salvatore no tardará nada.

Ella se incorporó rápidamente y estiró la mano para impedir que cogiera su móvil.

— ¡No lo llames!

Saulo la miró confuso.

— ¿Por qué?

— No lo hagas, estoy bien, solo un poco cansada, es algo normal.

Él se sentó en la cama frente a ella.

— ¿Por qué tengo la sensación de que me ocultas algo? Mi intuición no suele fallarme, Giulia.

— No me preguntes por favor. No estoy preparada para esto. Ni siquiera he podido asimilar el embarazo, este traslado a un lugar que es demasiado para mí... Me está superando todo. Solo necesito un poco de tiempo.

— No voy a forzarte ahora, pero me lo tendrás que contar tarde o

temprano. Lucio era mi mejor amigo.

Giulia temió aquellas palabras. Si le contaba la verdad, la echaría de allí por traición hacia su mejor amigo. Asintió para ver si la dejaba sola y, por suerte, lo consiguió. Lo vio levantarse y salir de allí tras una breve despedida.

La joven volvió a recostarse en la cama abrazándose el vientre.

— Si tengo que irme, lo haré. Bastante sufro con saber que no eres hijo de Lucio como para que me humillen. — Se miró las manos entrelazadas y sonrió con tristeza — . No dejaré que te pase nada. Tú y yo seremos fuertes juntos. Te protegeré con mi vida.

Con ese pensamiento cerró los ojos para intentar descansar un poco.

Saulo bajó las escaleras y se metió en su despacho con miles de pensamientos sobre el embarazo de Giulia. No parecía nada feliz por el embarazo. Era el hijo de su mejor amigo, ¿qué mejor forma de recordarlo que con un hijo suyo?

Tarde o temprano le tendría que contar todo y solo esperaba que no fuese nada grave. Esa mujer estaba desvalida, pero no podría perdonar una traición hacia la familia Graziani.

Dejó de lado estos pensamientos y tomó el teléfono para llamar a su nuevo hombre de confianza.

— Tenemos que hablar — dijo Saulo en cuanto este descolgó — . Debemos solucionar el tema de la droga. Mis discotecas se están quedando sin abastecimiento.

— Lo sé, señor. Estamos haciendo todo lo posible por tenerlas todas bien surtidas, pero el cargamento del barco no hemos podido recuperarlo.

— Busca la forma de hacerlo. No voy a perder mi dinero por culpa de los Zanetti. Este fin de semana tiene que estar todo arreglado porque voy a hacer un nuevo pedido.

— Lo recuperaremos.

— Eso espero. No pienso tolerar de nuevo lo mismo que esta vez.

— Así será, señor.

Tras esto colgó sin despedirse y miró hacia la pantalla de su ordenador apagado.

En ese momento alguien tocó en la puerta y él suspiró. No podía tener un momento de paz. Con un suspiro cansado invitó a pasar a la persona que tocaba.

Por esta entró su hermana y se sentó frente a él.

— Quiero empezar a organizar la boda con Piero para casarnos cuanto antes.

— ¿Esta vez es la de verdad? Empiezo a estar un poco harto de que te

eches atrás cuando discutes con él por cualquier nimiedad.

Fabiola enarcó una ceja y se incorporó para dar un par de vueltas por la habitación.

— Esta vez es en serio, quiero casarme con Piero ya.

— ¿Por qué tanta prisa de repente? — miró a su hermana con sospecha — . No será... ¿estás embarazada?

Ella se detuvo con los brazos en jarras.

— ¿Cómo puedes pensar eso? No somos tan inconscientes. Además, si fuera así, ¿qué más da? Eres un antiguo.

La joven volvió a sentarse frente a él y sacó un papel de los vaqueros tan estrechos que llevaba. Saulo miró aquel papel casi con temor y cuando se lo extendió pudo ver una enorme lista de nombres.

— Estos son los invitados para la fiesta de pedida. Quiero que sea un baile de máscaras. Llamaremos a la prensa y todo, ¿qué te parece?

— ¿Qué me parece? ¡Me parece exagerado! ¿Cuántas personas hay aquí? ¿Cien, doscientas?

— Concretamente, ciento cincuenta y dos. No podemos dejar a nadie fuera, no quiero que la prensa hable sobre que no invitamos a tal o cual persona, ¿entiendes?

Saulo se llevó la mano sana a la sien y se la masajeó.

— Lo único que sé es que esto va a ser un dolor de cabeza constante.

— ¿Entonces? ¿Me das carta blanca para organizarlo todo?

— ¿Puedo negarme?

Fabiola sonrió abiertamente mientras recogía el papel.

— Para nada.

— Oh, de acuerdo, haz lo que te dé la gana en *mi* casa — recalcó.

La joven se acercó a su hermano y le dio un sonoro beso en la mejilla.

— Por eso mismo te quiero tanto. Empezaré a organizarlo todo.

Tras esto, salió rápidamente del despacho dejando a Saulo con un terrible dolor de cabeza. Aquello iba a traer mucha cola, de eso estaba seguro.

La habitación de paredes rojas le ahogaba, todo a su alrededor era rojo, con muebles negros, aunque en realidad no había tantos. Tan solo una cómoda, una mesilla y la cama cubierta con sábanas de seda también rojas.

Alguien sentado la esperaba al borde de esta. No podía verle la cara, pero sabía que esperaba que se acercara. Ella lo hizo a pesar de sentir deseos de vomitar.

La lascivia se palpaba en el ambiente con aire viciado. Las manos del hombre le tocaron la cintura y levantaron el vestido que llevaba puesto para exponerla a sus ojos.

Apartó la cara para no mirar lo que le hacían, pero un golpe en la cara le obligó a hacerlo y lágrimas de dolor corrieron sin control por sus mejillas. El hombre siguió tocándola para luego tenderla en la cama con cierta brusquedad posicionándose encima y enterrando su miembro dentro de ella.

Un grito desgarrador escapó de su garganta mientras se incorporaba en su propia cama.

A su lado encendieron la luz y la miraron.

— ¿Byanca? ¿Estás bien?

La joven parpadeó un par de veces y giró su rostro hacia Leo, que la miraba preocupado, pero no le salía la voz. En su piel podía sentir cómo aquel hombre la tocaba y comenzó a temblar sin control al imaginar lo que debía estar pasando su hermana.

Leo al verla así se acercó y la abrazó con los labios en su frente intentando buscar signos de fiebre, porque no dejaba de temblar, pero parecía estar bien.

— Vamos, pequeña, solo ha sido una pesadilla. Si me la cuentas quizás se te pase este miedo.

Ella negó con la cabeza y cerró los ojos, pero rápidamente tenía que abrirlos ya que seguía viendo a aquel hombre sin rostro sobre ella.

Leo le decía palabras cariñosas para que se tranquilizara y su tono era tan suave que poco a poco su cuerpo se fue relajando. Cuando sintió que se iba a apartar, ella se abrazó más fuerte a él.

— No me sueltes, por favor — logró decir.

— No lo voy a hacer, tranquila. Voy a estar a tu lado.

Él se recostó sin dejar de abrazarla. Byanca no solía tener pesadillas y le preocupó haberla oído gritar así. ¿Qué había soñado para que le afectara tanto? Miró hacia ella que parecía mirar a la nada absoluta con el cuerpo aún tembloroso, por suerte menos que al principio así que esperó a que cerrara los ojos para que descansara un par de horas más.

Pero Byanca tenía miedo de cerrar los ojos y volver a imaginar lo que vivía su hermana en algún lugar de Rusia. Y lo peor de todo es que no podía contárselo a nadie porque si lo hacía tendría que contar su pasado como hacker, y no soportaría ver en los ojos de Leo que lo había traicionado.

Se abrazó aún más fuerte a él.

— Eh, me vas a aplastar los pulmones — dijo él con un deje gracioso — . Muy mala ha tenido que ser la pesadilla como para que me quieras dejar sin aire.

— No hablemos de eso, por favor.

— Sí, lo siento, pero me has preocupado.

— Se me está pasando, tranquilo.

— ¿De verdad?

Ella asintió y se quedó quieta lo que quedó de noche, intentando no pensar en lo que había soñado. Entonces llegó la hora de levantarse para ir a trabajar.

Leo había vuelto a dormirse, por lo que se apartó de él muy lentamente para no despertarlo. Se metió en el baño y se miró en el espejo. Estaba un poco pálida y ojerosa. Apenas había dormido y estaba cansada, pero debía ir a trabajar.

Se metió en la ducha para espabilarse un poco y se relajó. Cuando salió volvió a la habitación para vestirse con un vestido ajustado de color azul eléctrico justo por encima de las rodillas con un escote en pico.

Esta vez se puso unos tacones negros y se maquilló para ocultar las ojeras que tenía. Se acercó hasta Leo, que aún dormía, y le dio un leve beso en los labios para salir de allí hacia su trabajo.

Mientras iba en el taxi pensaba en una forma de poder encontrar a su hermana, aunque nada acudía a su mente. Hackear cuentas era la única opción, pero ¿de quién? Ni siquiera tenía por dónde empezar. Perdía las esperanzas sin siquiera haber empezado.

Con el ánimo por los suelos llegó a la oficina y se sentó frente al ordenador para abrir los correos pendientes del día anterior. Tenía que tenerlo todo al día.

Un rato más tarde apareció Saulo que se acercó a su mesa.

— Buenos días, señorita Marchetti. ¿Se encuentra mejor?

Ella levantó la mirada y trató de sonreír.

— Sí, ya me siento un poco mejor.

— Me alegro, hoy tenemos mucho trabajo por delante. Quiero redactar varias cartas y es muy probable que nos quedemos hasta tarde.

— Entendido, señor.

— Perfecto, siga trabajando que ya le avisaré.

Ella asintió y volvió la vista hacia el ordenador. Cuando su jefe entró en su despacho, cogió su móvil y le mandó un mensaje a Leo para decirle que iba a llegar tarde. Luego volvió a lo suyo, aunque de vez en cuando miraba su propio correo en busca de algún nuevo mensaje de su informante, pero nada parecía llegar.

A mediodía, Saulo se asomó y la miró.

— ¿Le apetece comer? He mandado a pedir comida y debe estar a punto de llegar.

Ella lo miró y asintió con cierta timidez. Iba a comer con su jefe. Este le hizo una señal para que pasara a la sala de juntas que había allí cuando escuchó el timbre del ascensor.

Por este apareció un chico con varias bolsas de comida que dejó en la sala de juntas bajo la atenta mirada de ambos. El joven le hizo un leve saludo y salió de allí tan rápido como había entrado.

— ¿No le paga?

— Es comida de uno de mis restaurantes, no hay problema.

— Tendría que haberle dado una propina al menos.

— La tendrá — dijo él sonriendo levemente mientras la invitaba a pasar a la sala de juntas — , eso no lo dude.

Apartó una silla para que ella se sentara, pero Bianca enseguida se acercó a las bolsas sacando el contenido bajo la atenta mirada de su jefe. Colocó las cosas y luego se sentó donde él había retirado la silla.

— Creí conveniente sacar la comida, usted no puede con el brazo así.

Saulo hizo un gesto de agradecimiento y se sentó no muy lejos de ella. En la mesa había una gran variedad de comida italiana y griega.

Esta variedad extrañó a Bianca que miró a su jefe.

— ¿Por qué italiana y griega?

Saulo no pudo evitar sonreír, mucha gente cree que en Grecia solo comen yogur, pero la comida griega era muy rica y variada.

— Bueno, el restaurante tiene una enorme vinculación con la historia de mis padres. Se conocieron en Grecia a pesar de que ambos eran italianos.

Cuando se casaron se fueron de luna de miel allí y decidieron llamarme Saulo, es más, yo diría que me engendraron en ese lugar — dijo con una sonrisa — . Mi nombre es griego. Así que la vinculación con este lugar es especial para ellos.

— Qué bonito — dijo Byanca tomando algo de comida para ponerla en un plato que había traído el chico en las bolsas.

— Sí, mi hermana y yo nos hemos criado con esos recuerdos y tenemos una residencia allí para cuando queramos ir.

— Eso es maravilloso.

— ¿Y sus padres?

Ella detuvo el tenedor a medio camino de su boca mientras él tomaba un pedazo de musaka sin dejar de mirarla. Byanca dejó el cubierto en el plato y bajó la mirada.

— Yo... soy huérfana.

Él también dejó su cubierto y la miró.

— Lo siento.

— No se preocupe, apenas éramos unas niñas cuando murieron.

Saulo enarcó una ceja.

— ¿Éramos?

Ella levantó la mirada hacia los ojos de Saulo con sorpresa por habersele escapado aquel detalle. Nadie debía saber sobre Chiara y ella había cometido un error al hablar en plural. Se mordió el labio inferior y luego desvió la cara.

— Bueno... tengo una hermana pequeña, pero no... no está en el país.

— Ya veo — dijo Saulo observando lo tensa que estaba Byanca. ¿Acaso ocultaba algo? — . ¿Estudios tal vez?

— ¿Eh? Sí, sí. Está estudiando fuera — dijo rápidamente.

— Muy bien, es bueno que estudie mucho, seguro que es tan brillante como su hermana — dijo mostrando una afable sonrisa.

Byanca asintió levemente y cogió el tenedor para seguir comiendo.

El almuerzo siguió en un tenso silencio por parte de ambos hasta que, finalmente, Saulo terminó y dejó el tenedor sobre el plato. Cuando ella acabó, se incorporó para recoger todo.

— Cuando usted me diga puedo ir a su despacho a redactar las cartas.

— Había pensado hacerlo aquí, creo que estaremos más cómodos.

— Pero el ordenador...

— Trae mi portátil, trabajarás con él para redactar las cartas.

Ella asintió y se dirigió al despacho de su jefe para coger el portátil y llevarlo a la sala de juntas. Levantó la tapa y abrió un documento en blanco para empezar a redactar, solo esperando que Saulo comenzara.

Él se levantó y le dio la espalda por unos instantes mientras meditaba sobre

qué poner en la misiva. Empezó a dictarle con voz pausada y ella copiaba literalmente sin siquiera interrumpirlo, era muy rápida tecleando.

Así pasaron algunas horas hasta que, llegado el atardecer, él detuvo su discurso justo detrás de ella, que movía el cuello por llevar tantas horas en la misma posición.

Saulo dio un paso hacia ella y, tras sacar el brazo del cabestrillo, posó ambas manos en sus hombros para masajearlos. Byanca se sobresaltó y luego gimió ante aquel toque que aliviaba la tensión acumulada.

Tan relajada estaba que no se percató de que Saulo acercaba su rostro para besarla justo debajo de su oreja produciéndole un terrible escalofrío de placer que erizó sus pezones tirando contra su sujetador.

— Me tienes loco, Byanca... — susurró Saulo junto a su oído lo que hizo que se le erizara la piel.

— No, señor Graziani, no siga — rogó Byanca con los ojos cerrados.

— ¿Por qué no? Solo le estoy masajando. Además, no hay nadie en esta planta.

— No debo, mi novio...

Él volvió a acercarse a su oído y le susurró:

— Él no tiene por qué saberlo.

Sus manos descendieron hasta rozar los pechos que se encontraban sensibles, lo que la hizo gemir.

— No debo, no es justo para Leo.

— No le digas nada. Será nuestro secreto.

Saulo giró la silla hacia él para mirarla a los ojos, pero ella apartó la mirada. Él la obligó a mirarlo, pero ella negó.

— No, por favor.

— Lo estás deseando, Byanca, no lo niegues.

— No puedo hacerle esto a Leo.

Saulo la acalló con un apasionado beso del que ella no pudo huir. Byanca quiso mantener los labios cerrados, pero la insistente lengua de su jefe se abrió paso entre ellos hasta invadirle todos sus sentidos.

Un gemido escapó de sus labios y, sin siquiera darse cuenta, entrelazó los brazos tras el cuello de su jefe y él la levantó para luego colocarla sobre la mesa.

El bajo de su vestido subió cuando él se puso entre sus piernas sin dejar de besarla. Su mente era un cúmulo de pensamientos contradictorios sobre lo que estaba ocurriendo. Por un lado, sabía que estaba mal, ya que ella era feliz con Leo, pero, por otro, sentía un placer inigualable, totalmente diferente a los besos de su chico.

Su centro clamaba por llenar el vacío que sentía.

Saulo buscó la cremallera del vestido, encontrándola en un lateral y la bajó lentamente para luego hacer descender el vestido hasta quedar sobre su cintura. Se apartó de los labios de Byanca y observó la cremosa piel que dejaba a la vista el sujetador. Posó sus manos sobre este y masajeó suavemente, arrancando gemidos de placer y notando cómo los pezones se erguían en plenitud reclamando más atención, hecho que le hizo sonreír.

— Me deseas, Byanca, aunque lo niegues, tu cuerpo no miente.

Lágrimas de frustración y de dolor por la traición escaparon de sus ojos, porque su cuerpo reclamaba más atención cuando debería negarse en redondo a las atenciones que él le prestaba.

— No debo, no debo — repetía ella.

— No hables, déjate llevar.

Saulo metió la mano entre sus piernas y notó la humedad que escapaba de su interior. Su miembro pulsó contra los pantalones anhelando entrar en ella.

Con la mano bajó las tiras del sujetador para descubrir los senos de la joven, de puntas rosadas que no dudó en coger entre sus dedos. Byanca se arqueó ante el toque con gemidos ahogados.

Él volvió a tomar sus labios y una de sus manos volvió al lugar entre sus piernas para apartar un poco las bragas e introducir un dedo en su cavidad. Byanca se agarró a sus hombros gimiendo.

Saulo movía su dedo con avidez y aumentando el ritmo sin dejar de mirarla hasta que la vio llegar al orgasmo. Sintió dolor donde ella lo había mordido para que su grito no se oyera. Sonrió ante lo que se avecinaba y cuando iba a desabrocharse los pantalones, su móvil comenzó a sonar.

Byanca, al oír el sonido, apartó a Saulo y trató de ocultarse a los ojos de su jefe recolocándose la ropa. Sin siquiera mirarlo, salió corriendo de la sala de juntas hacia el baño.

Cerró con pestillo y se sentó con la espalda pegada a la pared llorando desolada por lo que acababa de ocurrir.

19

Saulo maldijo para sus adentros cuando la vio marchar. Le dio un golpe a la mesa y su móvil volvió a sonar.

Con rabia lo sacó y, sin mirar, descolgó.

— ¡¿Qué?! — exclamó.

— ¡Eh! ¿Interrumpo algo? — preguntó Salvatore al otro lado de la línea.

— Sí, interrumpías algo — dijo Saulo con cubriéndose los ojos con una mano.

— Lo siento, pero esto es importante. Tengo aquí dos cuerpos de dos camareros de la fiesta esa que diste, a la que no me invitaste, por cierto, tiene cristales de lámpara y uno de los inspectores sospecha de ti.

— Eso no es nuevo, Salvatore. Ya estuvieron en mi casa cuando lo del jardinero. ¿Para eso me interrumpes?

— ¿Tan importante era?

Saulo suspiró cansado y se apoyó en la mesa.

— Déjalo, Salvatore. Tengo que colgar.

— Ten cuidado.

— No eres mi padre...

— Vale, madre mía cómo estamos hoy.

Saulo apartó el teléfono de su oreja y colgó sin siquiera despedirse. Miró hacia la puerta abierta por donde había salido Byanca hacía tan solo unos minutos.

Por fin había podido probarla, pero fue tan poco que su cuerpo reclamaba más.

Decidió ir en su busca, pero no la vio en su mesa así que decidió ir al baño. Cuando estuvo frente a la puerta la sintió llorar y se apoyó en esta.

— Byanca... abre la puerta.

— ¡No! — exclamó ella desde dentro — . ¡Esto no tenía que haber

pasado!

— Pero ha pasado y no hemos podido evitarlo.

— ¿Cómo voy a mirar a Leo después de esto? — preguntó ella mirando al techo.

— No lo pienses.

— ¿Cómo no lo voy a pensar? Yo no hago estas cosas.

— No pudiste evitarlo, ya viste cómo reaccionó tu cuerpo a mi tacto.

— No sigas hablando, por favor — dijo Byanca cerrando los ojos — .

Esto no tenía que haber pasado.

Saulo apoyó la frente contra la puerta, con frustración porque Byanca se negaba a aceptar lo que había ocurrido en la sala de juntas.

— Aunque lo niegues, ha ocurrido y ya no podemos cambiar el pasado. Me deseas y anhelas más.

Byanca negó desde el interior.

— ¡Cállate! — exclamó ella levantándose — ¡No ha ocurrido! ¡Ha sido todo un error!

— ¿Un error? ¿De verdad? Tus gemidos casi se oían por todo el edificio.

Byanca abrió la puerta y Saulo, sin esperarlo siquiera, recibió una fuerte bofetada que hizo que la mirara. Los ojos de ella brillaban por las lágrimas y la rabia que sentía.

Sin decir nada pasó por su lado y recogió su bolso para salir de allí. Necesitaba poner distancia entre ellos, pero Saulo la sujetó por un brazo. Byanca se zafó de su agarre y se metió en el ascensor sin mirarlo. Pulsó el botón y la puerta se cerró, dejando a Saulo mirando fijamente el lugar por el que ella había desaparecido.

Le dio un golpe a la puerta del ascensor y volvió a su despacho con frustración.

Mientras tanto, Byanca se colocaba el vestido sin poder dejar de llorar. Sentía deseos de gritar. Ella no era así. Se consideraba una chica fiel y Leo no se merecía un engaño semejante. No sabía cómo iba a mirarle a la cara después de todo.

Salió del edificio con mil y un pensamientos sin orden. Anduvo por calles sin un destino definido. No quería llegar a casa y encontrarse con Leo, porque no sabía cómo iba a reaccionar al verlo.

De repente empezó a llover y ni siquiera hizo el intento de refugiarse bajo techo, sino que siguió andando sin detenerse. Su cuerpo temblaba, no solo por el frío que le estaba calando de la lluvia, sino por el terrible error que había cometido al dejar que Saulo Graziani la tocara de aquella forma.

Su móvil comenzó a sonar y, al ver que era Leo, cerró los ojos con dolor.

No podía hablar con él, no tenía fuerzas para hacerlo, por lo que guardó el móvil. Con suerte, pensaría que aún estaba en la oficina. En ese momento necesitaba estar sola.

Siguió dando vueltas sin parar hasta que otra llamada la sacó de sus sombríos pensamientos, pero volvió a dejar que sonara. Entonces le llegó un mensaje. Miró la hora y vio que pasaba de la medianoche. Había pasado muchas horas caminando sin rumbo. No sabía qué hacer.

Quizá lo mejor era volver y olvidar lo que había ocurrido en la oficina. Tendría que mirar a Leo a la cara y ser la Byanca de antes de aquellos días previos a conocer a Saulo Graziani. Solo así podría seguir viendo con su conciencia y ser feliz al lado del mejor hombre de todos.

Decidida, emprendió el camino de regreso a su casa para volver junto a Leo, cuando de repente, vio a un hombre arrastrando a una mujer hacia un furgón negro aparcado a pocos pasos.

Recuerdos de una declaración de un testigo hacía tiempo vinieron a su mente. Era el modus operandi de los que se llevaban a las chicas como su hermana. Se estaban llevando a aquella chica a la que habían dejado inconsciente.

Rápidamente corrió en pos de los dos para intentar salvar a la chica.

— ¡Déjala! — exclamó agarrando al tipo del brazo.

El hombre, de aspecto malicioso la empujó lo que la hizo caer al suelo, pero eso no impidió que volviera a levantarse para atacarlo de nuevo.

— ¡Maldita mujer! Como sigas así te llevo a ti también.

— ¡Atrévete!

Se quitó los zapatos de tacón y se dispuso a darle una patada. Tras lo ocurrido con su hermana y empezar a salir con Leo aprendió defensa personal.

El tipo soltó a la joven que llevaba en el suelo y cuando Byanca le fue a dar la patada, le agarró la pierna y la hizo caer al suelo. El golpe en la espalda la dejó sin respiración por unos instantes, cosa que se agravó cuando el tipo se puso encima de ella.

Byanca comenzó a patalear para intentar quitárselo de encima consiguiendo así que recibiera un fuerte puñetazo en la mejilla dejándola confusa.

Él se apartó un poco del cuerpo de ella y le dio varios golpes evitando los de ella hasta que a Byanca le fallaron las fuerzas y acabó perdiendo el conocimiento.

El tipo sonrió.

— Dos por el precio de una, esto es perfecto.

Se levantó para coger a la chica que había dejado a un lado y que seguía

inconsciente debido al fuerte narcótico que le había administrado, de repente comenzó a oír las sirenas de la policía cerca, tan cerca que se podían ver las luces azules a escasos metros. Con rabia, se subió al furgón y dejó a las dos mujeres tiradas en el suelo.

El coche patrulla paró al lado al verlas. Se bajaron mientras llamaban a dos ambulancias. Cuando uno de ellos reconoció a Byanca, miró a su compañero que asintió sin decir nada.

Leo miraba su móvil preocupado. Hacía horas que Byanca no daba señales de vida, no contestaba a sus llamadas y el único mensaje de WhatsApp que le había mandado lo había visto, pero no había respondido. Si no respondía en cinco minutos, iría a buscarla por toda la ciudad.

El móvil que estaba sobre la mesita del salón comenzó a sonar y lo tomó. Al ver que no era Byanca pensó en colgar, pero sabía que no podía hacerlo si le llamaban de la comisaría.

— ¿Diga? — preguntó tras descolgar.

— Buenas noches, inspector Ruggeri, soy el agente Valbuzzi.

— ¿Ocurre algo, agente?

— Verá, recibimos un aviso de que un tipo se estaba llevando a una chica a un furgón negro y otra corrió en ayuda de esta, la segunda recibió una paliza de este y...

Leo tuvo un mal presentimiento y se incorporó.

— ¡Habla ya, Valbuzzi!

— Es su novia y va en una ambulancia con dirección al hospital — dijo el agente rápidamente.

Sin siquiera darle las gracias, colgó la llamada para dirigirse a la salida. Tomó su chaqueta de cuero y corrió escaleras abajo para montarse en su coche, poniendo rumbo al hospital todo lo rápidamente que pudo.

Cuando llegó, dejó el coche aparcado y vio llegar una ambulancia casi a la vez. Corrió hacia allí y entonces vio a los enfermeros sacar una camilla donde estaba Byanca. Se agarró a la camilla mientras era empujada al interior.

Su chica tenía media cara hinchada, un corte en el labio inferior y parecía costarle un poco respirar. Miró a uno de los tipos de la ambulancia.

— ¿Qué tiene?

— De momento presenta varias contusiones en el cuerpo por una paliza, el médico de urgencias la verá enseguida.

— ¿Por qué parece costarle respirar?

— Es posible que tenga alguna contusión en las costillas, pero no puedo asegurarlo.

Llegaron al tope donde no dejaban pasar nadie y Leo se quedó viendo cómo se alejaba su mujer en aquella camilla. Se llevó las manos a la cabeza y se dirigió a la sala de espera. Se sentó en una de las sillas a la espera de que saliera el médico para decirle algo sobre el estado de Byanca.

Vio llegar a dos policías que se acercaron rápidamente a él para informarle de todo lo que habían encontrado al llegar y de lo que había dicho el testigo que había hecho la llamada.

Les agradeció el haberlo avisado y los mandó a la comisaría, él se encargaría de hablar con la otra chica que había llegado después de Byanca.

Cerca de dos horas más tarde, el médico salió, preguntó por los familiares de ella y se acercó rápidamente.

— Doctor, soy la pareja de Byanca Marchetti, ¿cómo se encuentra?

— Los golpes no han sido graves, también tiene un esguince. Pronto le daremos el alta.

— ¿Puedo pasar a verla?

El médico asintió y le hizo una señal para que lo siguiera hasta una habitación. Cuando Leo entró y la vio despierta, se acercó y le agarró la mano para luego besarle la frente.

Tenía media cara hinchada y amoratada, uno de sus tobillos estaba vendado y se apreciaban más moratones en los brazos y piernas.

— Princesa, ¿cómo te encuentras? — le preguntó cariñosamente.

Byanca trató de sonreír, pero quedó en una mueca de dolor por el labio partido.

— Me duele todo.

— Normal, te han dado una buena paliza, pero has conseguido salvar a la chica.

— ¿De verdad? ¿Cómo está?

— No lo sé, cuando salga preguntaré, pero no parecía tener golpes.

— Me alegro mucho.

— ¿Qué hacías en aquella zona? Estabas lejos de la oficina y de casa. Te llamé un par de veces y no contestabas.

Byanca bajó la mirada. No podía contarle nada.

Leo la miró inquisitivo.

— ¿Ocurre algo?

— Recibí una llamada de una amiga que no estaba bien, pero me perdí.

— ¿Una amiga?

— Sí, estaba alterada, decía incoherencias por lo que me preocupé. Le dije que me diera su nueva dirección y me perdí, y cuando traté de llamarla vi al tipo ese llevándose a la chica.

— Bueno — dijo no muy convencido, desde que la conocía no sabía de la existencia de amigas en su vida — , lo importante es que estás bien. Cuando me llamaron, pensé lo peor.

— Pero estoy bien — dijo ella acariciando su mano — , eso es lo importante.

Leo sonrió y volvió a besarla en la frente. Luego entró el médico con los papeles del alta.

— Bueno, señorita Marchetti, puede volver a su casa con tranquilidad, procure mantener el pie en alto para curar ese esguince, aquí le dejo las indicaciones para cuidarse esos golpes.

— Así lo haré, yo me encargaré de todo — dijo Leo.

— Entonces tome su alta firmada — dijo el médico tendiéndole el papel.

— Gracias, doctor — dijo ella incorporándose.

— Espere un momento — dijo Leo — . ¿La chica que vino después de Byanca está bien?

— No presenta ningún tipo de golpe, solamente la drogaron con un narcótico muy fuerte y dormirá un par de horas más.

— Avisaré a uno de mis compañeros para que cuando despierte le hagan un par de preguntas para que tenga conocimiento de ello.

El médico asintió.

— Lo que sí les pido es que no la atosiguen, probablemente esté asustada.

— No se preocupe, lo tendremos en cuenta.

El doctor volvió a asentir y, tras las despedidas de rigor, salió de la habitación.

Luego Leo ayudó a Byanca a incorporarse y, con paso pausado debido al esguince, salieron del hospital hacia el coche del chico. La ayudó a subir y ella apoyó la cabeza contra el cristal mientras él subía en el lado del conductor.

Cuando se pusieron en marcha, ella cerró los ojos y el cansancio hizo que se quedara profundamente dormida.

Leo aparcó delante del complejo de pisos donde vivían y, al ver que ella dormía, sonrió levemente y decidió no despertarla, seguro que estaba cansadísima por la cantidad de golpes recibidos y la medicación para el dolor.

Se bajó del coche y luego la sacó en brazos. Subió el ascensor hasta el ático, abrió la puerta con dificultad y, cuando lo consiguió, la llevó a su habitación para que descansara. Antes la desvistió y le puso su pijama y la cubrió con el edredón.

Con suerte, dormiría toda la noche.

Se desvistió y se acostó junto a ella, pensando en lo que le había dicho. Le parecía muy extraño que estuviese tan lejos. La oficina estaba casi en la otra punta de la ciudad, al igual que el ático.

No se creía lo de la amiga. Él sabía que ella apenas tenía amistades. ¿Qué la llevaría a aquel lugar y a aquella hora?

Miró a Bianca y le sintió balbucear algo que no logró entender. Pensando que era una pesadilla, le acarició el rostro con delicadeza y evitando tocar la zona golpeada.

— Tranquila, estoy a tu lado.

Ella se tranquilizó y volvió a su sueño profundo, por lo que Leo volvió a su posición y cerró los ojos para dormir un rato antes de levantarse e ir a trabajar, pero al ver que no podía, se levantó y se dirigió al despacho que ambos compartían para leer de nuevo el caso de BuioBianco.

No entendía cómo aún no habían descubierto quién era cuando tenían a los mejores informáticos de toda la Toscana trabajando en ello desde la última vez que hizo su aparición.

Rastreaban todas las IP sin ningún resultado positivo porque había desaparecido una vez la policía se dio cuenta de que habían invadido sus archivos.

Lo que no entendía era qué hacía en los archivos de desapariciones y secuestros. ¿Quizá para copiar algún modus operandi y hacer lo mismo?

Cerca del amanecer sintió un ruido en la habitación donde estaba Byanca y se incorporó. Se acercó hasta allí para ver a la joven levantándose e ir cojeando hacia la puerta.

— ¿Se puede saber a dónde vas?

— Tengo que ir a trabajar — dijo ella.

— Eh, espera, señorita. Tienes un esguince y además es demasiado temprano.

— Estoy bien.

— Claro, por eso cojeas así. No puedes apoyar la pierna.

— Me paso el día sentada cogiendo llamadas, no tengo que moverme para nada.

— Pero tienes que caminar cuando llegas y cuando sales. Tu tobillo necesita reposo. Venga, vuelve a la cama. Llama a tu jefe y dile que no puedes ir, por un día que no vayas no va a pasar nada, la empresa seguirá en pie.

Él la cogió en brazos y la depositó en la cama con delicadeza, luego cogió un almohadón y lo puso bajo el pie vendado.

— Estoy bien, Leo.

— No lo estás, no seas cabezota.

Byanca suspiró frustrada, ella no servía para estar parada, aunque en realidad era mejor no aparecer por la oficina ese día. Los recuerdos de lo ocurrido estaban muy vívidos en su mente y necesitaba poner distancia.

También podía aprovechar para rastrear en la red el paradero de su hermana. Cerró los ojos por unos instantes y luego asintió.

— De acuerdo, me quedaré aquí. ¿Contento?

— Mucho — dijo Leo sonriendo — . Bueno, voy a cambiarme, que debo estar temprano en la comisaría para ver si la chica despertó e interrogar sobre lo ocurrido.

Ella asintió y vio cómo se cambiaba de ropa frente a ella. Los músculos de su espalda se marcaban, pero no sintió ese retortijón de placer al verlo. Se llevó una mano al pecho al darse cuenta de que estaba comenzando a perder el interés en Leo. Él no se lo merecía.

Cuando él se vistió, se giró hacia ella y le dio un beso antes de marcharse. Ella volvió a recostarse por unos instantes cuando él salió de la casa, pensando en lo que había ocurrido. Ya no sentía lo mismo por Leo y eso le hacía sentir mal porque él era lo que ella necesitaba. Era el hombre perfecto, aunque ella le ocultara algunas cosas.

Se levantó de la cama y se dirigió al despacho cojeando para sentarse

frente al portátil. Lo encendió y miró su correo, esperando una respuesta de su informante, pero no había nada, por lo que siguió con la búsqueda que había interrumpido hacia dos días.

Las horas se le pasaron rápidas buscando, indagando dónde podría estar su hermana, ninguna página se le resistía, pero le estaba costando más de lo esperado porque no había registro de chicas en ninguna. Se recostó en la silla y cerró los ojos. Aún estaba cansada y le dolía todo el cuerpo, porque el efecto de la medicación se le había ido hacia un buen rato.

Miró la hora en el ordenador y supo que debía llamar a la oficina. Justo cuando iba hacia el salón para coger el teléfono, sonó el timbre. Extrañada miró hacia la puerta y se dirigió a abrir, aunque primero miró por la mirilla.

Al ver quién era, su corazón latió acelerado. Se mordió el labio inferior sin saber si abrir o no. Sabía que tenía que decirle lo que había ocurrido para no ir, pero lo del día anterior seguía grabado a fuego en su piel. Debía abrir y decirle que hoy no iría a trabajar, además, que él mismo vería cómo estaba.

Saulo tocó en la puerta, Bianca volvió a acercarse y agarró el pomo.

— Señor Graziani, iba a llamar a la oficina ahora mismo — dijo sin abrir la puerta.

— No quieres verme la cara por lo ocurrido — afirmó más que preguntó — . Me comporté como un estúpido y dije algo que no debía decir.

— Mire... olvidemos lo ocurrido y márchese, mañana volveré a mi puesto de trabajo.

— ¿Ocurre algo? Porque no pienso moverme hasta que no me abra la puerta.

Ella apoyó la frente en la puerta.

— Preferiría no abrir.

— Si no lo haces, echaré la puerta abajo.

— ¿Por qué tanta insistencia en verme? — preguntó ella — . He pasado una mala noche y quiero descansar un rato, vete, por favor.

— No me voy a ir.

La rabia le pudo y abrió la puerta para encararlo.

— ¡He dicho que te vayas!

Saulo la miró sorprendido. Tenía media cara hinchada y amoratada, sus brazos también mostraban moretones recientes. Sin pensarlo tomó su cara entre las manos.

— ¿Quién te ha hecho esto? ¿Fue ese poli? Si ha sido él, le voy a matar.

— ¿Qué dices? Leo no sería capaz de hacerme algo semejante — dijo ella apartándose.

— ¿Entonces quién fue?

— Un tipo que quería secuestrar a una chica. Ahora, por favor, márchate, mañana iré a la oficina como siempre.

Byanca intentó empujarlo, pero él era el doble que ella en físico y no podía hacer nada por sacarlo de allí para cerrar la puerta.

— Lo atraparon, ¿verdad?

— No lo sé, me dio una paliza y quedé inconsciente. Si quieres conocer más detalles ve a la comisaría.

— ¿Y tu novio se fue mientras tú podrías estar en peligro?

— Dudo que esté en peligro. Esos tipos cazan al azar, cualquiera les vale para mandarla lejos de sus casas para que abusen de ellas.

Saulo la metió dentro de la casa y cerró la puerta, ella se quejó del tobillo y lo miró enfadada.

— ¿Qué has dicho?

— Ese hijo de perra caza a chicas para luego venderlas a burdeles. ¿No sabes lo que es la trata de blancas o hay que hacerte un croquis?

— Sé muy bien lo que es la trata, pero ¿cómo sabes tú eso?

Byanca lo miró y se quedó callada unos instantes, hasta que encontró una mentira plausible.

— Veo las noticias. No es la primera.

— Lo que conoces no es como si lo hubieses visto en las noticias, pareces hablar por experiencia.

La joven soltó una carcajada tratando de disimular, si seguía allí, probablemente le sacaría toda la verdad y nadie debía saberlo.

— ¿Experiencia? Por favor, ¿quién de mi alrededor va a ser secuestrado?

Saulo meditó durante unos instantes y recordó algo que le había dicho el día anterior que le hizo pensar en que ella mentía sobre el paradero de esa hermana que decía tener.

— ¿Tu hermana? — Byanca ahogó una exclamación y retrocedió un paso — . Tu hermana no está de viaje de estudios. Está en un burdel en contra de su voluntad. No me equivoco, ¿verdad?

Ella miró a otro lado y luego volvió a enfrentarlo.

— ¿Cómo puedes decir eso? Mi hermana está bien, disfrutando de su viaje. No te permito que la nombres si no sabes nada de ella.

— Mientes. Se te da mal mentir cuando te acorralan — dijo él pegándose a ella.

— Vete, por favor. No quiero repetirlo más.

Su cuerpo temblaba y si no se iba, rompería a llorar ahí mismo. La carga que soportaba a veces era demasiado para ella sola, pero no podía contárselo a nadie. No la ayudaron en su momento y no lo harían ahora. Sería ella misma

quien sacara a su hermana de ese mundo terrible en el que estaba metida sin haberlo deseado.

Saulo dio un paso atrás y vio que estaba temblorosa, sus ojos brillaban con lágrimas contenidas que se negaba a derramar. Sin poder evitarlo le acarició la mejilla y ella no pudo evitar cerrar los ojos ante su toque.

— Dime la verdad, puedes confiar en mí.

— No... — gimió Byanca — . No.

Sin poder evitarlo, Saulo la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. Byanca intentó no llorar. A punto estuvo de soltar todo cuando el móvil de Saulo volvió a interrumpirlos, tal y como había ocurrido el día anterior. La joven aprovechó para apartarse y limpiarse las pocas lágrimas que habían escapado de sus ojos.

Saulo volvió a maldecir esos malditos aparatos y contestó con rabia.

— ¡¿Qué?!

— Vaya humores, ¿interrumpo algo?

Saulo cerró los ojos mientras suspiraba.

— Como siempre.

— ¿Otra vez? Joder, macho, dos días seguidos... eres mi ídolo.

— Al grano.

— Vale, a lo que iba. Sí. Han pillado a uno de los Zanetti con un gran alijo de drogas y, por lo que he podido ver, es de la nuestra, lleva nuestro símbolo.

— ¡Maldita sea! — exclamó frustrado.

Byanca lo miró sin comprender ese comportamiento de repente. ¿Qué le estarían diciendo para maldecir así?

— Está detenido, aún no ha declarado, lo estaré vigilando, pero usarán esto para ir a por ti — dijo Salvatore.

— De acuerdo, volveré a la oficina y seguimos hablando — dijo al ver que Byanca lo miraba con curiosidad. Tras esto colgó y se dirigió a ella — . Debo volver a la oficina.

Ella asintió. Saulo se acercó y la agarró de la cintura para atraerla hacia sí.

— No lo hagas — suplicó ella.

— Es solo un beso.

Ella negó con la cabeza, pero en el fondo deseaba volver a probar aquellos labios que el día anterior le habían vuelto loca con su toque por todo su cuerpo.

Cuando los labios de Saulo rozaron los suyos, no pudo rechazarlo. Él movió su lengua para poder introducirse en ella y Byanca accedió abriendo la boca dejándose invadir por las sensaciones que le provocaba.

Finalmente, él se apartó, aunque renuente a dejarla allí.

— Cuídate, si mañana sigues mal no vayas a trabajar — le dijo él.

Ella abrió los ojos y asintió levemente. Saulo le dio un beso en la frente

con delicadeza y se marchó de allí cerrando la puerta y dejando a Byanca observando esta con una mano en los labios.

Cuando Saulo llegó a la salida y se montó en su coche, cogió el móvil y llamó a Salvatore.

— ¿Ya has llegado a la oficina? Normal, con la máquina que tienes por coche...

— Ya cállate y escucha, es importante. ¿Puedes acceder a toda la información de los ordenadores de la oficina?

Salvatore, que estaba sentado en su pequeño despacho, se recostó en su silla y colocó los pies cruzados sobre la mesa.

— Parece mentira que me preguntes eso, amigo, ¿cómo crees que supe que habían detenido a uno de los Zanetti? Que, por cierto, los matones de ese tipo son todos calvos, ¿problemas de alopecia por estrés? No me extrañaría.

— No te vayas por las ramas y escúchame bien.

— A sus órdenes. ¿Qué debo buscar?

— Quiero que busques cualquier denuncia hecha sobre la desaparición de alguien apellidado Marchetti.

— ¿Marchetti? Me suena ese apellido — dijo Salvatore pensativo.

— Cuando lo encuentres, mándame toda la información al correo, ¿entendido?

— Vale, vale. Ahora mismo me pongo a ello.

— Perfecto.

Sin despedirse colgó y puso rumbo a la oficina a seguir con todo el trabajo pendiente.

21

Leo volvió al hospital con Clairee para hablar con la chica que acababa de despertar. Tras enseñar las placas, los llevaron hasta la habitación donde estaba la joven, que parecía estar bien, con la ropa puesta para volver a su casa.

— Buenos días, soy el agente Ruggeri y ella es mi compañera, la agente Pisano.

Ambos le tendieron la mano y ella se las dio.

— Yo soy Rosella Tessera. Los médicos me han contado por encima la razón de que despertara aquí. Supongo que vendrán a preguntarme si vi algo antes de perder el conocimiento.

— Así es — asintió Clairee.

— La verdad es que es un poco confuso todo, pero recuerdo sentirme perseguida por alguien cuando me dirigía hacia mi casa, luego sentí un pinchazo en el cuello — dijo llevándose una mano al lugar — y alguien que me agarraba por la cintura, supongo que perdí el conocimiento y desperté aquí.

— Ha tenido mucha suerte, probablemente, de no ser por una mujer que se dio cuenta, ahora mismo hubiera despertado en otro sitio más desagradable — dijo Leo.

— Me gustaría agradecerle a esa mujer lo que ha hecho por mí, ¿se encuentra aquí?

Leo negó sonriendo.

— Está descansando en su casa, ese tipo le dio una paliza, pero está recuperándose, puedo encargarme de darle el agradecimiento.

— Oh, supongo que también deben preguntarle a ella lo que vio, dele las gracias y dígame que le debo la vida.

— Hizo lo que cualquier persona hubiera hecho en una situación así, pero se lo diré.

La joven sonrió.

— Muchas gracias. Ahora me gustaría volver a mi casa, mi madre estará preocupada porque no la he llamado hoy, no es fácil independizarse cuando tienes una madre sobreprotectora.

— Tenga cuidado — dijo Clairee — y le aconsejo que aprenda defensa personal, le puede ser de mucha ayuda.

La joven asintió y, tras coger el papel del alta, salió de la habitación.

Ambos miraron hacia la puerta y luego entre ellos.

— Ha tenido muchísima suerte — dijo Clairee —, ella puede contarlo, hay otras que no han podido hacerlo y sus familias viven con la preocupación.

— Todo por culpa de la mafia — dijo Leo casi con rabia.

— Los atraparemos a todos.

— Casi se llevan a Byanca con esta chica.

— Pero está bien, en tu casa, no pienses en lo que pudo haber sido.

— Ya lo sé, pero no puedo evitarlo.

— Olvídalo y volvamos a la comisaría.

Leo asintió y ambos salieron del hospital. Se dirigieron a la comisaría y les informaron de que habían detenido a un tipo con un alijo de drogas, por lo que fueron a interrogarlo, ya que no quería hablar con los otros policías.

Ambos entraron en la sala de interrogatorios y Leo lo miró con los brazos cruzados.

— Nos han dicho que te ha comido la lengua el gato y no nos quieres decir para quien trabajas — dijo él.

El tipo, alto, calvo, de ojos negros se mantenía impassible e incluso con una cínica sonrisa. Leo apoyó las manos en la mesa frente a él mientras Clairee se sentaba en la silla libre que había allí.

— No nos vamos a mover de aquí hasta que hables — dijo ella.

El hombre hizo un gesto de desdén y luego sonrió.

— Mientras estés tú no me importa, así podemos disfrutar un rato los dos.

Leo golpeó la mesa con fuerza y el otro lo miró con una ceja enarcada.

— Estás hablando con una oficial de policía, muestra respeto.

— Es una mujer y, al igual que a todas, le gusta estar con un hombre que sepa darles lo que quiere, porque son todas unas putitas.

Leo estuvo a punto de darle un puñetazo, pero Clairee lo detuvo y se levantó para acercarse al hombre.

— Bueno. — dijo ella colocándose a su lado sentada en la mesa y con las piernas cruzadas. Suspiró y lo miró —. La verdad es que hace tiempo que no me acuesto con un verdadero hombre. Desde que he entrado me ha parecido estar ante un buen macho que me dará lo que quiero.

Clairee pasó un dedo por la mejilla del tipo bajando lentamente hasta la

barbilla. A su espalda, Leo la miraba boquiabierto.

— Estos polis son unos mierdas, comparados conmigo, nena — dijo el hombre sonriendo.

— ¿Ah sí? — El asintió — . Entonces ¿por qué no me cuentas quién es tu jefe? — preguntó con voz sensual — . Tendrás una buena recompensa por ello.

Clairee se acercó un poco para mostrar el escote.

El hombre parecía babear con aquel espectáculo.

— La droga tiene la marca Graziani — habló el tipo.

— Leo, ya lo tienes — dijo Clairee bajándose de la mesa y acercándose a la puerta de salida.

El policía estaba cada vez más sorprendido por el cambio repentino, pero, aun así la siguió.

— ¡Eh! ¿Y mi recompensa?

Clairee se giró y sonrió con inocencia.

— Ya te la he dado, será la última vez que veas un escote hasta que salgas de la cárcel.

Dicho esto, salió de allí con Leo a la zaga.

— ¿Dónde está Clairee? Tú no eres mi compañera.

Ella volvió a sonreír, pero más sincera.

— Eso demuestra lo poco que me conoces.

— Ya veo, ya. Prometo no volver a meterme contigo nunca más.

— Exagerado, tampoco he hecho tanto, al menos tenemos una confesión. Debemos ir a hablar con Graziani.

Leo asintió y llamó a la oficina de ese tipo para ir a hablar con él. Le dijeron que en ese momento no estaba, por lo que tendrían que esperar, así que volvió a su despacho para seguir observando el pizarrón en busca de nuevas pistas sobre todos los hombres asesinados a los que se les había añadido los camareros de la fiesta de Graziani.

Abrió los ojos lentamente con el dolor lacerando su cuerpo. Volvió a cerrarlos para intentar dormir de nuevo y olvidarse de todo a su alrededor, pero cualquier movimiento que hiciese era una tortura.

Su cuerpo estaba lleno de moratones y laceraciones, tanto viejas como nuevas. Cuando pensaba en todo por lo que pasaba deseaba llorar, pero las lágrimas ya no le salían.

Su hermana siempre le decía que las lágrimas purificaban y limpiaban el alma, la de ella ya no tenía remedio y por eso no lloraba. Nada podía limpiar la suciedad que portaba su cuerpo y su alma.

Tras su secuestro había hecho todo lo posible por huir, pero tras varias

palizas que casi la matan, había desistido. Lo que no esperaba era lo que iba a sufrir en su nuevo destino, la trasladaron a un país que no conocía.

Un lugar donde todos la trataban casi como un animal que solo debía mostrarse para que los clientes la eligiesen y diesen rienda suelta a sus perversos juegos.

Abrieron la puerta de su habitación gritándole, pero no entendía lo que querían decirle. Intentó incorporarse y uno de los tipos la arrastró fuera de la habitación. La llevaron hasta la sala principal de aquel antro donde era obligada a trabajar.

Allí había un hombre que acompañaba al dueño de aquel lugar. El tipo alto, de pelo corto rubio y ojos azules que la miraban con deseo y perversión.

Ella intentó cubrirse, pero uno de los esbirros de su captor le colocó los brazos tras la espalda. El rubio se acercó y la miró a los ojos fijamente para luego decir:

— *Krasivvy*^[2].

La joven tembló, era una palabra que usaban mucho con ella. Una de las chicas que conocía el idioma le había dicho que significaba hermosa y ella no se sentía como tal. No le gustaba esa palabra.

El hombre se giró hacia su captor, un hombre de pelo castaño y ojos igual de azules que el primero, aunque los de este brillaban con avaricia, y se pusieron a hablar. Cuando vio que le hicieron señales, ella se removi6 en los brazos del esbirro. Sabía lo que venía y su cuerpo no podría soportar otra sesión, estaba demasiado dolorida para ello.

Las mejillas se empaparon de lágrimas que escapaban sin control de sus ojos.

— No, por favor, no — suplicaba mientras veía a su captor hacerle una señal al esbirro para que se la llevara de allí.

Este la llevó a una de las habitaciones donde eran obligadas a trabajar y la dejó allí en espera de aquel hombre que pagaría una cantidad ingente de dinero por estar con ella. Cuando vio la habitación en la que estaba su mundo, se vino abajo una vez más.

Se abrazó a sí misma de rodillas en el suelo, deseando desaparecer para evitar otro momento como ese.

El olor que se respiraba allí era nauseabundo para ella. Odiaba el olor del cuero.

Al momento entró el rubio que enseguida la miró con una enorme sonrisa al imaginarse lo que iba a ocurrir allí. Ella, aún de rodillas, retrocedió hasta quedar pegada a la pared mientras él se acercaba hasta quedar a muy poca distancia.

Sin fuerza alguna le agarró del brazo y la incorporó mientras lo empujaba, intentando apartarlo de sí, pero solo consiguió enfadarlo y que le rompiese el camisón que llevaba para arrastrarla hasta la cama donde la tiró.

Ella intentó salirse por el otro lado, pero el hombre la agarró con fuerza y con duros tirones consiguió atar sus manos a ambos lados del cabecero de la cama. La joven se removía e intentaba soltarse, pero solo consiguió hacerse daño en las muñecas.

— ¡No quiero! ¡Déjame! — gritaba ella intentando golpearle con los pies.

Él, enfadado, se apartó de la cama y cogió algo entre sus manos. Cuando ella lo vio, negó con la cabeza y volvió a hacer esfuerzos para soltarse.

El primer golpe no se hizo esperar y ella gritó de dolor. Él sonrió y volvió a asestarle otro golpe que ella intentó rehuir, aunque le fue imposible estando inmovilizada.

Tras varios golpes, él se desnudó completamente y se subió encima de ella, que lloraba desconsolada, sorprendiéndose de tener aún lágrimas que soltar, pero el dolor era demasiado para soportarlo porque había golpeado donde aún había golpes recientes. Sin más preámbulos, el tipo la penetró y ella gimió dolorida, pero él, en su lujuria pensó que gemía de placer y se movió más rápidamente hasta que se descargó en su interior.

Cuando acabó, se bajó de la cama, se vistió y tras un último vistazo con una sonrisa llena de promesas de volver, salió de la habitación, dejándola aún atada con la mirada perdida y las lágrimas corriendo por sus sienes.

Tras un rato, apareció uno de los esbirros que la desató y la llevó hasta la habitación donde ella se quedaba. Una vez allí, ella volvió a acostarse y a cerrar los ojos para tratar de olvidar.

Cada vez que entraba en aquella habitación era un suplicio, antes que entrar allí prefería las otras donde las violaban, sí, pero no les hacían daño.

Intentó tocarse los golpes, pero no se atrevió y cerró los ojos para intentar descansar un poco. Estaba harta de todo aquello, quería dejar de sentir, sabía que de allí no saldría con vida, jamás la dejarían marchar, era una esclava en aquel lugar y la única solución era dejar de respirar para poder salir de una vez de aquel infierno.

Miró a su alrededor en busca de algo, pero no había nada que le sirviese, básicamente porque allí solo estaba la cama, una mesilla desprovista de decoración y una luz alógena en el techo. Estaba todo bien planeado para que ellas no intentaran ninguna locura.

Entonces tocaron en la puerta y, sin esperar respuesta, abrieron. Una joven entró con una crema en las manos. Aquella joven podría considerarla su amiga, porque habían llegado juntas al lugar y se conocieron en el camino hacia allí,

cada una conocía la vida de la otra y se ayudaban en todo lo que podían.

— No entiendo cómo pueden hacerte esto. Anoche se pasaron contigo y hoy vuelven a llevarte ante un cliente... ¿qué has hecho? — preguntó mientras intentaba extenderle la crema por las zonas golpeadas, arrancando gemidos de dolor — . Dijimos que intentaríamos pasar desapercibidas, ya sabes lo que ocurre con las que destacan aquí. No quiero que te compren.

— Yo solo quiero morir.

— No digas eso, Chiara, tienes que vivir para escapar de aquí y reencontrarte con tu hermana.

— La única forma de salir de aquí es muerta.

— Por favor, no pienses así. Estoy segura de que tu hermana te estará buscando desesperadamente, piensa en ella. Tú tienes a alguien por quien luchar, no te dejes vencer.

— Ha pasado mucho tiempo.

— Eso no importa para la familia, vas a salir de aquí viva para reencontrarte con tu hermana. Solo tienes que aguantar un poco.

— ¿Por qué nosotras? — preguntó tras un rato de silencio que su amiga aprovechó para terminar con la crema.

— No lo sé, supongo que tuvimos la desgracia de estar en el lugar y momento equivocados. Pero saldremos, te lo prometo. Volveremos a Italia, vivas — dijo esta sonriendo.

Chiara intentó ser positiva, pero las esperanzas eran cada vez menores. Si Bianca no la encontraba, temía morir allí sola y lejos de la única persona que tenía en el mundo.

22

Saulo salió muy tarde de la oficina mientras esperaba la llamada de Salvatore, pero esta no llegó y, cansado, decidió volver a su casa.

Al llegar abajo vio a Leo esperando. Ambos se miraron y Saulo pasó por su lado.

— Si viene a buscar a su novia recuerde que ella no ha venido hoy — dijo sin siquiera mirarlo.

— Lo sé, vengo a hablar con usted, pero debe acompañarme a la comisaría.

Saulo se detuvo y lo miró enarcando una ceja.

— ¿Perdone?

— Hemos detenido a un hombre con un alijo de drogas que dice ser de usted, no me queda más remedio que pedirle que venga conmigo.

— ¿Cómo puede demostrar que ese hombre dice la verdad?

— Ha cantado como un pajarito, no se resista, señor Graziani.

— Puedo llamar a mi abogado al menos, ¿no?

— Por supuesto, pero de camino a la comisaría.

— Muy bien.

Ambos salieron de allí bajo la atenta mirada de unos pocos trabajadores que no tardarían en extender la noticia al resto de departamentos. Por suerte, la mayoría eran fieles a su jefe y lo apoyarían pasara lo que pasase.

Se metió en el coche de Leo en el asiento trasero mientras cogía su móvil para llamar a su abogado que contestó al instante.

— ¿Saulo?

— Necesito que vayas a la comisaría ya.

— ¿Qué ocurre?

— Luego te cuento todo con detalle, nos vemos allá.

— Por suerte me pillas saliendo del despacho, voy en camino.

— Perfecto.

Tras esto, Saulo colgó y miró al policía que miraba a la carretera. Ese era el hombre que estaba con la mujer que él deseaba poseer y en vez de estar con ella, estaba trabajando. Si por él fuese, hubiera estado todo el día con ella, cuidándola y protegiéndola.

En realidad, si fuese por él, estaría rodeada de guardias de seguridad después de lo que le había ocurrido. Que ella conociera tan bien el tema de la trata que empleaban otras mafias le decía claramente que había vivido algo de esa experiencia, aunque no en carne propia. Por eso esperaba la llamada de Salvatore.

Una vez en comisaría, ambos se bajaron del coche y se vieron rodeados de una horda de periodistas que enseguida pusieron sus micrófonos delante de Saulo. Leo, molesto, los apartó y le instó a este a entrar.

— Malditos periodistas — se quejó Leo.

Un hombre alto de pelo corto negro y ojos oscuros ocultos por unas gafas cuadradas azules, vestido de traje color gris plata se acercó hasta ellos.

— Soy Maurizio Norelli, abogado de Saulo Graziani.

— Vaya, es rápido su abogado — dijo Leo mirando a Saulo.

— Es un hombre diligente — respondió Saulo.

— Puedo verlo, si no hay nada más que añadir, acompañenme hasta la sala de interrogatorios.

Los dos asintieron y siguieron a Leo hasta la sala donde se sentaron todos, aunque antes el policía había cogido una bolsa que le había dado uno de sus compañeros y que en ese momento ponía encima de la mesa.

En la bolsa se podían ver varias bolsas más pequeñas llenas de pastillas de colores con el dibujo de un ancla.

Saulo volvió a enarcar una ceja y miró de nuevo a Leo.

— ¿Qué es eso? — preguntó fingiendo que no sabía lo que era.

— La droga que tenía su hombre.

— ¿Mi hombre?

— Su hombre, su distribuidor, su camello, como quiera llamarlo. Él ha dicho que la droga es suya.

— ¿Tiene alguna forma de demostrarlo? — preguntó el abogado.

— La declaración es más que suficiente.

— Me parece que no, inspector — dijo Maurizio — . Hay gente que odia al señor Graziani y haría todo lo posible por acusarlo de cosas que no son de su incumbencia. Cualquiera de los negocios que posee son legales y puedo mostrarle todos los papeles.

Saulo cruzó los brazos sin dejar de mirar a Leo al ver que trastabillaba en

dar una respuesta.

— En las discotecas se reparte droga, varias personas han salido de ellas con alguna sobredosis.

— No puedo controlarlo todo, reservo mucho el derecho de admisión, cualquiera no puede entrar, pero lo que lleven encima no es de mi incumbencia. No soy quien para registrar nada. Mis hombres de seguridad me mantienen informado de cualquier inconveniente.

— Casualmente, cada una de estas pastillas tiene el mismo símbolo que la marca de su empresa marítima.

— Por favor, inspector, hay muchas empresas marítimas que en su nombre incluyen un ancla, ¿o acaso soy el único y no me he enterado?

— Ellos no son gente como usted — dijo Leo.

— ¿Qué quiere decir?

— Usted lo sabe muy bien, no creo que haga falta que lo diga.

— Inspector, estas acusaciones podrían costarle caro — dijo el abogado.

Leo se incorporó y cruzó los brazos.

— Veo que tiene amigos hasta en el infierno. Es uno de los suyos, ¿verdad?

Saulo también se incorporó.

— Empiezo a estar harto de este jueguito, hable sin medias tintas.

El policía apoyó las manos en la mesa y miró fijamente a los ojos a Saulo.

— Sé que su familia es una de las más importantes dentro de la mafia. Casualmente, muchos de los hombres que hemos encontrado muertos en estos últimos meses trabajaban en su casa o tenían algún tipo de relación con usted, ¿o me lo piensa negar?

— Esto le va a costar caro — dijo Maurizio.

— No estoy hablando con usted — dijo Leo mirando al abogado y luego volvió la vista a Saulo — . Vamos, reconozca todo, será mucho más fácil porque los años de condena van aumentando a medida que pasa el tiempo.

— ¿Acaso mis huellas estaban en esos cuerpos que dice? ¿Hay algún documento que diga que esa droga la compré yo? Solo tiene una maldita declaración y muchas casualidades. No tiene nada para acusarme debidamente.

— Mi cliente tiene razón, por lo tanto, si no tiene pruebas contra él, se puede marchar o me verá en la obligación de interponer una denuncia contra usted y que lo echen de aquí.

— No me intimida, señor Norelli. Asumo el riesgo, estoy seguro de que no me equivoco en mis suposiciones.

— Arriesga mucho.

— Es posible, pero mi instinto me dice que no me equivoco y no suelo

fallar.

— Pues esta vez sí que falla — dijo Saulo — . No tiene derecho a traerme aquí y acusarme sin pruebas. Así que, si no tiene nada más que decirme, me marchó.

Cogió sus cosas y abrió la puerta de la sala de interrogatorios. Maurizio se levantó para salir tras su defendido, dejando a Leo solo, que con toda la rabia del mundo le dio una patada a la silla. Esta causó un buen estruendo y varios de sus compañeros miraron a través de la puerta como este se pasaba una mano por el pelo con frustración y maldecía a la mafia.

Una vez fuera, Saulo se metió en el coche de Maurizio, ya que el suyo estaba aparcado delante de las oficinas. Una vez dentro del vehículo, apoyó la cabeza y suspiró frustrado.

— Ese tipo me saca de quicio. ¿Qué hace aquí en vez de estar cuidando de su novia?

Maurizio enarcó una ceja y lo miró por unos segundos para volver la vista a la carretera.

— ¿Qué ha pasado que no me he enterado de nada?

— Es una historia un poco larga de contar.

— Tenemos tiempo. La curiosidad me mata — dijo el abogado sonriendo de medio lado — . ¿De qué conoces a su novia?

— Es mi nueva secretaria, Agnese está de baja por maternidad.

Maurizio asintió esperando algo más por parte de él, pero como siempre, Saulo era muy reservado.

— Y te quedas así, tan pancho. Ese intercambio de acusaciones no me suena a algo esporádico. ¿Qué ocurre con esa secretaria novia del poli?

Saulo se pasó una mano por el pelo y cerró los ojos.

— Es una mujer diferente a todas las que he conocido. Es hermosa, delicada y fiel. Tan fiel que no responde a mis provocaciones a pesar de que le gusta lo que le hago, siempre me detiene. Anoche la atacaron y ese tipo en vez de estar con ella, se atreve a llevarme a la comisaría para declarar.

— Bueno, tampoco te lo tomes tan mal, porque la cosa está complicada. Esa droga tiene tu marca.

— Lo sé, pero la carga que me llegó no la tengo, la tiene ese maldito de Zanetti, seguro que advirtió a los suyos para que dijeran que era mía. Su marca es un diamante y es mucho más tóxica que la mía porque la mezcla con otros productos, no es droga pura.

— Sea como sea, debes de tener cuidado. Zanetti está yendo a por todas y no va a descansar hasta tenerte fuera de combate.

— Lo sé, pero esto no va a quedar así. Esta guerra no ha hecho más que empezar.

— Ya sabes que, si necesitas cualquier cosa, puedes avisarme, soy abogado, pero ante todo eres mi amigo y le debo mucho a los Graziani. De no ser por vosotros, no hubiera tenido futuro.

Saulo sonrió.

— Eras muy buen chico, además, yo soy el que te debe la vida a ti. Si no me hubieses sacado de aquel infierno, ahora mismo estaría muerto.

— No digas eso, yo sabía mejor que nadie las palizas que daban esos Zanetti.

Hubo unos segundos de silencio en los que Saulo miró a su amigo.

— ¿Sabes algo de tu familia?

Maurizio apretó el volante hasta que los dedos se le quedaron blancos.

— Mi padre sigue en el hospital, apenas le queda tiempo. Mi madre sigue igual.

— Aún no has ido a verlo, ¿verdad?

— No se lo merece, por su culpa pasé por lo que pasé.

— Si se muere, te arrepentirás toda tu vida.

Maurizio negó con la cabeza y entonces aparcó delante de la empresa de Saulo.

— Lo que hizo no se lo perdonaré en la vida, Saulo, él no va a compensar los maltratos que recibí hasta que me sacaste de allí. Olvídalo.

— ¿Estás seguro?

— Completamente.

— De acuerdo.

Saulo abrió la puerta para salir, cuando oyó el ruido de cristales al romperse y que llegaban hasta él por lo que se agachó. Maurizio a su lado lo imitó.

— Mierda, el coche es nuevo — se quejó el abogado recolocándose las gafas y buscando la pistola que tenía oculta bajo el asiento.

— Puedes comprarte todos los que quieras, tienes dinero más que suficiente para eso.

— Sí, pero no lo he estrenado como Dios manda. — Saulo lo miró enarcando una ceja y el otro encogió los hombros — . ¿Qué? Que sea abogado no quiere decir que sea un tipo serio, te recuerdo que vengo de los bajos fondos de la Toscana.

A pesar de la situación en la que se encontraba, Saulo no pudo evitar soltar una carcajada.

— Dime que tienes una pistola de repuesto, porque no voy a permanecer

agachado sin hacer nada.

— Debajo del asiento hay otra lista.

— Perfecto.

Saulo palpó por debajo del asiento y, cuando la encontró, le quitó el seguro. Levantó la cabeza hasta que vio, no muy lejos de allí, a dos tipos vestidos de negro que empezaron a disparar de nuevo, por lo que tuvo que volver a agacharse.

Los disparos cesaron y entonces ambos se incorporaron y sacaron sus armas para disparar a los dos tipos. Maurizio acertó a darle a uno, pero el otro salió corriendo.

— Esto no va a quedar así — dijo Maurizio poniendo en marcha su coche — . Me han roto los cristales y van a pagarlo, aunque sea con su vida.

Un furgón negro salió del callejón por el que había desaparecido el hombre que no había sido herido y Maurizio lo siguió a toda velocidad.

Saulo asomó la cabeza junto con el brazo que tenía la pistola e intentó apuntar a una de las ruedas, al principio le resultó difícil porque iba demasiado rápido, pero colocó su mano y rezó para sus adentros para darle.

Disparó.

El furgón se movió violentamente hasta que finalmente chocó brutalmente contra una farola.

Maurizio pasó por su lado y Saulo aprovechó y disparó al tipo con una sonrisa en el rostro.

— Jódete, cabrón, por romperme los cristales del coche — dijo Maurizio sonriendo también.

Dieron la vuelta y volvieron hasta el edificio donde estaba la oficina de Saulo, ambos se despidieron y cada uno se fue por su lado, aunque Saulo no pudo evitar reírse al ver alejarse a su amigo con el coche destrozado.

Leo llegó a su casa bastante cabreado tras el encontronazo que había tenido con Saulo Graziani. Estaba comenzando a hartarse de ese tipo. Todo lo ocurrido se relacionaba con él de alguna forma e iba a descubrirlo fuese como fuese, porque alguien debía pagar por todas aquellas muertes y desapariciones

Una vez dentro, sintió todo en silencio por lo que supuso que Byanca estaría descasando, pero la sorpresa fue mayor al verla concentrada en su portátil en el despacho. Se apoyó en el marco y la observó.

Parecía concentrada en alguna tarea, por lo que tocó levemente para que se diese cuenta de que estaba allí. Al hacerlo, le vio dar un brinco y llevarse la mano al pecho.

— No quería asustarte — dijo acercándose.

Ella bajó la pantalla del portátil y se levantó.

— Tranquilo, estaba en otras cosas — dijo ella acercándose con paso pausado para darle un beso.

— ¿Cómo te encuentras? — preguntó mirándole los moratones.

— Mejor, la medicina hace su efecto y apenas me duele.

— Pero no tienes la pierna en reposo. Anda vamos a la cama.

Leo la cogió en brazos y la llevó a la habitación para recostarla en la cama. Ambos se miraron a los ojos fijamente antes de besarse dulcemente. Ella se agarró a su cuello para atraerlo hacia sí.

El la agarró de la cintura con suavidad evitando hacerle daño en las zonas golpeadas y subió la blusa de esta con tanta delicadeza que ella sintió escalofríos. Él miró los moratones y movió la cabeza, frustrado.

— Como pille al hijo de perra que te hizo esto...

Ella se incorporó y posó un dedo en sus labios.

— Olvidémoslo. Estoy viva, que es lo importante — dijo Byanca antes de volver a sus labios.

Se desnudaron mutuamente con mesura y Leo se acostó en la cama poniéndola a ella encima de él. Byanca tocaba su torso hasta llegar a la entrepierna donde la erección palpitaba en busca de liberación. La acarició con suavidad y Leo soltó un gruñido.

Se incorporó y volvió a besarla mientras ella se llenaba con su miembro. Soltó un gemido y cerró los ojos. Entonces sintió cómo Leo tomaba uno de sus pezones en la boca, lo que hizo que gimiera más alto.

Byanca movió las caderas en círculos mientras instaba a Leo a continuar con aquella tortura. Ambos empezaron a moverse lentamente al principio para luego ir aumentando la velocidad.

La joven apoyó la frente en el hombro de él y, sin esperárselo siquiera, en su mente aparecieron las imágenes de Saulo y ella en la sala de juntas. Su cuerpo se tensó por unos instantes, pero las caricias de Leo consiguieron que se relajara un poco a pesar de lo que pasaba en su cabeza. Levantó la mirada y en vez de ver a Leo vio a Saulo.

El subconsciente le jugaba una mala pasada porque sabía que no era él, pero parecía que deseaba que lo fuera. Se sentía mal por Leo, pero a la vez anhelaba lo que no tenía. Una mezcla de sentimientos que hicieron aún más intenso el orgasmo que la derrumbó sobre el hombre que la abrazaba.

Leo, que había llegado al orgasmo a la misma vez que Byanca, se recostó en la cama con ella en brazos que parecía perdida en sus pensamientos.

— ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

Ella levantó la mirada para encontrarse con los ojos de Leo. Trató de sonreír, pero solo le salió una mueca falsa.

— Estoy bien.

— ¿De verdad?

Asintió y entonces él la dejó acostarse a su lado. Byanca sintió como la tomaba de la cintura y su espalda tocaba el torso desnudo de Leo. ¿Por qué había imaginado que era Saulo el que hacía el amor con ella? Su novio no se merecía algo así.

Con sombríos pensamientos pasó algunas horas hasta que ya no pudo más y se levantó. Se puso la camisa de Leo y volvió al despacho donde había dejado el ordenador encendido, pero con la pantalla bajada. A esa hora, probablemente la búsqueda hubiera terminado. Se sentó frente a este y lo abrió.

En la pantalla se podía ver una gran cantidad de enlaces de burdeles de Rusia.

Entró en la primera página con traducción automática al italiano para entenderlo y fue entrando en las diferentes etiquetas, pero no encontró nada relevante, por lo que fue probando el resto de páginas hasta encontrar una en la

que vio una pestaña con fotos de las chicas.

Muchas de ellas lucían una mirada perdida y sonreían falsamente. Supuso que las drogarían para hacerles las fotos. Byanca se sintió asqueada al pensar en algo semejante. De repente reparó en un detalle en el que no había caído antes: todas lucían el mismo tatuaje.

La forma de un diamante se apreciaba en la clavícula de todas y cada una de las chicas de las fotos. ¿Acaso sería para marcarlas? Pero... ¿por qué un diamante?

Guardó la página, no queriendo ver más y se dirigió al salón. Eran las cuatro de la mañana y no podía dormir. Se sentó en el sofá y volvió a pensar en lo ocurrido en la habitación.

¿Por qué había pensado en Saulo? ¿Por qué había imaginado que era él quien le hacía el amor y no Leo? Ella quería a su novio, lo quería mucho y no podía hacerle algo semejante. No se lo merecía.

Quizás fuera mejor alejarse de Saulo, presentar su dimisión sería lo adecuado, pero entonces Leo le podría preguntar las razones y ¿qué podría decir?

Se pasó una mano por el pelo.

— ¿Qué haces aquí? — preguntó Leo a su espalda.

Ella dio un brinco y giró la cabeza hacia él.

— No estabas en la cama — dijo acercándose — . ¿Qué ocurre?

Ella negó rápidamente.

— Nada, simplemente no podía dormir.

— ¿Algo que te lo impida?

— Muchas cosas, la verdad, pero nada grave.

Él se sentó junto a ella y la atrajo hacia sí.

— Si no fuera grave no estarías despierta, pero tranquila, si no quieres contarle no pasa nada.

— Se pasará, no te preocupes.

Leo la abrazó con fuerza y ella se dejó abrazar con mil y un pensamientos en la cabeza. Lo primero que haría sería ir a la oficina a presentar su dimisión ante Saulo. No podía seguir viéndolo.

Las horas pasaron rápidamente y cuando se dieron cuenta estaba amaneciendo.

Byanca se incorporó y se fue a vestir para ir a la oficina. Leo volvió a dormirse al ver que ella se levantaba y se dirigía al baño. La joven se dio una ducha rápida para evitar pensar.

Buscó la ropa para vestirse y se puso un pantalón negro y una blusa color salmón. Se hizo una coleta alta y se maquilló lo justo. Recogió su bolso para

salir de allí.

Su decisión era firme y no la iba a convencer de lo contrario. Cogió un taxi, como siempre, y se dirigió a la oficina. Cuando llegó, no lo vio, así que se sentó en su mesa hasta que llegara. Pero entonces recordó la carpeta encriptada y decidió aprovechar.

Miró a todos lados y entró en el despacho de Saulo. Encendió el ordenador. Por suerte, no pedía contraseña salvo aquella carpeta. Intentó abrirla de nuevo, pero volvía a encontrarse con una barrera, entonces se preparó para desencriptar aquella carpeta.

El encriptado era sencillo y no tardó tanto en abrirla. Dentro encontró varias carpetas que fue abriendo poco a poco para sorprenderse con los contenidos.

— No puede ser — dijo asombrada al descubrir quién era el verdadero Saulo Graziani.

Entonces la puerta se abrió, sorprendiéndola.

Saulo todavía dormía cuando sonó su móvil. Maldijo por lo bajo y lo cogió.

— ¡Buenos días! — exclamó Salvatore al otro lado de la línea.

— Joder, Salva, siempre llamas en el peor momento — dijo Saulo pasándose una mano por la cara.

— ¿Acompañado?

— ¡No! Estaba durmiendo.

— ¿Por qué siempre estás de mal humor? Te llamo cuando puedo.

Saulo suspiró.

— ¿Qué quieres?

— Bueno, he aprovechado que tenía guardia de noche para rebuscar un poquito y he encontrado algo que podría interesarte.

— El mafioso se incorporó haciendo resbalar las sábanas por su torso desnudo hasta la cintura.

— Al grano, Salvatore.

— He encontrado lo que buscas. Hay una Marchetti en la lista de desaparecidas. La denuncia se hizo hace tres años por la hermana de la chica.

— ¿Puedes pasarme el informe a mi correo?

— Ya lo tienes — dijo Salvatore sonriendo — . Me he adelantado. Ahora, ¿puedo saber el por qué? Creo que me lo merezco, me he jugado el cuello.

— Es la hermana de mi secretaria. Me contó que no estaba en el país por estudios, pero algo me decía que mentía.

— Todos tenemos secretos. Aquí dice que se la llevó un tipo y ella no pudo

alcanzarlo, pero que sí vio la matrícula. Al parecer, no le hicieron mucho caso.

— ¿Cómo que no le hicieron caso?

— Se archivó el mismo día de la denuncia.

Saulo estaba sorprendido ante aquella revelación. ¿Y su novio el policía?
¿Será posible que no lo sepa?

— ¿Está todo en el informe? — preguntó levantándose.

— Todo. No es que haya muchos detalles, pero sí.

— De acuerdo, tengo que colgar, gracias.

— ¿Gracias? ¿Nada más?

— ¿Qué quieres que te diga?

— No lo sé, algo como: “eres un dios, eres mi salvación, eres un grande”.

— Pues confórmate con las gracias, que ya es mucho.

— Vale, bueno, te dejo, que acaba mi turno.

— Adiós.

Sin más, Saulo colgó y se dirigió a la ducha rápidamente. Se vistió con un traje oscuro y una camisa blanca y salió de su habitación. En el camino se topó con su hermana, que lo detuvo.

— Necesito que me des dinero para comprar las cosas para la fiesta de compromiso.

— Ahora no puedo. En el despacho lo hago y te lo mando.

— ¡Perfecto! Me paso por allí en un par de horas.

— De acuerdo.

Sin esperar respuesta, Saulo salió de la casa y se metió en su coche para poner rumbo a la oficina a la que no tardó en llegar.

Subió hasta su despacho y abrió la puerta encontrando a Byanca en su ordenador mirándolo sorprendida. Rápidamente Saulo se acercó.

— ¿Qué haces en mi ordenador?

Byanca se levantó y lo miró con una mezcla de temor y decepción.

— Leo tenía razón, eres un mafioso...

— ¿Qué te hace pensar eso? — preguntó tranquilamente.

— La carpeta encriptada. Drogas, cuadros... ¿Las empresas que tienes no te dan dinero suficiente? Lo he visto todo. Todas esas muertes de las que hablaba Leo... Dios mío, las desapariciones de las chicas... — Saulo se acercó más, pero ella puso sus manos delante — . ¡No te acerques! ¡No me toques con tus sucias manos!

— ¿Has acabado?

— ¿Qué? ¡No! Voy a llamar a Leo ahora mismo.

Cogió el teléfono, pero Saulo le agarró las manos.

— Ni te atrevas a hacerlo.

— ¿Me vas a hacer desaparecer? ¿Como a todas esas chicas? Como...

— ¿A tu hermana?

Ella lo miró con los ojos desorbitados y trató de huir.

— ¡Suéltame!

Saulo le agarró las dos manos con una de las suyas y le tapó la boca con la otra.

— Deja de gritar. Primero, sí, soy un mafioso. Segundo, he matado a gente, pero solo a los que han traicionado mi confianza, yo no mato por matar. Tercero, yo solo trafico con drogas y arte, incluso con armas, pero jamás, escúchame bien, jamás traficaría con mujeres. ¿Era eso lo que querías saber? Pues ya lo sabes. Ahora llama a tu novio. Seguro que estará encantado de saber que tienes una hermana desaparecida.

Byanca dejó de moverse. Saulo había apostado todo a esa carta y al parecer había acertado. Su novio no sabía nada de la hermana.

Acercó su rostro al de ella y la miró a los ojos.

— ¿Vas a estarte quietecita y calladita? Podemos hablarlo tranquilamente.

Ella asintió y entonces Saulo la soltó, por lo que ella se apartó.

— No hay nada de qué hablar. Yo me voy, dimíto, no quiero trabajar para un mafioso.

— Creo que sí hay algo sobre lo que hablar, has hecho acusaciones falsas sobre mí. Yo sí que podría acusarte de intromisión en mi vida privada. ¿Le gustará eso a tu novio?

— Lo mío no es nada comparado con lo tuyo. Podrían caerte años de prisión.

— Tengo dinero para pagar la fianza. Pero eso ahora no viene al caso, ya que no vas a decir nada a nadie.

— ¿Eso crees?

— Lo creo porque no creo que quieras que tu novio sepa lo de tu hermana.

— No puedes contarle.

— Tú tampoco puedes contar lo mío — dijo él.

— Lo tuyo es diferente. Lo tuyo es un delito.

— No vas a decirlo.

— ¿Me lo vas a impedir?

— Si hace falta, sí.

24

Byanca retrocedió un paso ante la mirada que le estaba echando Saulo. Aquella dureza le sorprendió. Nunca le había hablado así y sintió miedo de lo que pudiera hacerle. Ya no se fiaba de él.

— Ni te atrevas a hacerme algo, te puedo denunciar.

— ¿De verdad? — insinuó Saulo con una sonrisa maliciosa — . Yo diría que no, Byanca.

— No te acerques, no quiero que me toques.

— Creo que esas palabras llegan tarde — dijo retrocediendo al igual que ella.

De repente, Byanca se topó con la pared por lo que no pudo retroceder más y aunque quiso huir por otro lado, él la retuvo contra la pared mirándola fijamente.

— Por favor, Saulo...

— Por favor, ¿qué? — dijo él mientras acariciaba la mejilla de la joven con delicadeza — . ¿Quieres que pare o que siga?

Ella negó con la cabeza mientras él bajaba su mano hasta su cuello, una vez allí, le presionó una zona especialmente sensible que hizo que la joven lo mirara con los ojos abiertos antes de perder el conocimiento entre sus brazos.

Saulo la cogió y sin poder evitarlo le besó la sien con delicadeza.

— Lo siento, pero no puedes contar nada de lo que has visto en esa carpeta.

Se acercó hasta el escritorio, dejando a Byanca sobre la butaca mientras él tecleaba un par de cosas para ver todas las cámaras que había en el edificio. Nadie podía verlo salir con ella inconsciente. En ese momento solo había una recepcionista que atendía una llamada.

En momentos como ese deseaba tener un aparcamiento subterráneo, pero al no tenerlo debía buscar otra alternativa para llegar a su coche. De repente, vio

que la recepcionista se levantaba con tranquilidad y se alejaba de allí. Probablemente iría a desayunar. Perfecto. Era el momento idóneo para salir rápidamente del edificio.

Tomó a Byanca en brazos y se dirigió al ascensor. Pulsó el botón y rezó para que nadie estuviese dentro. Al llegar, suspiró aliviado. La suerte estaba de su lado ese día. Entró en el ascensor y pulsó el botón de la planta baja. Esos breves minutos se le hicieron eternos, pero al llegar, suspiró aliviado.

Miró a su alrededor y, al no ver a nadie, se dirigió a la salida, concretamente hasta su coche, donde metió a Byanca en el asiento del copiloto. Se metió por su lado y salió de allí a toda velocidad.

Recorrió todas las calles hasta que puso rumbo a Arezzo. Allí tenía una casa de campo que pertenecía a su familia.

La mansión de piedra oscura tenía dos plantas y un porche. Nada llamativo, pero lujoso. Aparcó el coche y se bajó para abrir la puerta de la casa. Luego volvió al vehículo y sacó a Byanca, que aún no había recuperado la consciencia.

Subió las escaleras hasta la habitación principal y la dejó sobre la cama para volver al piso inferior a subir los fusibles y tener electricidad.

Pensó en lo que había hecho y maldijo. La acababa de secuestrar en un maldito impulso.

— Joder, ¿qué he hecho? Esto solo empeorará las cosas — dijo mientras se pasaba una mano por el pelo.

De repente, sintió ruido en el piso superior y subió rápidamente.

Byanca abrió los ojos lentamente con confusión. Miró a su alrededor y vio una enorme habitación de color claro. Un amplio ventanal ocupaba una de las paredes cubierta con una cortina de color beige. La cama era grande, de hierro con cobertor del mismo color que la cortina. Los muebles a su alrededor eran todos oscuros, contrastando con el claro.

A su mente vino el recuerdo de lo ocurrido y se levantó corriendo para salir de allí. En su rapidez se chocó con una cajonera, haciendo que cayera un jarrón al suelo.

De repente, la puerta se abrió y al ver a Saulo corrió hacia él y le golpeó.

— ¿Cómo te atreves? ¿Dónde estamos? ¡Déjame ir!

Saulo la agarró por los brazos.

— Tranquilízate, te lo explicaré todo.

— ¡No! — gritó golpeándole el pecho con toda su fuerza.

— Mierda, Byanca, para de una vez.

— ¡Déjame ir! ¡Quiero irme!

— No me dejas otra opción — dijo mientras la arrastraba hasta la cama.

Byanca intentó resistirse dándole patadas y golpes, pero cuando cayó sobre el colchón hubo unos segundos de confusión que Saulo aprovechó para ponerse encima, hasta que ella volvió a pelear por intentar escapar.

— ¿Qué vas a hacer? — el temor se reflejaba en la voz de Byanca.

— En vista de que no quieres escucharme por voluntad propia, lo harás obligatoriamente — dijo mientras le agarraba las muñecas con una mano y con la otra se quitaba la corbata.

Con rapidez ató sus manos y estas al cabecero de la cama, no sin dificultad. Incluso pudo oír los sollozos de Byanca cuando acabó.

Saulo la miró y trató de limpiarle las lágrimas que se habían escapado de sus preciosos ojos azules, pero ella apartó la cara.

— Tienes que escucharme, Byanca.

— ¡No! — gritó entre llantos.

Saulo se levantó, se quitó la chaqueta con rabia y la tiró al suelo para luego llevarse las manos a la cabeza.

— ¡Yo no quería que esto pasara, Byanca! Joder, solo quiero que me escuches porque no soy lo que piensas. — Se sentó a los pies de la cama, frustrado — . Soy un mafioso y no me importa reconocerlo, pero no soy un criminal. He tenido que matar a aquellos que me han traicionado o que me han hecho daño a mí o a mi familia. Para los Graziani, la familia es lo primero y yo los protejo de cualquier peligro. Jamás mataría a un inocente, no soy así. — Levantó la mirada hacia ella, que lloraba en silencio — . Jamás te haría daño, Byanca. Yo no secuestré a tu hermana, no me dedico a traficar con mujeres, mi madre no me enseñó eso, me enseñó a respetarlas.

— ¡Pues a mí no me has respetado! ¡Me has secuestrado!

— ¡Porque ibas a cometer una locura! Nada de lo que viste debe salir a la luz.

— ¡Estás matando a gente con tu droga!

— Yo no les obligo a que la compren, Byanca, ellos deciden si comprarla o no.

Byanca soltó un bufido e intentó desatarse, pero el nudo estaba muy bien hecho.

— Los mafiosos no tenéis corazón.

— Yo no elegí serlo. Esto es algo que se hereda y, aunque quisiera dejarlo, no podría, pero no quiero. Quise dejarlo hace tiempo, pero las circunstancias me cambiaron.

— No pienso creerte nada, has mentido, eres un criminal.

— ¿No me crees? — preguntó levantándose y desabotonando su

camisa — . ¿Quieres pruebas?

Ella lo miró con los ojos abiertos y volvió a forcejear con la corbata. Comenzaba a hacerse daño, por lo que Saulo se acercó y agarró las muñecas de Byanca. Ambos se miraron a los ojos, fijamente.

— No me toques — dijo ella con voz débil.

— Te estás haciendo daño.

— Pues suéltame — le exigió.

— No quiero dañarte, Byanca, solo quiero mostrarte la razón por la que no voy a abandonar la mafia.

Saulo se apartó y entonces se quitó la camisa por completo. Byanca se sorprendió al ver el torso desnudo de este, pero lo que más le sorprendió fueron las cicatrices que lucía, recordaba tener un vago recuerdo de verlas, pero no así.

— ¡Dios mío! — no pudo evitar exclamar.

— Esto que ves, me lo hicieron cuando aún era un adolescente. La familia enemiga de la mía me secuestró y torturó hasta casi matarme. Fue un milagro que sobreviviera. Juré que no iba a dejar que ellos tuviesen el control de La Toscana y eso es lo que hago. Puedes pensar que cometo algún crimen, pero estoy protegiendo a todos para evitar que los Zanetti se hagan con el poder.

— Podrías haber denunciado.

— Lo que ocurre en la mafia, se queda en la mafia, eso no va a cambiar nunca.

— La policía está para hacer justicia.

— ¿Dices eso cuando la desaparición de tu hermana fue archivada el mismo día que pusiste la denuncia?

— ¿Cómo sabes eso? — preguntó ella rápidamente.

— Tengo mis contactos. Denunciaste su desaparición, pero no te hicieron el más mínimo caso. La policía no puede intervenir en cosas de mafia, Byanca.

Saulo se acercó y se sentó junto a ella que lo miró suplicante.

— Por favor, Saulo...

Él no pudo evitar acariciar su mejilla con delicadeza, esta vez no le huyó y sonrió levemente.

— Tan bella...

Se acercó más a ella y tras mirarla fijamente a los ojos, besó sus labios con dulzura. Byanca no se resistió al roce, aquella mirada la volvía loca y le hacía desearlo con fuerza.

Saulo se subió en la cama sin dejar de besarla y poco a poco fue desabotonando la blusa de Byanca descubriendo su cremosa piel. Sus labios recorrieron su barbilla y su cuello para bajar poco a poco hasta el valle entre sus pechos ocultos por el sujetador blanco.

Ella gimió y notó endurecerse los pezones contra la tela. Saulo posó sus labios sobre uno de ellos y lo tomó, haciendo que la joven se arqueara, para así aprovechar y desabrocharle el sujetador. Apartó la prenda hasta que llegó a sus brazos atados y él la miró fijamente.

— Eres hermosa.

Siguió besando su vientre hasta llegar al borde de los pantalones que llevaba puestos. Con lentitud los bajó dejando a la vista las bragas a juego con el sujetador.

— Por favor... — suplicó Byanca sintiendo cómo se humedecía su entrepierna anhelando más.

— ¿Por favor qué? — preguntó mirando su rostro sonrojado — . ¿Paro o sigo?

Byanca cerró los ojos y movió levemente las caderas.

— No pares, por favor, no pares.

Saulo sonrió y entonces le quitó las bragas para dejarla desnuda ante sus ojos a pesar de tener la blusa y el sujetador arremolinado en sus brazos. Subió y la miró a los ojos fijamente.

La respiración de Byanca era agitada.

— Si ocurre lo que quiero que ocurra no voy a poder parar... tú decides.

Ella cerró los ojos por unos segundos, sopesando lo que acababa de decirle, pero algo dentro de ella le decía que continuara, que lo dejara hacer. El problema eran sus ataduras. Odiaba sentirse tan vulnerable. Aun así, no pudo negarse a lo que sentía y asintió dándole paso a ello.

Saulo sonrió y volvió a besar sus labios con lentitud, disfrutando de su sabor. Sus manos viajaron por todo su torso y cuando tocó una zona golpeada, ella gimió dolorida. Él se apartó y observó los moratones recientes. Sin poder evitarlo, besó la zona con delicadeza.

— Juro que mataré al que te hizo esto.

Subió hasta sus pechos y los torturó delicadamente entre gemidos de placer. Una de sus manos siguió su camino hasta encontrarse entre los muslos de Byanca para acariciar su humedad.

— Saulo... — gimoteaba deseando más.

Estaba tan húmeda que no dudó en introducir dos dedos en su cavidad y ella exhaló, soltando todo el aire por la sorpresa, y luego gimió cuando Saulo movió los dedos sin salir de su interior.

— Ábrete para mí — le dijo Saulo cerca de sus labios.

Ni siquiera se había dado cuenta de que tenía las piernas cerradas, así que trató de relajarse y abrir las piernas. Él se colocó entre ellas y con la mano libre se abrió los pantalones para sacar su erección.

— No sabes cuánto tiempo llevo soñando con este momento, Byanca. Cuando te vi por primera vez despertaste mi deseo y desde ese día solo puedo soñar con tenerte para mí, al menos una vez.

Byanca gimió ante sus palabras con los ojos cerrados pensando que ella también se había sentido atraída por él.

— Saulo...

— ¿Me quieres dentro de ti? — preguntó él en un susurro.

La joven abrió los ojos y miró los de Saulo fijamente. Se mordió el labio antes de responder con un asentimiento. Las palabras no lograban salir de su boca. Él sonrió dulcemente y tras sacar los dedos de su interior, introdujo su miembro con un golpe certero.

Byanca gritó arqueando su cuerpo, lo que hizo que él se introdujera más en su interior. Saulo salió lentamente para volver a entrar igual de lento, convirtiendo aquello en una dulce tortura que poco a poco iba subiendo la velocidad, pero tan despacio que Byanca se sentía morir.

Anhelaba tocarlo, quería sentir su piel en sus manos y solo pudo suplicar.

— Desátame, por favor — le rogó.

Saulo no lo dudó ni un segundo y soltó el nudo de la corbata, dejando libres las manos de Byanca, que rápidamente se aferraron a su espalda, sintiendo en sus palmas todas las cicatrices que lucía en esta.

La velocidad de las embestidas fue en aumento y poco a poco fueron llegando a la cima del placer hasta que gritaron presos de un intenso orgasmo. Saulo se apartó y se recostó al lado de la joven que recuperaba el aliento mientras lo observaba.

Él también la miró y entre jadeos, susurró:

— Mi hermosa.

Byanca se sentía cansada después de lo que acababa de ocurrir y se había dejado llevar hasta quedarse dormida. Saulo la observó dormir durante un rato con una sonrisa en los labios. Lo que había vivido hacia tan solo unos minutos antes había sido mucho mejor de lo que había soñado.

Había cometido una imprudencia con ella, pero era necesario y al final no había acabado mal, él diría que fue un final apoteósico.

Los dedos le cosquilleaban por acariciar su suave piel y no dudó en tocar su mejilla sonrosada. Ella se removió y abrió los ojos para toparse con los ojos de Saulo que sonrió levemente.

— Puedes seguir durmiendo.

Ella se giró hacia él.

— Lo que ha ocurrido... ¿fue real?

— Totalmente. Desde la discusión en el despacho hasta nuestro momento de pasión.

Byanca se sonrojó y se sentó.

— Esto no está bien, Saulo.

Él también se sentó frente a ella y le puso un dedo en los labios.

— No lo estropees, danos este momento juntos — dijo volviéndola a besar.

— Si esto sigue no podré seguir con Leo, no se lo merece — dijo ella cuando se apartó.

— No hablemos de eso ahora, Byanca.

— Pero tenemos que hablar de muchas cosas y entre ellas está esto. Por Dios, me he acostado con mi jefe y le he puesto los cuernos a mi novio. ¿Cómo no voy a hablar de eso?

— No hablando, es muy fácil.

— Tienes mucho que responder.

Saulo abrió los brazos.

— Adelante, soy todo tuyo.

— ¿Cómo supiste lo de mi hermana?

— Ya te dije que tengo contactos. Lo que me sorprende a mí son tus dotes de hacker. Lograste abrir la carpeta encriptada.

Byanca volvió a ponerse colorada y apartó la mirada por unos segundos. ¿Debía contarle la verdad? Llevaba demasiado tiempo ocultando cosas que no eran buenas, que había hecho mal. Cerró los ojos mientras tomaba aire.

— Soy hacker. No mentía con respecto a mi currículum, pero he trabajado dentro de la legalidad y la ilegalidad. Lo mismo que sabes tú sobre mi hermana lo supe yo el mismo día que puse la denuncia porque no me hicieron caso. Estuvieron a punto de descubrirme y no he vuelto a necesitarlo, pero hace poco me enviaron información sobre Chiara y he estado investigando.

— Ya viste que en mi carpeta no había nada sobre las desapariciones.

— Tu carpeta no tiene nada que ver con ella. Cuando perdiste el conocimiento con la herida del hombro la vi y mi vena hacker salió a la luz, fue simple curiosidad y hoy fue cuando pude introducirme en ella y ver todo lo que allí tenías.

— No debería tener esa carpeta en ese ordenador, pero bueno... ¿Dices que te han enviado información de tu hermana?

— Sí, cuando vi que cerraban la denuncia sin siquiera moverse, contacté con un amigo que estaba viajando por Europa y le pedí que me ayudara a encontrarla. De momento sé que está en Rusia en un burdel de mala muerte. Tenía tan mal aspecto...

La joven no pudo evitar cubrirse el rostro y Saulo la abrazó para consolarla. Los sollozos eran desgarradores.

— No llores, Byanca — dijo él apartando las manos de la chica de su rostro y ella lo miró — . Voy a buscar a tu hermana, te la devolveré, eso te lo juro. Van a pagar todo lo que han hecho.

— ¿De... de verdad?

Saulo asintió con las manos en sus mejillas, limpiándole las lágrimas.

— Sí, pienso devolverte a tu hermana cueste lo que cueste.

Ella trató de sonreír con nuevas lágrimas corriendo por sus mejillas y se abrazó a él.

— Me hace tan feliz que me digas esto... Ella es lo único que tengo en este mundo.

— No — dijo él — . Ahora me tienes a mí también. No voy a dejarte sola.

Saulo le acarició la mejilla y ella le agarró la mano sin dejar de mirarlo a los ojos.

— Pero está Leo... — susurró ella — . Él no se merece algo así. Ambos hemos dado mucho por esta relación, vivimos juntos, compartimos muchas cosas. Lo quiero.

— No lo amas, Byanca — susurró Saulo — . Tú misma acabas de decirlo, le quieres, pero no has dicho que lo amas. Sé que a mí tampoco me amas, no lo pongo en duda porque apenas nos conocemos, pero aun así sientes cosas que por tu novio no sientes.

— No sé, Saulo, lo nuestro es atracción, llevo dos años con Leo y me ha ido muy bien, no es justo que haga esto. Tengo una relación estable, ¿cómo crees que sería si estuviese contigo? ¿Tendría que vivir con el miedo a perderlo?

— Te recuerdo que él es policía.

— Pero es su trabajo, no es lo mismo que tú. Vives al borde y yo no podría aguantar algo así. Lo siento, Saulo.

— ¡No! — exclamó obligándola a mirarle a los ojos — . No lo sientas porque no voy a dejar que te alejes de mí. No me importa si tengo que volver a atarte a esa cama.

— ¿Pretendes que deje a Leo? ¿Y qué le digo? Verás, Leo, te acabo de poner los cuernos con mi jefe que resulta ser un mafioso. ¿Eso le digo?

Saulo se echó a reír casi con sarcasmo y luego la miró con los brazos cruzados.

— Eres una mujer inteligente y sabes bien qué debes hacer. Tienes honor.

— ¿Honor? ¿En serio? No sabes lo que estás diciendo — dijo ella levantándose de la cama para comenzar a vestirse — . Yo... yo no puedo con esto, es demasiado para mí.

— ¿Demasiado?

— Sí, necesito tiempo. Yo... no... no sé qué me pasa. Necesito pensar, alejarme unos días de todo y para eso necesito que me lleves de nuevo a la ciudad.

— Puedes quedarte aquí.

— ¡No! — exclamó exasperada — . ¡Quiero estar lejos de vosotros dos! ¡Entiéndelo!

Se llevó las manos a la cabeza con desesperación y le dio la espalda para terminar de vestirse. Tenía muchos sentimientos encontrados y lo único que deseaba era quedarse a solas para pensar en todo, pero si Saulo le insistía no iba a poder.

Una vez vestida miró a su espalda donde Saulo aún no se había puesto ni una prenda. Él no quería que se fuera, solo quería arreglar las cosas para que dejara al policía y se quedara con él.

— Por favor, Byanca — rogó sorprendiéndose a sí mismo, porque él

nunca rogaba a nadie — . Quédate hoy al menos.

Ella negó con la cabeza y se abrazó a sí misma.

— No me pidas eso. No puedo. Llévame a la oficina para recoger mi bolso, me ausentaré durante unos días así que, si me quieres despedir, puedes hacerlo.

Saulo se acercó a ella y la tomó de los brazos.

— No voy a despedirte, no voy a sacarte de mi vida, Byanca.

La joven se apartó de él y se dirigió a la puerta para salir de allí y poner algo de distancia, porque Saulo la alteraba. Bajó las escaleras que no estaban muy lejos de la habitación y salió de la casa. Necesitaba respirar aire limpio.

Quería alejarse de todos. Debía poner sus sentimientos en orden porque, por un lado, quería a Leo y había sido el único hombre que había conseguido romper parte de su coraza. En cambio, Saulo había roto todos sus esquemas dejándola completamente vulnerable. Ahora mismo él sabía su secreto mejor guardado.

Dio un par de vueltas hasta que lo vio aparecer en la puerta, vestido con el traje y con aspecto serio. Le vio quitar la alarma al coche mientras se abría, por lo que entró sin decirle nada. Él se subió en el asiento del piloto y lo puso en marcha para luego poner rumbo a Florencia en el más absoluto silencio.

Un silencio que se volvió incómodo, pero que ninguno de los dos rompió.

Cuando llegaron a la entrada de la oficina, muy tarde ya, ella se bajó sin siquiera mirarlo para dirigirse al interior y coger su bolso. Cuando lo tuvo, salió de allí y se dirigió al ático con la firme intención de alejarse unos días de todo.

Una vez estuvo allí, buscó una maleta y empezó a meter ropa dentro para un tiempo.

— ¿Se puede saber qué haces?

Byanca se sobresaltó al oír la voz de Leo a su lado, no lo había oído entrar.

— Yo... Leo, tenemos que hablar.

Las manos le temblaban tanto que Leo se percató y se acercó para cogérselas, pero ella se apartó.

— ¿Qué ocurre?

— Yo... yo... necesito tiempo.

— ¿Tiempo? ¿Tiempo para qué?

— Llevo unos días pensando — comenzó a decir buscando una mentira plausible — . Me siento agobiada con tantas cosas que están ocurriendo.

— ¿Qué cosas?

— Demasiadas, necesito alejarme de todo y de todos. Yo... no estoy bien.

Leo volvió a acercarse y ella retrocedió aún más.

— ¿Qué pasa, Byanca? ¿Por qué te alejas?

— Por favor, Leo, trata de entenderme.

— ¿Qué tengo que entender? Si te explicarás...

El labio inferior de la joven tembló y entonces soltó.

— ¡Que no puedo soportar cómo te arriesgas cada día en tu trabajo!
— gritó de repente — . No puedo ver que arriesgas tu vida y pensar que en cualquier momento van a avisarme para que vaya a reconocer tu cuerpo.

— ¿A qué viene esto ahora? No entiendo nada. ¿Se puede saber qué te pasa?

— ¡Ya te lo he dicho! Necesito pensar, alejarme de esto...

Byanca sentía deseos de llorar. No solo lo estaba engañando, si no que sabía que en parte lo que decía era verdad, él estaba en peligro constante cada vez que salía a trabajar y apenas podía soportar la tensión de saber si volvería bien.

Terminó de meter las cosas en la maleta y la cerró, cuando la fue a poner en el suelo, Leo le agarró la mano para evitar que lo hiciera.

— Tú no te vas a ir de aquí, así como así.

— No puedes impedírmelo.

— No voy a dejarte ir hasta que hablemos, hasta ayer estabas bien, ¿qué ha pasado para que hoy estés de esta forma?

— Me levanté así, ¿vale? Déjame marchar, Leo.

— ¡No! Algo te ocurre y pienso averiguarlo.

Ella forcejeó para escapar del agarre de él, tenía que irse cuanto antes o si no revelaría la verdad. Nadie debía saberlo. Leo no debía saber que le había sido infiel y que no sabía si lo seguía queriendo como antes o no.

— ¡Basta! — exclamó ella — . ¡Quiero irme de aquí! ¡No puedo más!

— Al menos dime un por qué, creo que me lo merezco, ¿no?

— ¡Ya te lo he dicho! Estoy agobiada.

— Eso no es una excusa, Byanca.

— ¡Pues piensa lo que quieras,, Leo, pero me voy de aquí!

Logró escapar de su agarre y cogió la maleta sin siquiera mirarlo, porque ya empezaba a soltar las lágrimas que había estado conteniendo. Leo se quedó quieto en el sitio viendo cómo se iba sin entender lo que le estaba pasando a ella.

Byanca abrió la puerta y antes de salir, miró al interior por unos segundos y un quedo sollozo escapó de sus labios justo antes cerrar la puerta.

Una vez fuera, llamó al ascensor para bajar hasta la salida donde pidió un taxi sin saber muy bien qué dirección tomar. Entonces pensó en irse a un hotel hasta que consiguiera un lugar donde poder vivir sola.

Cuando llegó al hotel y le dieron la llave de una de las habitaciones, subió hasta allí para luego tirarse en la cama llorando desconsoladamente. Había hecho

daño a Leo, de eso estaba segura y, probablemente, cuando se decidiera sería mucho peor.

— ¿Qué voy a hacer?

Las lágrimas no paraban de salir de sus ojos, pero debía recomponerse y buscar la forma de recuperar a su hermana, por lo que se levantó y abrió la maleta en busca de su ordenador, encontrándolo al fondo.

Se sentó en la cama con este abierto y, tras coger conexión, se puso a buscar de nuevo en la web del burdel con las fotos de las chicas a ver si veía a su hermana.

Pero la noche llegó y todo lo acumulado en el día estaba haciendo mella en ella causándole cansancio. Intentó mantenerse despierta todo lo que pudo sin éxito.

Al ver que no iba a aguantar mucho más, cogió el pijama y se quitó la ropa, no sin antes echarse la crema en las zonas golpeadas que aún lucían moratones y, tras vestirse, se acostó en la cama.

Sus sueños se centraron sobre todo en lo que Saulo le había hecho sentir ese mismo día en una zona alejada de la ciudad.

Leo aún no podía creer que Byanca se hubiera ido así, sin siquiera darle una explicación plausible. ¿Qué le había ocurrido para que llegara de esa forma?

Intentó seguirla, pero cuando reaccionó ya ella había desaparecido de la casa. Iba a salir a buscarla, pero su móvil sonó. Pensando que podría ser ella, lo cogió rápidamente sin mirar el nombre.

— ¿Byanca?

— Soy Clairee — se oyó al otro lado de la línea — . Tienes que venir a la comisaría.

— Ahora no puedo, Byanca se ha ido y debo buscarla.

— ¿Cómo que se ha ido?

— Eso, ha hecho una maleta y se ha ido, me dijo que estaba agobiada, pero algo ocurre, ella no es así. Siempre me cuenta todo.

— Pero esto es importante, Leo. Está relacionado con la chica española y quieren hablar con el responsable de la investigación.

— Tú también eres responsable, puedes hacerlo sin mí.

— Vamos, Leo, ¿quieres que Cantoni se enfade con nosotros? Cuando terminemos puedes ir a buscar a Byanca.

Leo suspiró mientras se pasaba una mano por el pelo con cansancio.

— De acuerdo, voy para allá.

Entonces salió de su casa para dirigirse a la comisaría, a la que no tardó mucho en llegar. Allí lo esperaba Clairee y dos tipos que no conocía de nada. Ella se le acercó.

— Acaban de llegar dos policías desde España. Vinieron junto con los padres de la chica que encontramos. Quieren hablar con nosotros.

— Pero yo no hablo español.

— No te preocupes, ellos hablan italiano casi a la perfección.

Leo asintió y se acercaron hasta los dos tipos, a los que saludó dándole un

apretón de manos.

— Bienvenidos — dijo Leo.

— Gracias, soy el agente Ramírez y él es mi compañero, el agente Pérez — dijo uno de ellos, alto, de pelo corto negro y ojos oscuros — . Hemos venido por la chica que ha aparecido aquí hace unos días.

— Oh sí, como ya dijimos, está en buen estado, quizás un poco traumatizada, pero se le irá pasando.

— Esperamos que así sea, pero ella no es la única que ha desaparecido en España — dijo el otro tipo, Pérez, igual de alto que el primero, pero con el pelo castaño y ojos verdes — . En nuestra base de datos tenemos registradas hasta veinte denuncias de desapariciones en extrañas circunstancias de chicas de más o menos la misma edad que Lucía.

— ¿Veinte? — preguntó Clairee — . Pero eso son muchas denuncias — dijo y miró a Leo.

— Lo sabemos y estamos bastante preocupados, porque también nos ha llegado noticias de que en Portugal han desaparecido unas cuantas más — dijo Ramírez.

— Esto es grave, entonces — dijo Leo — . Se está convirtiendo en un problema bastante más grande de lo que imaginábamos. Llevamos bastante tiempo con esta situación, pero nunca se habían salido de Italia. Están yendo a por chicas de otros países europeos y nos van a caer encima.

— ¿Lucía os dijo algo que pueda servir? — volvió a hablar Ramírez.

— Nos dio bastantes pistas, pero es complicado. Las secuestran y mientras las mantienen cautivas le suministran escopolamina y lo único que recuerda es un tatuaje en forma de diamante.

— Es muy poco — dijo Pérez.

— Estamos haciendo todo lo posible por encontrar más pistas y rescatar a todas las chicas — dijo Clairee.

— Hablaremos a España, quizás podamos ayudarlos.

— Sería una gran ayuda, estamos un poco desbordados — dijo la joven agente, que no pudo evitar sonrojarse ante la fija mirada de Ramírez.

Desde que lo había visto entrar, él no le había quitado el ojo de encima y comenzaba a ponerla nerviosa.

— Intentaremos ayudarlos todo lo posible — dijo él.

— Perfecto, tienen nuestros teléfonos a su disposición — dijo Leo y se dirigió a su despacho seguido de Pérez.

Ramírez se quedó un poco rezagado junto con Clairee. Él le hizo una señal para que pasara delante y ella se pasaba un mechón de pelo detrás de la oreja con nerviosismo.

Cuando llegaron, Pérez estaba hablando por teléfono, así que Ramírez se acercó. Leo entonces aprovechó para hablar con Clairee.

— Si no hay nada más que hacer, me gustaría irme. Quiero buscar a Byanca.

— ¿No sería mejor que te quedaras y así les mostramos lo que llevamos hasta ahora? Ella te llamará de un momento a otro. Te quiere y volverá, ya lo verás.

— Byanca es de ideas fijas, no creo que me llame. Lo mejor es que la llame yo mismo — dijo mientras cogía su móvil desbloqueándolo para llamarla.

Se alejó unos pasos bajo la atenta mirada de Clairee que, a pesar de que quería a Leo con todo su ser, no quería verlo tan mal por Byanca. En momentos como ese, deseaba consolarlo y ofrecerle todo su apoyo como amiga, pero sus sentimientos eran cada vez más profundos y ya no podía ocultarlo por más tiempo.

Le vio apartarse el móvil de la oreja mientras negaba y volvía a acercársele.

— ¿Ha habido suerte?

— Ha apagado el móvil.

— Quizás se le haya acabado la batería.

— Ya no sé qué pensar, Clairee, cuando recogía sus cosas la vi muy afectada y me molesta demasiado no saber qué le ocurre para ayudarla.

— Dale tiempo, es lo mejor.

— Sí, quizás deba hacerlo. Vayamos dentro con los españoles, quizás ellos vean algo que se nos ha escapado.

Ella asintió y ambos entraron en el despacho para explicarle a los policías españoles lo que llevaban recogido de la investigación.

Salvatore acababa de salir de la comisaría y había oído parte de la conversación de Leo y Clairee sobre Byanca, la secretaria de Saulo. ¿Tendría algo que ver su jefe con lo ocurrido?

La curiosidad lo mataba así que no dudó ni un segundo en dirigirse a la mansión Graziani, además de que tenía más informes sobre la chica desaparecida que le había hecho buscar.

Se subió en su coche y puso rumbo a la mansión sin prisa. Una vez estuvo allí, se bajó y se dirigió a la puerta. Tras tocar, un sirviente le abrió y lo invitó a pasar diciéndole que iba a avisar al señor de su llegada.

Cruzó los brazos mientras agarraba la carpeta con una de sus manos y miró hacia las escaleras, por donde vio bajar a Giulia.

Ella iba distraída, o eso le pareció, porque le vio llevarse una mano a los

ojos ya en los últimos escalones. Cuando logró sobreponerse, levantó la mirada y lo vio allí.

— ¿Salvatore? — preguntó ella con la sorpresa reflejada en su rostro.

Mayor fue la de él al verla en la casa como si fuese la dueña de aquello.

— ¿Qué haces aquí, Giulia? Creo recordar que no querías tener nada que ver con nosotros y de repente te veo en la casa del jefe de tu marido.

La joven lo miró con cierto orgullo, no dejando traslucir lo que le afectaba verle le dijo:

— Eso a ti no te interesa.

Giulia se alejó con paso rápido, quería ir a la cocina a por algo de comer, se sentía fatigada y quizás era por llevar varios días comiendo muy poco porque siempre acababa vomitándolo todo por el embarazo.

Entonces sintió los pasos de Salvatore a su espalda y se detuvo para encararlo de nuevo.

— ¿Es que no puedes dejarme ir sola? No eres mi escolta.

— Intento saber qué haces aquí, hace no mucho dijiste que no querías saber nada de la mafia y ahora estás aquí. No lo entiendo.

— No tienes nada que entender porque es mi vida y no la tuya, así que déjame en paz de una vez, Salvatore, no quiero saber nada más de ti. Supera lo que pasó entre nosotros.

Salvatore la agarró del brazo para acercarla a él y la miró a los ojos fijamente.

— En el fondo sé que sientes algo por mí, Giulia, es imposible que lo sigas negando. Lo nuestro fue mucho más que una noche de pasión desenfrenada, hacía tiempo que habías dejado de amar a Lucio.

— ¡No lo nombres! — exclamó ella comenzando a enfadarse — . ¡No te atrevas a decir su nombre de nuevo!

— ¿O qué? ¿Acaso me vas a pegar? No tienes la suficiente fuerza para hacerlo.

Una sonora bofetada impactó contra la mejilla de Salvatore y este se llevó una mano a la mejilla, momento que aprovechó Giulia para apartarse.

— Jamás vuelvas a nombrar a Lucio, ¡jamás!

Dicho esto, se giró para alejarse, pero el giro fue tan rápido que tuvo que agarrarse a la pared al sobrevenirle un fuerte mareo. Comenzó a verlo todo borroso a su alrededor, pero aun así avanzó hasta la cocina.

Salvatore la observó sin siquiera moverse hasta que la vio caer al suelo, inconsciente. Se acercó rápidamente y la cogió en brazos para llevarla a algún lugar cómodo para examinarla.

La había visto pálida, pero no pensó que fuese a desmayarse. Se encontró a

Saulo por el camino que, al ver a Giulia en sus brazos, se acercó hasta ellos. Sin hacer preguntas, le indicó que lo siguiera hasta el piso superior y la llevaron a su habitación.

Salvatore la depositó sobre la cama y le tomó el pulso bajo la atenta mirada de Saulo.

— Necesito algo fuerte para que lo huelga y recupere el conocimiento.

— En el baño hay alcohol — dijo Saulo desapareciendo por una puerta y volviendo casi al instante con una botellita blanca que le alcanzó a Salvatore.

Rápidamente lo abrió y lo colocó debajo de la nariz de la joven que, al olerlo, apartó la cara. Poco a poco abrió los ojos con un gemido bajo y miró a su alrededor, confusa.

— ¿Qué...?

Saulo se acercó hasta la cama y se sentó junto a ella que se incorporaba.

— Deberías dejar que Salvatore te vea. Sigues vomitando y estás muy delgada.

Ella miró al forense y negó con la cabeza.

— Estoy bien.

— No lo creo, Giulia, mírate. Las mujeres embarazadas no están como tú.

— ¿Embarazada? — preguntó Salvatore mirando a Giulia, que se tensó.

— ¿No se supone que las embarazadas están saludables? — preguntó Saulo.

Salvatore no reaccionó al principio porque solo podía mirar a Giulia, que trataba de ocultar su sonrojo con el pelo y cerrando los ojos, deseando que aquello no estuviese sucediendo en realidad.

Ahora él sabía que ella estaba embarazada y como le preguntara el tiempo, no tardaría en adivinar que el hijo que esperaba era de él y no de Lucio.

— ¿Salva? — preguntó Saulo.

— ¿Eh? — preguntó este saliendo de su ensimismamiento — . ¿Cuánto hace que estás embarazada?

Salvatore no dejaba de mirar a Giulia que no respondía a la pregunta implícita en la que había hecho. El silencio le dio la respuesta. Aquel bebé tenía el tiempo suficiente para ser suyo.

— ¿Salvatore? — preguntó Saulo — . ¿Es normal que esté como esta?

Él miró a Saulo sin saber qué responder. Él no conocía nada sobre embarazos.

— Estoy bien, Saulo — dijo Giulia — . Solo necesito descansar un poco.

— Esa palidez no es normal, mira, voy a dejarte con Salva y que te haga un reconocimiento — dijo Saulo levantándose y acercándose a la puerta.

Giulia quiso detenerlo, pero al intentarlo se vio sola con Salvatore, que en

ese momento le daba la espalda. Sin siquiera girarse preguntó:

— ¿De cuánto estás?

— No voy a decírtelo — dijo ella con los brazos cruzados.

— Ese bebé que esperas es mío, ¿verdad?

— ¿Por qué eres tan egocéntrico? Este bebé es mío, yo soy su madre.

Salvatore se acercó hasta ella quedando frente a frente separados por unos pocos centímetros.

— Y yo soy su padre, Giulia, no lo olvides. Tú sola no pudiste crearlo, necesitaste de mis jodidos espermatozoides, así que es tanto tuyo como mío. Voy a hablar con Saulo y aunque se enfade y me eche, no voy a dejar que críes a nuestro hijo sola.

— ¿Qué? — preguntó estupefacta —. ¡Tú eres imbécil! No voy a permitirlo, antes prefiero perderlo ¿me oyes?

— Ni te atrevas a decir algo así. — Salvatore la agarró del brazo.

Giulia sintió miedo de aquella mirada y solo pudo asentir. Salvatore la soltó y se dirigió a la puerta de la habitación, pero antes de salir, la miró.

Ella se abrazaba el vientre con la mirada perdida. Suspiró cansado y salió de allí.

Cuando la puerta se cerró, se levantó rápidamente y cogió la maleta en la que había traído toda su ropa, comenzando a meter todo a gran velocidad. Debía alejarse de allí antes de que llegara Salvatore para llevársela.

Una vez lo tuvo todo, salió de la habitación sin hacer ruido, bajó las escaleras y, finalmente, se encaminó fuera de la casa para alejarse de allí todo lo rápido que sus pies dieron de sí.

Ella sola iba a cuidar de su hijo, únicamente ella.

Salvatore entró en el despacho de Saulo, que lo miró sentado desde su mesa.

— ¿Ya le has hecho el reconocimiento?

— ¿Desde cuándo lleva aquí? — preguntó el otro sin responderle.

— No mucho, ¿por?

— ¿Sabías lo del embarazo?

— Claro. ¿Se puede saber qué ocurre?

El forense se cruzó de brazos y por un momento dudó si contarle la verdad, pero debía hacerlo porque Giulia llevaba a su hijo en sus entrañas.

— Hay algo que debes saber y quizás cambiará todo lo que pensabas hasta ahora.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Saulo cruzándose de brazos.

Salvatore dio un par de vueltas por la estancia hasta que se detuvo, suspirando y pasándose una mano por el pelo.

— Antes que nada, por favor, no le echas la culpa a Giulia de nada, ella solo es una víctima de todo.

— ¿A qué viene todo esto?

— El bebé que espera no es de Lucio, es mío.

Hubo unos segundos de silencio en los que Saulo se incorporó sin dejar de mirar a Salvatore con una fría mirada.

— ¿Qué has dicho?

— Lo... lo que has oído.

El mafioso se acercó hasta el forense y le dio tal puñetazo que lo envió al suelo. Salvatore se llevó la mano al labio partido sin dejar de mirar al que le había golpeado.

— ¿Cómo se te ocurre? ¿Cómo has podido hacerle algo así a Lucio? ¿Y ella? ¿Cómo se dejó? Has deshonrado a un amigo.

— ¿Crees que no lo sé? Pero Giulia pasaba mucho tiempo sola, él pasaba mucho tiempo fuera. Ambos bebimos y surgió. Yo nunca hubiese hecho algo así conscientemente. Cuando nos dimos cuenta ya era tarde. Al principio, me lamenté, pero luego me di cuenta de que a pesar de la borrachera me sentí bien y me siento atraído por ella. Giulia se alejó de mí y entonces ocurrió lo de Lucio. Intenté acercarme a ella, pero me lo impidió y resulta que ahora está embarazada.

— ¿Cómo sabes que es tuyo?

— Lucio era estéril.

Saulo miró a Salvatore con cierta sorpresa.

— ¿Cómo lo sabes?

— Me pidió que le hiciese una prueba para saberlo, por eso sé que ese bebé es mío.

— Nunca me lo contó — dijo dirigiéndose a la mesa para sentarse.

— ¿Cómo iba a decirte que no podía cumplir el sueño de su mujer a la que amaba? En este momento me siento el mierda más grande de todos. No debió ocurrir lo de Giulia, pero ocurrió y quiero hacerme cargo de ella. Me da igual que me echés de todo esto, lo entenderé.

Saulo negó con la cabeza.

— No me esperaba algo semejante, Salvatore, todos confiábamos en ti, debiste dejar tus pelotas en su sitio, joder.

— Ahora es tarde para eso y propongo una solución.

— No es fácil. Antes de que Lucio muriera me dijo que alguien los estaba siguiendo tanto a él como a ella. Esa es la razón por la que se vino aquí. Recibió un paquete lleno de fotos tuyas. Prometí a Lucio que la cuidaría.

— ¿Un paquete?

— Sí, a veces pienso que lo que le ocurrió a Lucio no fue una simple casualidad. Los Zanetti ni estaban implicados en lo que pasó aquella noche. Por eso debo pensar qué hacer ya que aquí está bien protegida de quien quiera hacerle daño.

— Yo la cuidaré, tengo un buen sistema de seguridad.

— Pasará mucho tiempo sola.

— No, pienso pedirme una excedencia de un año.

— No puedes hacerlo, te necesito en esa comisaría. Le prometí a Byanca que encontraría a su hermana y debo tener toda la información posible.

El semblante de Saulo cambió de repente al nombrar a Byanca, cosa de la que se percató Salvatore.

— He hecho un informe sobre eso porque no respondiste al correo como haces siempre.

- Ocurrieron algunas cosas que prefiero no contar. Déjame ese informe.
- Está afuera, se me cayó cuando recogí a Giulia.
- Vamos, entonces.

Ambos salieron y cuando se iban a dirigir al lugar donde se desmayó Giulia, vieron la puerta principal abierta. Miraron extrañados hacia allí y un mal presentimiento se instaló en el interior de Salvatore.

— ¡Joder! — exclamó este y subió las escaleras dirigiéndose a la habitación de la joven. Al llegar, encontró la habitación completamente vacía. Se dirigió al armario y vio que estaba vacío — . ¡Mierda!

Saulo entró en la habitación y enseguida supo todo.

- Se ha marchado — afirmó.
- No puede haber ido muy lejos, iré a buscarla.
- Pudo haber cogido un taxi.
- Irá a su casa, sí, eso es. Voy para allá.

Saulo suspiró cansado cuando lo vio salir a toda velocidad. Si Giulia era lista, no iría a su casa por temor a que la siguieran de nuevo. Buscaría otro lugar para alojarse.

Bajó y vio a uno de sus sirvientes con una carpeta en la mano que supuso sería el informe que le había traído Salvatore. El hombre se lo dio cuando lo vio y se metió en su despacho para analizar toda la información que contenía.

Fabrizio Zanetti estaba sentado en su despacho cuando recibió una llamada de su mejor informante. Un hombre que trabajaba en la comisaría de policía y le informaba de todo lo que pasaba allí.

- ¿Qué ocurre?
- Han venido dos policías españoles para ayudar con las desapariciones después de que apareciera la chica que escapó.
- Jamás descubrirán quién está detrás.
- Tienen muchas pistas. La chica recordó tu tatuaje.
- Estaba drogada, no pueden creerla.
- La escopolamina no es como otras drogas.
- Borra pruebas, haz lo que sea. Esto nos reporta muchos beneficios y tú eres uno de los que se aprovecha. No pueden descubrirnos.

Sin esperar respuesta colgó y se incorporó. Se colocó la camisa y se dirigió al sótano de su mansión tras hablar con uno de sus hombres para que prepararan todo.

Al llegar vio a dos de sus hombres sacando a una joven de una habitación contigua con la mirada perdida.

- Mi chica favorita — dijo Fabrizio acercándose para acariciarle la

mejilla — ¿Cómo estás?

La joven, una italiana de largo cabello castaño claro y ojos verdes ni se movió, aunque de sus ojos brotaron lágrimas incontrolables. Uno de los hombres de Fabrizio le dio una bofetada para que contestara.

— Bien, señor — dijo ella, aunque en el fondo deseaba patearlo. Estaba harta de los abusos a los que la sometían, pero su cuerpo no respondía a sus órdenes mentales.

— Así me gusta — dijo él viendo cómo los dos hombres llevaban a la chica hasta la cama que allí había y tras recostarla la ataban a ambos postes — . Maravillosa.

Se desabrochó la camisa con lentitud e hizo una señal a sus hombres para que lo dejaran solo. Se quitó los zapatos y se acercó a la cama para subirse encima.

Miró a la joven comenzando a rozar una de sus piernas subiendo poco a poco, y con este subió la parte baja del camisón negro que llevaba.

Ella quería resistirse, pero no podía moverse, su cuerpo seguía sin responder, aquellos tipos le habían vuelto a dar de beber algo para que no pudiese reaccionar, aun así las lágrimas seguían corriendo sin control por sus mejillas; una de las pocas cosas que no podían controlar con aquella sustancia.

— Me encanta cuando eres tan sumisa y lloras así — dijo Fabrizio besando las lágrimas de la chica — . Aunque me gustan más tus gemidos lastimeros...

Agarró el camisón por el escote con las dos manos y lo rompió de arriba abajo, dejándola expuesta a sus ojos. Su cara viajó hasta su boca para besarla con dureza mientras sus manos tocaban todo su cuerpo. Apretó los pechos con rudeza dejándole los dedos marcados.

Sus labios entonces bajaron hasta estos y mordió un pezón arrancándole un quedo gemido a la chica, que no se movió a pesar del aguijonazo que sintió.

— Así me gusta, quietecita — susurró bajando por su vientre y abriéndole las piernas.

Una vez ahí le metió un dedo en la cavidad seca y se oyó un gemido dolorido que escapaba de lo más hondo del ser de la chica. Fabrizio sonrió y se desabrochó los pantalones para sacar su miembro de estos. Sin más preámbulos la penetró dolorosamente, por lo que ella gritó, pero él le cubrió la boca con la mano.

— No vuelvas a gritar, pequeña, pide perdón por haberlo hecho — exigió mientras salía del interior de ella.

— Lo siento...

— Lo siento, señor, repítelo.

— Lo siento, señor — repitió con voz carente de vida.

Las copiosas lágrimas se acumulaban y parecían una cascada corriendo por sus sienas. Los gemidos de dolor se volvieron más quejumbrosos a medida que Fabrizio seguía penetrándola mientras pellizcaba sin delicadeza varias zonas de su cuerpo.

Cuando sentía que iba a correrse, apretó el cuello de la chica, que comenzó a boquear en busca de aire mientras mordía el lugar donde ella llevaba tatuado el diamante a juego con el que él lucía en su antebrazo, la clavícula.

Tras acabar en el interior de la chica, le soltó el cuello, que lucía una fea marca amoratada. La chica respiraba entre resuellos.

— Te toca darme las gracias por haber sido tan afortunada de tenerme en tu interior, no olvides el señor.

— Gracias, señor — dijo la joven con voz ahogada.

Fabrizio le acarició la mejilla sonriendo y depositó un besó en su frente.

— Buena chica.

Sin decir nada más, se incorporó y se vistió tranquilamente mientras oía la respiración acelerada de la joven que trataba de recuperar el aliento perdido por la presión que había sentido. Cuando acabó de vestirse, salió del sótano e hizo una señal a sus hombres para que recogieran todo.

Byanca estaba sentada en el sofá de la habitación del hotel con el ordenador sobre sus piernas cuando sintió sonar su teléfono. Se levantó dispuesta a colgar, imaginando que sería Leo o Saulo, pero al ver quién era realmente, descolgó.

— ¿Estás sola? — preguntaron al otro lado.

— Sí, ahora mismo estoy en un hotel.

— ¿Algún problema?

— No te preocupes que no es nada grave — mintió. No quería contar nada de lo que le pasaba — . ¿Has averiguado algo más?

— Sí algunas cosas, aunque no lo creas.

— Dime todo lo que sepas, por favor, ya no sé qué hacer.

— Verás, al parecer todo este negocio está encubierto con una empresa exportadora de productos marítimos.

Byanca retrocedió unos pasos hasta que acabó sentada en la cama.

— ¿Sabes dónde tienen su base?

— No exactamente, la mayor incidencia se da en Italia, yo supongo que ahí estará la sede principal de dicha “empresa”, es como si tuviese sedes en todo el país, aunque es verdad que se mueven por toda Europa.

— Entiendo — hubo unos segundos de silencio en los que ella cerró los

ojos, preparándose mentalmente para la pregunta que quería hacerle — . ¿Has podido verla?

Al otro lado de la línea se oyó un suspiro.

— He intentado entrar en el club donde está, pero es imposible si no tienes suficiente dinero para pagar, aunque he oído cosas que no sé si deberías saber.

— Por favor, no me ocultes nada — dijo rápidamente.

— Hay un hombre que presume de haber estado con una belleza de pelo negro y ojos claros que se resistió al principio, pero que con un poco de disciplina pudo hacer que obedeciera en todo a pesar de haberla tenido que atar a la cama. También ha dicho que ha pagado mucho por ella, al parecer piden mucho dinero por sus servicios.

— Oh, Dios — dijo Bianca tras un sollozo cubriéndose la boca con una mano.

— No es seguro que sea ella, Bianca, mantén la calma, voy a intentar conseguir dinero y pagar para ver si es Chiara. Cualquier cosa te vuelvo a llamar, ¿entendido?

— Sí... — Cuando colgó, cayó al suelo abrazándose y llorando desconsoladamente al pensar en su hermana siendo violada por tipos que luego presumían de ello. ¿Cómo podía satisfacerles hacer daño a alguien inocente? Alguien a quien obligan a estar en un país que no conoce y obligada a hacer cosas horribles — . Chiara... perdóname, por favor... debí hacer algo aquella noche... lo siento...

Lloró y lloró durante horas, lamentándose del triste destino de su hermana y, cuando ya no pudo más, se quedó profundamente dormida hecha un ovillo en el suelo con la cabeza apoyada en la cama.

Los días fueron pasando sin muchas novedades salvo por la fiesta de compromiso de Fabiola de la que la prensa se hizo eco y que no dejaba de salir en todos los canales. Incluso habían hecho una nota de prensa para informar sobre ello. Algunos comentaristas de programas del corazón decían conocer detalles sobre lo que se comería o cómo irían vestidos los anfitriones.

Byanca veía todo esto en la televisión que tenía en la habitación.

Quizás si iba a esa fiesta podría averiguar algo.

De repente, al mirar a la televisión de nuevo, vio a Saulo siendo rodeado por periodistas. Byanca se tensó por un momento, porque los recuerdos le invadieron. Recuerdos de una pasión desenfrenada que no tenía que haber ocurrido.

Apagó la televisión no queriendo ver más a un hombre que había puesto su mundo patas arriba.

A pesar de todo, no podía dejar de pensar en él y en lo que había ocurrido. Se había convertido en parte de sus sueños cada noche cuando no tenía pesadillas con su hermana.

Siguió dándole vueltas a lo de acudir a la fiesta de compromiso, pero ¿con qué invitación? No podía llamar a Leo para ver si lo habían invitado y tampoco podía hablar con Saulo para que le diese una.

La única solución era entrar por otro lado y rezar para que no la descubrieran. Tendría que comprar un vestido, pero casi no le quedaban ahorros. Probablemente tendría que irse del hotel y buscar otra cosa. Solo le quedaba el dinero que pertenecía a su hermana y no quería tocarlo, pero si no lo hacía, jamás la encontraría, así que hizo una transferencia a través del ordenador desde la cuenta de Chiara a la suya propia para luego buscar un vestido por internet y una máscara adecuada, porque todos coincidían en que iba a ser un baile de máscaras.

Al cabo de un rato, encontró un vestido de Patricia Avendaño de color morado con una suave caída de gasa y cruzado bajo el pecho con un precioso entramado de encaje de color un poco más oscuro. Luego encontró una máscara preciosa de un tejido intrincado asemejando una mariposa, pero uno de los lados era más grande que el otro. Era una máscara preciosa y no dudó en comprarla. Solo esperaba que llegara a tiempo.

Cuando acabó con las compras, siguió mirando noticias en internet, encontrando una donde dos policías españoles se sumaban a la búsqueda de chicas desaparecidas.

— A Chiara nunca la encontrarán porque habéis cerrado la denuncia que puse — se lamentó Byanca.

Sin querer ver más, cerró el portátil y se cambió la ropa por una más deportiva. Necesitaba salir de aquellas cuatro paredes, por lo que decidió ir a correr un poco. Hacía tiempo que no hacía deporte y realmente lo necesitaba para despejar la mente de todo lo que estaba ocurriendo.

Cuando salió del hotel, se colocó los auriculares que llevaba enchufados al móvil y luego se cubrió con la capucha de la chaqueta.

Empezó a correr sin un rumbo fijo solo siguiendo el sonido de la música. Sonaba *Hall of Fame* de The Script.

Sin darse cuenta, llegó hasta el edificio donde hasta hacía poco trabajaba para Saulo Graziani y el corazón le dio un vuelco cuando lo vio salir de la oficina para ir hacia su coche.

Él iba hablando por el móvil por lo que no vio el coche que corría en su dirección. Byanca, sin pensar en lo que hacía, corrió hacia el mafioso y lo empujó cayendo sobre él al suelo. El coche no se detuvo, se alejó a toda velocidad.

Byanca levantó la mirada hacia el coche que ya desaparecía en una curva y luego miró a Saulo que la miraba fijamente.

— Byanca, eres tú.

Ella intentó soltarse para alejarse hasta que vio la sangre en la frente de Saulo.

— Déjame, Saulo, estás herido.

— No voy a dejarte marchar, ¿dónde has estado?

La joven forcejeó para apartarse de Saulo. Debía escapar rápido de allí. Cuando estuvo a punto de conseguirlo, él giró para quedar sobre ella.

— Basta, Saulo. Déjame.

— No hasta que me digas dónde has estado.

— ¡A ti no te importa! — pataleó ella — . Solo quiero irme.

— Maldita sea, Byanca, hablemos.

— ¡No!

Con esfuerzo logró apartarse y quedar sentada frente a él.

— Vamos, Byanca

— ¡No! No quiero hablar, quiero olvidar todo, quiero estar sola, ¿es que no lo entiendes?

— Pues no, no lo entiendo. No quieres al poli ese, me deseas y ha quedado demostrado.

— No te atrevas a nombrar a Leo.

Byanca, entonces, se puso de pie y se sacudió la ropa. Por suerte, su móvil no se había roto con la caída. Saulo se levantó también y miró a la joven que parecía dispuesta a alejarse, pero él la agarró del brazo y la atrajo hacia sí.

Sin que ella se diese cuenta, le metió un pequeño dispositivo de rastreo, que había sacado de su móvil que se había roto al caer, en uno de los bolsillos de la chaqueta.

— Por favor, Byanca.

— No, Saulo, déjame ir — rogó ella.

Él la soltó con renuencia y la vio alejarse. Sin esperar, volvió al edificio de la oficina limpiándose la sangre de la frente.

Byanca salió corriendo con el corazón latiéndole fuerte en el pecho y decidió volver al hotel.

Una vez allí, se quitó la ropa y se metió en el baño para darse una ducha. Tenía que olvidar a Saulo por su bien, al mirarse en el espejo, apreció algunos arañazos que apenas había sentido cuando cayó, por lo que se los lavó bien y buscó el botiquín del que disponía el baño para curárselas.

Cuando acabó, se puso el pijama y volvió a coger su ordenador.

Saulo subió a su despacho y marcó el número de Salvatore que llevaba días un poco desesperado por encontrar a Giulia, que había desaparecido y no la encontraba por ningún sitio.

Tras varios tonos, contestó:

— ¿Qué pasa?

— ¿Estás en la comisaría?

— Sí.

— Necesito que busques en los radares el coche que ha intentado atropellarme a la salida de mi empresa.

— ¿Qué? ¿Han intentado atropellarte?

— Estoy bien, Byanca me ha salvado.

— ¿Byanca? ¿No se había ido?

— Apareció de casualidad, por cierto, necesito que la localices, le he

puesto el rastreador de mi móvil.

— Sabes que eso no se me da bien. Yo soy forense, no un puto informático. Si digo algo aquí, es posible que Leo vaya a buscarla y no creo que quieras eso. Lo del coche sí puedo hacerlo, pero para lo de ella tendrás que buscarte la vida. Habla con Piero, él entiende de ordenadores.

— ¿De verdad me estás diciendo eso? Hace días que no sé nada de él, la fiesta de compromiso y mi hermana lo tienen absorbido. No puedo contar con él para nada, ya sabes que no le gusta mucho esto.

— Es el único que puede ayudarte. Intenta contactar con él. Yo me encargaré de las cámaras de la zona para ver la matrícula del coche.

— Gracias — dijo mientras se pasaba una mano por el pelo y colgó. Miró el teléfono por unos minutos y finalmente marcó el número de Piero, que contestó al cuarto tono — . Piero, necesito tu ayuda.

— Lo que sea con tal de salir de esta pesadilla. Tu hermana me va a volver loco con todo lo de la fiesta — dijo Piero con voz aliviada.

Saulo sonrió levemente y se rascó la nuca.

— No sé si recuerdas el rastreador que metiste en mi móvil por orden mía.

— Claro que lo recuerdo. No fue nada fácil ponerlo ¿sabes? Espera, no me digas que has roto el móvil.

— Es una larga historia, pero ese rastreador lo tiene ahora Byanca, mi secretaria, necesito que la ubiques.

— Joder, Saulo, ¿tú sabes lo que cuesta poner eso en el móvil? Me pegué un día entero para ponerlo en el tuyo y ahora resulta que se lo pones a tu secretaria...

— Es importante, Piero. Debo encontrarla.

Se oyó un suspiro al otro lado de la línea.

— De acuerdo, por suerte puedo hacerlo a través de mi móvil, si me llevo a ausentar, tu hermana me corta los huevos. Cuando tenga algo, te aviso.

— Mi móvil está inservible, Piero. Han estado a punto de atropellarme, por eso mismo conseguí quitar el rastreador para ponérselo a Byanca sin que se diese cuenta. Me quedaré en mi despacho hasta que tengas la ubicación, mándame un correo o llámame al teléfono de la oficina.

— Déjalo, no quiero saber nada, tu hermana enseguida nota mis miradas y no creo que quieras que sepa lo que ha ocurrido, así que ahora mismo voy a colgar y voy a localizar tu rastreador.

— Perfecto.

Dejó el teléfono tras cortar la llamada y se paseó por el despacho. Luego se sentó y recostó la cabeza en la silla. El golpe en la cabeza le dolía horrores y tras llevarse una mano al lugar pudo comprobar la herida. No parecía muy profunda.

Tras un rato buscando en el baño privado el botiquín para limpiarse la herida, sonó el teléfono. Corrió hacia la mesa y tomó el aparato.

— Piero, ¿sabes dónde está? — preguntó tras descolgar.

— No está muy lejos. Es un hotel. ¿Uno de los tuyos?

— Dime cuál es.

— Qué prisas.

— Vamos, Piero, no tengo todo el día.

— ¿Vas a ir?

— Claro.

— Vale.

Le dio las gracias a su futuro cuñado y salió de allí rápidamente. Se dirigió a su coche, que estaba aparcado en frente y puso rumbo al hotel donde se hospedaba Byanca.

Aparcó justo delante de la puerta y se bajó colocándose la chaqueta, que por suerte había salido ilesa del pequeño accidente que había tenido hacía un rato cuando ella lo había salvado de ser atropellado. Y, aunque estuviese rota, tampoco le importaba mucho, él solo quería encontrarla.

Entró en el hall del hotel y se acercó a la recepción donde había una chica de estatura media, con el pelo largo rubio y ojos marrones. Ella al verlo sonrió levemente como hacía con cada cliente.

— ¿Desea algo, señor?

— Sí, me gustaría saber en qué habitación se hospeda Byanca Marchetti.

La joven negó categóricamente.

— Eso es información confidencial del hotel, no podemos revelar dónde se encuentra un huésped, salvo expresa aceptación del cliente.

— ¿De verdad? — preguntó él apoyándose en el mostrador — . ¿Sabe qué pasa? Que yo soy dueño de la mayor parte de este hotel y puedo ordenar lo que se me antoje.

La joven se llevó una mano al pecho con sorpresa. Desde que estaba trabajando allí nunca había visto al señor Graziani, pero lo que decían sus compañeras es que era todo un dios romano. No erraban en sus afirmaciones.

— Se... señor Graziani. Yo... yo... lo siento, señor.

Saulo sonrió levemente.

— Has hecho un muy buen trabajo al respetar al huésped, pero es de vital importancia que me digas en qué habitación está y también quiero la llave maestra.

La chica no sabía qué hacer, aun así miró su ordenador para indicarle la habitación en la que estaba Byanca mientras le entregaba la llave maestra, una tarjeta que habría todas las puertas de las habitaciones.

- Señor, si algo ocurre... — dijo la chica, preocupada.
- Serás recompensada por esto y no te preocupes que no diré nada.
- Gracias, señor Graziani.

Él volvió a sonreír y se dirigió al ascensor para ir a la planta en la que estaba Byanca. Una vez en el piso correspondiente, se dirigió a la puerta y tocó una vez.

- ¿Quién es? — preguntó ella desde el interior.
- Abre la puerta, Byanca — dijo Saulo.
- ¿Qué...?
- No es bueno que te acerques tanto al enemigo. A parte de tener un rastreador en tu ropa, este hotel me pertenece.
- No... no puede ser...
- Abre la puerta.
- ¡No!
- ¿Eso quieres? De acuerdo.

Tomó la tarjeta y tras pasarla por el lector, la puerta se abrió.

Byanca jadeó al verlo. Saulo sonrió entrando en la habitación y, mientras se cerraba la puerta, tomó a la joven entre sus brazos y la besó.

29

Cuando Byanca sintió los labios de Saulo sobre los suyos notó que todo a su alrededor daba vueltas y más vueltas, mareándola.

Saulo la apretó más fuerte contra él sintiendo todas las curvas de su cuerpo contra sí.

La razón volvió a la mente de Byanca y trató de apartarse, aunque su cuerpo se negara a ello.

— Basta... — dijo entre jadeos.

— Nunca, no voy a dejarte marchar de nuevo — susurró él junto a su oído — . No puedo estar lejos de ti. Eres mi droga y yo soy el pobre adicto que desea más y más.

— No, Saulo, para, por favor.

— No puedo, me tienes obsesionado, quiero que seas mía y de nadie más.

Esta vez, Byanca lo empujó y logró apartarse mientras él la miraba, perdido. Ella cerró los ojos para no verlo.

— ¿Cómo me has encontrado? ¿Cómo supiste que me hospedaba aquí?

Saulo vio la ropa de deporte sobre la cama y se acercó para tomar la chaqueta sacando de uno de los bolsillos un pequeño dispositivo que ella observó y reconoció al instante.

— Deseaba encontrarte y al romperse mi móvil, lo cogí y te lo puse para saber dónde estabas.

— Y ni siquiera te arrepientes, ¿verdad? — preguntó ella, dolida.

— Para nada.

— Perfecto — dijo ella levantando las manos — . Está visto que no voy a poder huir de ti, eres peor que Leo.

Saulo se acercó hasta quedar pegado a ella.

— No me compares con ese policía.

— ¡Os comparo porque ninguno de los dos entiende que necesito estar

sola! Llamadas a todas horas y tú aquí. ¡Dejadme en paz, por favor! — Byanca le dio la espalda y se acercó hasta el ventanal con los brazos cruzados — . No puedo pensar, no puedo dormir, no puedo comer. Estoy sobrepasada. Vivo angustiada por Chiara y vosotros no hacéis más que acosarme. No puedo más.

Cerró los ojos para evitar llorar, pero la rebeldía de las lágrimas ganó la batalla y cayó de rodillas al suelo llorando silenciosamente.

Saulo la observó y cuando la vio allí, desprotegida, se arrodilló tras ella y la abrazó.

— Ya te dije que yo me hacía cargo de lo de tu hermana, yo cumplo mis promesas.

— No tienes que hacerlo, no te toca nada.

— Es la hermana de la mujer que más me importa en este momento. Y, aunque no me tocara nada, lo haría igualmente porque nadie merece ser separado de su familia para que la obliguen a hacer algo que no quiere. Así que deja eso en mis manos y te juro que la encontraré y te la traeré de vuelta.

— Está en Rusia, no vas a poder hacer nada, si el gobierno se entera de que la mafia italiana mete las narices ahí podría ser peligroso.

— Nadie tiene por qué enterarse, además, tengo contactos y gente que me debe muchos favores que no dudaré en aprovechar.

Byanca se limpió las lágrimas y volvió a intentar apartarse, aunque algo dentro se lo impedía. Saulo la reconfortaba con su abrazo.

Las caricias que le estaba dando la relajaban de tal forma que incluso dejó escapar un suspiro de sus labios. Este suspiro se convirtió en gemido cuando Saulo posó un suave beso justo detrás de la oreja. Byanca cerró los ojos ante aquella placentera sensación.

— Saulo... — susurró ella.

— Dime, Byanca, pide lo que quieras y te lo daré... — dijo antes de morderle el lóbulo.

La joven no podía pensar, solo deseaba sentir, su cuerpo echaba de menos las caricias de Saulo, caricias que sabía bien qué punto tocar para hacerla gemir y humedecerse.

Una de las manos de Saulo se apoyó en el vientre levantando así la blusa del pijama que llevaba ella puesto. Se lo acarició suavemente mientras subía poco a poco hasta el pecho que no dudó en masajear haciéndole lanzar suspiros de placer. Atrapó uno de los pezones entre sus dedos y tiró de él.

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y Saulo besó el lugar donde latía su pulso.

— Sé mía, Byanca, solo mía.

El cuerpo de la joven respondía a las caricias y aquellas palabras habían

terminado con todas sus defensas, dejándose caer contra el cuerpo de Saulo que rápidamente le quitó la blusa del pijama, dejándola desnuda de cintura para arriba.

— Saulo... por favor, Saulo...

— Tranquila, pequeña — susurró él atrapando los pezones entre los dedos — . Disfruta y déjate llevar.

Ya lo estaba haciendo, hacía mucho rato que se había dejado guiar por las sensaciones de su cuerpo dejando la mente a un lado. Elevó las manos hasta colocarlas tras la cabeza de Saulo para agarrarse a algo, aquellas sensaciones la hundían poco a poco en el mar del orgasmo.

Sintió una de las manos bajar hasta la cinturilla de los pantalones, para luego meterse dentro de estos y de sus bragas, llegando a su intimidad donde la humedad ya se hacía notar. Cuando la tocó, el gemido fue tan alto que pensó que se había oído en todo el hotel, entonces Saulo aprovechó para girarle la cara y besarla con dulzura mientras seguía tocando aquel pequeño botón de placer hasta hacerla llegar al orgasmo, ahogado por los besos que él le daba.

Mientras Byanca se dejaba llevar por la oleada de pasión, Saulo se desabrochó el pantalón liberando su miembro y, tras incorporarla un poco, la penetró desde atrás. Con suavidad la fue llenando hasta estar completamente dentro de ella.

Byanca gimió mientras movía las caderas anhelando más y casi rogándole que no parara. Él obedeció y salió de ella, para volver a entrar casi con fuerza. Rítmicamente, fue penetrándola sin dejar de abrazarla impidiendo que se apartara hasta que finalmente, tras varios minutos, llegaron al orgasmo llamándose el uno al otro.

La joven se dejó caer sobre su hombro con la respiración agitada mientras él seguía abrazándola. Con ella entre sus brazos, se incorporó y la llevó a la cama.

Byanca lo miró a los ojos y atrapando el rostro de Saulo entre sus manos lo besó, anhelando más de su contacto.

— Saulo...

Ella bajó sus manos para desabrochar la camisa que impedía tocar su cuerpo. Cuando la tuvo completamente abierta subió las manos por su torso hasta sus hombros, empujando con ellas la camisa y la chaqueta. Saulo se dejó hacer mientras una sonrisa se formaba en sus labios.

Finalmente, ella logró quitarle la camisa y la chaqueta que lanzó al suelo para volver a besarlo con anhelo mientras mecía sus caderas buscando su miembro.

— ¿La quieres, Byanca? — La joven asintió entre gemidos mientras

besaba el hombro desnudo — . Contesta...

— Sí, por favor...

Saulo se bajó los pantalones hasta que estos quedaron olvidados en la parte baja de la cama con los bóxers y guio a Byanca para que lo acogiera en su interior. Ella descendió poco a poco mientras gemía de placer y apoyaba la frente en el hombro que antes había besado.

— Oh, por Dios...

— Muévete, Byanca, vamos... — le decía Saulo con la respiración agitada y notando que no podría aguantar mucho más sin correrse.

Byanca se movía lentamente al principio, mientras volvía a unir sus labios a los de Saulo. Poco a poco, ambos fueron aumentando el ritmo a la par que se mezclaban sus respiraciones.

Saulo aprovechó para acariciarle los pechos que se movían con cada embestida, haciéndola llegar a lo más alto para luego liberarse con un grito de satisfacción a la que vez que él gruñía igual de satisfecho.

Sin salir aún de su interior, él la abrazó mientras recuperaban el aliento.

— ¿Qué me estás haciendo, Saulo? — preguntó ella con los ojos cerrados bajo su cobijo.

— Entregarte mi alma — susurró él acariciándole la espalda — . No quiero que te vayas de nuevo. Necesito tenerte cerca, te has metido dentro de mí y no puedo sacarte.

— Pero yo...

— No lo digas, Byanca, no digas nada.

Salió de ella y la recostó a su lado, cubriéndola con las sábanas que eran un amasijo en la parte baja junto con los pantalones de él.

La atrajo hacia sí y ella cerró los ojos, dejándose llevar por el cansancio. Saulo también se dejó ir a los brazos de Morfeo disfrutando de la sensación de tenerla junto a él.

— ¿Cómo que se ha salvado? — preguntó Fabrizio Zanetti levantándose con brusquedad de la silla de su despacho — . ¿Cómo es posible?

El hombre que estaba frente a él miró con cierto temor a su jefe mientras otro los miraba desde una esquina de la estancia.

— Una chica lo empujó para que no lo atropellaran, no pude hacer nada.

— ¡Dar marcha atrás y matarlos a los dos! — exclamó Fabrizio como si tuviese toda la lógica del mundo — . ¿Es que no sabes cumplir una orden? ¡Lo quiero muerto, no me importa cómo!

— Pero señor...

— ¡Pero nada! ¡Maldita sea! — exclamó golpeando la mesa — ¡Que

alguien se lleve a este inepto y le dé su merecido!

El hombre que había observado todo, se incorporó y abrió la puerta y dejó que entraran dos tipos para llevarse al otro, que suplicaba clemencia ante lo que se avecinaba, pero que nadie escuchó.

Cuando finalmente lo sacaron de allí y quedaron solos el hombre de las sombras se acercó hasta la mesa.

— Parece que nada da resultado.

— El maldito tiene suerte — maldijo Fabrizio apoyado en una de las estanterías de un mueble lleno de libros — . Quiero deshacerme de él y no podemos.

— Quizás no estamos haciendo lo correcto.

— ¿Qué quieres decir?

— Debemos atacar su punto débil, todos lo tenemos y él no va a ser menos.

— ¿Qué puede ser su punto débil?

— Quién, más bien.

— ¿Una persona?

El hombre asintió mientras se sentaba en el asiento principal de aquella instancia. Zanetti era un buen mafioso, pero le quedaba muy grande el tema de las venganzas.

— Su hermanita querida. ¿Todo esto no es porque él mato a tu hermano?

— ¿Qué mejor forma de vengarte que ir a por ella?

Fabrizio meditó durante unos instantes las palabras de su aliado y una sonrisa se formó en su cara.

— ¡Tienes razón! ¡Ojo por ojo!

— Exacto.

— Es una idea magnífica, iremos a por su dulce hermanita y destruiremos a Graziani — dijo Fabrizio sonriendo maliciosamente — . Mandaré vigilarla para ver todo lo que hace. Lo mejor de todo es que tengo invitación para su fiesta de compromiso. Eres un genio, Cyrano.

Este sonrió.

— Ya sabes que exijo un pago por mi idea.

— Lo que quieras.

— De momento no quiero nada, pero me lo guardo. Ahora debo ir a comisaría.

Fabrizio asintió y volvió a sentarse en su sitio cuando vio al otro salir. Muy pronto se tomaría la venganza por su mano. Tamborileó con los dedos sobre la mesa y se incorporó para salir de su despacho. Bajó hasta el sótano donde ya se oían los gritos de dolor del hombre que no había cumplido con su misión de

atropellar y matar a Saulo Graziani.

El que no cumplía, recibía su merecido y ahora mismo le tocaba a él. Cuando entró en aquella habitación el olor de la sangre inundó sus fosas nasales y no pudo evitar sonreír.

Le encantaba ver el sufrimiento y la agonía. El tipo estaba acostado sobre una mesa, atado con gruesos cinturones mientras uno de sus hombres usaba unos alicates para arrancarle los dientes al torturado. Cada uno suponía gritos de agonía ensordecedores.

Fabrizio lo miró desde uno de los laterales mientras el hombre suplicaba de forma ininteligible al faltarle gran parte de los dientes.

— ¿Ves lo que ocurre cuando no se cumple con lo que se le manda a uno? ¿Cómo vas a comer ahora? — preguntó fingiendo tristeza. El hombre balbuceaba pidiendo clemencia — . No entiendo nada, pero supongo que estás pidiendo perdón, ¿verdad? — El hombre asintió desesperado — . Pero sabes que esto no ha hecho más que empezar.

Le hizo un gesto al hombre que esperaba con los alicates y se apartó para terminar de ver la tortura a la que era sometido el hombre.

Cuando acabaron de arrancarle los dientes procedieron a arrancarle las uñas. Esto fue aún más agónico que lo anterior y varias veces tuvieron que echarle agua al torturado para que despertara de la inconsciencia.

Cuando acabaron, el hombre ya había vuelto a perder el conocimiento y Zanetti se alejó de allí con una sonrisa satisfactoria en el rostro. Ahora deseaba divertirse con una de sus chicas.

Byanca abrió los ojos entre los brazos de Saulo, que dormía plácidamente. Una sonrisa escapó de sus labios y le acarició la mejilla cubierta por una barba de pocos días.

Lo que había ocurrido hacía unas horas empezaba a confirmarle una realidad que no quería admitir. Estaba sintiendo más cosas de las que sentía por Leo y aún no se explicaba el por qué cuando apenas se conocían el uno al otro.

Sus cuerpos hablaban por sí solos, la atracción era tal que con solo rozarle se estremecía y anhelaba tocarlo todo el tiempo.

Desde que se había ido, no hacía más que pensar en Saulo, dejando a Leo relegado a una pequeña parte de su mente, aunque le dolía saber que era así porque él había sido muy importante en su vida y no se merecía eso.

— ¿Te gusta lo que ves? — preguntó Saulo en un susurro.

Ella levantó la mirada hacia él y volvió a sonreír.

— Eres un egocéntrico, ¿lo sabías?

— Me lo han dicho un par de veces — dijo él sonriendo también — , pero nadie tan sexy como tú.

Ella le dio un golpe en el hombro.

— Tonto.

— ¿Ves? Tus insultos son sumamente sexys y no me hacen sentir ofendido.

Ella se colocó justo encima y lo besó dulcemente.

— ¿Te parecen sexys mis insultos?

— Toda tú eres sexy — Saulo le pasó las manos por la espalda hasta llegar a su trasero que masajeó — . No hay nada de ti que no me parezca hermoso. Solo con verte ya siento deseo de estar dentro de ti. Me has absorbido el alma.

— Tú empiezas a absorber la mía y hay una parte de mí a la que le duele, porque Leo era importante en mi vida.

— ¿Lo amas?

Ella negó con la cabeza.

— Empiezo a darme cuenta de que todo lo que sentía por Leo era una cortina de humo. Él es bueno, me quiere y nos hemos cuidado mutuamente, parecíamos la pareja perfecta, apenas discutíamos y nos llevábamos muy bien, pero creo que nada de eso era real para mí. — Saulo le acarició las mejillas sin dejar de mirarla — . Quizás debería hablarlo con él, sé que lo entenderá, aunque le cueste. Me siento tan culpable.

— No te sientas así, son tus sentimientos, es normal.

— Sí... lo mejor será que lo llame para hablar con él.

— Pero no ahora, tengo hambre y hay un delicioso bombón ante mí que quiero probar — dijo mientras giraba para ponerla debajo y besarla.

Byanca soltó una carcajada y se dejó hacer hasta que la risa pasó a ser gemidos de placer.

El sueño comenzaba a hacer mella en su organismo después de pasar tantas horas sin dormir, pero no quería volver al ático y encontrarlo vacío. Sin Byanca allí, no merecía la pena ir. En todos los días que había estado desaparecida, la había llamado casi a cada minuto, pero no contestaba ni sus llamadas ni sus mensajes.

Ni siquiera sabía dónde buscarla. Era una tortura mirar en su armario y no ver apenas ropa de ella, se lo había llevado casi todo, al igual que otras cosas como su ordenador.

Era tan extraño que se lo llevara en un momento como ese... De repente, su móvil comenzó a sonar y lo cogió rápidamente al ver su nombre en la pantalla.

— Byanca...

— Hola, Leo. ¿Qué tal estás?

Él se pasó una mano por el pelo.

— Estoy fatal, no he querido ir a casa porque no estás allí. Te echo de menos.

El silencio al otro lado de la línea lo asustó, pero cuando la oyó suspirar él sintió cierto alivio.

— Me gustaría que habláramos.

— Sí, claro. ¿Dónde quieres que nos veamos?

— Apunta la dirección, aunque si estás trabajando puedo acercarme yo...

— dijo Byanca.

— No te preocupes, estoy libre hasta esta noche.

— Vale, entonces apunta.

Leo cogió un papel y un bolígrafo y apuntó la dirección. El lugar en el que se había citado era una cafetería del estilo de Starbucks, muy conocida por la zona.

— Perfecto, estaré allí en un santiamén.

— Espera. Me gustaría pedirte un favor.

— Sí, lo que sea.

— Necesito que me traigas un pendrive de color azul que está en el escritorio del ático. Es importante que lo tenga.

— Sí — titubeó por unos segundos — . Sí, claro.

— Gracias.

— De nada.

Tras esto, colgó y se giró para marcharse. Al hacerlo se encontró con uno de sus compañeros, Cyrano.

— ¿Problemas? — preguntó este ojeando una carpeta.

— Creo que ya toda la comisaría sabe que Byanca se ha ido de casa.

— Algo he oído, además, se te ve muy afectado.

— Bueno, es difícil de soportar.

— Perdona que me meta, pero he escuchado algo de un pendrive.

— Sí, es informática, supongo que necesitará eso para alguno de sus trabajos, cuando se fue se llevó el ordenador.

Cyrano asintió pensativo y cerró la carpeta mirando a Leo.

— ¿Y no has pensado que la razón por la que se fue puede estar en su ordenador? Tengo entendido que se fue repentinamente, el ordenador no le hacía falta en ese momento.

— ¿Qué quieres decir?

— Bueno, solo quiero ayudar a un compañero que lo está pasando mal.

— Ella nunca me ocultaría nada.

— Todos tenemos secretos, Leo — dijo metiéndose la mano en el bolsillo y sacando de esta un pequeño dispositivo, muy parecido a un pendrive — . Es un sistema de rastreo, puedes ponerlo en su portátil y desde otro ordenador leer todo lo que tiene en él. No pierdes nada.

Leo miró el dispositivo por unos segundos mientras se debatía interiormente sobre qué hacer. Por un lado, quería saber por qué se había ido, pero por otro no quería traicionar a Byanca. La tentación pudo más que la razón y tomó el pequeño aparato.

— ¿Qué tengo que hacer?

— Muy fácil, solo tienes que conectarlo en el ordenador y, luego, cuando quieras ver lo que tiene en otro ordenador, entras con este correo y esta contraseña — dijo Cyrano tendiéndole un papel — y ¡voilà! Podrás ver todo lo

que oculta, incluso puedes conectar la cámara sin que se dé cuenta. Lo último en tecnología. — Tras un no muy largo silencio lo miró — . Debo marcharme, hay que interrogar a un ladrón de bancos escurridizo.

Se giró haciendo un gesto de despedida con la mano y se alejó de Leo, que seguía mirando el aparato que le revelaría lo que podría ocultar Byanca.

Se lo metió en el bolsillo de la chaqueta y salió hacia su casa para buscar el pendrive que le había pedido ella, luego se dirigió a la cafetería que le había dicho Byanca, encontrándola en una mesa con la vista puesta en el ordenador, tecleando sin parar.

¡Dios! Se veía preciosa con sus gafas y su cara de concentración.

Leo se acercó y se sentó frente a ella. La joven levantó la mirada y se colocó las gafas.

— Hola — dijo él.

Ella trató de sonreír.

— Hola.

— ¿Cómo estás? ¿Has podido pensar?

— He pensado mucho, tú no pareces estar muy bien.

Leo apoyó los codos en la mesa y juntó las manos.

— Hoy ha sido prácticamente la primera vez que piso nuestra casa. Cada rincón tiene cosas tuyas y me duele ir allí y no verte. He tenido que comprar ropa para cambiarme en la comisaría.

Byanca se mordió el labio inferior y se levantó.

— ¿Quieres un café? Te invito.

Sin esperar respuesta, se levantó para dirigirse a la barra y pedir los cafés. Leo la observó y pudo notar su distancia hacia él. Con dolor, sacó el dispositivo del bolsillo y miró el ordenador. Luego volvió la vista hacia Byanca, que estaba pidiendo los cafés y sin pensarlo colocó el dispositivo, que apenas se notaba en uno de los tantos puertos USB que tenía el portátil.

Se apartó rápidamente al ver que ella se giraba con dos vasos en las manos y se sentó, poniéndole un vaso delante.

— ¿*Machiatto*? — preguntó él con una leve sonrisa al recordar buenos momentos del pasado.

— Sí — dijo ella sonriendo también — , aún recuerdo cuando me equivoqué y te traje el *Machiatto* cuando querías un solo. Trabajaba en un sitio como este.

— Aun así me gustó y ahora lo bebo bastante.

— Cierto.

Leo volvió a meterse la mano en el bolsillo y sacó el pendrive que le había pedido.

— Aquí tienes lo que me pediste.

— Gracias.

Él bebió un sorbo y luego la miró.

— Bueno, hemos venido a hablar de lo nuestro. ¿Has tomado una decisión?

Byanca cerró los ojos por unos segundos. ¿Cómo iba a decirle que no iban a estar más juntos? Después de todo lo que habían compartido... Era muy duro.

Sintió deseos de llorar. Abrió los ojos y lo miró.

— Leo..., hemos compartido tantas cosas... lo hemos pasado tan bien en estos dos años que pensé que éramos la pareja perfecta. Todos a nuestro alrededor lo pensaban. Conocerme fue algo grandioso en mi solitaria vida, pero...

— Pero ya no sientes lo mismo — terminó Leo al verla tan afectada, saliendo a la luz sus peores temores.

— Eres una gran persona y quizás te merezcas a alguien mejor que yo.

Leo golpeó la mesa con la mano abierta.

— ¡No! Nadie será mejor que tú, Byanca. Te amo y tú lo sabes. Te he dado mi corazón en bandeja, todo lo que soy. Jamás cuestioné nada porque confiaba en ti, no entiendo por qué me estás diciendo esto ahora. ¿Qué ocurre para que me dejes así?

— Leo... lo que te dije cuando me fui no era una mentira, al contrario. Cada día me consume pensar en lo que te pueda ocurrir, pasas mucho tiempo en la comisaría.

— ¿Y tienes que dejarme para decirme todo esto? Tengo la sensación de que me ocultas algo y no quiero pensar lo peor.

— ¿Lo peor?

— Desde que empezaste a trabajar en la empresa de Graziani no eres la misma. En poco tiempo he visto demasiados cambios en tu expresión. He visto miedo, pánico, dolor... nada bueno.

— Graziani no tiene nada que ver en esta conversación ahora, Leo.

— ¿No? Creo que tiene demasiado que ver, Byanca. Ojalá me esté equivocando, pero algo me dice que lo que digo es cierto. Sientes algo por él, ¿verdad?

Byanca cerró una mano en la que contenía una servilleta que estrujó con fuerza. Le dolía la expresión de Leo. No erraba en su suposición, pero no podía decirle algo así de repente. Era un duro golpe.

Cuando Leo vio el gesto compungido de Byanca, negó con la cabeza y se levantó.

— No te vayas así, Leo.

— Esta conversación ha terminado, como nuestra relación. — Su voz

perdió toda nota de vida — . Tranquila, puedes volver al ático, recogeré mis cosas y me iré.

Byanca también se incorporó.

— ¡No! El ático es de los dos.

— No, ahora es todo tuyo. No quiero estar allí para que me maten los recuerdos. Adiós, Byanca. Espero que seas feliz, yo ya estoy muerto.

Él salió de la cafetería dando un portazo. La joven quiso seguirlo, pero no pudo moverse del sitio. Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas a causa de la culpabilidad.

Leo se metió en su coche y se fue de allí rápidamente. Necesitaba alejarse lo máximo posible para dejar salir todo su dolor. Sin mirar hacia donde se dirigía acabó en el Jardín de Boboli, en el que se refugió tras los arbustos para golpear un árbol.

Las lágrimas escapaban sin control. Él nunca lloraba, pero el dolor de la traición había sido demasiado. No merecía algo así cuando lo había dado todo por aquella relación.

Cuando se cansó, se giró hasta quedar apoyado en el tronco del árbol y caer al suelo, cubriéndose los ojos con un brazo, dejando escapar todo su dolor.

Varias horas pasaron hasta que se tranquilizó y decidió volver a la comisaría. Si sus sospechas eran ciertas, lo confirmaría el ordenador de Byanca. Sacó el papel del correo y la contraseña y se dirigió a su coche dispuesto a descubrirlo todo.

La puerta de la habitación se abrió apareciendo por esta uno de los esbirros que la custodiaban. La vigilancia con ella se había extremado después de que intentara suicidarse al quitarle la pistola a uno de ellos.

La paliza había sido tal que pasó una semana sin poder moverse un ápice. Desde ese día permanecía esposada por una mano a la cama sin opción a luchar.

Ella miró al esbirro que le decía algo que seguía sin comprender y vio cómo la soltaba de los barrotes de la cama y la incorporaba con brusquedad. La joven hizo un gesto de dolor al sentir el tirón y fue arrastrada hacia el esbirro para esposarle la otra mano para sacarla de allí hasta llevarla a la otra habitación donde recibía a los clientes.

Una vez dentro, pudo ver a un hombre alto, de pelo corto oscuro y ojos marrones claros, era diferente a los que solían venir, aun así intentó resistirse. Vio como el esbirro le daba la llave de las esposas y se marchaba dejándola encerrada con aquel tipo que se fue acercando a ella poco a poco haciéndola retroceder más y más.

Comenzó a negar frenéticamente mientras las lágrimas escapaban sin control.

— No, por favor... no más.

— No llores, Chiara, no debes llorar.

Ella abrió los ojos desmesuradamente al oír su nombre después de tanto tiempo en boca de otra persona aparte de las prisioneras. Las lágrimas empapaban sus mejillas.

— ¿Qui... quién eres? ¿Cómo... cómo sabes...?

— ¿Cómo sé tu nombre? — preguntó el hombre — . Porque llevo más de un año buscándote. Soy amigo de tu hermana Byanca. Nunca ha dejado de buscarte... Déjame quitarte las esposas y hablemos, no tenemos mucho tiempo — dijo mirando hacia la puerta cerrada y colocando la llave en la cerradura de las esposas para abrirlas.

Chiara se frotó las muñecas.

— ¿Mi hermana me ha estado... buscando?

— No ha dejado de hacerlo desde que desapareciste hace tres años.

— ¿Tres... tres años?

Llevaba tres años en aquel infierno que le parecieron toda una vida.

— Sí, pero tranquila, vamos a sacarte muy pronto. Eres de las más caras de aquí, me ha costado mucho poder conseguir el dinero. Este lugar es exclusivo, solo tienen acceso hombres con poder, así que ello había sido difícil dar con él y el que me dejaran entrar, pero ahora haremos todo lo posible por que acabe este infierno.

— ¿Byanca...? ¿Está bien?

— Muy preocupada por ti, han pasado muchas cosas en estos tres años. ¿Es verdad que intentaste suicidarte? Ese tipo me dijo que tuviera cuidado para que no cometieras una locura.

— Yo... no puedo más... me maltratan y me violan... había perdido las esperanzas.

— Pues tienes que aguantar, Chiara, te prometo que te sacaré de aquí, debes ser fuerte, ¿me oyes?

La joven asintió y miró hacia la puerta con temor.

— Si no me oyen gritar van a entrar a ver qué ocurre, pero... no me harás nada, ¿verdad?

El hombre negó.

— No voy a hacer nada.

— Vas a tener que... que pegarme... para... para... — decía la joven porque era lo único que conocía, el dolor.

— No voy a hacerte daño — se compadeció él — . Vamos a disimular, queda muy poco tiempo, acuéstate en la cama — la joven obedeció con cierto temor — . Tranquila, solo te voy a atar y amordazar, si estás amordazada no pueden oír gritos.

Ella volvió a asentir y se dejó atar a la cama a pesar de odiarlo y luego el tipo le puso un pañuelo en la boca amordazándola.

Le vio aflojarse la camisa que llevaba y colocar las esposas y la llave sobre la mesilla.

— Aguanta un poco más, Chiara, y perdona la tardanza.

Chiara lo miró y sintió las lágrimas de felicidad escapando de sus ojos al saber que no la habían olvidado, que su hermana la había estado buscando.

El hombre tocó la puerta y mostró una sonrisa satisfecha mientras se colocaba la camisa, diciendo algo en ruso que hizo sonreír al esbirro que entró para desatarla de la cama y quitarle la mordaza.

Sonreía cruelmente cuando le esposó las manos y la llevó a su habitación. Ella oyó que decía algo, pero aparte de no entenderlo, no le prestó atención.

Su hermana y ese hombre la iban a sacar de ese infierno y era lo que más le importaba.

Leo llegó a la comisaría y buscó a Cyrano por todos lados hasta que lo encontró redactando un informe. Se colocó delante, apoyando las manos en la mesa hasta que este levantó la mirada.

— Quiero que me ayudes a saber qué oculta Byanca, conecta esa cosa en mi ordenador ahora.

Cyrano observó a Leo que tenía la mirada llena de dolor, enrojecida de llanto y enseguida adivinó que aquella relación había terminado y no muy bien.

El policía se levantó y ambos se dirigieron al despacho de Leo en silencio. Una vez dentro, el inspector sacó el papel que el otro le había dado y lo colocó sobre la mesa.

Cyrano se sentó frente al ordenador.

— Hazlo — dijo Leo al ver que Cyrano lo miraba — . Conéctate en el ordenador y métete en el de Byanca.

— De acuerdo — accedió el policía.

Tecleó varias cosas en el ordenador bajo la atenta mirada de Leo y cuando ya estuvo conectado miró por encima algo antes de hacerle una seña al inspector.

Este se acercó y vio muchas cosas en la pantalla.

— ¿Qué es todo eso?

— De momento estamos viendo todos los archivos de sus carpetas, podemos acceder a su historial de búsqueda de internet, pero hemos de ir poco a poco.

— Déjame solo, ya me puedo manejar desde aquí.

— ¿Sabrás manejarlo?

— Si necesito algo te avisaré.

— Entendido.

Cyrano se incorporó y sin decir nada salió de allí, dejando a Leo solo frente al ordenador. Este fue mirando uno a uno todos los archivos que iba encontrando entre los que se encontraban las fotos recopiladas a lo largo de aquellos dos años de relación.

Fue viéndolas una a una sintiendo cómo se resquebrajaba más su corazón dolido. Tantos momentos felices que se habían roto de repente, sin siquiera esperarlos.

Alguien tocó en la puerta del despacho, pero no contestó. Tan ensimismado estaba que apenas oyó los golpes, entonces abrieron.

— Leo, llevo rato llamándote — dijo Clairee. Al ver la cara del policía entró — . ¿Ocurre algo?

— Déjame solo.

La joven se acercó hasta él y entonces vio en la pantalla una foto de Byanca y él en un viaje que habían hecho a Francia. La foto se había hecho justo donde estaba la Torre Eiffel.

— ¿Desde cuándo tienes fotos en el ordenador del trabajo?

— No es de mi ordenador... es del de Byanca.

— ¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

— Estoy rastreando su ordenador a través del mío. Cuando se fue se lo llevé y estoy seguro de que ahí tiene que estar la razón por la cual me ha dejado.

Clairee lo miró sin comprender nada hasta que aquello último fue procesado por su mente.

— ¿Qué Byanca qué? ¿Cómo que te ha dejado?

— Me citó hoy para decirme que lo nuestro había acabado — dijo Leo tapándose la cara con las manos, luego las apartó y se levantó — . Me ha dejado, me ha puesto excusas que no son reales, algo le ocurre y no me lo quiere contar. Conseguí un dispositivo que me permite entrar en su ordenador y revisar todo.

— No puedes hacer eso, Leo, no puedes invadir su intimidad así como así.

— ¿No? Pues lo estoy haciendo, porque ella es la mujer de mi vida, lo único que tengo — dijo él dando vueltas por el despacho.

Clairee lo miró con dolor.

— No es la única mujer en el mundo.

— Para mí sí, las demás no me importan.

— Como sea, no eres quién para meterte en su intimidad.

— Nadie me va a decir lo que está bien o está mal, así que puedes largarte.

La joven se dirigió a la puerta, dolida por las palabras que Leo había dicho y, tras ver cómo volvía a sentarse frente al ordenador, salió. Él estaba obcecado con Byanca y no veía más allá de ella.

Con paso rápido se dirigió al baño de mujeres y se metió en uno de los cubículos con el corazón roto. Sabía que nunca tendría una oportunidad con él, pero que lo dijera con esa crudeza la destrozó y eliminaba todas las posibilidades ahora que no estaba con Byanca.

No pudo evitar que las lágrimas escaparan de sus ojos. Había intentado por todos los medios olvidarle, pero trabajar con él cada día era imposible. Tras desahogarse durante varios minutos, salió y se lavó el rostro para aliviar las rojeces de sus ojos y bajar la hinchazón de estos. Se miró en el espejo y tras tomar una bocanada de aire, salió del baño en dirección a su propio despacho que ahora compartía con los policías españoles.

Por suerte, en ese momento no estaban y aprovechó para sentarse mirando la pantalla de su ordenador, dándole vueltas a una idea. Debía alejarse lo máximo posible de Leo y estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de no estar cerca de él. Su corazón no soportaba más dolor.

En ese momento entró Ramírez solo y al verla cerró la puerta.

— ¿Todo bien?

Ella levantó la mirada y trató de sonreír, pero aquella sonrisa nunca llegó a sus ojos.

— Sí, solo le daba vueltas a una idea.

Él cogió una silla y se sentó frente a ella tomándola de la mano. Ella lo miró por unos segundos antes de apartar la mirada, pero, tras tomarla de la barbilla, la obligó a volverse hacia él.

— Has llorado.

— Estoy bien.

— Apenas nos conocemos, pero me he dado cuenta de que no sabes mentir — dijo él con una leve sonrisa — . Puedes confiar en mí.

— No, Pablo, es mejor que no. Si te digo comenzaré a llorar otra vez y no quiero.

— No hace falta que me lo cuentes ahora, puedes hacerlo cuando salgamos de trabajar, tomándonos una cerveza en algún bar por aquí cerca. Antes prefiero oír esa idea que te ronda la cabeza.

Clairee se levantó y tras observar la pizarra que había sacado días atrás del despacho de Leo se giró hacia Pablo Ramírez y dijo:

— Para averiguar quién está detrás de todo esto es mejor descubrirlo desde dentro.

Pablo frunció el ceño ante las palabras de la joven.

— ¿Qué estás pensando?

— Ellos se dedican a secuestrar chicas para, probablemente, esclavizarlas. La chica que apareció recordó un tatuaje. El tatuaje que tiene el artífice de los secuestros. Solo atrapando a una chica inocente podremos saber quién es ese hijo de puta.

— ¿Y pretendes ser esa chica? — Ella no dijo nada, lo que consiguió que Pablo se pusiera en pie y agarrarla por los brazos — . ¿Estás loca? Es un mundo peligroso, Clairee. Además, seguro que ellos saben que eres policía.

— Mucho mejor. ¿Qué mejor forma de llevarse el mérito de atrapar a una policía desarmada que no puede defenderse?

— Es una locura, definitivamente no vas a hacer eso. ¿Qué cojones ha pasado para que pienses en hacer algo semejante, por Dios?

— No eres nadie para impedirlo, Pablo, solo colaboras en este caso.

— Soy tan responsable como tú ahora mismo. — Agarró a la policía de la mano y se dirigieron a la puerta — . Voy a hablar con Leo, él tampoco estará de acuerdo con la locura que quieres cometer.

— ¡No! — espetó ella intentando soltarse, Pablo era fuerte — . Leo está ocupado.

— Me da igual. No vas a hacer algo semejante y si debo hablarlo con el comisario para que te eche del caso, lo haré. No lo dudes.

— ¡Pues que me eche! No soporto un minuto más estar cerca de él — dijo Clairee rompiendo a llorar de nuevo.

Pablo miró cómo se rompía la joven, que cayó de rodillas al suelo mientras escondía el rostro en el brazo que él sujetaba y con la otra se abrazaba la cintura. Él se arrodilló frente a ella y le apartó el pelo del rostro para ver que lloraba desconsoladamente, el dolor se reflejaba en sus facciones y los hipidos eran incontrolables.

La atrajo hacia sí para que se desahogara mientras le acariciaba la espalda buscando confortarla.

— Joder, Clairee — susurró Pablo sin saber muy bien qué hacer.

— Sácame de aquí, por favor. No quiero que me vean llorar — dijo ella con el rostro escondido en su camisa, que se estaba empapando por las lágrimas.

— Pero me tienes que contar a qué te refieres y por qué estás así.

Clairee asintió y él la ayudó a incorporarse. Pablo se apartó un poco y tomó su chaqueta de cuero, que había dejado colgada en el perchero, y se la puso sobre los hombros, quedándole extremadamente grande. Le pasó un brazo por encima, abrió la puerta y salieron de la comisaría bajo la atenta mirada de algunos de sus compañeros.

Byanca había dejado de llorar hacía mucho rato. Era lo mejor para ambos. Leo se merecía ser feliz con alguien mejor que ella, que ahora mismo empezaba a tener un mayor sentimiento por Saulo.

A pesar de todo, no se había movido de la cafetería. Necesitaba que la señal fuese libre para lo que tenía pensado hacer. Aun sabiendo que lo iba a hacer, no había podido porque se había puesto a ver las fotos que compartía con Leo.

Había tantos recuerdos que el corazón se le encogió ante el dolor que le había provocado, pero debía seguir adelante, no podía detenerse.

Si ahora iban a investigar sobre las desapariciones, lo más justo sería que las denuncias que fueron cerradas se reabrieran.

Leo observaba las carpetas que tenía Byanca en su ordenador concentrado, había pasado algunas horas así, recordando buenos momentos vividos con ella.

De repente, la vio meterse en un archivo en el que no había reparado antes, él podía registrar todo sin ser visto, pero a la vez podía saber lo que ella abría y supo que también había estado viendo las fotos, pero este archivo era diferente. No podía entender bien lo que iba poniendo la pantalla.

Byanca tecleaba sin parar, buscando la forma de entrar en la base de datos de la policía. Habían cambiado todas las contraseñas desde la última vez que había entrado y tuvo que ir descifrando de una en una, por lo que le costó algo más del tiempo que pensaba que iba a tardar en entrar.

Aun así, después de todo lo logró y fue mirando los archivos de desapariciones para volver a abrir todas las que habían sido cerradas referidas a las desapariciones de chicas, entre ellas la de su hermana.

Las letras bailaban en la pantalla ante un estupefacto Leo que veía cómo bajaban rápido para dar paso a más, entre ellos contraseñas de lo más variadas y luego vio cómo se abrían archivos sin parar.

Alguien tocó en la puerta y levantó la mirada un momento al ver que entraban. Ante sí vio a un chico joven con gafas de montura redonda que parecía haber corrido una maratón.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Leo sin dejar de mirar la pantalla en ningún momento.

— Han entrado en la base de datos de la policía.

Leo levantó la mano del ratón y miró al chico.

— ¿Qué has dicho?

— Están entrando en los archivos policiales, he conseguido ver quién es el que está detrás de todo esto.

Un mal presentimiento se instaló en su pecho al ver cómo las letras seguían bailando en la pantalla a toda velocidad.

— ¿Quién?

— Buiobianco.

Leo miró la pantalla y sus peores presagios se habían convertido en realidad. Entonces reparó en el nombre y se dio cuenta de que su nombre estaba implícito en el nombre del hacker que hacía tres años había entrado en la base de datos de la policía.

Solo alguien experto en informática podría hacer algo semejante.

— Byanca...

Tras haber abierto los casos cerrados de desapariciones, suspiró y bajó la pantalla del portátil sin siquiera apagarlo. Lo metió en su bolso para dirigirse al ático.

Quería recoger un par de cosas y dejar las llaves allí, luego le mandaría un mensaje a Leo para que viera que ella no iba a quedarse, que podía hacer lo que quisiese con la casa.

Al llegar allí, buscó una maleta en la que meter toda la ropa que quedaba por llevarse. Se negaba a mirar las fotos que había colgadas en las paredes o colocadas en lugares estratégicos porque sabía que la harían sentir mal.

Cuando lo recogió todo, se dio el lujo de mirar todas las habitaciones, desde aquella en la que dormían hasta el despacho, pasando por el baño, la cocina y el salón.

Evitando llorar, colocó las llaves sobre la mesita que había al lado de la puerta y abrió. Cuando lo hizo se topó con Leo.

Él la miraba con rabia contenida, pero también reflejaba mucho dolor.

— Leo... — Ella lo vio llevarse la mano a la parte trasera de su cuerpo para sacar las esposas, le agarró uno de los brazos y la esposó. Byanca gimió sorprendida ante aquello y trató de soltarse — . ¿Qué haces?

— Byanca Marchetti, quedas detenida por hackear la base de datos de la policía, o quizás deba decir BuioBianco — dijo Leo con voz grave.

La joven se puso pálida de repente al ver que había descubierto uno de sus mayores secretos.

— ¿Qué dices, Leo? ¿Te has vuelto loco? — preguntó ella tratando de disimular.

— Coloqué un dispositivo en tu ordenador cuando nos vimos y él me mostró que eres BuioBianco — dijo mientras le cerraba las esposas en las manos en la espalda — . ¿Hace falta que te lea tus derechos o te los sabes?

El tono frío de Leo le produjo temor, pero bajó la mirada y se dejó arrastrar hasta el ascensor para luego meterse en su coche y que la llevaran a comisaría. El trayecto fue más corto de lo esperado y no pudo decir nada.

Cuando llegaron, Leo se bajó y luego la bajó a ella para meterla en el edificio bajo la atenta mirada de todos sus compañeros que no entendían lo que estaba ocurriendo. La arrastraba con cierta violencia.

— ¡Leo, para! — pidió ella, pero él la ignoró.

La metió en la sala de interrogatorios y tras quitarle las esposas la obligó a sentarse, luego le dio la espalda, no queriendo mirarla.

— ¿Cómo has podido? — preguntó negando con una mano en la pared y la otra en la cintura.

— ¿Cómo he podido qué?

Él se giró.

— ¡Engañarme! Llevas dos putos años engañándome, haciéndome creer que eres alguien cuando no lo eres.

— Jamás he fingido ser otra persona, la Byanca que conociste es la que soy.

— ¿Y qué hay de BuioBianco? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

— Tenía mis razones para no contártelo.

— Me has utilizado. Claro, como soy policía has aprovechado para saberlo todo sin tener que meterte en la base de datos. ¿Qué esperas obtener? Esto te convierte en una maldita criminal, Byanca.

— ¡Lo hice por necesidad!

— ¿Qué necesidad? ¡Maldita sea! He sido un puto juguete para ti.

Byanca se levantó y golpeó la mesa con rabia.

— ¡Nunca fuiste un juguete! ¡Yo te quería! ¡Lo hice por mi hermana!

Leo la miró confuso.

— ¿Qué hermana? Nunca me dijiste que tuvieras una hermana, no sigas mintiendo.

— ¡A mi hermana la secuestraron hace tres años! — Se sentó llorando desconsolada — . Hace tres años, unos tipos se llevaron a mi hermana y vine a poner una denuncia, pero no me escucharon y cerraron la el caso sin siquiera haberse movido. Aquella fue la última vez que usé mi apodo de hacker... Hace unos meses recibí información sobre ella y tuve que volver a hackear para reabrir el caso de mi hermana... — Byanca apoyó los codos en la mesa y se cubría el rostro — . Lo nuestro no tiene nada que ver en esto, Leo. Yo realmente te quería...

— No puedo creerte, Byanca. Llevas dos años mintiéndome. Es imposible creer lo que me dices — dijo Leo dolido.

— Si no me crees mira la base de datos, reabrí su caso al igual que los del resto de chicas desaparecidas. Sé lo de la chica que apareció porque tú me lo contaste, ahora es cuando os movéis de verdad, pero con mi hermana todo fue diferente. Nadie quiso ayudarme y tuve que hacer cosas ilegales. Entiéndeme, estaba desesperada — Byanca estiró los brazos sin dejar de llorar.

— ¿Por qué no me lo dijiste? — preguntó dolido con la espalda apoyada en la pared.

— ¿Qué te iba a decir? Nadie me creyó, tú tampoco lo hubieras hecho. Nuestra relación empezó tan bien que no quería estropearlo.

— Lo has estropeado ahora. Siempre fui sincero contigo, ahora creo que jamás me has querido y por eso no me pediste ayuda.

— Lo siento — dijo ella.

— Ya es tarde para eso, Byanca. Ahora debes pagar por lo que has hecho en la base de datos. — Sin decir nada más, se apartó de la pared y se dirigió a la puerta de la sala de interrogatorios para avisar a alguien a que la llevara a los calabozos, Volvió dentro — . Sabes que tienes derecho a una llamada.

Byanca se abrazó a sí misma.

— No tengo a nadie, Leo, lo sabes muy bien...

En ese momento apareció un policía que agarró a Byanca del brazo y la sacó de allí. Ambos se miraron por unos segundos antes de que ella desapareciera de su vista, entonces Leo golpeó con fuerza una de las paredes.

El dolor de la traición no le dejaba respirar y solo quería golpear algo hasta que dejara de sentir. Siguió golpeando la pared hasta caer de rodillas al suelo con los nudillos sangrando. Se quedó allí por un largo rato sin saber que alguien lo observaba desde detrás del espejo de la sala de interrogatorios.

Llevaron a Byanca al piso inferior y, tras registrar su detención, la

metieron en una celda. Miró las paredes grises comenzando a sentirse agobiada y se sentó en el banco contra una esquina sollozando audiblemente.

Le había hecho daño y ahora pagaba por todo, pero él debía entender la razón que la había llevado a hacerlo. Su hermana era lo único que le quedaba de su familia.

Quizás en el fondo merecía su castigo, el dolor y la desesperación le había hecho cometer fallos que ahora debía pagar.

Totalmente encogida, siguió llorando hasta quedar profundamente dormida. Estaba exhausta.

Por un golpe de suerte, Salvatore había visto lo ocurrido dentro de la sala de interrogatorios. Se había escondido ahí para echarse un pequeño sueño porque hacía días que no paraba por su casa. No había cesado en la búsqueda de Giulia y estaba utilizando todos los medios a su alcance para hacerlo, pero para ello debía pedir muchos favores y trabajar muchas más horas de las que su cuerpo podía aguantar.

En momentos como ese, aprovechaba y se metía allí a echarse una cabezadita, pero los gritos de dos personas interrumpieron su sueño para descubrir algo insólito.

En la sala de interrogatorios contigua estaban Byanca y Leo discutiendo hasta que la vio a ella romper en llanto. Aquello era todo un descubrimiento, ella era BuioBianco.

A Saulo no le hará mucha gracia saber que estaba detenida. Tras ver cómo Leo se deshacía en golpes contra la pared, salió de allí para ir hasta su despacho.

Una vez en él, tomó su teléfono y marcó el número de la mansión de Saulo. Al segundo tono contestó. Toda una novedad teniendo en cuenta que siempre le contestaba cuando estaba a punto de colgar. Bueno, las últimas veces él mismo lo había interrumpido.

— Espero que sea importante, Salvatore — fue el saludo de este.

— Estoy muy bien, gracias por preguntar — dijo el forense.

— No me toques los cojones y dime de una vez que quieres.

— Por suerte no me hace falta tocártelos, no eres mi tipo. — Al oírlo gruñir, se puso serio — . Han detenido a Byanca.

Se apartó un poco el teléfono esperando una reacción por parte de Saulo que no se hizo esperar.

— ¿Qué has dicho?

— Al parecer ha cometido un delito, es una hacker que hace unos años nos trajo de cabeza aquí en la comisaría, su novio lo ha descubierto todo y él mismo la ha traído aquí, ahora mismo está en los calabozos. Han tenido una buena

discusión.

Salvatore cogió un lápiz y comenzó a girarlo entre sus dedos mientras cruzaba los pies sobre la mesa llena de papeles.

— Hablaré con Maurizio. No va a quedarse allí.

— Hoy ya es muy tarde, mejor mañana. Creo que Maurizio iba a tener la noche ocupada.

— ¿Cómo haces para enterarte de todo lo que hacen los demás?

El forense sonrió levemente mientras miraba la pantalla de su móvil.

— Se llama redes sociales, amigo. Modernízate, Saulo. Joder con Maurizio, vaya pedazo de mujer que se ha buscado para esta noche, quién iba a decir que es un abogado prestigioso — dijo mirando una foto que había puesto el otro en una de sus redes sociales.

Se oyó un suspiro al otro lado de la línea.

— Os he dicho que es peligroso tener cuentas en las redes sociales, nuestros enemigos pueden usarlo en nuestra contra.

— No va a pasarnos nada, sabemos controlar lo que ponemos.

Tras unos segundos de silencio, Saulo habló.

— Si vas a quedarte ahí, cuídala

Aquellas palabras casi sonaron como un ruego, lleno de vulnerabilidad; un tono que sorprendió mucho, al forense que enseguida bajó las piernas de la mesa y apoyó los codos.

Aquello le confirmaba que esa joven se estaba convirtiendo en una debilidad de su jefe y amigo, pero aun así sabía que iba a cumplir con lo que iba a decirle.

— Como si tengo que dar la vida, puedes estar tranquilo que nadie va a hacerle nada.

— Gracias.

— Te dejo, es la hora de la cena. — Esa muestra de agradecimiento consiguió ponerlo nervioso y prefirió no alargar más el momento por lo que se despidió y colgó suspirando — . No me esperaba algo así. ¿Qué ha hecho esa chica con Saulo? — se preguntó mirando a la nada.

Cerca de la madrugada, Salvatore se dirigió a los calabozos para ver cómo estaba Byanca. El policía dormía cómodamente en su sillón por lo que cogió las llaves que estaban colgadas en un pequeño roperito y se encaminó a la celda donde estaba la joven.

Abrió la puerta y entró para sentarse a su lado. Ella dormía en una posición incómoda, acurrucada en una esquina.

— Eh, Byanca... — dijo Salvatore en tono bajo — . Vamos, despierta.

La joven se removió levemente y abrió los ojos, aunque los tenía rojos e hinchados de llorar. Al principio no reconoció al hombre que tenía frente a sí hasta que poco a poco pudo ver quién era con claridad y ahogó una exclamación.

— Eres...

— Sí, soy el médico de Saulo, también soy forense de la comisaría. — Al ver que ella iba a preguntar sobre eso, puso una mano delante — . Es una historia muy larga que no quiero contar ahora.

— Ya, lo siento... — dijo bajando la mirada.

El cuello le dolía horrores por la mala postura.

— Te he traído algo de comer — dijo mientras se sacaba un sándwich de uno de los bolsillos — . No es nada del otro mundo, pero servirá.

Se lo entregó y ella lo abrió. Su mirada reflejaba mucha tristeza.

— Gracias — dijo dando un bocado de una de las mitades.

Él la observó comer durante unos minutos y luego se levantó para dar un par de vueltas por la pequeña celda.

— ¿Por qué no usaste tu llamada para hablar con Saulo? — preguntó de repente.

Ella dejó de comer para mirarlo.

— ¿Cómo sabes que no he usado mi llamada?

— Bueno, táchame de cotilla — dijo rodando los ojos antes de girarse hacia ella — , pero estaba detrás del espejo oyéndolo todo. Me habíais despertado de mi siesta, aproveché y escuché, por eso mismo lo sé.

Byanca bajó la mirada dejando el sándwich a un lado para abrazarse a sí

misma.

— No quiero llamarlo porque eso haría daño a Leo.

— ¿Daño? Créeme que está destrozado, se fue muy afectado de la comisaría. Tienes suerte de que yo lo oyera y lo llamara.

Ella lo miró con sorpresa.

— ¿Has llamado a Saulo?

— Sí, mañana mismo avisará a su abogado para que venga a sacarte. Probablemente, mañana a esta hora estés durmiendo en una cama mucho más cómoda que ese banco. Deberías terminarte el sándwich. — Byanca permaneció unos minutos en silencio, sopesando sus palabras hasta que él suspiro — . No vendrá en persona, su abogado es de los mejores de la zona.

— Gracias...

— No me lo agradezcas a mí.

Se quitó la chaqueta y se la pasó por los hombros, había notado que hacía frío y ella ni siquiera se había quejado. Se metió las manos en los bolsillos y salió de allí tras hacerle una señal de despedida.

Byanca se arrebujó dentro de la chaqueta y se terminó el sándwich. Cuando acabó, se recostó de nuevo quedándose dormida al poco rato.

Por la mañana, temprano, Saulo llamó a Maurizio. Debía sacar a Byanca de la comisaría cuanto antes. Cogió su móvil y buscó en la agenda el número de su amigo.

Al cuarto tono se oyó la voz somnolienta de este.

— ¿Diga?

— Necesito que vayas a la comisaría donde estuve y saques de allí a una persona.

— Joder, Saulo, son las siete y media de la mañana, hasta las nueve no empiezo a trabajar...

— Es importante, se trata de mi secretaria...

— ¿Y tu secretaria no tiene familia? Quiero dormir un rato más.

— Joder, Maurizio, si te lo digo es porque no tiene a nadie y hay que sacarla de allí. Esta noche podrás estar con la mujer que quieras, no tienes problemas en encontrarla.

Maurizio se incorporó y miró a su alrededor mientras se oía el gemido de una mujer a su lado moviéndose.

— ¿Cómo lo has sabido?

— Salvatore lo vio en una de tus redes sociales.

— Joder con Salva... — murmuró Maurizio — . Vale, de acuerdo, en una hora estaré en la comisaría, al menos infórmame de a qué me enfrento.

— Se llama Byanca Marchetti y la han detenido por hackear en la base de datos de la policía, su propio novio la detuvo.

— No me jodas... ¿en serio? — Maurizio se pasó una mano por la cabeza — . No me estarás gastando una broma, ¿no? Suena a telenovela.

— Hablo totalmente en serio, así que mueve tu culo hacia la comisaría.

— De acuerdo.

Ambos colgaron y Saulo apoyó la cabeza contra el cabecero de la cama, suspirando. Sacaría a Byanca de allí, si había posibilidad de fianza, él mismo la pagaría con tal de verla fuera de ese lugar.

Sin demora, se levantó y se vistió. La culpa era de él por no haberle propuesto ir a su casa y no ir a ver a ese policía. Una vez estuvo vestido se metió en su despacho a la espera de la llamada de Maurizio.

El abogado entró en la comisaría bien ataviado y en recepción pidió hablar con su defendida. Cuando el recepcionista dio aviso dentro, otro policía lo acompañó hasta la sala de interrogatorios, donde tuvo que esperar un tiempo.

Cuando abrieron la puerta, vio aparecer a la joven con las manos esposadas por delante y un policía que la sentó en una de las sillas.

Maurizio miró a la joven cuya tristeza era palpable con solo ver su pose de hombros caídos y la mirada baja. A pesar de todo, era bella, diferente a las mujeres con las que él solía estar.

Al ver que no decía nada, ella levantó la mirada.

— ¿Quién eres? — preguntó.

Maurizio salió de su ensimismamiento y le tendió la mano para luego sentarse una vez correspondió al saludo.

— Soy Maurizio Norelli, abogado.

— Yo no he llamado a ningún abogado — dijo ella en voz baja.

— Lo sé, vengo de parte de Saulo Graziani — dijo él igual de bajo, aunque sabía que no habría nadie escuchándolos — . Me llamó para que viniera a sacarte de aquí.

— He cometido un delito, no voy a poder salir. He hackeado la base de datos de la policía para reabrir el caso de mi hermana desaparecida.

— Alguna forma habrá, y la encontraremos — habló con confianza Maurizio — . Detállame un poco más lo que ha ocurrido o, bueno, qué te llevó a hacer lo que hiciste.

Byanca apoyó los brazos en la mesa y con la mirada baja empezó a relatar.

— Mi hermana fue secuestrada hace tres años y rápidamente vine a hacer una denuncia. Cuando la hice, noté que no me hacían mucho caso y, como tengo conocimiento de informática, me metí en la base de datos para ver que habían

cerrado la denuncia, al igual que el de otras muchas jóvenes.

— ¿Y qué tiene que ver lo que ocurrió hace tres años con tu detención actual?

— Hace unas semanas encontraron una joven española que había escapado de un secuestro y ahora están investigando con dos policías españoles. Me sentía dolida porque por mi hermana no se movieron y accedí a la base de nuevo para reabrir el caso. Mi... — La palabra se le atragantó — . Mi antigua pareja trabaja aquí y al parecer puso un rastreador en mi ordenador descubriendo que había accedido a la base de datos. Acabábamos de romper y fui a nuestra casa a recoger mis cosas cuando él apareció y me detuvo. Me cogió por sorpresa, me esposó y me trajo aquí...

— ¿Te esposó así sin más?

— Me dijo que estaba detenida por hackear la base de datos de la policía, nada más.

Maurizio se incorporó y frunció el ceño.

— ¿No te leyó tus derechos?

Ella parpadeó e intentó hacer memoria.

— Creo que no.

— Tienes que estar segura, porque si no te leyó los derechos no puedes permanecer detenida más tiempo, es una detención ilegal. Haz memoria.

Byanca empezó a recordar todo lo ocurrido el día anterior cuando Leo la detuvo y entonces volvió la vista al abogado.

— No me leyó los derechos — afirmó la joven.

— Entonces hay que solicitar el *habeas corpus*, no puedes permanecer aquí detenida sin más. Quédate aquí que voy a solucionar esto ahora mismo.

Ella asintió y lo vio salir.

Una vez fuera, Maurizio habló con uno de los guardias para hablar con el responsable de la detención de la joven y lo acompañó hasta el despacho de Leo, el cual acababa de llegar.

Sin siquiera tocar, abrió la puerta y encontró a Leo frente a su ordenador con aspecto desmejorado. Este levantó la mirada hacia él y se incorporó.

— ¿Se puede saber qué hace en mi despacho? — preguntó Leo.

— Vengo a solicitar el *habeas corpus* de Bianca Marchetti, soy su abogado. No creo que haga falta que me presente, nos hemos visto con anterioridad cuando detuvo también a otro de mis clientes, Saulo Graziani.

— Ah claro, otro esbirro de ese malnacido. Seguro que Bianca lo llamó llorando para que la ayudara a salir de aquí, ¿no es cierto? — dijo Leo con desdén — . Como no tiene familia a la que llamar.

Maurizio se cruzó de brazos y miró a Leo.

— ¿Sabes una cosa? Se está sorteando un puñetazo y tienes todas las de ganar — señaló hacia fuera — . Has tenido a una mujer detenida ilegalmente porque no le has leído sus derechos, seguro que no sabía ni que tenía una llamada y que podía tener un abogado de oficio.

Leo miró con asombro a Maurizio y retrocedió un paso mientras recordaba todo lo que había pasado el día anterior. No le había leído los derechos a Byanca. El dolor de la traición no le había hecho pensar y ahí tenía las consecuencias.

Se pasó una mano por el pelo desordenado. Había cometido un error de principiante.

— No puede ser.

— Lo es, amigo, así que es mejor que le concedas el *habeas corpus* o vas a tener un buen problema encima. Cuando salga por esta puerta espero que des la orden de dejar libre a Byanca Marchetti, así que vete cogiendo el teléfono o lo que quiera que uses para dar el aviso.

Maurizio se giró para salir de aquel despacho antes de soltarle un puñetazo a ese bastardo de Leo, que se atrevía a hablar así de la chica que había sido su novia. El no permitiría semejantes palabras, no se arriesgó porque sabía que si le daba la paliza que deseaba podrían detenerlo a él.

Cogió su móvil y le mandó un mensaje a Saulo, porque en poco tiempo Byanca sería libre.

A pesar de todo, había algo en la declaración de Byanca que no le hizo ni pizca de gracia. Las denuncias de desapariciones de chicas habían sido cerradas casi al instante de haber sido puestas. ¿Qué razón habría para ello?

Levantó la mirada del móvil y vio a Salvatore, al que hizo una señal para que se acercara. Este sonrió y se acercó.

— Y yo que pensé que vendrías más tarde... después de la noche que has tenido...

— Tú te aburres demasiado para andar espiando mis redes sociales, ¿no?

— Créeme que tengo mejores cosas que hacer que ver a quién te ligas, fue pura casualidad.

— ¿De verdad? — preguntó Maurizio sonriendo.

— Sí, mi viudita sigue sin aparecer... ya no sé dónde buscar.

— Te aseguro que en las redes no vas a encontrar nada, si ha querido desaparecer, no lo pondría por ahí. — Al ver la mirada asesina de Salvatore, levantó las manos poniéndose serio — . No era mi intención, lo siento. Pero no debes dejar de intentarlo, llama a hospitales y a hoteles, quizás tengas suerte.

— Lleva a mi hijo en su vientre, si le pasara algo a ambos... Dios, no quiero ni pensarlo.

Maurizio posó una mano en el hombro de su amigo en señal de apoyo.

— Ya verás que aparece sana y salva. Hablando de desapariciones... ¿qué razón hay para que se ponga una denuncia y al instante se cierre el caso así sin más?

— ¿A qué te refieres?

— Esa mujer — dijo mirando hacia la sala de interrogatorios — . Ella me ha contado más o menos la razón que le llevó a hacer lo que hizo y no entiendo cómo es posible que, tras haber denunciado la desaparición de su hermana, se cerrara tan rápido el caso.

— Ah eso. La verdad es que yo tampoco sé por qué estaba cerrada, me sorprendió mucho porque aún no ha pasado el tiempo de prescripción de la denuncia. Se cerró el mismo día que se puso.

— Esto es muy extraño, Salva.

— La cuestión es que no es la única denuncia cerrada. Como la de la hermana de Bianca hay varias, y después de que ella se metiese en la base de datos se han abierto todas de nuevo.

— ¿Las denuncias las hacía la misma persona?

Salvatore intentó hacer memoria, pero nadie le venía a la mente.

— No lo sé, sinceramente.

Hubo unos momentos de silencio entre ambos, pensando cada uno en el tema.

— Si esto es así, alguien de la policía está colaborando con esas desapariciones y, por lo tanto, con el que se las está llevando — dijo Maurizio pensativo.

Salvatore lo miró con los ojos abiertos por la sorpresa.

— No me estés jodiendo.

— Ojalá me equivoque, pero, si mis sospechas son ciertas, lo mejor es que tengas mucho cuidado cuando llames a Saulo.

Salvatore asintió y tras despedirse, este se dirigió a su despacho con las palabras de Maurizio en la cabeza mientras el otro se dirigía a la sala de interrogatorios a la vez que Leo.

Byanca se había quedado sola en la sala de interrogatorios hasta que, un buen rato después, la puerta se abrió y vio aparecer a Leo seguido del abogado que había contratado Saulo.

El policía ni siquiera la miró, simplemente se acercó y tomó las llaves que abrían las esposas de la joven.

Cuando tuvo las muñecas libres, se las frotó un poco y buscó la mirada de él, pero no obtuvo nada.

— Leo... — dijo Byanca con lástima — . Mírame, por favor.

Ella quiso tocar su mejilla, pero él se apartó dándole la espalda.

— Entre tus cosas están las llaves del ático para que recojas lo que dejaste allí.

— Espera, Leo.

Él se detuvo en el vano de la puerta.

— Para usted soy el inspector Ruggeri, señorita Marchetti — dijo él con frialdad.

Byanca se acercó y le agarró la camisa con fuerza. Con los ojos cerrados apoyó la frente en su espalda evitando llorar. Ella no quería acabar así con él.

— Escúchame, por favor. Lo que hubo entre tú y yo no tiene nada que ver con lo de mi hermana, realmente sentí algo por ti, jamás pensé en aprovecharme de tu trabajo... Tienes que creerme.

Leo cerró los ojos a la vez que los puños. No podía perdonar que le hubiera mentido de aquella forma, que no hubiese confiado en él. Él siempre le contaba sus problemas, en cambio, ella se los callaba para sí misma.

— Es tarde para eso, Byanca, lo siento, espero que te vaya bien y tranquila, ahora que las denuncias están abiertas buscaremos a tu hermana.

— No quiero acabar así contigo, Leo.

— Tú misma le has puesto este fin, adiós.

Sin decir más, se apartó de ella y se metió en su despacho dando un portazo.

Byanca bajó la mano que había sostenido su camisa con mirada triste. Ahora sí que se había acabado todo.

Sintió la mano de Maurizio en su espalda, al que miró y vio que la instaba a salir para recoger las cosas que se había visto obligada a dejar porque no las podía tener en el calabozo. Entre sus pertenencias estaban la llave del ático, la cual apretó con fuerza en su mano mientras la metía en el bolsillo de sus vaqueros.

Cuando lo recogió todo, miró a Maurizio.

— Afuera hay un coche esperándote para llevarte a donde quieras.

— Pero...

— Ven — dijo él con una leve sonrisa.

Maurizio la acompañó fuera y justo frente a la puerta había un Porsche Cayenne de color negro. La puerta de atrás estaba abierta para que ella entrara y tras mirar al abogado, que asintió, ella se dirigió allí.

Una vez dentro del coche vio a alguien a su lado.

— Saulo...

Él sonrió levemente y le tomó la mano.

— Ya has pagado suficiente por querer salvar a tu hermana — dijo mientras le acariciaba la mejilla con la otra mano.

Byanca no pudo soportarlo más y rompió a llorar cubriéndose el rostro. Saulo la atrajo hacia sí para abrazarla.

— Ha sido horrible... — logró decir ella entre sollozos.

— Lo sé, pero ya estás fuera y no vas a volver, porque voy a impedirlo.

La joven se refugió entre sus brazos desahogándose, mientras el coche se alejaba de la comisaría. Tras mucho llorar, Byanca se quedó dormida mientras Saulo le acariciaba la espalda con delicadeza.

Verla así de destrozada le rompió el corazón y deseó poder arrancar ese sufrimiento que padecía. Cuando Maurizio lo había llamado, se había encargado de que las cosas que ella tenía en el hotel fueran a su casa y pagó la cuenta de los días que había estado allí.

Ahora la llevaría a su casa, donde podía quedarse sin ningún problema. Una vez llegaron a la mansión Graziani, él se bajó del todoterreno y la tomó entre sus brazos.

La joven, aún dormida, se agarró al cuello de Saulo, lo que le hizo sonreír levemente. No se molestó en decir que prepararan una habitación para ella porque la llevó directamente a la suya.

La dejó sobre la cama, le quitó los zapatos y la cubrió con las sábanas.

— Descansa, Byanca — le susurró antes de salir de la habitación.

Antes de irse de la comisaría, Maurizio le había dicho que quería hablar con él en cuanto tuviera un momento. Supuso que Byanca dormiría por un buen par de horas, decidió bajar a su despacho y llamar al abogado.

Se sentó a la mesa y cogió el teléfono, el abogado no tardó mucho en contestar, a pesar de estar conduciendo.

— Pensé que ibas a tardar más en llamarme — dijo Maurizio.

— Estaba agotada y ahora duermo.

— La verdad que no tenía muy buen aspecto. Debe ser duro que te detenga una persona a la que has querido.

Saulo cerró el puño sobre la mesa. Eso era algo que no le iba a perdonar a ese policía.

— ¿Qué era lo que querías decirme? — preguntó algo tenso.

Maurizio suspiró.

— Sabía que no ibas a esperar — dijo Maurizio negando y, tras unos segundos de silencio, comenzó a hablar — . Cuando hablé con Byanca me dijo que cuando secuestraron a su hermana fue a poner la denuncia, pero esta no llegó a pasar de ahí porque cerraron el caso el mismo día.

— Sí, Salvatore me lo dijo.

— ¿No te parece raro? Créeme, sé lo suficiente de leyes para pensar que es muy extraño todo esto. Byanca me dijo que había abierto todas las denuncias de desapariciones, todas las cerradas como las de su hermana.

—Quieres decir que hay alguien en la policía que se está encargando de que no busquen a las chicas desaparecidas — dijo Saulo sacando conclusiones de las palabras de su amigo.

— Exacto. Salvatore va a intentar averiguar si las denuncias eran recogidas por la misma persona, pero no creo que sea muy fácil descubrirlo.

— Que haga todo lo posible, él nos puede llevar a quien está detrás de todo esto y así rescatar a la hermana de Byanca.

— Ya se está encargando de todo. Oye, te tengo que dejar, acabo de llegar a mi despacho.

— Vale, y, por cierto, deja a tu secretaria en paz, tiene amigas aún en mi oficina.

— Soy un angelito — dijo Maurizio sonriendo levemente.

— Eso espero. Te dejo.

— Ya hablamos, y espero que sea para otra cosa que no sea ir a comisaría a sacar a alguien más.

Saulo sonrió.

— Eso espero.

Ambos colgaron y Saulo apoyó la cabeza en el respaldo de la silla. Últimamente todo era un caos, incluso había desatendido sus responsabilidades para con sus negocios, pero Byanca se estaba convirtiendo en parte esencial de su existencia.

Sabía que sus hombres seguirían todas sus indicaciones, pero no era suficiente. Esa noche tendría una reunión con ellos para saber cómo iba todo.

Un grito ensordecedor atrajo su atención y rápidamente se incorporó para salir corriendo del despacho. Había sonado cerca por lo que supuso que provenía de la sala principal, donde se preparaba todo para la fiesta de compromiso.

Abrió la puerta y vio a una de las sirvientas en el suelo de rodillas agarrándose una mano. A su lado, una caja vuelta del revés con algunas flores desperdigadas.

— ¿Qué pasa aquí?

Otra de las sirvientas se acercó.

— Hay algo en la caja, ese algo le ha mordido.

— ¿Para quién era esa caja? — preguntó acercándose con sigilo.

— Para la señorita Graziani, ella nos dijo que podíamos abrirlos y colocarlos porque se suponen que son para la fiesta.

— Avisa a Salvatore, rápido — la joven asintió y Saulo se agachó junto a la caja y la levantó un poco para intentar ver lo que había debajo. Cuando logró verlo, volvió a taparlo — . Una serpiente, un áspid.

Sin pensar, se quitó la corbata y la colocó por encima de la mordedura apretando con fuerza para evitar que el veneno subiera por el brazo. La otra criada volvió.

— Ya viene de camino, aunque está un poco lejos.

— Perfecto, tráeme un cuchillo, intentaré sacarle algo de veneno antes de que se extienda. ¡Rápido!

La joven asintió y salió corriendo en busca de lo que le pedía, llegando al momento con este. Saulo lo cogió e hizo un corte entre los dos agujeros que habían dejado los colmillos y pegó los labios para intentar absorber el veneno. Chupó con la boca y lo escupió en un lado.

Repitió la operación varias veces. Le dijo a la sirvienta que avisara a alguien para que sacara el áspid de allí.

— No quiero morir, señor — dijo la joven criada mirando su brazo sangrante, con lágrimas en los ojos.

— Te prometo que no te va a pasar nada, mi médico personal ya viene en camino — dijo Saulo sonriendo levemente.

Al rato, se oyó el timbre y él miró hacia la puerta.

Salvatore entró rápidamente para arrodillarse delante de ellos y mirar a

Saulo interrogándole.

— Le ha mordido un áspid, he intentado sacarle el veneno, pero necesita un antídoto.

— ¿Crees que soy una fábrica de medicamentos? ¿Cómo voy a conseguir el antídoto?

— No lo sé, pero nadie va a morir ahora, ¿me entiendes? Busca una solución. El veneno puede estar aún dentro, quizás no todo, pero podría ser mortal.

La joven sirvienta gimió al oírlo. Salvatore suspiró y sacó su móvil.

— Veré si puedo conseguir algún antídoto.

Saulo asintió y lo vio levantarse para poder hablar por teléfono. Tras un par de minutos, Salvatore volvió y cogió a la joven en sus brazos.

— He conseguido uno, lo van a traer, pero cuando se lo inyecte no podrá hacer nada, es muy fuerte y necesitará descansar, bajo vigilancia, claro.

— Pero... los preparativos de la fiesta... — dijo la criada.

— No te preocupes por eso, pueden esperar — dijo Saulo — . Hay más gente que puede encargarse de todo.

Ella asintió y la otra criada acompañó a Salvatore hasta la habitación de la chica. Dos de sus hombres entraron para encargarse de la víbora y sacarla de allí.

Saulo se levantó con el firme pensamiento de averiguar quién le había mandado aquello a su hermana. ¿Acaso era algún ataque personal? ¿O era un ataque para hacerle daño a él?

Hablaría con Piero en aquel mismo momento sobre el problema para que vigilara a Fabiola.

Se metió en su despacho y, sin más, llamó a Piero para informarle de la situación. Cuando este descolgó la llamada, no lo dejó hablar.

— Dime que estás cerca, tengo que hablar contigo urgentemente.

— De hecho, estoy entrando por la puerta.

— Pues dirígete a mi despacho, solo.

Colgó y justo en ese momento se abrió la puerta, apareciendo Piero por esta, que enseguida se sentó frente a él.

— ¿Ocurre algo?

— Por casualidad, ¿has notado algo raro en tus salidas con Fabiola?

Piero frunció el ceño y negó con la cabeza.

— Al menos yo no me he percatado de nada, ¿por qué?

— Salvatore está atendiendo a una de las criadas por el mordisco de un áspid.

Su cuñado enarcó una ceja ante aquello.

— ¿Y? ¿Qué quieres decirme con eso?

— Que iba dirigido a Fabiola.

El joven, que estaba apoyado cómodamente en el respaldo del asiento, se incorporó para mirar a su futuro cuñado con sorpresa.

— ¿Cómo? Pero... ¿A Fabiola? ¿Por qué?

— No lo sé, Piero, ese es el problema. No sé si es una amenaza real para ella o una advertencia para mí. La cuestión es que mi hermana está en peligro y debemos vigilarla.

— Queda apenas una semana para la fiesta de compromiso, Saulo. No lo entiendo.

— La mafia es así, Piero. Sé que odias este mundo, seguro que no más que yo, pero ahora mismo es de vital importancia evitar que a Fabiola le pase algo. No sé qué nos deparará todo esto y no quiero perderla.

— ¿Crees que yo sí? Es la mujer de mi vida, no podría vivir sin ella. Daría todo lo que tengo con tal de que no le pasara nada.

Saulo sonrió levemente ante aquella declaración.

— Lo sé, eres un buen hombre para ella, estoy seguro de que la harás muy feliz.

— Eso no lo dudes jamás, si tengo que dar la vida por ella, así lo haré.

— Esperemos que no haya que llegar a ese extremo — dijo Saulo levantándose — . Lo mejor será que salgas de aquí y vayas con ella, no es necesario que lo sepa. Ambos sabemos cómo se pone ante estas situaciones y se merece disfrutar de su compromiso.

— Tienes razón, Fabiola se merece lo mejor y disfrutarlo.

— Confío en ti.

Piero asintió y, tras darle un par de golpes a Saulo en el hombro, salió de allí a buscar a su querida novia.

Byanca abrió los ojos tras una pesadilla que acababa de tener para darse cuenta de que estaba en una enorme cama de sábanas negras de seda.

Se incorporó y miró a su alrededor. Todo estaba exquisitamente decorado en tonos negros y blancos.

Entonces, recuerdos de lo ocurrido vinieron a su mente y se abrazó las piernas. ¿Acaso estaba en la habitación de Saulo? Escondió la cara entre las piernas cubiertas por las sábanas y percibió el olor de él en ellas.

Se bajó de la cama y recorrió la habitación con los pies descalzos. Se acercó hasta una puerta que dio a un vestidor en el que se atrevió a entrar. Todo a su alrededor era ropa de calidad. Trajes y camisas, pero también vaqueros y ropa de deporte. Abrió varios cajones y los vio llenos de corbatas de todos los estilos.

Miró su ropa y deseó poder darse un baño. Salió del vestidor y abrió otra puerta para encontrar un enorme baño de azulejos oscuros. Se metió dentro y se acercó hasta el espejo para verse.

Su aspecto era terrible, el pelo desordenado, los ojos rojos e hinchados. Era un completo desastre.

Oyó la puerta de la habitación abrirse y se acercó rápidamente. Junto a la puerta se encontraba Saulo mirando a su alrededor, buscándola hasta que la vio.

— Pensé que no habías despertado aún — dijo él acercándose a ella.

— He tenido una pesadilla — dijo Byanca sin moverse del sitio.

Saulo la abrazó mientras ella recostaba la cabeza sobre su torso. Se sentía reconfortada.

— Tranquila, ya pasó todo. Estás fuera del calabozo y no volverás allí jamás.

— Gracias. Gracias por sacarme.

— No iba a dejarte encerrada cuando lo que hiciste fue para salvar a tu hermana.

Byanca aspiró su olor, el mismo que el de aquellas sábanas, y su cuerpo se relajó. Tras un rato, se apartó de él y lo miró.

— Me encantaría darme un baño. Necesito quitarme esta ropa.

— Sí, por supuesto. Puedes hacerlo tranquilamente, he mandado traer las cosas del hotel y la maleta debe estar ya en la mansión, mandaré que te la traigan.

— Gracias.

Él sonrió levemente mientras le acariciaba la mejilla.

— No tienes nada que agradecer. Ven — dijo mientras la cogía de la mano y la llevaba al baño — . El baño es todo tuyo.

Byanca asintió y cuando él iba a salir, ella lo agarró de la mano.

— No me dejes sola, por favor... — dijo la joven mirando al suelo — . He pasado dos días horribles... — Ella se acercó por detrás y lo abrazó desde la espalda — . Necesito saber que no estoy sola en el mundo. Antes al menos tenía a Leo, pero él ya no es parte de mi vida. Yo...

Saulo la sintió temblar a su espalda. ¿Cuánto más debía sufrir? Había tenido que afrontar sola el secuestro de su hermana, sin nadie que la consolara y ahora la única persona que podía apoyarla, le daba de lado porque ella le había ocultado cosas.

Sin dejar que lo soltara, se giró hacia ella, que trató de ocultar su rostro y él le besó la cabeza.

— No estás sola, Byanca. Ahora eres una integrante más de los Graziani y pienso protegerte siempre. Traeré a tu hermana y juntas os quedaréis aquí.

La apretó con fuerza contra sí mientras un quedo sollozo escapaba de los labios de Byanca. Luego se apartó y se dirigió a la bañera para abrir el grifo, dejando que esta se llenara bajo la atenta mirada de la joven cuyas mejillas estaban empapadas por las lágrimas.

Mientras la bañera se llenaba, él se acercó a ella y tomó sus manos para subir las suyas con delicadeza por los brazos hasta los hombros que masajeó dulcemente. Bajó por todo su costado y luego subieron agarrando la camiseta que Byanca llevaba para quitársela.

— Déjame cuidarte y te prometo hacerte feliz, te protegeré de todos los que quieran hacerte daño — susurró él cerca de su oído.

Byanca cerró los ojos y gimió en respuesta al toque de las manos de Saulo en su espalda que desabrochaban su sujetador. Una vez liberada de este, abrió los ojos y lo miró, entonces sintió cómo él rozaba sus labios con los suyos en un dulce y cálido beso que le aportaba cierta paz.

Saulo besó entonces la comisura de sus labios y bajó por su barbilla pasando por su cuello y el valle entre sus pechos. Quedó de rodillas ante ella y

besó su vientre mientras con las manos bajaban los pantalones y la ropa interior de Byanca, dejándola completamente desnuda. Volvió a incorporarse y, tras tomarla en brazos, la llevó hasta la bañera donde la metió. El agua estaba a una temperatura perfecta.

— Relájate, princesa — le dijo mientras se remangaba las mangas de la camisa que llevaba.

Luego cogió un mando y puso música. En ese momento comenzó a sonar *All of Me* de John Legend.

Byanca se hundió en el agua para mojarse el pelo mientras Saulo tomaba el champú y se echaba un poco en sus manos. Lo frotó y cuando ella salió, le enjabonó el pelo con delicadeza, dándole un pequeño masaje. Luego le aclaró el pelo y, sin más cogió el gel corporal. Comenzó masajeando la espalda mientras ella cerraba los ojos, luego pasó por uno de sus brazos hasta llegar al hombro, pasó por su clavícula hasta el otro hombro.

Ella lo miró y lo agarró del brazo. Se miraron fijamente a los ojos y ella lo instó a entrar en la bañera. Saulo no lo dudó ni un solo segundo. Sin siquiera quitarse la ropa se metió dentro y masajeó toda su parte delantera con las manos arrancando suspiros de placer por parte de ella.

— Saulo... — susurró ella entre suspiros.

— Tranquila, princesa — dijo él apartándole el pelo de la cara para besarla de nuevo.

Byanca se agarró a su camisa, mojándola. Se pegó aún más a él y entonces Saulo le besó el cuello bajando hasta los pechos que sobresalían fuera del agua. Tomó un pezón entre sus labios haciendo que ella se arqueara anhelando más.

Saulo posó ambas manos en su espalda, sujetándola para que no escapara, queriendo mucho más, deseando hacerle olvidar todo el tormento de los días pasados para que solo lo viese a él.

— Olvida todo, Byanca, olvídale.

Un sollozo mezclado con un gemido escapó de los labios de la joven mientras se agarraba a su espalda, que comenzaba a empaparse.

Él se giró con ella en brazos, quedando sentado y ella encima volviendo a besarla con dulzura.

— Es difícil — dijo ella.

— Lo sé, pero no imposible. Te hizo daño al no confiar en ti.

— Le mentí... él no se lo merecía. No confié en él, yo...

Saulo la acalló con un beso y se desabrochó el pantalón para dejar libre la erección que pujaba por romper la tela que lo cubría. La colocó sobre ella y la penetró con suavidad.

Byanca apoyó la cabeza en el hombro de Saulo gimiendo ante aquella

dulce invasión. Él la instó a moverse y ella hizo un movimiento circular con las caderas haciendo sisear a Saulo.

— Muévete para mí, princesa — le dijo él con voz enronquecida.

Los movimientos comenzaron siendo suaves, apenas leves movimientos hasta que, poco a poco el fuego de la pasión fue apoderándose de ellos y comenzaron a moverse con más rapidez, al igual que sus gemidos subían de intensidad hasta que ambos explotaron con un maravilloso orgasmo en los que se nombraron mutuamente.

Byanca se dejó caer sobre la camisa empapada de Saulo mientras recuperaban la normalidad. Luego él se incorporó con ella y la sacó de la bañera, para secarla con suavidad y casi con veneración. Él se quitó la camisa y la cogió en brazos cuando la tuvo seca para llevarla a la cama en la que la recostó.

Se quitó los pantalones mojados, igual que el bóxer y se acostó junto a ella, atrayéndola contra sí. Le fue acariciando la espalda con delicadeza y la miró fijamente, parecía a punto de quedarse dormida.

— Te amo, Byanca... — susurró Saulo.

Ella sonrió levemente mientras se cerraban sus ojos y se dejó llevar por los brazos de Morfeo.

Saulo se sorprendió ante aquellas palabras, pero aun así sonrió al constatar un hecho que su corazón sabía desde que la cogió entre sus brazos cuando se le rompió el tacón justo en la entrada de su empresa.

Leo estaba sentado frente a su ordenador revisando todo lo que había abierto Byanca tras meterse en la base de datos de la policía y vio que tenía razón en lo que decía.

Una enorme cantidad de denuncias de chicas desaparecidas habían sido cerradas en el mismo día que se pusieron todas y cada una de ellas. ¿Por qué razón se habían cerrado?

Miró todas las fotos de las chicas, facilitadas por los familiares de todas ellas hasta que encontró la de la hermana de Byanca: Chiara Marchetti. La denuncia se había puesto hacía tres años y el mismo día que fue puesta, el caso fue cerrado. La propia Byanca había puesto la denuncia y había llevado una foto de la chica.

Era prácticamente igual a su hermana, salvo en el color de pelo que el de la desaparecida era de color oscuro.

Apoyó los codos en la mesa y ocultó su rostro entre sus manos. ¿Por qué nunca le había dicho nada sobre Chiara? ¿Qué razón le había llevado a ocultárselo?

Pero lo que más le preocupaba era el hecho de que todas las denuncias

hubieran sido cerradas sin pasar a nadie para su investigación, ni siquiera a él, que se estaba encargando del tema de la mafia.

Imprimió la denuncia de Chiara y la dobló para guardársela en el bolsillo de los vaqueros. Si sus sospechas eran ciertas, alguien de la comisaría trabajaba para la mafia, que se encargaba de secuestrar a las chicas, y eso le hacía replantearse en quién podía confiar.

Salió de su despacho y se encontró con los dos policías españoles en una mesa debatiendo algo entre risas. Sin pensar mucho, se acercó a ellos intentando mostrar una sonrisa que realmente no sentía, su mundo se había venido abajo y lo que menos le apetecía era sonreír.

— Chicos, ¿os apetece un café? Yo invito.

Ambos fruncieron el ceño ante aquella invitación.

— ¿Ocurre algo? — preguntó Pablo.

— Necesito despejarme — dijo Leo haciéndoles una señal con la cabeza, esperando que ellos le entendieran — . Lo de Byanca me ha dejado mal y no soporto estar aquí mucho más.

Pablo miró a Pérez y luego volvió la vista a Leo, captando el gesto de cabeza. Allí había algo más que lo de su novia hacker.

— Bueno, no tenemos mucho que hacer así que por mí bien — dijo Pablo incorporándose.

Pérez lo imitó y los tres salieron de la comisaría hasta una cafetería que no quedaba muy lejos. Una vez sentados en una mesa, los dos policías españoles miraron a Leo.

— Quieres contarnos algo ¿verdad? — preguntó Pablo.

Leo sacó del bolsillo la hoja de la denuncia de Chiara y se la entregó. Pablo la abrió y leyó atentamente.

— Una denuncia de desaparición — dijo Pérez encogiéndose de hombros.

— No es una simple denuncia. Mirad la fecha de apertura de la denuncia y la del cierre del caso.

— El mismo día, pero... ¿qué significa esto?

— Esa denuncia que tenéis ahí es la de la hermana de mi... — se detuvo de repente para rectificar — de Byanca. Lo curioso es que ella vino a denunciar su desaparición y fue cerrada el mismo día. Al igual que esta, hay muchas más con la misma situación, es decir, con denuncias cerradas el mismo día que se pusieron. Lo que me hace sospechar que tenemos a un infiltrado en la comisaría que hace desaparecer las denuncias para que no busquemos a esas chicas. Byanca las volvió a abrir.

— Estás queriendo decir que uno de los tuyos trabaja para la mafia, ¿o me equivoco? — dijo Pablo.

Leo suspiró y asintió.

— No podemos fiarnos de nadie ahora mismo.

— Pero ¿qué puede llevar a alguien a traicionar lo que representa la policía? — preguntó Pérez.

— La corrupción — dijo Leo — . No sería el primero que traiciona al cuerpo por el dinero y la ambición.

— ¿Alguna sospecha? — preguntó Pablo analizando los datos de la denuncia.

— La verdad es que no, podría ser cualquiera, por eso mismo os lo cuento a vosotros, no sabía a quién decírselo.

— ¿Clairee? — dejó caer Pablo.

— De ella puedo fiarme, pero no la vi en la comisaría.

— Bueno, se ha tomado unos días de descanso, está un poco colapsada con todo esto, pero podemos informarla.

— Sí. Debemos averiguar cuanto antes quién recogía las denuncias y acabar con esto. No me quiero imaginar cuántas familias esperan noticias sobre sus hijas, mujeres, hermanas...

— Puedes contar con nosotros para desenmascarar al malnacido que prefiere el dinero antes que la vida de esas chicas — dijo Pérez — . Y, no es por nada, pero deberías agradecer a la hacker que lo hiciese. Cometió un delito, pero tuvo el valor de arriesgarse por querer salvar a su hermana.

Leo suspiró cerrando los ojos.

— No sabes lo que me arrepiento de lo que pasó.

— Nunca es tarde para pedir perdón — dijo Pablo levantándose — . Lo que hizo fue un delito menor comparado con lo que está ocurriendo con la mafia italiana.

— Lo sé.

— Pues ya sabes lo que tienes que hacer, nosotros volvemos a la comisaría.

Los dos policías españoles se fueron, dejando a Leo solo con sus pensamientos sobre Byanca. Podría pedirle disculpas, pero seguro que ni siquiera quería saber de él y lo entendía, había sido un completo capullo.

Esperaba poder encontrarla un día y decirle que todo estaba olvidado, que no podía guardar rencor a alguien que luchaba por los que quería.

Cyrano corrió a la casa de Fabrizio cuando acabó su turno. Cuando vio salir a la que había sido novia de Leo, enseguida la recordó. Hacía tres años, había acudido a la comisaría a denunciar la desaparición de su hermana.

Al principio no la reconoció, porque cuando hizo la denuncia tenía el pelo oscuro y ahora, en cambio, lo tenía rubio.

Cuando llegó a la mansión de Zanetti, se dirigió al despacho de este, que se abrochaba la camisa. Supuso que había estado con alguna de las chicas que mantenía encerradas allí.

— No pensé que vendrías hoy por aquí, Cyrano — dijo Fabrizio sentándose despreocupadamente.

— Es importante. Han abierto todas las denuncias que cerré de las chicas desaparecidas.

— Vuélpelas a cerrar — dijo Fabrizio encogiéndose de hombros.

— No puedo. Ahora que lo han visto no hay vuelta atrás. Fue la hermana de una de las chicas. Vino hace tres años a la comisaría y puso la denuncia, parece ser que era un hacker y ahora ha abierto todas las que oculté. Antes de salir de la comisaría, Leo les estaba echando un vistazo.

Fabrizio miró a Cyrano y se cruzó de brazos.

— ¿Me estás diciendo que mi negocio peligrá? Porque, si es así, espero que le busques una solución pronto. Esto me está dando mucho dinero y pienso hacerme con el poder de la Toscana. Piensa algo, eres el de las ideas.

Cyrano se sentó en una silla mientras buscaba una forma de solucionar todo lo que había hecho esa mujer.

Tras varios minutos en silencio en los que Fabrizio se servía una copa de vino, el policía levantó la mirada hacia él.

— Creo que puede haber una manera de que esto no trascienda.

— Te escucho.

— ¿Qué te parece si chantajeamos a la chica con su hermanita? Así, ella misma cerraría las denuncias y quizás así vuelvan a atraparla. Podemos, incluso traer a la desaparecida para que vea que no mentimos.

Fabrizio aplaudió con una sonrisa maliciosa en el rostro.

— Me encanta la idea y, mientras amenazamos a esa mujer, puedo aprovecharme de su querida hermanita. Eres todo un genio, Cyrano, todo un genio. Busca a esa chica y haz que nos la traigan cuanto antes, me muero de impaciencia por verla.

— Haré todo lo posible para traerla hasta Italia, aunque primero debo buscar en cuál de todos los burdeles rusos está.

Fabrizio hizo un movimiento con la mano.

— Pues vete, ya estás tardando.

Cyrano se levantó y asintió.

Sin esperar respuesta por parte de Fabrizio Zanetti, salió de allí para ir a su casa a empezar a buscar a la hermanita de Bianca Marchetti.

Pasaron los días en tensa calma por la vigilancia extrema hacia Fabiola, que no se daba cuenta de nada, nadie comentó el incidente de la víbora, por lo que la joven no sospechaba nada.

Cuando llegó el día de la fiesta, todo estaba decorado con exquisitez, tal y como es propio de la familia Graziani.

Bianca se encontraba en su habitación, preparada para ella por orden de Saulo, aunque no estaba muy lejos de la de él, como si ella fuese a desaparecer de un momento a otro.

Tanto el vestido como la máscara habían llegado al hotel donde se estuvo hospedando y Saulo mandó que se lo trajeran. Bianca ya no se sorprendía de todo lo que poseía Saulo. La mafia movía mucho dinero y los negocios eran imprescindibles.

Se miraba en el espejo de cuerpo entero con el vestido que ella había encargado. Llevaba un maquillaje sencillo y el pelo lo tenía peinado a un lado. La máscara la tenía en las manos.

Alguien tocó la puerta y abrió.

— Estás preciosa.

Bianca se giró y sonrió levemente.

— Gracias, tú también.

Saulo iba con un traje negro con camisa blanca y corbata también negra. En sus manos llevaba una máscara del mismo color con algunos brillantes alrededor. Él se acercó hasta ella y le dio un tierno beso en la frente.

— Ya están llegando los invitados, deberíamos bajar.

— ¿Crees que debería estar ahí abajo? Apenas conozco a tu hermana.

— Eres mi invitada especial, seguro que le encantará. Anda, ven y déjame ponerte la máscara.

Saulo cogió el objeto de las manos de ella y se colocó detrás para colocársela. La ató por detrás y la observó. La máscara le quedaba preciosa. Byanca lo observó a través del espejo.

— Tengo miedo. ¿Y si está Leo ahí? No podría afrontarlo.

— Podrás hacerlo. La máscara oculta bien tu rostro, apenas te reconocerá si te ve. Ahora lo mejor es bajar o se preguntarán dónde está el hermano de la anfitriona, y no querrás ser el centro de atención si les digo que estaba con una hermosa mujer que me ha robado el corazón.

Byanca sonrió y cogió la máscara de él.

— Antes debes cubrirte el rostro, no sería de buena educación ser el único que va a cara descubierta.

— Tienes razón, pero me eclipsas y se me olvida lo demás.

Saulo se dejó poner la máscara. Se miraron entonces a los ojos y se besaron dulcemente. Cuando se separaron, él le cogió la mano y la sacó fuera de la habitación. Sin soltarla, bajaron las escaleras bajo la atenta mirada de los que estaban llegando en ese momento.

Una vez abajo, se dirigieron al salón donde se celebraba la fiesta, encontrándolo todo abarrotado de gente, Fabiola había invitado a casi media Toscana.

A su alrededor, Byanca pudo ver un amplio dispositivo de seguridad, para proteger a Fabiola. Saulo le había contado lo ocurrido con la víbora.

Una vez dentro, Fabiola se les acercó rápidamente con una enorme sonrisa en su rostro. La joven lucía un vestido de Carla Ruiz en tono salmón, vaporoso y con encaje en el torso. La máscara era del mismo color que el vestido, con unos detalles de Swarovski.

— ¡Hermanito querido! — exclamó ella —. Ya era hora de que aparecieras. Pero qué guapo que estás.

— No más que tú — dijo Saulo abrazándola con inmenso cariño.

Byanca sintió una punzada de dolor al acordarse de su hermana y se apartó un poco para mirar a su alrededor, percatándose de que no reconocía a nadie con sus máscaras puestas. Solo deseaba que nadie la reconociese a ella.

Se sorprendió cuando alguien le agarró la mano y miró al dueño, Fabiola sonreía.

— Gracias por aceptar venir, mi hermano está radiante desde que estás en esta casa.

Byanca sonrió, no sabía qué decir ante aquellas palabras, por lo que miró a

Saulo a su lado que le posó la mano en la parte baja de la espalda.

— Me hace el hombre más feliz en este momento, pero no quiero destacar que los importantes sois tú y Piero que, por cierto, ¿dónde está?

— Oh, estaba saludando a unos amigos. Ahora mismo daremos comienzo a la fiesta, prepárate para dar un discurso, hermanito.

La joven sonrió y se alejó buscando a su prometido.

— Se la ve muy feliz — dijo Byanca.

— Lo es, desde pequeña ha amado a Piero y, a pesar de que él al principio la veía como una hermana, poco a poco vio en ella a una mujer — dijo Saulo — . Ven, los prometidos van a hablar.

La pareja se subió en una pequeña tarima y todos los asistentes aplaudieron.

— Buenas noches a todos, gracias por su asistencia — comenzó hablando Fabiola — . Hoy nos hemos reunido porque por fin Piero y yo nos comprometemos para casarnos lo más pronto posible.

Ella miró a Piero, que sonrió y sacó del bolsillo de su traje oscuro una cajita roja de terciopelo.

— Pero ¿qué sería de un buen compromiso sin anillo? — preguntó Piero mientras se ponía de rodillas ante Fabiola que se cubría los labios con las manos. Dentro de la cajita había un anillo con un precioso diamante de un tamaño justo y elegante. Él lo sacó y le cogió una mano a la joven — . Fabiola, sé que me harás el hombre más feliz del mundo y este anillo no representa ni un poco lo mucho que te amo.

Fabiola sonrió emocionada mientras miraba el anillo y cuando él se levantó, lo abrazó con fuerza y luego lo besó en los labios.

El público aplaudió fuertemente, e incluso se pudieron oír vítores por parte de algunas personas. Cuando se separaron, Piero hizo una señal a los músicos para que comenzaran a tocar. Estos enseguida obedecieron y pronto todos se dispersaron para colocarse en grupos y hablar de otros asuntos.

Byanca miró a su alrededor y buscó a algún camarero que tuviese una bandeja con bebida, tenía la garganta seca al pensar en lo que podría pasar si se encontrara con Leo en la fiesta.

— Buenas noches, señorita — dijo alguien a su espalda.

Ella se giró para encontrarse con un hombre alto, de pelo medianamente corto oscuro y a través de la máscara se podía apreciar unos grandes ojos azules. Trato de sonreír.

— Buenas noches, ¿nos conocemos?

— No hemos tenido el gusto de ser presentados — dijo él inclinando la cabeza — . Me llamo Fabrizio.

Le tomó la mano y depositó un casto beso en el dorso.

— Encantada, soy Byanca.

— Maravilloso nombre para alguien tan bello como usted.

— Gracias.

— Será mejor que te alejes de ella, Zanetti — dijo Saulo acercándose y posando su mano en la parte baja de la espalda de Byanca.

— Oh, Graziani, cuánto tiempo.

— Menos del que me gustaría.

— De todas formas, no veo un cartelito que me indique que no pueda hablar con ella — dijo con ironía.

— Está conmigo, Zanetti.

Fabrizio levantó las manos mientras Byanca los observaba a ambos. La tensión se palpaba en el ambiente por lo que ella se puso delante de Saulo con las manos en su pecho.

— No pasa nada, Saulo. Estoy bien, solo hablábamos.

Él le agarró la mano y se alejaron de Zanetti.

— No deberías hablar con él, ya sabes que los Zanetti son nuestros enemigos.

— ¿Y por qué lo invitasteis?

— Mejor tener al enemigo cerca.

— Entiendo.

— Ven, vamos a comer algo.

Byanca asintió y se dirigieron a una mesa con bandejas repletas de canapés de todo tipo. La gente cogía de cada bandeja el que más le apetecía y luego cogían copas que iban pasando los camareros.

De repente, reparó en un camarero que llevaba una única copa y se dirigía a Fabiola que sonrió ante el ofrecimiento. Le dio un sorbo y siguió hablando con el grupo de personas que había a su alrededor.

Le pareció raro ver al camarero mirar a todos lados antes de alejarse. ¿Por qué haría eso? ¿Quizás...? No, seguro que eran imaginaciones suyas. Nadie atacaría a Fabiola en plena fiesta, ¿o sí?

Miró a Saulo. Si le decía algo quizá lo preocupaba sin necesidad, pero algo le decía que debía contárselo. Volvió la mirada hacia Fabiola, pero ya no estaba allí. Frunció el ceño mirando a su alrededor.

¿Dónde estaba? No, no podía pensar lo peor, había seguridad por todas partes.

Entonces vio al camarero dirigirse rápidamente a la puerta que daba al pasillo. No, aquello no podía ser bueno para nada. Tenía que decírselo a Saulo.

Fabiola no se encontraba bien, los nervios le estaban jugando una mala pasada, pero lo más importante ya había pasado, ¿por qué se encontraba así?

Salió al pasillo y se apoyó en la pared. El cuerpo le pesaba y su visión era borrosa.

De repente, ante sí, aparecieron tres sombras. Parpadeó varias veces, pero no podía distinguirlos. Cerró los ojos unos segundos y su cuerpo se balanceó.

— Tranquila, preciosa, estás en buenas manos — oyó que le decían, pero no lograba distinguir la voz.

— ¿Quién...? — intentó preguntar.

— No te preocupes, déjate caer sobre mí, vamos a ir a un lugar maravilloso donde te haré mía... — volvieron a decirle.

— No... Piero...

— Él no se merece a una mujer como tú, mereces a alguien mucho mejor.

— Déjame en...

Notó que alguien le agarraba las muñecas con algo. ¿Una cuerda? Intentó mirar, pero no lograba distinguir nada.

Una alarma se encendió en su cerebro, estaban intentando secuestrarla, pero no podía hacer nada por evitarlo, la habían drogado, pero ¿quién? Intentó por todos los medios mantenerse despierta.

— Déjate llevar... — los ojos de Fabiola se cerraron hasta que su cuerpo cayó, pero el que hablaba la sujetó entre sus brazos con una sonrisa — . Eso es... despídete de todo, Fabiola.

Saulo salió al pasillo y miró alrededor hasta ver en el suelo uno de los zapatos de su hermana. Varios hombres de seguridad aparecieron tras él y salieron corriendo en varias direcciones, algunos de ellos incluso salieron de la casa.

Piero también salió corriendo tras su amigo y al ver el zapato de Fabiola, lo cogió y lo miró.

— ¿Qué ocurre?

— Bianca ha visto algo extraño y al parecer no erraba, alguien acaba de secuestrar a Fabiola.

— ¿Qué? — preguntó incrédulo — . Pero si estaba siendo vigilada, no es posible.

— Yo también quiero creerlo, pero nos la han jugado. Lo importante ahora es encontrarla.

Piero no espero más, sacó una pistola que llevaba escondida desde que había ocurrido lo de la víbora y salió. Iba a encontrarla, aunque fuese lo último que hiciera en la vida.

Saulo también sacó su pistola y lo siguió fuera. Ambos miraron a los dos lados de la calle y entonces sintieron un grito de uno de los tipos de seguridad.

— ¡Por aquí!

Piero corrió hacia el tipo que estaba parado junto a un furgón blanco y entre dos hombres agarraban a un tipo vestido de camarero. Apartó a los hombres y abrió la puerta trasera, encontrando a Fabiola tirada en el suelo con las manos atadas y un saco cubriéndole la cabeza.

Entró rápidamente y la tomó entre sus brazos quitándole el saco. No parecía presentar golpes de ningún tipo, aunque sí que estaba inconsciente.

— Ya estoy aquí, princesa — dijo mientras desataba sus manos.

Saulo observó aliviado que su hermana estaba a salvo, a pesar de todo, y luego miró al camarero con rabia.

— Esto te va a costar muy caro. Vas a desear estar muerto. Ya sabéis a dónde hay que llevarlo, cuando pueda iré para allá.

Los hombres asintieron y arrastraron al tipo lejos de allí.

Piero salió del furgón con Fabiola en brazos, la cual parecía dormir plácidamente.

— Quiero que Salvatore la examine — dijo su amigo.

Saulo asintió.

— Lo hará, está en la fiesta, vamos.

Piero asintió y llevaron a la joven hasta la mansión.

Al llegar, Byanca se acercó a ellos suspirando aliviada, sus sospechas habían sido ciertas. El camarero le había llevado una copa con algún tipo de droga para secuestrarla.

— ¿Está bien? — preguntó viendo cómo Piero subía los escalones para ir a la habitación de Fabiola.

— No lo sé, quiero que Salvatore la examine. Vuelve a la fiesta.

Byanca negó.

— No estaría tranquila y todos preguntarán, prefiero estar arriba.

— Iré a avisar a Salvatore, entonces.

Saulo entró en la sala y ella subió a la habitación de Fabiola, la cual estaba tendida en la cama con Piero sentado a su lado agarrándole la mano.

Él miró a Byanca y sonrió agradecido.

— Gracias.

— Yo... solo advertí a Saulo, nada más.

— Le has salvado la vida, no sé cómo pagártelo.

— No te preocupes, era lo menos que podía hacer.

— Te estaré eternamente agradecido.

Byanca sonrió levemente y al instante aparecieron Saulo y Salvatore en la habitación. Este último se acercó a la cama y examinó a Fabiola.

— La han drogado, deberíamos encontrar la copa de la que bebió para hacer un examen toxicológico.

— Yo vi que la dejó sobre una mesa junto a la puerta del salón — dijo Byanca.

— ¿Podrías traerla?

— Sí, claro.

Byanca salió en busca de la copa, por suerte, en aquella mesita solo había una y la tomó. De repente, alguien se posicionó tras ella y le susurró al oído.

— Aléjate de esto o tu hermana sufrirá las consecuencias.

Ella ahogó una exclamación y se giró, pero tras ella no había nadie. Su cuerpo tembló y salió corriendo de allí. ¿Quién era esa persona? ¿Cómo sabía lo

de su hermana?

Entró en la habitación y dejó la copa en la mesilla de noche. Saulo, al verla pálida, se acercó a ella.

— ¿Estás bien?

Ella lo miró y se abrazó a él rápidamente.

— Alguien abajo sabe lo de mi hermana, me ha amenazado.

— ¿Pudiste ver quién era?

La joven negó con la cabeza.

— Me dijo que me alejara de todo esto o ella sufriría las consecuencias.

— No lo vas a hacer, yo te protegeré y encontraré a tu hermana.

— Tengo miedo.

— Lo sé, pero no te preocupes por nada. Ahora debo marcharme, voy a interrogar al desgraciado que intentó llevarse a mi hermana.

— Quiero ir contigo.

— No. Lo que va a ocurrir allí no es adecuado para una mujer.

— Pero a lo mejor él sabe algo sobre mi hermana. ¿Y si trabaja para la misma persona?

— No debes ir.

— Por favor, Saulo, déjame ir.

— No te va a gustar lo que vas a ver.

— Podré soportarlo, déjame ir contigo, por favor.

Saulo suspiró.

— Cámbiate de ropa, no es apropiado que vayas con ese vestido.

Ella asintió y se dirigió a su habitación para quitarse el traje y la máscara. Se puso unos vaqueros y una blusa oscura. Se colocó unos zapatos cómodos y salió de allí.

Saulo la esperaba en la bajada de las escaleras. También se había cambiado de ropa, llevando unos vaqueros oscuros y una sudadera gris.

— ¿Lista?

Ella asintió y ambos bajaron las escaleras para salir de la casa y meterse en el coche de Saulo.

Se dirigieron al puerto, donde aparcaron delante de una nave industrial.

— ¿Estás segura de querer entrar?

— Sí, quiero entrar.

Saulo asintió y se bajó del coche. Ella lo imitó para seguirle al interior, donde pudo oír gruñidos de dolor. Ambos se acercaron hasta la zona iluminada.

Allí estaba el camarero, atado a una silla y con golpes por todo el rostro. La camisa se había desgarrado en algún momento. Este miró a Saulo y a Byanca sonriendo.

Entonces Saulo le pegó un puñetazo en la nariz, partiéndosela en el acto. El camarero se quejó y comenzó a sangrar.

— Intentaste secuestrar a mi hermana... ¿por qué? — Más que una pregunta parecía una exigencia.

— Seguía órdenes — fue la simple respuesta del hombre.

— ¿De quién?

— Estás mal si crees que te lo voy a decir. Soy fiel a los míos y jamás diré una palabra.

— Entonces no tienes miedo a morir.

— Para nada — dijo el camarero sonriendo — . He realizado muchos secuestros antes.

El hombre miró a Byanca y ella sintió un escalofrío. Se acercó a paso lento.

— ¿Tú secuestraste a mi hermana?

— Has cambiado desde la última vez que nos vimos. No solo la secuestré — dijo tras una pausa — , me cobré mi recompensa antes de que se la llevaran de Italia.

Byanca gimió horrorizada y las lágrimas corrieron por sus mejillas mientras golpeaba al hombre sin fuerza ninguna.

— ¡Hijo de puta! ¡Mi hermana era un ser inocente!

Saulo se acercó a ella y la abrazó mientras lloraba desconsolada.

— Vas a pagar muy caro lo que has hecho, nosotros odiamos a los violadores como tú y vas a obtener tu merecido. — Miró a sus hombres — . Preparadlo.

— Chiara... — sollozó Byanca.

— No te preocupes. Vuelve al coche, no es espectáculo para una mujer.

Ella levantó la mirada con la rabia asomando a sus ojos.

— Quiero que sufra, que grite de dolor, mi hermana no se merecía algo así.

— Te juro que no habrá piedad, pero debes salir de aquí. Métete en el coche, vamos.

Byanca asintió y salió de la nave para meterse en el coche de Saulo. Allí se encogió y siguió llorando por todo lo que había tenido que pasar su hermana.

Saulo apretó los puños al ver a Byanca tan vulnerable y se adentró hasta donde sus hombres habían atado al camarero con sus manos por encima de su cabeza.

— Señor, ya está todo listo.

Saulo asintió y se acercó al hombre.

— ¿Sabes lo que vamos a hacerte? — preguntó este con rabia contenida — . Verás, primero vas a sufrir en tus carnes lo que le hiciste a esa

chica y a quién sabe cuántas más. Seguro que dolerá mucho, como les dolió a ellas.

— No tengo miedo.

Saulo sonrió de lado

— Luego te la voy a cortar y te la meteré por esa boca que tienes. ¿Cómo crees que morirás? — Le rodeó con la mirada fija en él — Sería interesante verlo — dijo mientras hacía una señal y le bajaban los pantalones al prisionero.

El hombre sonrió cínicamente, sabía que algo así le esperaba e iba a morir sin delatar a nadie, siendo fiel a su organización.

Mientras tanto, Byanca permanecía a la espera de Saulo cuando oyó un grito desgarrador que venía de dentro de la nave. ¿Qué le estaban haciendo al secuestrador de su hermana?

Agarró el manillar de la puerta para salir, pero desistió de la idea rápidamente, prefería no conocer la faceta torturadora de Saulo.

Otro grito la hizo encogerse y trató de pensar en otra cosa, pero a su mente solo venía la imagen de su hermana siendo violada y en el fondo sentía que estaba bien que sufriera lo indecible.

Esperó casi cerca de una hora y media cuando Saulo salió de la nave y se metió en el coche.

— Ese hombre no volverá a hacer daño y va a ser el primero de muchos — dijo Saulo.

— ¿Qué le habéis hecho?

— Mejor que no lo sepas, pero ha bebido de su propia medicina. Ahora volvamos a casa y descansemos, seguro que Piero ha dado por finalizada la fiesta.

Ella asintió y cerró los ojos mientras se recostaba a la vez que Saulo salía del puerto.

— Ojalá fuera yo y no Chiara quien está sufriendo todo esto. Mi hermana no se lo merecía.

— Ninguna mujer se merece semejante trato, así que no digas eso. Vamos a salvarla, te lo prometo.

— ¿Y si no la encontramos?

— No seas negativa, todo va a salir bien, estoy moviendo mis hilos.

— Quiero que todos ellos paguen por esto, Saulo, por eso he estado pensando — dijo ella abriendo los ojos para mirar al exterior a través de la ventanilla — , pero para ello necesito un buen ordenador.

— ¿Qué planeas?

— Buiobianco va a volver a las andadas, pero esta vez como CBLibertà.

— ¿Estás loca? Podrían pillarte de nuevo.

— No, con un inhibidor de señal no podrán atraparme, por eso necesito una buena maquinaria. Aunque no quiera, ya estoy dentro de los tuyos y estoy segura de que necesitas de mi ayuda para lo que haces.

Saulo detuvo el coche en el arcén y se giró hacia ella.

— No tienes que hacer nada. No quiero exponerte a nada.

— Quiero pagarte por todo lo que estás haciendo por mí, Saulo.

Él le tomó la mano y se miraron a los ojos.

— No quiero que te metas en este mundo más de lo que ya estás metida.

— Por favor, Saulo, necesito hacer algo y no me encuentro con fuerzas para volver a lo que era normal en mi vida, todo eso se acabó. No estoy con Leo, no vivo donde vivía, no soy tu secretaria. Ahora solo soy Byanca Marchetti, una experta en ordenadores y hacker fichada con una hermana secuestrada y esclavizada sexualmente en algún lugar. Mi vida normal ya no existe, ahora soy esto y quiero ayudarte.

— Es peligroso.

— Me protegeré, pero también te protegeré a ti. Sé que estos días esperas una carga nueva de droga y tus hombres están preocupados porque la última vez todo salió mal. Puedo ayudaros desde mi ordenador.

Saulo suspiró, cansado y se recostó contra el asiento del coche. Ella tenía razón, todos estaban preocupados porque la última vez estuvieron a punto de matarlo de un disparo.

Era una opción viable, pero no quería ponerla en peligro y tampoco inmiscuir la más. ¿Qué podía hacer?

— ¿Sabes dónde conseguir todo lo que necesitas?

Byanca sonrió.

— Por supuesto, parece mentira que no conozcas mis dotes de informática.

Varias horas pasaron antes de que Fabiola abriera los ojos. Cuando lo hizo, miró a su alrededor y vio a Piero acostado a su lado, aún vestido con la ropa de la fiesta.

Intentó incorporarse, pero el mareo se lo impidió y volvió a caer contra la almohada.

Piero, al sentir el movimiento, abrió los ojos y, al ver que ella estaba despierta, sonrió mientras se incorporaba.

— Piero...

— Hola, princesa.

— ¿Qué...?

— ¿No recuerdas nada?

Fabiola se llevó una mano a la cabeza como si le doliese y volvió a parpadear.

— Recuerdo... recuerdo encontrarme mal... y sombras delante de mí... creo... no lo sé.

— Tranquila, estás bien y a salvo.

— ¿Tú sabes qué me ha pasado?

Piero se pasó una mano por la cara sin saber muy bien qué hacer, pero quizás era momento de contarle que estaba en peligro. Si se lo contaba quizás podría poner un poco de su parte en protegerse.

La miró y le acarició la mejilla con delicadeza.

— Mi amor, antes de la fiesta, recibimos una amenaza desconocida que te concernía a ti y hoy, no sé cómo, han intentado secuestrarte.

Fabiola contuvo un jadeo mientras se llevaba una mano al pecho y entonces recordó la vaga sensación de peligro antes de que todo se volviese negro.

Piero le tomó el rostro entre las manos y ella lo miró con los ojos

desorbitados.

— Oh, Dios — dijo ella.

— Tranquila, llegamos a tiempo y estás a salvo, respira hondo.

Piero apoyó su frente en la de ella y ambos cerraron los ojos.

— ¿Por qué a mí? Yo no he hecho nada — preguntó comenzando a llorar.

— La gente que odia a tu hermano quería darle donde más le duele, tú no tienes la culpa, vamos, no llores.

Él la abrazó con fuerza y se tendieron juntos.

— La fiesta no debía haber sido así, yo quería bailar contigo toda la noche, compartir con ellos mi felicidad, porque tengo al mejor hombre del mundo.

Piero sonrió y le besó la cabeza.

— No soy el mejor, Fabiola, tengo mis defectos, pero hay algo que sí tengo claro y es que voy a protegerte con mi vida si es necesario.

Fabiola escondió el rostro en el hueco de su cuello.

— ¿Cómo os distéis cuenta de que no estaba?

— Byanca, la protegida de tu hermano, vio un extraño comportamiento por parte de uno de los camareros.

— Es una buena chica.

— Sí, estaba muy preocupada, pero deja de pensar en eso y descansa un poco.

Ella asintió y cerró los ojos hasta que finalmente se quedó dormida. Piero también se dejó llevar por el cansancio.

Leo llegó al puerto de Livorno tras la llamada de que había un nuevo cadáver allí.

Cuando se bajó del coche sintió como si todo fuese un bucle y que volvía a vivir todo desde hacía unos meses, pero ya nada era igual. Byanca ya no estaba en su vida y muchas cosas habían cambiado.

Se acercó con paso lento hasta donde estaban los forenses sacando fotos del cadáver rescatado del mar.

— Yo que tú no me acercaba mucho más — dijo el joven forense alargando una mano.

— ¿Por qué?

— No es espectáculo digno de ver, hasta a mí me molesta su visión, así que imagínate si es desagradable.

— ¿Alguna suposición?

— Bueno... digamos que parte del arma homicida la posee él mismo.

— Déjate de rodeos, Rhys, y habla claro.

— Vale, directo al grano. A este hombre, que, por cierto, lo tiraron

desnudo al mar, lo empalaron por detrás, luego le cortaron..., duele solo de pensarlo, vale, le cortaron el pene y se lo metieron en la boca.

— ¡Joder! — exclamó Leo con asco e incluso dolor.

— Sí, amigo, su hombría ha quedado maltrecha.

— Con todo lo que le hicieron, ¿hay alguna causa exacta de la muerte?

— Es difícil saberlo con semejante tortura, pero podría apostar mi colección de cómics de DC a que murió desangrado. Fue un corte limpio, quizás algún cuchillo de carnicero o algo así.

El joven se llevó una mano a la entrepierna haciendo un gesto de dolor.

— Pobre hombre.

— Según hagamos autopsia te paso un informe.

— Gracias. Mejor... mejor me voy.

— Sí, mucho mejor — dijo el forense.

Sin esperar más, Leo se fue de la zona para volver a la comisaría.

Una vez allí, se metió en su despacho reflexionando. ¿Había ido Byanca a la fiesta de los Graziani? Seguro que sí, por lo que había averiguado, ella estaba viviendo allí, tras sacar sus cosas del ático.

Cerró los ojos, cansado. ¿Cuántos días hacía que no dormía bien? Cada vez que cerraba los ojos veía la cara afligida de Byanca cuando le contaba a él lo de su hermana y se sentía miserable al haber dudado de ella. Ella no le había contado lo de Chiara Marchetti a pesar de haber tenido muchas oportunidades.

¿Por qué no lo había hecho? ¿Acaso pensaba que si se lo contaba él pensaría que se aprovechaba de su puesto?

Había estado sola en ese sentido y tuvo que recurrir al hackeo para poder salvar a su hermana.

Estaba tan concentrado que no se dio cuenta de que habían abierto la puerta de su despacho.

— ¿Puedo pasar? — la voz de Pablo le hizo salir de sus cavilaciones.

Leo asintió.

— Claro, entra.

Pablo asintió y se sentó frente a él.

— Aún sigues comiéndote la cabeza con lo de tu ex — afirmó más que preguntó.

— ¿Qué quieres que haga? Es todo tan complicado que no sé qué pensar. La detuve y ahora, pensándolo bien, no lo hice bien. Debí haber hablado con ella, me precipité porque me sentía traicionado.

— ¿Cómo es posible que nunca te dieras cuenta de que hacía eso?

— Estuvo algunos años bajo la sombra hasta el día que até cabos.

— En el fondo debemos estarle agradecidos, Leo, gracias a ella ahora

podemos salvar a muchas chicas que habían quedado en el olvido porque alguien había cerrado las denuncias por desapariciones.

— Lo sé — dijo Leo pasándose una mano por el pelo — . Quizás debería hablar con ella y pedirle disculpas.

— Deja pasar un tiempo, estará dolida con todo esto, lo que le hiciste no es fácil de olvidar. Dale tiempo.

Leo asintió y Pablo lo miró.

— ¿Tengo algo en la cara?

— Pues sí, tienes unas ojeras impresionantes, deberías ir a descansar.

— No puedo, supongo que sabrás lo del cadáver aparecido en Livorno. Soy el que está a cargo de ese caso, al igual que el de las otras muertes como esta.

— Y yo que pensé que eso solo pasaba en las películas.

— Las películas muestran más realidad de la que imaginas. Y es otro más que se suma a la lista, en muy poco tiempo ha habido muertes de este tipo. Torturados y asesinados de formas crueles.

— ¿Y alguna sospecha de quién pudo haber cerrado las denuncias?

— La verdad es que no he encontrado nada, no sé quién las registraba. Los únicos que pueden recordarlo son los familiares de todas estas chicas y no creo que se presten después de haber pasado tanto tiempo sin haber hecho nada hasta ahora. Alguien ha filtrado la noticia a la prensa de las denuncias cerradas. Cantoni está que trina.

— Encontraremos al culpable, ya lo verás.

Leo asintió, intentando convencerse a sí mismo de que eso iba a ocurrir. Pablo, entonces, se incorporó y se despidió de él recomendándole de nuevo que descansara.

Decidió hacerle caso y salió de allí, se metió en su coche, pero en vez de irse hacia el ático, no pudo evitar dirigirse hasta la mansión de Saulo Graziani con la esperanza de ver a Byanca de nuevo.

Sabía que ella salía a correr y aprovechó ese momento para verla. Miró su reloj indicándole que a aquella hora debería estar llegando. Así fue, la vio al final de la calle acercándose hasta la mansión. Trató de encogerse para que no lo viera.

Iba concentrada con los auriculares oyendo música y ni siquiera lo vio. Se detuvo en la entrada de la mansión recuperando el aliento con las manos apoyadas en los muslos. Tras recuperarse la vio entrar.

Se pasó una mano por la cabeza porque sabía que debía comenzar a olvidarla o acabaría volviéndose loco. Puso el coche en marcha y se alejó de allí para volver al ático.

Al entrar, apoyó la espalda en la puerta y se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo con la mirada perdida. Tras un rato se incorporó y se dirigió a la cocina. Abrió uno de los armarios y sacó una botella de *whisky* y la abrió para dar un trago a su contenido. El líquido ambarino bajó por su garganta quemándole.

Quizás la bebida le hiciera olvidar a Byanca al menos por una noche. Con la botella abierta se dirigió al sofá y siguió bebiendo hasta vaciar la botella. Se levantó de allí para meterse en su habitación, tropezando con las paredes.

Se tiró en la cama, apoyando la cabeza en la almohada de Byanca, dejando que su olor le inundara las fosas nasales y, sin poderlo evitar, lloró como nunca lo había hecho. Tenía el corazón roto en mil pedazos y le dolía ver que ella no lo llevaba tan mal como él.

Aunque en el fondo la entendía. Él había sido un imbécil, se comportó muy mal con ella por haberla detenido.

— ¡Byanca! — gritó en el silencio de la habitación mientras golpeaba el colchón.

Siguió llorando hasta quedar dormido con el dolor de la pérdida.

Fabrizio no dejaba de dar vueltas por su despacho con enorme enfado. Su plan había fallado estrepitosamente.

Alguien había visto lo ocurrido con la hermana de Graziani y le habían dado el aviso. La rabia lo estaba consumiendo y tenía ganas de descargarla en algo o alguien.

Se acercó hasta un jarrón que había sobre una mesita auxiliar y lo tiró al suelo, causando un gran estropicio mientras maldecía su suerte.

— ¡Maldito Graziani! ¡Malditos sean todos los de tu familia! ¡No merecéis todo lo que tenéis! ¡La Toscana me pertenece!

Empezó a tirar todo lo que encontraba a su paso formando un gran escándalo que alertó a sus hombres, que entraron rápidamente junto con Cyrano que acababa de llegar.

— ¿Se puede saber qué haces, Fabrizio? — preguntó Cyrano tranquilamente.

— ¡Odio a Graziani y quiero que caiga ya! Lo de anoche hubiera sido perfecto.

— Precisamente venía a informarte de que encontraron el cuerpo de nuestro hombre, el que debía llevarse a la hermana de Graziani. La tortura fue descomunal. Quien le dio el chivatazo fue la chica que está con él. La amenacé, pero no creo que me haga mucho caso, así que creo que deberíamos buscar ya a su hermana y traerla hasta Italia para amenazarla.

— Te encargo ese trabajo, la quiero aquí ya.

— Sí, ya estoy moviéndome para ver dónde está y traerla, tú mejor vete a descargar esa rabia en otra cosa, vas a destrozar la casa — dijo Cyrano observando el estropicio que había hecho Fabrizio en el despacho.

— Tienes razón — dijo él sonriendo maliciosamente y cogió su teléfono — . Prepara a la nueva, pero no le des nada, quiero oírla gritar.

Asintió una vez y, sin siquiera mirar a Cyrano, salió de allí para bajar al sótano donde ya se oían los gritos y ruegos de una joven que la habían traído hacía no mucho a su pequeño harem.

Sonrió con malicia y se acercó hasta la chica a la que habían atado a la cama.

— ¡Déjeme! ¡Quiero irme! — gritaba.

Fabrizio se aflojó la corbata y puso su cara a la altura de la de ella.

— Odio que mis chicas griten, pero hoy estoy muy enfadado y no me importa lo que puedas gritar. — Se apartó de ella, que lo miró con terror y se acercó hasta la pared donde tenía multitud de látigos de diferentes formas y tamaños — . ¿Con cuál quieres que empiece?

La joven comenzó a llorar desesperada ante lo que se avecinaba. Ese hombre solo quería maltratarla y violarla sin ella haber hecho nada. Se maldecía una y mil veces por haberse ido de la casa de su novio tan enfadada.

— Déjeme... — suplicó la joven.

— ¿No eliges? Bueno, entonces escogeré yo mismo. Vas a desear haber elegido tú en vez de haberlo hecho yo, porque quiero que tu dolor calme mi rabia.

Cogió entonces uno de los látigos y se acercó a la cama mientras la joven intentaba removerse para tratar de desatarse y escapar de aquella locura, pero supo que sería imposible y solo pudo llorar por su terrible destino.

Pasaron unos pocos días en los que nadie supo lo ocurrido con Fabiola, por suerte no había prensa cerca para contarlo y era de vital importancia mantenerla vigilada por si volvían a atacarla.

Pasaba más tiempo en la casa bajo vigilancia y empezaba a sentirse frustrada. Piero intentaba contentarla en todo lo que podía, mientras la cuidaba y vigilaba.

Mientras tanto, Saulo y Byanca habían conseguido un equipo completo de ordenadores para ella, para que trabajara desde la casa y le ayudase a él en lo que estuviera en su mano, a la par que intentaba hacer todo lo posible por encontrar a su hermana a través de la red.

Su amigo no se había puesto en contacto desde que le contó que había hablado con su hermana y estaba un poco preocupada.

En ese momento se encontraba en una habitación donde habían habilitado los ordenadores controlando la llegada de un nuevo cuadro que había adquirido Saulo para exponerlo. Entonces sintió que tocaban en la puerta.

— Adelante — dijo ella sin apartar la mirada de las pantallas.

— ¿Puedo entrar? — preguntó Fabiola asomando la cabeza.

Byanca levantó la vista para encontrarse con una Fabiola vestida de manera sencilla, con unos vaqueros cortos, una blusa blanca y el pelo recogido en un moño desaliñado. Sonrió levemente y la instó a entrar.

— ¿Estás bien?

— La verdad es que no, me aburro aquí encerrada. Debería estar con todos los preparativos de la boda, pero ni Piero ni Saulo dan su brazo a torcer. Piero me ha mandado incluso unos bombones para disculparse. ¡A mí no me va a convencer con unos simples bombones! — exclamó por último dejando la caja sobre la mesa.

— Te están protegiendo, debes entenderlos.

— Me sobreprotegen y me siento prisionera en mi propia casa.

— Deberías dejar que las cosas se calmaran. Aún tienes tiempo para preparar todo lo de la boda — dijo Byanca mirando las pantallas de vez en cuando.

— No sé si me dará tiempo a todo.

— Ya verás que sí. Eres una experta, la de compromiso estuvo muy bien organizada, lástima lo que sucedió.

— No me lo recuerdes. Justamente por eso estoy así. A veces pienso que si mi hermano no fuese un hombre tan importante entre las familias de la región ahora estaría pletórica de felicidad, viendo mi fiesta de compromiso en todas las revistas y hablando de ello en todos los programas del corazón.

Byanca le tomó la mano como señal de apoyo.

— Pronto pasará el peligro, están haciendo todo lo posible para que así sea.

Fabiola sonrió levemente.

— Gracias. Gracias por todo, por escucharme, por entenderme, por salvarme.

— No tienes nada que agradecer — luego miró la caja de bombones — . ¿Dices que te envió Piero esos bombones?

— Sí, tenía una nota suya, pero es raro, no suele regalarme bombones, es más de flores. Aunque me apetece comerme uno.

— Será mejor que no, Fabiola — dijo Byanca sospechando.

— ¿Por qué no? — preguntó abriendo la caja para sacar uno.

— ¿Y si no son de Piero? Tú misma lo acabas de decir. Él no te suele enviar bombones.

— No puede ser, la nota estaba firmada por él.

— Hay expertos que falsifican firmas, no nos podemos fiar de nadie ya.

— No te creo, Byanca, te voy a demostrar que no hay nada por lo que alarmarse.

Fabiola se lo fue a meter en la boca, pero rápidamente Byanca se lo arrebató y lo hizo ella misma.

Empezó a masticarlo bajo la atenta mirada de la joven y, rápidamente, escupió restos del bombón mientras empezaba a toser, llevándose una mano a la garganta. Intentó escupir todo el bombón, pero buena parte de él ya se lo había tragado.

Con pocas fuerzas cayó de la silla en la que estaba sentada sintiendo que le faltaba el aire en los pulmones.

Fabiola se agachó junto a ella asustada.

— Byanca... ¿qué te pasa? — preguntó con temor, pero al ver que no

respondía la agitó — . ¡Contesta!

— Veneno... — logró decir Byanca.

La hermana de Saulo se incorporó con las manos cubriendo su boca y, sin perder tiempo, salió corriendo de allí en busca de ayuda mientras la caja de bombones caía al suelo.

— ¡Ayuda! — gritó Fabiola desde lo alto de las escaleras — . ¡Que alguien me ayude!

Saulo salió de su despacho rápidamente y miró hacia arriba.

— ¿Se puede saber qué ocurre?

— Byanca... yo... — la joven cayó de rodillas al suelo cubriéndose la cara — . Los bombones...

A Saulo, al ver a su hermana así y oírla nombrar a Byanca se le encendieron todas las alarmas, por lo que subió corriendo las escaleras hasta la habitación de los ordenadores para encontrar a la joven tirada en el suelo, inconsciente.

— ¡Byanca! — exclamó Saulo tomándola entre sus brazos — ¡Byanca, contesta!

Fabiola entró llorando.

— Es por mi culpa...

— ¿Qué ha pasado, Fabiola? — preguntó Saulo.

— Los bombones, tenían una nota de Piero, pero él no suele enviármelos, ella me quitó uno de las manos... Dios mío, están envenenados...

Saulo cogió a Byanca en brazos para sacarla de allí.

— ¡Llama a Salvatore!

Fabiola asintió y buscó su móvil para llamar al forense mientras Saulo llevaba a Byanca a su habitación. La depositó en la cama y enseguida pudo apreciar la palidez de su rostro.

Su hermana entró en ese momento.

— Ya viene.

— Recoge los bombones para analizarlos.

La joven asintió, pero antes de irse, se acercó a su hermano y lo abrazó mientras lloraba.

— Lo siento. Yo no quería...

Saulo la arropó entre sus brazos y le dio un beso en la cabeza.

— No lo sientas.

— ¡Podría morir por mi culpa!

— No digas eso, Byanca no va a morir, ¿me entiendes?

— Tenía que haberle hecho caso, tenía que haber sospechado de esos bombones, Piero no me los suele regalar — dijo llorando.

— Tranquila. Salvatore no tardará en llegar y la salvará — decía más para sí mismo que para su hermana mientras miraba a Byanca, cuyos labios comenzaban a ponerse azulados. Saulo cerró los ojos deseando que, por una vez, Salvatore no se entretuviera, o perdería a Byanca para siempre. Se apartó de su hermana y tomó la mano de la joven — . Aguanta, princesa. Salvatore está en camino.

Por suerte, Salvatore llegó pronto y rápidamente se puso a atender a Byanca.

— ¿Dices que ha comido un bombón envenenado? — preguntó Salvatore a Fabiola.

— Sí, tras masticarlo, escupió un poco, pero ya era tarde... — dijo la joven entre hipidos.

— Vale, ¿cuánto tiempo ha pasado desde la ingesta? — preguntó viendo los labios y las uñas de Byanca.

— No sabría decir con exactitud — dijo Saulo — , pero no es normal que esté así.

— El veneno estaba muy concentrado entonces o su efecto es casi inmediato — dijo mientras sacaba una jeringuilla de su maletín — . Necesito concentración, así que salid de aquí de una vez.

— Venga, Fabiola, sal — dijo el mafioso a su hermana.

— Tú también, Saulo.

Este lo miró.

— Yo no me voy a mover de aquí.

— He dicho que salgáis los dos, si quieres que la salve, haz lo que te digo, joder — dijo Salvatore mirándolo serio.

Saulo lo miró desafiante y finalmente se giró, sabiendo que solo él podía salvarla.

— Quiero que me informes de todo cuanto vaya pasando.

— Lo haré, ahora sal.

Saulo salió junto con su hermana, dejando al forense solo para que atendiera a Byanca, que cada vez estaba más pálida. Una vez fuera, se apoyó en la pared, suspirando y deseando que Byanca se salvara.

Fabiola se había metido en su habitación llorando, sintiéndose culpable por lo ocurrido. Tenía que haberle hecho caso y haber sospechado de aquella caja de bombones.

Las horas pasaron con lentitud hasta que Salvatore salió de la habitación de Byanca suspirando. Saulo, que no se había movido del lado de la puerta lo miró, preocupado.

— ¿Cómo está? ¿Por qué no has salido?

— Porque estaba intentando sacarle el veneno a Byanca.

— ¿Y?

— Parece que he conseguido que lo expulse, pero está muy débil. Si hubiese llegado unos minutos más tarde, probablemente hubiera muerto porque ya tenía los labios y las uñas azuladas, síntoma de que el veneno estaba matándola. Quizás necesite un poco más de tiempo, así que no te asustes, yo volveré para evaluar su estado.

— Entonces puedo entrar, ¿no?

— Sí.

Saulo posó una mano en el hombro de su amigo.

— Gracias, Salva, de verdad. No sé qué sería de los Graziani sin ti.

— No me lo agradezcas, Saulo, ahora mismo es lo único que tengo.

— La encontraremos.

— Empiezo a darlo por perdido, amigo. No quiere que la encuentre y ya no sé qué hacer.

— Ten paciencia. Cuando menos te lo esperes aparecerá y entonces podrás hablar con ella. Tienes que hacerte responsable de ese bebé que crece en su vientre.

— Lo sé. Ve dentro.

Saulo asintió y se metió en la habitación de Byanca. Salvatore suspiró pasándose una mano por la cabeza y miró al techo.

— Lucio, ayúdame a encontrarla. Está en peligro y no se quiere dar cuenta. Tras esto, bajó al piso inferior y salió de la mansión.

Saulo entró en la habitación y miró hacia la cama donde Byanca parecía dormir profundamente. Se acercó con paso lento y se sentó junto a ella. Tenía la piel pálida y empapada en sudor.

Con delicadeza le limpió un poco mientras le apartaba el pelo adherido.

— Vaya susto nos has dado, pequeña. Eres una temeraria. Debiste haber tirado el bombón, no metértelo en la boca como si tal cosa. ¿Qué pasaría si murieras? Tienes que vivir por tu hermana y por todos los que te queremos, en especial yo, que te has metido tan dentro que pareces haber echado raíces ahí para no salirte jamás.

Le dio un beso en la frente y luego se levantó para ir a la cajonera de dónde sacó su pijama y luego volvió a la cama.

Con cuidado la incorporó y le quitó la camiseta que llevaba puesta y que parecía estar manchada de chocolate. Luego le quitó el sujetador y finalmente le puso la blusa del pijama, una simple blusa de tirantes de color gris.

La recostó de nuevo y procedió con el vaquero, que también estaba

manchado. Cuando se lo quitó, lo dejó junto a la camiseta y le puso el pantalón de pijama. Uno bastante corto del mismo color que la blusa.

Los zapatos ya los tenía quitados así que apartó las sábanas y la acomodó para que siguiera durmiendo, la cubrió con estas y volvió a sentarse observándola.

— Saulo...

Él la miró esperando verla mirarle con sus hermosos ojos azules, pero parecía hablar en sueños así que cogió su mano y se la apretó suavemente.

— Estoy aquí, pequeña, no voy a separarme de ti ni un solo instante.

Byanca pareció relajarse al oírle hablar y suspiró.

Saulo miró el reloj y, al darse cuenta de que era muy tarde, se incorporó para quitarse la ropa, dormiría con Byanca para mantenerla vigilada por si algo se complicaba.

Se quitó los zapatos y los dejó en un lado, luego se aflojó la corbata y se quitó la chaqueta, la cual dejó sobre una silla que había allí para que no se le arrugara.

Se desabrochó la camisa para doblarla metódicamente y dejarla sobre la chaqueta. El pantalón siguió el mismo camino que las otras prendas, por lo que se quedó con los bóxers de color negro.

Volvió a la cama. apartó las sábanas por el otro lado y se acostó junto a Byanca, a la que tomó de la mano sin dejar de mirarla.

Verla respirar le hacía sentir aliviado, porque le aseguraba que aún estaba viva y que no se iría de su lado.

La atrajo hacia sí, y envolviéndola entre sus brazos cerró los ojos dejándose llevar por el cansancio.

Pasaron casi dos días hasta que Byanca abrió los ojos. Era media mañana y los rayos del sol entraban por la ventana que tenía las cortinas corridas. Miró a su alrededor, confusa porque lo último que recordaba era estar tirada en el suelo de la sala de los ordenadores, luchando por vivir contra el veneno de un bombón.

Intentó incorporarse, pero le costó horrores, no tenía fuerzas para nada. Entonces vio que del dorso de su mano salía una vía hacia un suero que estaba colgado junto a la cama. Volvió a recostarse al ver que no podría levantarse. Tenía mucha sed, por lo que intentó llamar a alguien.

— Saulo... — fue el primer nombre que le vino a la cabeza y, aunque quiso gritar, solo salió un susurro.

¿Por qué se encontraba tan débil? ¿Sería a causa del veneno?

De repente, la puerta se abrió y lo vio aparecer, como si aquel susurro realmente le hubiese llegado.

Cuando él la vio despierta y mirándolo, no pudo evitar acercarse rápidamente a la cama. Habían sido dos días tan infernales en los que la veía ahí, sin moverse, que por un momento pensó en llamar a Salvatore por temor a que algo no fuera bien.

Ella lo observó y sonrió levemente. ¿Cómo podía alguien estar tan guapo con unos simples vaqueros y una camiseta gris?

— Byanca, al fin despiertas — dijo él con una sonrisa en los labios.

— Saulo... — dijo ella intentando levantar la mano, pero le pesaba tanto que cayó sobre la cama.

Él se la tomó y, sabiendo lo que ella quería hacer, la llevó hasta su mejilla para que lo acariciara. Aquel toque era un bálsamo para ambos.

— Mi pequeña cabeza loca. Casi te pierdo.

— Tu hermana... — le costaba tanto hacer todo, incluso hablar le suponía un enorme esfuerzo.

— Ella está bien, pero tú estás débil y tienes que recuperar fuerzas. Salvatore consiguió que expulsaras el veneno de tu organismo.

A su mente llegaron recuerdos muy borrosos en los que veía a Salvatore junto a ella haciendo cosas, pero no podía asegurar qué. Todo era muy confuso en su mente, porque por momentos veía cosas y no sabía muchas veces si eran ciertas o no.

— Tengo sed.

— Te traeré agua y algo para comer, volveré enseguida.

Byanca asintió y lo vio dejar su mano con delicadeza sobre su vientre mientras se incorporaba y se alejaba, saliendo de la habitación para luego volver al rato con un vaso de agua. La incorporó un poco y le ayudó a beber el contenido, cosa que ella hizo animosamente.

— Gracias — dijo cuando le apartó el vaso.

— De nada, pequeña, la comida viene ahora. Déjame decirte que eres una inconsciente. ¿Cómo se te ocurre comerte el bombón? ¿No era más fácil tirarlo? Es que no entiendo por qué lo hiciste.

— No sé, no recuerdo por qué me lo metí en la boca.

— Estuviste a punto de morir, cuando llegó Salvatore ya tenías los labios azules. Él mismo analizó los bombones y cada uno tenía una dosis letal. ¿Qué hubiera sido de tu hermana si morías? ¿Qué hubiera sido de todos los que te quieren? ¿Qué hubiera sido de mí? Eres la única que me mantiene cuerdo en esta locura de vida que tengo, eres mi ancla al mundo real, lejos de los lujos y de la mafia. — Saulo tomó el rostro de la joven entre sus manos para mirarla a los ojos — . Te amo, Byanca. No me importa reconocerlo, aunque es nuevo para mí, y no voy a dejar que te ocurra nada, ¿me entiendes? Te protegeré con mi vida si es necesario, pero no voy a permitir que me des otro susto como este.

Apoyó la frente en la de ella que, sin saber muy bien por qué, sintió cómo las lágrimas empapaban sus mejillas. Aquella declaración la había dejado bastante sorprendida al comienzo, pero cuando las palabras habían calado en su mente, se sintió tan dichosa que solo podía llorar de felicidad.

— Te amo, Saulo — aquella afirmación fue una constatación de algo que había nacido en el momento en el que se conocieron y de cuya veracidad ya no dudaba.

Él sonrió ante su declaración y le besó los labios con suavidad.

— Vive por mí y por todos los que te queremos.

Byanca sonrió y asintió sin dejar de mirarlo a los ojos.

Al rato tocaron en la puerta y entró la chica del servicio con una bandeja de comida mientras sonreía amablemente. Saulo la cogió dándole las gracias y la puso en el regazo de Byanca, a la que había incorporado para que pudiera comer

bien.

— No tengo fuerza para coger los cubiertos. Me pesa todo — dijo Byanca mirando el tenedor y el cuchillo junto al plato.

— Es normal, estás muy débil — dijo mientras él mismo cogía el tenedor y pinchaba una patata para luego acercarla a los labios de la joven.

— Esto es vergonzoso — dijo ella con las mejillas enrojecidas.

— No haberte comido el bombón envenenado — dijo él medio en broma, medio en serio — . Ahora abre esa boquita para que puedas comer, y quizás esta noche puedas coger los cubiertos sin que se te caigan.

— Bobo — dijo ella, y luego abrió la boca para poder coger la patata del tenedor.

Aquel movimiento, tan simple y cotidiano despertó el deseo de Saulo, porque había sido muy sensual. Se removió levemente al notar cómo su miembro se erguía ante aquella imagen.

Ella lo miró confusa y él trató de sonreír.

— Eres condenadamente sexy incluso en una situación así — dijo él cogiendo más comida con el tenedor — . No me mires así, soy un hombre de carne y hueso, no soy de piedra.

Byanca soltó una pequeña carcajada.

— Eres un perverso, quieres aprovecharte de una chica débil.

— ¿Con que esas tenemos? — preguntó sonriendo — . Tú lo has querido.

Dejó la bandeja a un lado y se colocó sobre ella con una sonrisa maliciosa.

— Te recuerdo que no puedo moverme con libertad.

— Lo sé. Ideal para lo que quiero.

— Soy una mujer desvalida.

Saulo la besó justo bajo la oreja haciéndola gemir y luego posó sus labios en el cuello.

— Desearía hacer todo tipo de maldades contigo — le susurró con voz ronca — , pero no sé por dónde empezar.

Una de sus manos viajó por el cuello de Byanca y le rozó un pecho con los nudillos. Ella gimió, cerrando los ojos mientras él se acercaba a sus labios para besarlos con delicadeza.

— Saulo... — dijo con un gemido.

— Dime, pequeña...

— Sabes bien lo que quiero que hagas...

— ¿Ah sí? ¿Y si no lo sé? — preguntó mientras viajaba por su vientre apenas cubierto por la blusa del pijama hasta llegar a la cinturilla de los pantalones.

— Por favor... — suplicó ella.

— Pero no puedes moverte — dijo él mirándola a los ojos — . Si lo hago, me estaría aprovechando de una mujer desvalida, ¿no? ¿Qué hago, entonces?

Ella logró agarrar la camiseta por el cuello y apretó, aunque débilmente.

— Sí te atreves a dejarme a mitad, te juro que iré a por ti.

Él soltó una carcajada y volvió a acariciarla con delicadeza, se acercó una vez más a su oído y le susurró:

— Gracias por salvar a mi hermana, pero, por favor, no vuelvas a arriesgarte de ese modo... no quiero perderte.

Byanca sonrió enternecida ante aquella confesión.

— Sé que tu hermana es importante para ti...

— Pero no debes arriesgar tu vida así.

— No lo volveré a hacer, lo prometo — dijo ella dulcemente y trató de acariciarle la mejilla.

Él la miró con devoción y volvió a besar sus labios para luego apartarse y mirarla a los ojos.

— Deberíamos parar, no tienes fuerzas.

— No me dejes así, Saulo.

— Pero...

— Por favor. Además, ya puedo moverme un poco.

— No has terminado de comer.

— Eso puede esperar — dijo ella agarrándolo por la camisa de nuevo.

Entonces Saulo se dejó llevar y volvió a besarla, esta vez con pasión y deseo mientras posaba sus manos en los costados de la joven para subir la blusa del pijama y dejarla desnuda de cintura para arriba.

Sus labios se movieron por la barbilla, cuello y clavícula de Byanca hasta llegar a uno de sus pezones que chupó con necesidad. Ella soltó un gemido que volvió loco a Saulo, el cual prodigó la misma atención al otro pezón.

— Quítate la ropa, Saulo — pidió Byanca.

Él sonrió y le obedeció quitándose todo para quedar completamente desnudo ante ella, que se mordió el labio inferior con deseo.

Saulo volvió a darle atenciones a Byanca, a la que también dejó desnuda con rapidez para volver a sus labios, y sus manos volvían a recorrer su cuerpo hasta su centro, que estaba ya húmedo y listo para recibirlo.

Con delicadeza le abrió las piernas y se colocó en medio sin dejar de mirarla.

— Eres mía, Byanca, solamente mía.

Entonces la penetró con delicadeza, oyéndola gemir, y le colocó los brazos tras su cuello para que lo sintiera más cerca.

— Tú eres mío, Saulo, mío, mío.

— Siente cómo late mi corazón por ti, mi pequeña. Nunca había latido así por nadie, solo contigo, y si te pasara algo se iría junto a ti, dejándome muerto en vida. Por eso te pido que no hagas más locuras.

Ella lo sintió moverse y dejó caer la cabeza hacia atrás con un delicioso sollozo que se escapó tras las palabras que él le había dicho. Saulo aprovechó para volver a besar su cuello dejándole incluso una pequeña marca en este.

El ritmo, suave al principio, fue subiendo poco a poco su velocidad mientras se susurraban palabras y promesas de amor que encendieron sus almas y ambos llegaron al orgasmo nombrándose entre gritos y gruñidos, aun unidos.

Luego él salió de su interior y se recostó a su lado mientras recuperaba el aliento y sus latidos se acompañaban. Se miraron por unos instantes.

— Ahora sí que no puedo moverme — dijo Byanca con una dulce sonrisa — . Tendrás que alimentarme.

— Encantado de hacerlo — dijo él, que también sonrió.

Tomó la bandeja para seguir dándole de comer mientras compartían confidencias.

Una vez hubo acabado, se acostó junto a ella, atrayéndola hacia sus brazos y se miraron a los ojos.

— ¿Has podido averiguar algo de mi hermana?

— He contactado con algunas personas que me deben favores, pero de momento no han encontrado nada. Seguirán intentándolo. Rusia es grande y podría estar en cualquier sitio, pero no van a dejar de buscarla, eso te lo prometo.

— ¿Y si...? — las palabras se le atragantaron en la garganta.

— No lo pienses, va a estar viva y cualquier cosa que pudiera tener, tendrá a los mejores médicos de la Toscana.

— Me da pena pensar en el resto de chicas que están con ella. Vejadas, maltratadas... debe ser horrible. Debe ser un infierno.

— Probablemente lo sea, y como averigüemos quién está detrás de todo esto va a pagar muy caro lo que ha hecho, no solo con tu hermana, sino con todas esas chicas separadas de sus familias forzosamente sin opción a nada.

Byanca cerró los ojos y escondió el rostro en el hueco del cuello de Saulo.

— Me pregunto cómo estará Leo — dijo ella de repente.

Saulo levantó la cabeza y la miró.

— ¿A qué viene eso ahora?

— No lo sé. Sentirse traicionado así no debe ser fácil de asumir. No pude hablar con él después de que tu abogado me sacara de la comisaría.

— ¿Acaso quieres hablar con él?

Ella se encogió de hombros.

— Quiero tener una conversación seria con él, explicarle todo.

— Después de lo ocurrido no creo que vaya a entenderlo, lo mejor es que lo dejes así o será peor. Ahora lo importante es que te recuperes y ponernos con los ordenadores a buscar toda la información posible sobre quién fue la persona que cerró las denuncias. Cuando estuviste en comisaría, ¿no viste a alguien que te recordara a esa persona?

— La verdad es que estaba demasiado nerviosa como para acordarme de algo. De la sala de interrogatorios pasé a la celda y de allí de nuevo a la sala, no pude ver mucho.

La joven se estremeció ante el recuerdo y él le besó la frente con delicadeza.

— Lo mejor es que lo olvides, eso no volverá a ocurrir porque estás en la familia Graziani y yo protejo a los míos.

— Gracias.

— No me lo agradezcas. Por cierto, ¿aún quieres seguir siendo mi secretaria? La oficina se siente muy vacía sin ti — dijo él sonriendo.

Ella lo miró sonriendo.

— Creí que me iba a despedir, señor Graziani, he faltado mucho a mi puesto de trabajo.

— Las circunstancias son especiales, señorita Marchetti. Cuando se recupere, me gustaría que volviese a la oficina, estoy volviéndome loco con tanta llamada.

— Que poca paciencia que tiene, señor Graziani — dijo ella sonriendo.

Él también sonrió y al poco rato ambos se quedaron dormidos.

La puerta se abrió de repente sorprendiendo a Chiara, que dormitaba en la cama. Era uno de los tipos que la vigilaban, y portaba una caja en las manos que dejó sobre la cama para desencadenar a la joven.

Con señas le indicó que debía ponerse lo que había metido allí. La joven abrió la caja y dentro vio un corsé negro junto a un tanga y medias de liga del mismo color. También había unos zapatos de tacón altísimos.

Ella miró al tipo y este salió para dejarla vestirse con aquellas prendas. Aquello le hacía sentir mucho más desnuda que su camisón negro y no pudo evitar llorar desolada. Cuando se hubo puesto todo, tocó la puerta y entonces apareció el hombre que le ató las manos a la espalda y le puso un saco en la cabeza para que no viera nada. La agarró con fuerza del brazo y la arrastró por varios pasillos en los que se oía todo tipo de gemidos y llantos desgarradores que pusieron los pelos de punta a Chiara.

Cuando se detuvieron, escuchó abrirse la puerta de un coche y la metieron dentro, tirada en el suelo, probablemente estuviera en la parte trasera de un furgón. ¿A dónde la llevaban? Su cuerpo empezó a temblar y se asustó cuando cerraron la puerta.

— ¿A dónde me lleváis? — preguntó ella realmente asustada, pero nadie le contestó.

Entonces sintió cómo se ponía en marcha y se movía el vehículo.

El furgón salió de un garaje subterráneo hacia la dirección que le habían indicado y donde se celebraría la fiesta de un tipo que estaba obsesionado con la joven.

Lo que el tipo que conducía no sabía era que un coche de color oscuro lo seguía de cerca. En él iba un mercenario contratado por el amigo de Bianca para rescatar a Chiara y llevarla de nuevo a Italia con su hermana.

En una carretera despejada, el mercenario, un antiguo soldado, sacó su brazo por la ventanilla y con el arma que llevaba disparó a una de las ruedas, haciendo que el coche zigzagueara un poco. Aprovechó entonces para ponerse a

la misma altura y, con mano diestra, disparar al conductor en la cabeza. El furgón viró hacia un lado hasta que este chocó con un árbol.

Chiara se golpeó contra la pared cuando el furgón cambió de dirección bruscamente y, cuando sintió que la puerta se abría, gritó asustada porque no podía ver lo que pasaba.

— Tranquila, soy quien viene a salvarte, me han contratado para llevarte a un lugar seguro. — A pesar del acento marcado, hablaba bien el italiano. Se subió en el furgón y desató las manos de Chiara para luego quitarle el saco que le cubría la cabeza — . Debemos darnos prisa.

— ¿Quién eres? — preguntó ella asustada al ver a un hombre alto y fuerte con el pelo corto negro y los ojos tan oscuros como la noche, con una barba que cubría parte de su rostro.

A pesar de ser guapo, tenía un deje peligroso en la mirada.

— ¡Sal ya! — le exigió este.

Chiara, rápidamente, obedeció y salió del furgón para ver que otro igual en el que había estado se acercaba a ellos a gran velocidad.

Él la empujó hacia su coche y ella obedeció, aunque tropezó a causa de los tacones. Sin pensarlo, se los quitó y corrió para meterse en el vehículo cuando oyó disparos.

Una vez dentro del coche, se agachó por orden expresa del mercenario y él metió un acelerón.

— ¿Cómo sabías...? — preguntó Chiara.

— Logré infiltrarme en ese cuchitril lleno de hijos de puta y supe que te iban a llevar a una fiesta privada. Al parecer tienes a alguien muy obsesionado.

La joven se abrazó a sí misma y comenzó a llorar.

— Quiero volver a Italia, quiero alejarme de todo esto.

— Lo conseguiremos, la persona que me contrató te espera en un lugar seguro.

Los disparos que salían de las armas que llevaban los tipos del furgón no daban tregua y el mercenario intentaba esquivarlos.

Chiara se tapaba los oídos y gritaba cada vez que una bala impactaba contra el coche.

— Nos van a atrapar... — decía ella desesperanzada — . Si me atrapan, me matarán.

— No van a atrapar a nadie, ¿me oyes? Necesito que cojas la pistola que hay en la guantera y me la des.

Ella asintió y, con manos temblorosas, sacó el arma para dársela. Él sacó medio cuerpo del coche y disparó a uno de los tipos en el brazo. Por suerte era el que conducía y eso les dio un margen de tiempo para poner distancia.

Cuando los tuvieron lejos, el tipo se quitó la chaqueta de cuero que llevaba y se la tendió.

— Póntela, odio ver en lo que os convierten por dinero.

Ella se cubrió rápidamente.

— Gracias — dijo ella agradecida — . Llevar esto es... horrible. Me hace sentir tan... tan sucia...

Él siguió conduciendo hasta llegar a una zona residencial. Allí se dirigieron a una enorme casa a la cual accedieron a través del garaje. Se bajó del coche y fue hasta la puerta del copiloto para abrirla y que ella saliera.

Al principio no se movió, pero luego bajó lentamente del coche con la chaqueta cubriéndole hasta la mitad de los muslos.

— Ven, hay una habitación lista para ti — dijo él entrando por una puerta hasta el interior de la mansión.

Chiara lo siguió con temor, pero al ver la inmensidad del lugar, no pudo evitar observar todo con detenimiento. Él también se detuvo y la observó por unos segundos. Se veía tan pequeña con su chaqueta.

— Es inmensa.

— Sí — dijo él secamente — . Sígueme, seguro que quieres darte una ducha y ponerte ropa.

Ella lo miró y lo siguió hasta el piso superior. Una vez arriba la llevó hasta una habitación y la dejó entrar, encontrándose con una amplia estancia en la que había una cómoda cama con su mesilla de noche correspondiente. Algunos pocos muebles más, como un armario y una cómoda, llenaban el lugar.

Él se acercó hasta una puerta que conectaba con un enorme baño, la joven, pasó por su lado sin dejar de abrazarse.

— Gracias — dijo ella bajando la mirada.

— Te dejo sola — dijo girándose, pero de repente se detuvo y la miró — . Por cierto, me llamo Arkadiy.

Sin esperar respuesta, salió de la habitación dejándola sola. La joven se acercó hasta la ducha y abrió el grifo para que fuera calentándose el agua, se despojó de aquellas prendas y se metió dentro. El agua caliente relajó la tensión que había mantenido hasta el momento y, por primera vez en muchos días, se sintió como una persona normal.

Se enjuagó el pelo, se enjabonó el cuerpo y, cuando acabó, abrió la puerta para coger la toalla. Esta se encontraba junto al lavamanos, que estaba presidido por un gran espejo del que comenzaba a irse el vaho.

Sin poder evitarlo, se miró en él y lo que vio la hizo jadear. Tenía el cuerpo lleno de heridas y marcas, también podían verse moratones en distintas fases de sanación, desde los más oscuros hasta los más amarillentos. Al verlos todos,

vinieron a su mente las imágenes de cómo había recibido cada uno y no pudo evitar taparse los oídos recordando sus propios gritos de dolor.

Cayó de rodillas y gritó mientras las imágenes pasaban a cámara lenta por delante de sus ojos hasta que notó cómo empezaba a faltarle el aire. En momentos como ese, solo podía llamar a una persona con desesperación.

— ¡Byanca! ¡Ayúdame! — gritó hasta casi desgañitarse.

La puerta se abrió rápidamente apareciendo Arkadiy con el arma en la mano pensando que alguien estaba atacando a Chiara, pero lo que vio le encogió el corazón.

La joven estaba de rodillas en el suelo tapándose los oídos y gritaba llamando a alguien mientras lloraba desconsoladamente. Era la viva imagen de la desesperación y el dolor.

Él se acercó hasta ella y le tocó el hombro. Ella se apartó con un grito quedando encogida en una esquina del baño, mirándolo con terror. Habían roto su inocencia en aquel lugar.

— Soy yo, soy Arkadiy, no voy a hacerte daño.

Ella gemía con terror hasta que lo vio. Algo en aquella mirada hizo que su corazón dejara de bombear tan fuerte y que el miedo diera paso a una leve calma.

Arkadiy se agachó frente a ella guardando el arma a su espalda sin dejar de mirarla a los ojos.

— Arkadiy... — susurró ella, que tenía la garganta seca e irritada de tanto gritar.

— Sí, pequeña, soy yo. ¿Qué ha pasado?

Chiara levantó la mirada hacia el espejo y luego la volvió a bajar.

— Yo... no... no puedo mirarme. Mi cuerpo... — Se encogió aún más y escondió la cara para que no la viese llorar más — . No puedo...

— ¿Quieres que lo quite? — preguntó él.

La joven asintió mientras se abrazaba las piernas por lo que él se levantó y quitó el espejo para dejarlo en el suelo al revés. Todo esto bajo la atenta mirada de Chiara, que vio cómo cogía un albornoz y se lo entregaba. Luego lo vio salir del baño, dejándola sola.

Chiara se incorporó lentamente y se puso la prenda, cubriéndose todo lo que podía para salir del baño. Cuando entró en la habitación no había nadie, pero sí encontró una nota sobre la cama que cogió.

La letra era elegante y cuidada en la que pudo leer que en el armario había ropa cómoda para que se pusiera. Dejó el papel y se dirigió al mueble en el que vio una gran cantidad de prendas de todo tipo. Sin pensarlo mucho cogió unos leggins y un suéter de cuello alto. No se sentía preparada para verse las heridas y

los golpes de nuevo.

Cuando terminó de vestirse, se dirigió a la cama y allí se sentó abrazándose las rodillas. Por primera vez en tres años era libre y, a pesar de todo, en vez de estar feliz se sentía sucia y rota. En ese momento se dio cuenta de que nunca volvería a ser la Chiara de antes.

¿Qué le diría a su hermana cuando la viera? ¿Sentiría la pena en su mirada? No podría soportarlo, ver a Byanca intentar recomponer los pedazos rotos de su vida sería un infierno. Nunca volvería a sonreír, ni sentir felicidad. Se hallaba en un pozo oscuro y sin fondo del que probablemente nunca podría salir.

— Lo siento, Byanca, la Chiara de hace tres años está muerta — dijo la joven recostándose de lado en la cama — . Esa chica jamás volverá...

Cerró los ojos, cansada, y casi al instante se quedó profundamente dormida.

Arkadiy había bajado al piso inferior con la rabia bulléndole en el interior. ¿Cómo podía alguien corromper así a un ser inocente? La persona que lo había contratado le había contado toda la historia de la chica, y ver en lo que se había convertido aquella joven lo llenaba de una ira inusual.

Una ira que le incitaba a matar a todos aquellos que le habían hecho daño deliberadamente para buscar el placer.

En el tiempo que pasó infiltrado allí había visto de todo y las caras de todas las jóvenes eran la de la desesperanza y de la resignación a su terrible futuro le hacían sentir arcadas.

A pesar de haber visto mucha muerte y destrucción a lo largo de sus años como militar, jamás estaba preparado para lo que se vivía en ese burdel en donde todas las chicas eran maltratadas y vejadas hasta ser un cero a la izquierda, sin opinión y sin futuro.

Con toda esa rabia contenida, preparó una bandeja con algo de comida ligera y subió a la habitación de Chiara. Una vez arriba, tocó la puerta, pero nadie respondió dentro. Preocupado, abrió para encontrar a la chica durmiendo profundamente.

Dejó la bandeja en la mesilla de noche y se dirigió al baño. Cuando había entrado antes, había visto su cuerpo lleno de golpes y de heridas que requerían atención así que buscó el botiquín en un pequeño ropero que había allí. Una vez lo tuvo en las manos, se dirigió de nuevo a la habitación.

Chiara se removía en sueños, producto de alguna pesadilla, mientras gemía desolada, rogando a alguien invisible que la dejara hasta que despertó empapada en sudor. Al verlo frente a ella, intentó gritar y encogerse.

— Soy yo — volvió a decir él una vez más. Estaba tan traumatizada que

todo le parecía una amenaza contra su voluntad — . Te he traído algo de comer y he cogido el botiquín para curarte algunas heridas.

Arkadiy se acercó hasta la cama y se sentó. Ella se apartó un poco con la mirada baja.

— Estoy bien — dijo la joven en apenas un susurro.

— No lo estás, debes curarte esas heridas o se te podrían infectar — dijo él tendiéndole el botiquín, probablemente no quería que la tocara.

— He estado peor...

— Lo mejor es que lo hagas, no podemos arriesgarnos a tener que llevarte a un hospital o podrían descubrirnos. La persona que me contrató está buscando vuelos que vayan hacia Italia lo más pronto posible y al fin podrás ser libre.

Ella negó con la cabeza.

— Jamás seré libre del todo, mi cuerpo sí, pero mi interior... dentro de mí todo está muerto.

Arkadiy abrió el botiquín para sacar gasas y otros enseres para curar.

— Si no lo haces tú, tendré que hacerlo yo — dijo cogiéndole la mano para ver la muñeca con laceraciones de cuerda o esposas. Chiara intentó apartarse con un gemido, asustada, pero entonces ambos se miraron a los ojos — . No voy a hacerte daño y lo sabes. No lo he hecho hasta ahora, así que confía en mí y deja que te cure al menos las muñecas. Luego te puedo dejar sola para que te echas una pomada en los moratones y comas algo.

Todo esto lo dijo sin apartar la mirada de la de ella hasta que finalmente Chiara asintió, muy levemente, con un nudo en la garganta.

Entonces Arkadiy le curó suavemente las heridas de las muñecas para luego dejarla sola y que hiciera lo que él le había dicho.

42

El móvil de Byanca empezó a sonar, haciéndola despertarse. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Saulo y miró a su alrededor antes de incorporarse y coger el aparato a la vez que él también se incorporaba.

— ¿Diga?

— Byanca... tengo a Chiara... Está a salvo. No me preguntes si está bien, simplemente está a salvo.

Al oír aquellas palabras de su amigo, miró a Saulo mientras se le escapaban las lágrimas sin control.

— Vale, tráela a casa... por favor...

— Así lo haré, estoy buscando vuelos que salgan hacia allá lo más pronto posible.

— Gracias — dijo con voz acongojada.

Saulo la miró sin comprender del todo lo que estaba ocurriendo.

— De nada, te tengo que dejar, ya te llamaré para avisarte sobre el vuelo.

— Sí, adiós.

Byanca colgó y se cubrió el rostro, dejando escapar las lágrimas. Saulo, preocupado, la abrazó.

— ¿Qué ocurre?

— Mi hermana, está a salvo, pronto estará aquí — dijo ella sonriendo sin dejar de llorar.

Él la besó en la cabeza.

— Eso es maravilloso, ¿cuándo viene?

— Están buscando vuelo.

— Puedo mandar un jet privado a buscarlos si quieres.

Ella lo miró.

— ¿De verdad?

— Claro, tendría que ver la situación para contactar con algún aeropuerto que tenga pistas privadas, pero no creo que sea muy difícil.

— Gracias — dijo ella refugiándose entre sus brazos.

— Lo que sea por verte sonreír de verdad — dijo Saulo besándole la coronilla.

Entonces, él se levantó porque quería empezar cuanto antes a trabajar en lo

del jet privado para ir a buscar a la hermana de Byanca.

— ¿Cuándo viene el cuadro que has comprado? — preguntó ella mientras se destapaba, dispuesta a levantarse.

Apoyó los pies en el suelo y se incorporó, pero las piernas le fallaron y a punto estuvo de caer al suelo de no ser porque Saulo la sujetó a tiempo.

— ¿Se puede saber a dónde vas? Apenas puedes mantenerte en pie.

— Quería ir a la habitación donde están los ordenadores.

— Debes descansar, has estado a punto de morir.

— Pero ya estoy mejor.

Saulo la miró de arriba abajo, enarcando las cejas mientras ella se mantenía agarrada a él. No pudo evitar sonreír sentándola.

— No puedes mantenerte en pie.

— Si lo intentó lo conseguiré.

— Descansa un poco más, te hará bien, hablaré con Salvatore a ver qué dice.

— No puedo quedarme aquí, Saulo, necesito hacer algo. No puedo estar acostada todo el día, hay muchas cosas pendientes. El cuadro, las denuncias en la base de datos de la policía... que mi hermana esté a salvo ahora no quiere decir que deje a las otras chicas abandonadas, tengo que hacer justicia.

Saulo se agachó frente a ella y ambos se miraron a los ojos.

— Hagamos una cosa... vístete y yo te llevo hasta los ordenadores. Luego iré a por ti y te traeré de vuelta a la habitación, ¿qué te parece? No tendrás que caminar, está visto que no tienes fuerza ninguna.

Byanca le acarició la mejilla con una sonrisa dulce y luego le dio un beso.

— De acuerdo — dijo cuando se apartó — . ¿Me traes algo de ropa?

Él se levantó sin dejar de sonreír y fue al armario para cogerle unos vaqueros y una blusa sencilla. Cogió la ropa interior de la mesilla de noche y se dispuso a vestirla con delicadeza.

— ¿Dónde están tus gafas?

— Se quedaron en la sala de ordenadores, creo — dijo intentando hacer memoria — . Espero que no se hayan roto cuando caí al suelo.

— Ahora lo descubriremos — dijo él mientras la cogía en brazos y la sacaba de la habitación.

Una vez fuera, se cruzaron con Fabiola, que al ver a Byanca se acercó corriendo y le tomó la mano con alivio.

— Estás bien, menos mal. Me has dado un buen susto. No lo vuelvas a hacer, por favor.

— No volverá a suceder, te lo prometo — dijo Byanca.

— ¿Por qué vas en los brazos de mi hermano?

— Aún estoy un poco débil.

— Y, cómo puedes ver, no quiere quedarse en la cama para terminar de recuperarse — dijo Saulo.

— Sabes que hay mucho por hacer.

Saulo suspiró frustrado y Fabiola soltó una carcajada.

— Hacéis una pareja maravillosa. Gracias, Byanca, gracias por llegar a la vida de mi hermano.

Ambos se miraron y no pudieron evitar sonreír, luego la joven miró a Fabiola y le cogió la mano.

— No tienes nada que agradecer, de verdad.

La hermana de Saulo apretó la mano de Byanca y luego se apartó.

— Bueno, parejita, os tengo que dejar, Piero y yo tenemos mucho que organizar, quedan unos meses para la boda, pero quiero tenerlo todo bien atado.

Ambos asintieron y la vieron alejarse. Luego él siguió su camino y entraron en la habitación donde estaban los ordenadores. La sentó en la silla y buscó las gafas, que estaban tiradas en el suelo justo donde había caído ella.

Por suerte, estaban intactas y ella sonrió feliz al ponérselas. Encendió los ordenadores y se puso rápidamente a teclear para entrar en la base de datos del puerto y ver si ya estaba registrada la llegada del barco que traería el cuadro de Saulo.

— Si necesitas algo, puedes llamar a mi despacho por la línea interna — dijo Saulo acercándose a la puerta.

Ella asintió sin decirle nada y mirando las pantallas fijamente, por lo que él salió de allí y se dirigió a su despacho para realizar las llamadas pertinentes que traerían a la hermana de Byanca a Italia.

Byanca, entonces, entró en la base de datos de la policía, después de verificar que el inhibidor de señal estaba conectado. Siguió mirando las denuncias de chicas desaparecidas y las fue abriendo.

Si al menos recordara la cara del policía que había recogido la denuncia de su hermana sería un enorme avance, porque esa persona estaba colaborando con gente mala que obligaba a las chicas a prostituirse, sufriendo e incluso muriendo.

De repente, la imagen de un hombre observándola cuando salió de la comisaría con el abogado de Saulo le vino a la mente. Aquella cara le resultaba familiar, pero no podía estar segura de nada.

Sin pensarlo, se metió en la carpeta donde estaban las fichas de todos los que trabajaban en la comisaría de Leo viendo cada una hasta que encontró la de ese hombre.

— Cyrano... — leyó su nombre intentando hacer memoria.

Entonces a su mente vino la imagen un gafete en el que estaba ese nombre,

pero lo veía borroso a causa de las lágrimas. ¿Sería ese hombre el que había recogido su denuncia?

Miró la foto de la ficha y lo recordó todo. Su memoria fotográfica no la engañaba nunca, ese hombre había recogido la denuncia de la desaparición de su hermana y probablemente él la había cerrado, como había hecho con el resto.

Cogió el teléfono y marcó el número de la línea interna del despacho de Saulo.

— ¿Byanca? ¿Ocurre algo?

— Lo he encontrado... he encontrado al hombre que ha cerrado las denuncias.

— Espera que subo.

Saulo colgó y poco después apareció en la habitación acercándose rápidamente hasta donde estaba la chica.

— Es él, Saulo, ¿lo has visto alguna vez? Porque si está colaborando con alguna familia has tenido que verlo.

— Es difícil saberlo, Byanca, conozco a todas las grandes familias y no creo haber visto a este hombre en alguna de ellas. ¿Estás segura de que fue él quien recogió tu denuncia?

— Sí, tengo memoria fotográfica, pero la conmoción de lo ocurrido no me había dejado recordarlo hasta ahora, que pensé en el día que salí libre gracias a tu abogado. Él estaba allí, observándome, como si me hubiese reconocido.

— La verdad que su cara me suena mucho, quizás lo viese cuando tu... bueno, ese policía me interrogó. Quizás estuviera por allí.

— Tienen que saberlo, es un policía corrupto, tienen a su enemigo en su propio edificio.

— ¿Crees que te harán caso, Byanca? Te recuerdo que, aunque estás libre, tienen tu ficha y no van a fiarse de ti.

— Me da igual, tienen que hacer algo.

— No.

— ¿De verdad piensas que no haré nada? Hay miles de chicas ahí fuera en peligro y él está colaborando para que nadie las busque. ¡Abusan de ellas, Saulo! Mi hermana probablemente ha sido violada día sí y día también desde hace tres años. ¿Qué harías si fuese tu hermana quien estuviese en la situación de Chiara? Seguro que harías todo lo que estuviese en tu mano para sacarla de ese mundo.

— Claro que haría todo lo posible, pero por mi cuenta, porque la policía no hace caso.

— Ah claro, olvidaba que tienes muchísimo dinero para poder rescatar a tu hermana si estuviese en esa situación, y quizá no hubiera pasado mucho tiempo. Quizás a ti no te importen las demás chicas, pero a mí sí porque han compartido

la misma suerte que Chiara.

Saulo suspiró mientras se pasaba una mano por el pelo.

— No quería decir eso.

— Pero lo has dicho — dijo Byanca volviendo la vista al ordenador con las lágrimas surcando su rostro — . Joder, Saulo. Esas chicas están sufriendo y quizás no tengan nunca la misma suerte que mi hermana, porque sus familias confían en que la policía las traerá de vuelta.

— No quiero que te decepciones cuando no te hagan caso, Byanca — dijo él tomándola del rostro para que lo mirara.

— Mi conciencia me dice que lo haga, Saulo.

— No les des todo tan fácil, que descubran ellos quién es el corrupto. Que trabajen un poco. A partir de ahora debemos tener cuidado en todos nuestros movimientos, nadie puede saber lo de tu hermana hasta que esté segura en mi jet privado.

— ¿Has podido hacer algo entonces?

— Mañana tendrá la pista preparada y he conseguido que una en Rusia nos deje aterrizar. Necesito el número de tu amigo para darle la información que necesita.

— Sí, claro.

Ella cogió un papel y un lápiz para apuntar el número de su amigo. Se lo entregó y él le dio un beso en la frente.

— Lo llamaré ahora mismo y, recuerda, no les des las cosas tan fáciles.

Byanca asintió y lo vio salir para volver la vista al ordenador donde estaba la ficha de Cyrano. Minimizó esta y abrió una ventana que dejaría un mensaje en todas las pantallas de los ordenadores de la policía como si fuese un virus.

Escribió un mensaje sencillo que envió camuflando todo para que no descubrieran que ella estaba detrás de todo aquello. Ahora CBLibertà había tomado las riendas y había venido para quedarse.

Miró la pantalla satisfecha, por primera vez en mucho tiempo las cosas iban a empezar a salir bien y eso era algo que la llenaba de alegría.

Tan concentrado estaba en los papeles que tenía que revisar que no vio el intenso revuelo que se había formado fuera del despacho hasta que sintió entrar a Clairee.

— ¡Enciende el ordenador! — exclamó ella.

— ¿Qué ocurre?

— Alguien ha entrado en los ordenadores dejando un mensaje que creo que es importante.

Leo encendió el ordenador y, tras unos segundos, vio aparecer una ventana

con fondo negro y un mensaje en letras verdes que decía:

“No os fieis de nadie, la corrupción se ha cebado con las vidas de muchas chicas inocentes que no merecen sufrir lo que sufren. La maldad está en su mirada”.

— ¿Qué significa esto? ¿Dónde están los de informática para que averigüen de dónde viene este mensaje? — preguntó Leo, aunque en su fuero interno sabía quién lo había enviado.

— Están intentando averiguar el IP. ¿Por qué nos envían este mensaje?

— Porque tenemos a alguien que ha cerrado las denuncias de las jóvenes desaparecidas y pertenece al cuerpo.

— ¿Quieres decir que tenemos a un traidor entre nuestras filas? — preguntó Clairee.

— Tenía mis sospechas, porque podrían haberlas cerrado desde fuera, pero esto me confirma que uno de los nuestros pertenece a una organización familiar que está traficando con las jóvenes desaparecidas.

— Pero ¿por qué?

Leo se encogió de hombros.

— Ambición, poder... Quién sabe. Lo que sí debemos saber es quién es para detenerlo. Se lo debemos a todas las jóvenes desaparecidas que no hemos podido buscar hasta ahora.

Cyrano entró en su despacho maldiciendo en silencio aquel mensaje que había salido en las pantallas de todos los ordenadores. Seguro que había sido la estúpida de Byanca, que había vuelto a hackear la base de datos de la policía.

Seguro que había recordado cuando él recogió su denuncia, pero lo raro era que los de informática no hubieran podido identificar el IP del ordenador desde donde lo estaba haciendo.

Probablemente tenía un inhibidor, pero eso costaba mucho dinero. ¿Cómo lo había conseguido?

De repente miró su teléfono y vio una luz parpadeando, aquella que le indicaba que le estaban haciendo una llamada. Una empleada de la casa le transmitía lo que había oído a través de un micrófono que llevaba encima y limpiaba cerca.

Cogió al auricular y se lo puso en la oreja para oír la conversación. La información que recopiló le hizo sonreír. Ahora entendía muchas cosas.

Byanca estaba en la casa de Graziani y, por lo que había podido escuchar, un amigo de ella había conseguido sacar a la hermanita del lugar donde estaba. Ahora querían traerla de vuelta en el jet privado. Muy interesante todo e iba a provechar la oportunidad.

La hermanita iba a venir a Italia, pero no en el avión del Graziani.

Con una sonrisa maliciosa tomó su móvil e hizo una llamada a Rusia.

— ¿Cyrano?

— Eres un irresponsable. ¿Cómo es posible que una de las chicas lograra escapar?

— ¿Cómo lo has sabido?

— Tengo mis fuentes.

— No es lo que piensas. La llevábamos a una fiesta privada y todo salió mal. Pagaron mucho dinero por ella, es de las especiales, su precio es muy alto.

— Y la habéis dejado escapar, imbécil, pero eso no importa ahora. Sé dónde va a estar mañana y quiero que hagáis todo lo que te voy a decir, ¿entendido?

— Sí, claro.

— Muy bien, escucha atentamente... — dijo mientras se acomodaba en su silla mirando el mensaje de la pantalla del ordenador.

Si las cosas salían como lo tenía planeado, aquel será el comienzo del fin de la era Graziani. Sonrió al pensar en ello.

Chiara estaba en su habitación abrazándose las rodillas. Había algunos vendajes en sus muñecas y tobillos gracias a que Arkadiy se había encargado de curarle las heridas que habían causado las ataduras.

La pomada que le había dado y que ella misma se había puesto empezaba a calmar el dolor de los moratones, lo que la alivió bastante.

Alguien tocó en la puerta y ella miró. El corazón le golpeó con fuerza por el miedo. El instinto de supervivencia no le abandonaba a pesar de saberse a salvo.

— Soy yo — se oyó la voz desde fuera al ver que ella no respondía. Respiró aliviada al oír la voz del amigo de su hermana — . ¿Puedo pasar?

— Sí.

La puerta se abrió y lo vio aparecer con un ordenador portátil bajo el brazo.

— ¿Cómo te encuentras?

— Bien — dijo ella encogiéndose de hombros.

— Tengo una sorpresa para ti — dijo él sonriendo mientras colocaba el portátil delante de ella.

Chiara miró el aparato y luego dirigió su mirada hacia él.

— ¿Una sorpresa?

— Mira y verás.

Levantó la pantalla y conectó el Skype. Ella vio que se conectaba y, cuando vio a la persona que había allí, miró la pantalla extrañada. Byanca sonrió frágil.

— Soy yo... He cambiado un poco de imagen.

— By... Byanca...

Reconoció su voz, sus ojos no habían cambiado tampoco. Chiara comenzó a llorar.

— Chiara, pequeña — se oyó la voz de su hermana, que también lloraba de felicidad.

— Oh Dios mío, Byanca — dijo Chiara mientras posaba la mano en la pantalla — . Eres tú... eres tú...

— Claro que soy yo, Chiara. ¿CÓ... cómo estás? ¿Estás bien?

Pero la joven no podía hablar, solo podía observar a su hermana sin dejar de llorar.

— Te he echado de menos...

— Yo también, pequeña. Nunca dejé de buscarte, me siento tan culpable...

— No, la culpa fue mía. Sabía que no dejarías de buscarme... eso era lo que me mantenía viva cuando deseaba morir...

Byanca se cubrió la boca ahogando un sollozo al oír aquellas palabras, pero luego trató de sonreír.

— Olvida eso, Chiara, ahora vas a volver a casa junto a mí. Volveremos a estar juntas.

Chiara asintió intentando sonreír.

— Quiero volver...

— Mañana iré un jet privado a buscarte y pronto estaremos juntas.

La chica volvió a tocar la pantalla sin dejar de llorar, asintiendo.

— ¿Qué ha sido de tu vida en estos tres años, hermana? — preguntó Chiara queriendo seguir hablando con ella.

— Han pasado muchas cosas, pequeña, tantas que no tendríamos tiempo suficiente para contártelas.

— No me importa... quiero saberlo...

El amigo de Byanca sonrió y salió de allí, suponiendo que lo mejor era darles intimidad.

— La verdad es que no hay mucho que contar, he cambiado un poco de imagen pasando al rubio y estuve con un hombre hasta que conocí a Saulo que es el que mandará el jet para Rusia.

— El rubio te queda bien — dijo Chiara sonriendo levemente, pero era una sonrisa que no llegaba a sus ojos, a pesar de que se sentía feliz por poder volver a ver a su hermana.

— Gracias, pequeña.

— ¿Y quién es ese Saulo que has nombrado?

— Es un hombre maravilloso, que está dispuesto a darlo todo por las personas que quiere. Sin siquiera conocerte aún ha querido ayudarte.

— Tengo miedo... — dijo Chiara de repente.

— ¿Por qué?

— Porque ya no soy la misma, Byanca, yo... mi antiguo yo ya no existe...

La joven se llevó una mano al pecho y su hermana pudo ver el vendaje de la muñeca.

— ¿Qué es eso de la muñeca? ¿Qué te ha pasado?

Chiara se cubrió el vendaje con la manga del pulóver.

— Nada... no... no me preguntes, por favor — dijo ella encogiéndose.

— Vale, vale, tranquila, no te preguntaré. Hablemos de otra cosa, ¿sí?

La joven asintió y estuvieron hablando un rato más de cosas banales para evitar pensar en su vida durante aquellos tres años. Cuando acabó la conversación, bajó la pantalla para dejar el portátil sobre la mesilla de noche y se recostó de lado, cerrando los ojos hasta quedar profundamente dormida.

De repente se vio en aquella habitación del burdel siendo rodeada por varios tipos mientras ella retrocedía hasta quedar contra una de las esquinas.

— No, por favor, otra vez no — rogaba mientras las lágrimas caían sin control por sus mejillas.

Entonces uno de ellos tiró de su muñeca y la llevó hasta la cama para luego ponerse encima. Chiara comenzó a chillar pidiendo auxilio.

Arkadiy oyó los gritos de la joven desde su habitación y corrió hacia la de ella, que no estaba muy lejos, para abrir la puerta. Chiara se agitaba en la cama con los ojos cerrados y las mejillas empapadas de lágrimas.

Se acercó a la cama sin saber muy bien qué hacer. Estaba teniendo una pesadilla y si despertaba y lo veía a él, sería muchísimo peor.

— No van a hacerte más daño, Chiara, ya no te harán nada — le dijo para que lo escuchara.

La joven gimió asustada y abrió los ojos. Cuando lo vio, se incorporó y retrocedió hasta el cabecero.

— ¡No me toques!

— No voy a hacerte daño, soy Arkadiy, mírame.

Ella se cubrió la cabeza totalmente encogida.

— No me toques, no me toques... estoy sucia, sucia... — repetía sin cesar.

— No digas eso — Arkadiy se subió a la cama y posó una de sus manos en la de ella, que intentó huir — . Yo nunca te haré daño, te saqué de aquel lugar, te llevaré hasta Italia mañana.

Los gemidos bajaron de intensidad, aunque no podía dejar de llorar.

— No puedo volver así... no puedo...

— Claro que puedes, volverás a tu casa y te repondrás, allí te espera tu hermana. Vivirás lo que no has podido vivir en este tiempo encerrada.

Ella levantó la mirada.

— Ya no será lo mismo... tengo mucho miedo, en este tiempo no he conocido otra cosa que el miedo, los golpes, las violaciones... no soy la misma...

— No eres la misma, pero debes ser fuerte, no debes mostrarte débil a los

demás o será peor. Tienes que sacar fuerzas, aunque no las tengas, porque si no luchas por seguir adelante, nadie podrá ayudarte. Las pesadillas no se irán con facilidad y el miedo siempre va a estar ahí, pero, si demuestras la fuerza que sé que tienes, se irán para que puedas seguir adelante.

— Es muy fácil decirlo. Tú no has vivido lo que yo...

— Quizá no, pero he visto mucho más que eso. La maldad humana no tiene límites.

Chiara se abrazó las rodillas intentando estar lo más lejos posible de él. No podría soportar que la tocara de nuevo. Cualquier roce le hacía recordar lo que le había ocurrido y no quería que la miraran con pena.

— ¿Cómo consigo hacerme fuerte?

— Todo está en tu mente, Chiara. No todos van a querer hacerte daño, mira.

Él acercó su mano hasta ella que se encogió aún más si cabía, pero Arkadiy le tocó el hombro. Chiara gimió asustada y miró al hombre con miedo, pero este negó con la cabeza, asegurándole que no le iba a hacer daño.

Sus ojos se encontraron y ella dejó de temblar, sintiendo un agradable calor ahí donde él la estaba tocando. Era la primera vez que alguien la tocaba en tres años y no sentía asco.

— ¿Ves? No tienes nada que temer.

— No... no siento asco... — dijo ella sonriendo levemente.

Él también sonrió y luego apartó la mano. Ella sintió un escalofrío cuando el calor de la mano de Arkadiy desapareció.

— Deberías descansar y había pensado en traerte una pastilla para que duermas, pero no sé si estarás dispuesta a tomarla. Te hará bien porque no tendrás pesadillas, sé que os drogaban muchas veces y entiendo que puedas tener miedo, pero ya has visto que yo no voy a hacerte daño y lo hago por tu salud mental.

— Si va a conseguir que deje de tener pesadillas, te lo agradecería. No creo que pueda soportar otro sueño así más.

— Iré a buscarla entonces — dijo él levantándose.

Chiara asintió y lo vio alejarse hasta que salió, entonces se llevó una mano a la zona que él había tocado. ¿Acaso había esperanza para ella? ¿Quizás no estaba rota del todo y podría empezar una vida nueva?

Suspiró hondamente hasta recostarse sin dejar de mirar hacia la puerta a la espera de ver a Arkadiy.

Cuando Arkadiy salió, se apoyó en la pared al lado de la puerta. ¿Desde cuándo una chiquilla como aquella hacía que su corazón rebotara tan rápido que

parecía que se le iba a salir del pecho?

Él, que era un ser que había perdido el corazón hacía mucho tiempo, ahora se veía conmovido por una joven inocente que había sufrido lo indecible en tan solo tres años en los que le arrebataron todo.

El miedo en sus ojos reflejaba bien el infierno que había tenido que vivir sin siquiera desearlo y era demasiado vulnerable.

Con un suspiro se alejó hasta su habitación, de donde tomó una tableta de pastillas que él conservaba para dormir con la conciencia tranquila. Había veces que esta no le dejaba descansar y le hacía pasar largas noches en vela pegado a una botella de vodka entre otras bebidas.

Odiaba cuando le obligaban a matar a alguien que no era realmente culpable y esas cosas le carcomían por dentro, en especial cuando ellos le miraban a los ojos suplicando por su vida y él no podía hacer nada por verse amenazado.

Sacudió la cabeza sacándose esos pensamientos de la cabeza y tocó en la puerta de la habitación de Chiara.

— Adelante — se oyó desde dentro.

Él abrió la puerta y se acercó a la cama mientras sacaba una pastilla de la tableta y se la entregaba junto con una botella pequeña de agua que había cogido de su habitación.

Chiara cogió ambas cosas y se tomó la pastilla. Dejó la botella en la mesilla para luego recostarse y cubrirse con las sábanas mientras cerraba los ojos.

— Que descanses.

— Gracias — dijo ella sonriendo levemente.

Sin decir nada más, Arkadiy salió de la habitación para que ella durmiera.

Al día siguiente, el jet privado de Saulo partió rumbo a Rusia para recoger a la hermana de Byanca.

Ambos se dirigían hacia la pista privada en uno de los coches de Saulo. Estaban muy callados, cada uno en sus reflexiones, aunque Byanca estaba muy nerviosa, retorciéndose las manos. Por fin iba a ver a su hermana tras tres años alejadas y, a pesar de haber hablado con ella por Skype, no sabía cómo iba a reaccionar al verla.

Saulo posó una mano en la de ella y ambos se miraron.

— Todo va a salir bien, ya lo verás — dijo él en un intento de tranquilizarla.

— Está siendo tan perfecto que temo que algo se pueda torcer de repente.

— Confía en mis hombres. No permitirán que nada ocurra, ya verás.

— Estoy deseando ver a Chiara, pero a la vez tengo miedo de que me rechace.

— Ya hablaste con ella ayer y todo había ido bien.

— Pero no es lo mismo. Este tipo de situaciones provocan muchos traumas y uno de ellos es el nulo contacto del afectado por los que la quieren.

— La ayudaremos a superarlo, es tu hermana y seguro que es tan fuerte como tú.

Ella sonrió levemente. Se mantuvieron en silencio hasta llegar a la pista privada. Se bajaron del coche, siendo recibidos por algunos de los trabajadores de Saulo, que los guiaron hasta un pequeño edificio acristalado.

Dentro de este había un amplio salón bien equipado y una pequeña cocina para hacer más agradable la espera. Se sentaron en el sofá, poniendo la televisión en la que en ese momento echaban las noticias de lo que estaba ocurriendo en el mundo.

Saulo miró su reloj para comprobar la hora. El jet debía estar a punto de aterrizar en la pista privada de Rusia por lo que se incorporó dejando a Byanca allí para dirigirse a otra sala que estaba en el piso superior donde estaban los controladores.

— ¿Ha aterrizado ya el avión?

— Están a punto, señor — dijo uno de los controladores.

— Perfecto, procurad mantener el contacto continuo con los pilotos.

— Sí, señor — dijo el otro.

Saulo asintió y salió de allí para volver junto a Byanca que manejaba su móvil con rapidez buscando algo que parecía ser importante.

Mientras tanto, en Rusia, Arkadiy conducía hacia la pista privada que le había indicado el hombre que lo contrató. De vez en cuando miraba por el retrovisor, para encontrar a una Chiara realmente nerviosa y algo asustada.

— Mierda, vamos muy despacio, el jet ya debe haber aterrizado.

— No puedo ir más rápido, la pista que eligieron estaba muy lejos de mi casa — contestó Arkadiy — . De todas formas, ellos no se irán sin vosotros.

Chiara levantó la mirada de repente.

— ¿No vienes con nosotros? — preguntó.

Él negó con la cabeza. Lo que empezaba a sentir por esa chica era peligroso para alguien solitario como él, porque suponría un punto flaco en su contra que serviría para hacerle daño y era lo que menos necesitaba en ese momento.

— Tengo muchas cosas que hacer aquí en Rusia.

La joven bajó la mirada, algo entristecida.

— Entiendo.

El resto del viaje se produjo en silencio y cuando llegaron a la pista privada aparcaron cerca del jet que había allí. Al no ver a nadie fuera de este, sacó su arma de la guantera.

— Algo raro pasa.

Chiara se tensó al oír aquello y no pudo evitar encogerse. Lo vio salir al igual que el amigo de su hermana, mientras ella permanecía en el interior del vehículo.

Ella también quiso salir, pero cuando vio a varios hombres salir de varios lugares apuntándolos con sus armas, se quedó dentro del coche agachada.

— Maldita sea, es una trampa — dijo Arkadiy viendo entonces otro coche de color oscuro donde había dos cuerpos tirados en el suelo cubiertos de sangre — . Han matado a los pilotos. Tenemos que subir al coche. ¡Rápido!

Ambos se giraron, pero ya estaban rodeados, entonces vio cómo abrían la puerta trasera del coche y sacaban a Chiara a la fuerza, que gritaba desesperada mientras los miraba con el terror reflejado en sus ojos.

— ¡Soltadme! ¡Otra vez no, por favor! ¡Arkadiy! ¡Ayúdame! — exclamó ella estirando el brazo hacia él.

Él quiso ayudarla, pero alguien le golpeó en la cabeza dejándolo aturdido.

— ¡Yebat'3!

Al otro hombre también le golpearon, pero este sí que quedó inconsciente. Si no hacía algo pronto, los matarían y se llevarían a Chiara a quién sabe dónde.

A duras penas se incorporó apuntando con su arma a uno de los tipos para dispararle en un costado. Fue girando y disparando a todos los que los rodeaban a pesar del mareo por el golpe. Estos no esperaban que pudiera acabar con ellos y, cuando lo consiguió, intentó ir hacia Chiara que era arrastrada al jet privado.

Ella se retorció para intentar escapar y llamándolo a gritos. Dio un par de pasos, pero luego cayó de rodillas con un terrible dolor de cabeza. Su cuerpo no pudo soportarlo más y finalmente perdió la consciencia sin dejar de oír a Chiara gritar su nombre.

— ¡Arkadiy!

Chiara vio a su salvador caer inconsciente al suelo y no pudo evitar gritar su nombre mientras la metían a la fuerza en el jet. Una vez dentro, la llevaron a uno de los asientos y sin miramientos le ataron las manos a los reposabrazos con fuerza.

— ¡Soltadme! ¿A dónde me lleváis? — las lágrimas empezaban a mojar sus mejillas — . ¡Arkadiy! — lo llamó esperanzada de que fuera a por ella, pero al ver que se cerraban las puertas del jet y los motores rugían, perdió todas las esperanzas.

La joven intentó soltarse de sus amarres, pero le habían atado muy fuerte, cortándole casi la circulación.

— Ahora vas a estar tranquilita, el viaje no será muy largo, pero no vas a ver a tu hermanita — dijo uno de los tipos que preparaba una jeringuilla con un líquido transparente.

— No por favor, no me haga nada.

Pero el tipo no le hizo caso y le clavó la aguja en el brazo. El líquido que entró en su brazo hizo efecto inmediato y la joven perdió el conocimiento susurrando un nombre.

— Arkadiy...

El hombre se sentó satisfecho y avisó a la azafata, que estaba en un rincón del jet llorando. Había visto morir a los dos pilotos y no sabía lo que le deparaba el destino a ella. Con temor se acercó.

Se sintió sucia cuando la miró de arriba abajo.

— Eres preciosa — dijo él y le acarició el muslo. Ella se apartó ante el tacto, pero este la atrajo con fuerza — . Será mejor que obedezcas o sufrirás la misma suerte que los pilotos.

Un quedo gemido escapó de los labios de la chica, volviendo a llorar.

— No me haga nada, por favor, obedeceré, se lo juro.

— Eso está mejor, quizás el jefe me deje quedarme contigo. De momento vamos a aprovechar el tiempo de este viaje — el tipo sonrió maliciosamente.

Tras unos minutos, Arkadiy abrió los ojos con un terrible dolor de cabeza. Se giró para mirar a su alrededor. Solo había cadáveres cubiertos de sangre, pero ni rastro del jet privado.

Arrastrándose, se acercó hasta el hombre que lo había contratado y trató de despertarlo.

— Eiros, despierta — dijo Arkadiy.

El hombre gimió dolorido y poco a poco fue volviendo a la consciencia. Este tenía una herida en la frente de la que manaba sangre.

— Dios, mi cabeza.

— No es momento de lamentarse por el dolor, se han llevado a Chiara. Alguien se ha enterado de que íbamos a llevarla a Italia y nos han tendido una trampa.

— ¿Qué? — preguntó el tipo incorporándose a pesar del mareo.

— Han vuelto a secuestrarla.

— Dios. Byanca se pondrá fatal si se entera.

— Debes llamarla, han matado a los pilotos y probablemente hagan perder la señal del jet para llevarla a otro sitio.

Eiros asintió sacando el móvil del bolsillo, que parecía estar sano. Buscó el número de su amiga y pulsó sobre este para dar la llamada.

Byanca y Saulo estaban sentados viendo la televisión en silencio cuando el móvil de ella empezó a sonar. La joven miró la pantalla y al ver el nombre de su amigo, lo cogió rápidamente.

— Eiros... — dijo ella con una sonrisa.

— Byanca... lo siento...

La chica frunció el ceño ante aquellas palabras y entonces vio cómo aparecía alguien del piso de arriba avisando a Saulo de que algo ocurría.

— ¿Qué dices, Eiros? ¿Qué ocurre?

— Nos han tendido una trampa. Se han vuelto a llevar a Chiara, pero esta vez en el jet privado. Al hombre que me ayudó y a mí nos dejaron inconscientes. No hemos podido hacer nada, lo siento.

— No, no puede ser — dijo ella levantándose del sofá para ir al piso superior, donde estaban los controladores y Saulo mirando una pantalla.

— No sé cómo hemos podido perder la señal, deben haberla desactivado desde el propio jet — dijo uno de los controladores.

— Pero eso no puede ser, mis pilotos son de confianza.

A Byanca se le escapó el móvil de la mano que cayó al suelo. Saulo se giró hacia ella que estaba con la mirada perdida y las mejillas empapadas de lágrimas.

— No puede ser... estaba tan cerca...

Saulo se acercó al ver que iba a caer de rodillas al suelo y la atrajo hacia sí.

— Byanca...

— Les han tendido una trampa. Se han vuelto a llevar a mi hermana.

— Eso no puede ser — dijo mirando el móvil que estaba en el suelo. Sin pensarlo lo cogió — . ¿Qué ha ocurrido?

— Nos tendieron una trampa, Saulo.

— Pero ¿cómo es posible? — preguntó mientras Byanca se aferraba a él, llorando desconsoladamente.

— Antes de que llegáramos mataron a los pilotos y nos rodearon, nos dejaron inconscientes mientras a ella se la llevaban y la metían en el jet, al menos eso me ha dicho el hombre que me ha ayudado.

— Chiara... — dijo Byanca entre hipidos.

— ¡Maldita sea! Ya casi lo teníamos. ¿Qué ha salido mal? — preguntó Saulo mirando a los controladores que se encogieron de hombros — . Buscad la forma de conectar con el jet, haced lo imposible.

Ambos hombres asintieron y rápidamente se pusieron a ello mientras Saulo intentaba consolar a una Byanca destrozada, que había estado llena de ilusión por ver a su hermana, pero ahora todo se había ido al traste por algún error que ni siquiera sabían cuál era.

— ¿Por qué? — preguntó ella levantando la mirada hacia él.

— No lo sé, pero te juro que lo solucionaré, encontraremos a tu hermana cueste lo que cueste. Ahora no podemos hacer nada aquí así que bajemos — dijo él arrastrándola fuera de aquella habitación.

Una vez abajo, él le preparó un té y se lo entregó para que se calmara mientras buscaba una respuesta a qué fue lo que hizo que los descubrieran sin haberlo previsto.

Un par de horas más tarde, el jet privado de Saulo aterrizaba, pero no en la pista privada que él mismo tenía, sino que habían ido a parar a otra algo alejada y donde ya les esperaban dos coches de color oscuro.

De uno de ellos se bajaron Cyrano y Fabrizio con caras de satisfacción.

— El plan ha salido a la perfección — dijo Cyrano.

— Sí, es una suerte que tuvieras pinchado el teléfono fijo de Graziani. Ahora podremos chantajearlos a todos con la chica.

— Exacto. Vamos a tener la cabeza de Graziani en nuestras manos y tu

apellido será el más importante de toda la Toscana.

Fabrizio se frotó las manos, pensando en lo que le esperaba si todo salía como estaba planeado.

El jet aterrizó y la puerta se abrió dando paso a uno de los hombres de Fabrizio con la joven Chiara en brazos, aún inconsciente. Tras él, la azafata trataba de cubrirse con la ropa mientras lloraba desconsolada.

Una vez abajo, el hombre se acercó hasta ellos y le entregó la joven a Cyrano.

— Buen trabajo — dijo este.

— ¿Qué hacemos con la azafata? — preguntó el hombre.

Fabrizio la miró justo al igual que Cyrano e hizo una señal desdeñosa.

— Haz lo que quieras, no es de mi estilo — dijo Fabrizio mientras se metía de nuevo en el coche.

Cyrano lo siguió y dejó a Chiara en el asiento trasero del coche. El narcótico probablemente duraría un par de horas más, tiempo suficiente para llevarla al lugar donde pensaban encerrarla hasta poner en marcha su plan.

El tipo miró hacia la azafata, que no dejaba de llorar suplicando clemencia.

La comisaría estaba prácticamente vacía cuando Cyrano llegó allí y se metió en su despacho. Leo, que lo vio, se dirigió hacia allí para hablar con él cuando apreció que estaba hablando por teléfono.

— Necesito que lleves más... sí — Leo se mantuvo tras la puerta entreabierta para escuchar la conversación — . Sí, tienes que llevarlo al lugar de siempre. Procura que no te vea nadie, no quiero que pase lo de la última vez. No, no pienso darte a otra... confórmate con el dinero. Date prisa, ya sabes que se pone nervioso si no salen las cosas como las ha planeado.

Leo frunció el ceño ante aquella conversación telefónica. ¿Qué había querido decir con todo aquello? No entendía nada.

Cuando sintió que Cyrano colgaba, inspiró hondo y tocó en la puerta.

— ¿Puedo pasar? — preguntó este asomando la cabeza tratando de disimular.

— Sí, pasa. ¿Necesitas algo?

— ¿Me podrías reunir todas las denuncias que han sido abiertas y me las metes en un USB? Sé que no estás en ningún caso ahora y me vendría bien un poco de ayuda.

— Eh, sí, claro, no hay problema — dijo Cyrano con una tensa sonrisa.

— Gracias — dijo Leo saliendo del despacho para meterse rápidamente en el suyo.

Una vez allí, se sentó pensando en la actitud de Cyrano. Aquellas palabras que había tenido con alguien al otro lado de la línea no le parecían nada bueno y aquella tensión que le mostró cuando le pidió buscar todas las denuncias... Algo pasaba con él. Las palabras que habían aparecido en la pantalla debido a Byanca vinieron a su mente.

¿Acaso Cyrano tenía algo que ver en aquella trama de denuncias cerradas? Pero ¿qué razón le habría llevado a ello?

Leo negó con la cabeza. Todo aquello comenzaba a hacer mella en él y empezaba a estar cansado de verdad.

Alguien tocó en la puerta y él le dio paso.

— No tienes muy buena cara — dijo Pablo entrando.

— Tengo ganas de acabar con todo esto. Ya no me siento cómodo en el puesto que ocupo. Mi misión es salvar vidas y cada vez se pierden más sin que pueda hacer nada.

— Todos tenemos momentos así, Leo. Yo también pasé por lo mismo que tú hace tiempo.

— ¿Sabes? Acabo de oír una conversación telefónica de lo más extraña que me hace sospechar sobre la integridad de mis compañeros en el cuerpo. Tenemos un traidor y creo que empiezo a atar cabos.

— ¿Qué quieres decir?

— Verás... decían cosas extrañas, un reparto hacia algún lugar y también hablaban de otra persona que se pondría nerviosa si las cosas no salían como quería. Es extraño, pero algo me dice que esa persona podría ser nuestro traidor.

— ¿A quién te refieres?

— Cyrano — dijo en voz baja tras mirar hacia la puerta.

Pablo se cruzó de brazos, pensativo.

— La verdad es que ese tipo nunca me gustó. Cuando llegamos no pareció alegrarse demasiado, y no es que nos trate bien, precisamente.

— No quiero juzgar sin pruebas, de todas formas.

— Tenemos que averiguar si es nuestro traidor o no.

— ¿Cómo lo haremos?

— Fácilmente, podemos copiar la tarjeta SIM de su móvil. Es cuestión de cogerlo despistado para poder acceder a su teléfono.

— Eso es complicado, siempre lo lleva encima.

— Algo se nos ocurrirá. Déjame a mí — dijo Pablo guiñándole un ojo mientras sonreía — . Ahora debo irme, Pérez y yo tenemos pensado irnos a tomar unas copas, ¿te vienes?

Leo negó con la cabeza.

— Mi cupo de bebida está lleno así que mejor no, divertiros.

Pablo se encogió de hombros y salió de allí, dejando a Leo solo con sus pensamientos y sospechas.

Byanca se había dormido después de pasar mucho rato llorando y, al ver que en la pista no iban a conseguir nada, Saulo la metió en el coche para volver a la mansión Graziani.

El dolor que reflejó su mirada cuando supo que habían vuelto a secuestrar a su hermana le había partido el corazón y empezaba a pensar en recurrir a gente a la que no quería inmiscuir en el asunto, pero, si no hacía algo, podría perderla.

Cogió su móvil y marcó un número que prácticamente nadie conocía. Cuando descolgaron al otro lado, habló:

— Sé que dije que no iba a necesitar tu ayuda, pero esto es importante.

— ¿Tan importante que te has acordado de tu amiga de la infancia?

— Sabes que somos enemigos ahora. Tu organización va a por mí.

— He logrado cubrirte en todo este tiempo porque te aprecio.

— Y te lo agradezco, pero esto va más allá de la droga y el arte. Esta vez se trata de secuestros de chicas.

— Trata de blancas — afirmó más que preguntó.

— Exacto.

— ¿Alguien que sea de tu interés?

— Se llama Chiara Marchetti, es la hermana de la mujer que está conmigo.

— Oh, vaya, ¿te han atrapado, Saulo? Eso es una gran noticia, querido. El solitario Graziani atrapado en las redes del amor.

Saulo sonrió levemente.

— No me molesta reconocerlo, amo a esta mujer y quiero verla feliz, para eso debo rescatar a su hermana, ahí es donde entras tú.

— La AISE^[4] preguntará.

— Tú sabrás qué decir.

— Algo inventaré. Cuando puedas envíame toda la información de la que dispongas.

— De acuerdo.

— Espero que luego me invites a una copa cuando encontremos a la chica.

— Cuando quieras.

— Perfecto, te tengo que dejar que estoy un poco ocupada — dijo con un ronroneo.

Saulo miró la pantalla con el ceño fruncido. Ella siempre vivía al límite y se rodeaba tanto de hombres como mujeres en el tema del sexo. Negó con la cabeza y guardó el móvil.

Cuando llegaron a la mansión, Saulo tomó en brazos a Byanca, que seguía dormida, y la llevó a su habitación. En sus ojos, a pesar de estar cerrados, se apreciaban la rojez y la hinchazón después de haber llorado tanto.

Al dejarla sobre la cama, ella susurró el nombre de su hermana con un gemido.

— Chiara...

Saulo se sentó junto a ella y le acarició la mejilla con delicadeza.

— La salvaremos, te lo prometo.

Le dio un beso en la frente y salió de allí para dejarla descansar.

Horas más tarde, Byanca abrió los ojos con un enorme dolor de cabeza. Se incorporó y miró a su alrededor, entonces todo lo ocurrido vino a su mente y se abrazó las rodillas.

Ahora que por fin iban a estar juntas de nuevo y el destino les jugaba esta mala pasada. Su hermana no se merecía nada de esto.

El móvil, que alguien había dejado sobre su mesilla, comenzó a sonar. Ella tomó el aparato y vio que era un número oculto. Miró el reloj. Era tardísimo. ¿Quién llamaría a esa hora? Tenía miedo de contestar, aun así descolgó la llamada.

Se puso el aparato en la oreja.

— ¿Diga?

— Señorita Marchetti, he oído hablar mucho de usted — dijo la voz al otro lado de la línea.

— ¿Quién es? — preguntó ella reconociendo aquella voz, aunque no sabía muy bien de qué.

— ¿Tan pronto olvida a las personas? Claro, Graziani hace que olvides todo lo demás ¿verdad?

— Dígame ahora mismo quién es y por qué me ha llamado.

Se oyó un suspiro al otro lado.

— Y yo que pensé que íbamos a tener una conversación más larga... De acuerdo, iré al grano. Hay alguien aquí haciéndome compañía, ¿adivinas quién puede ser?

Byanca se cubrió la boca.

— No... no puede ser...

— Vamos, dímelo. Dime quién es.

— No. Mientes.

— ¿No me crees? Bueno, siempre puedo enviarte una foto, no se puede poner porque está dormida. Voy a colgar para que recibas la foto, luego te llamo de nuevo, ¿vale?

La llamada se colgó y ella miró la pantalla sin comprender nada hasta que vio una notificación de un mensaje multimedia con número oculto. En esta había una imagen que rápidamente abrió, y ahogó un gemido al ver a su hermana tendida en una cama con manos y pies atados. Parecía estar inconsciente.

Las lágrimas escaparon sin control y recorrieron sus mejillas. El móvil volvió a sonar y rápidamente descolgó.

— ¡Devuélveme a mi hermana, hijo de puta! — exclamó.

— Esos modales... no es de buena educación insultar a la gente de esa forma, querida.

— Has secuestrado a mi hermana, eso es poco para lo que te mereces.

— Parece que no estás de humor para hablar. Te iba a dar la oportunidad de salvarla, pero ya veo que no estás interesada.

Byanca se limpió las lágrimas y se cubrió los ojos suspirando.

— ¿Cómo puedo fiarme de tu palabra? Quiero tener a mi hermana conmigo.

— Qué rápido cambias de opinión.

— ¿Qué debo hacer? — preguntó la joven, resignada al chantaje de ese hombre que la llamaba del que ni siquiera sabía aún su nombre.

— Entrégame a Graziani y podrás tener de vuelta a tu hermana.

Byanca se quedó lívida al oír aquello y a punto estuvo de caérsele el móvil de la mano.

— ¿Qué? — preguntó con voz ahogada.

— Esa es mi condición.

— Un momento... ¿Acaso eres... Zanetti?

Las risas se oyeron al otro lado de la línea.

— Debo dejarte, pero pronto tendrás noticias mías.

Tras esto, colgó y ella se quedó mirando a la nada. No podía intercambiar a Saulo por Chiara. No sería justo. ¿Cómo iba a cambiar al hombre que amaba por su hermana? Ambos eran parte de su vida. Se llevó las manos a la cabeza, desesperada.

Solo había alguien que podía ayudarla, pero tras lo ocurrido no podía pensar que la ayudaría. Quizá podía hablar con él.

Sin pensar, se levantó y se calzó los zapatos mientras se guardaba el móvil en uno de los bolsillos trasero del pantalón. Era tarde, pero no tanto como para pillarlo durmiendo. Se asomó fuera y, al ver el pasillo despejado, salió rápidamente y en el exterior de la casa notó cómo la lluvia le golpeaba con fuerza.

Corrió y corrió por las calles mientras el agua le impedía la visión y a punto estuvo de cruzar por un sitio que no era. Los relámpagos caían sin piedad en el cielo nocturno de Florencia. Por suerte pudo llegar al edificio que pensó que nunca más iba a volver a visitar.

Subió en el ascensor hasta llegar a la última planta. Le temblaba el cuerpo por el agua que le había calado la ropa.

Tocó el timbre varias veces, pero nadie le contestó. Lo intentó varias veces, pero fue en vano, así que se sentó en el suelo junto a la puerta, desolada.

Quizá no quería abrirle por ser quien era.

— Joder... — dijo abrazándose.

De repente, la puerta del ascensor abrió y ella levantó la mirada.

— ¿Byanca? — preguntó Leo sorprendido al verla.

— Sé que no quieres verme, pero necesito tu ayuda — la joven trató de sonreír, pero quedó en una mueca — . Yo...

La joven se cubrió el rostro.

Leo se agachó frente a ella.

— ¿Qué haces aquí? Estás empapada.

— Mi hermana. Hoy íbamos a ir a buscarla porque habíamos conseguido salvarla, pero... la han vuelto a secuestrar y... y...

— Vayamos dentro, estás temblando.

Leo la ayudó a levantarse y la metió en el ático. Una vez dentro, él le tendió una camisa para que se quitara la ropa mojada. Ella se lo agradeció y fue al baño a cambiarse.

Cuando salió, la recibió Leo con una taza de té. Byanca la tomó y se calentó las manos.

— Gracias... — susurró ella.

— De nada, ahora cuéntame qué ocurre — preguntó él mirándola fijamente.

Byanca bebió un sorbo del té y con la mirada baja comenzó a relatar.

— Un amigo mío estaba ayudándome con lo de mi hermana cuando cerraron la denuncia que hice, y ayer él y un hombre que contrató lograron sacarla del lugar donde estaba encerrada. Hoy iba a venir para Italia, pero algo salió mal y volvieron a secuestrarla. Hace un rato recibí una llamada de la persona que la tiene y me ha chantajeado.

Leo meditó las palabras de la joven.

— ¿Y por qué no se lo dijiste a Graziani? — preguntó él con los brazos cruzados y apoyado en la encimera.

Cuanta más distancia mejor, verla así le destrozaba el corazón, pero él también sufría al tenerla tan cerca y no poder hacer lo que realmente deseaba.

— Porque lo que esa persona me exigió es que le entregara a Saulo para que me devolviera a Chiara.

— ¿Y qué pinto yo en todo esto? Joder, Byanca, me estoy conteniendo para no detenerte y llevarte a comisaría, la del mensaje del otro día fuiste tú con otro nombre.

Byanca dejó la taza sobre la mesa y estiró las manos hacia él.

— He confiado en ti para esto, no me arriesgaría si no fuera importante, mi vida está en tus manos ahora. Lo único que quiero es recuperar a mi hermana sin poner a nadie en peligro.

Leo tomó sus manos.

— Basta, Byanca. Eso que me pides es imposible. No puedo ayudarte. Lo nuestro terminó y no muy bien que se diga. No puedo olvidar el daño que me hiciste.

— ¿Crees que no me fustigué bastante cuando ocurrió todo? Traicioné tu confianza, lo sé, pero no te estoy pidiendo ayuda por mí, te la pido por dos de las personas que más quiero en este mundo. No me importa si me pasa algo, pero quiero que ellos dos estén a salvo. — Byanca se levantó y le dio la espalda — . Olvídalo, mejor. Ya me buscaré la vida.

La joven se dirigió al baño para ponerse su ropa cuando Leo la agarró del

brazo. Ella no se giró, solo se cubrió el rostro con la mano libre.

— Byanca...

— Déjame, Leo. Ni siquiera debí haber venido, tienes razón, te hice daño. Total, nadie se ha preocupado por mi hermana nunca, qué más da.

Él la giró hacia sí y la abrazó con fuerza, entonces ella lloró amargamente, destilando un dolor que afectó a Leo más de lo que imaginaba. ¿Cuánto hacía que soportaba semejante carga sobre sus hombros?

— Nunca quise hacer daño a nadie, pero parece que todo me persigue. Pierdo a mi hermana durante tres años, te perdí a ti por no haberte confiado mi mayor secreto y ahora perderé a Saulo si no encuentro una solución para salvarlo a él y a Chiara... no puedo más, esto me supera. Intento mantenerme fuerte, pero ya no aguanto más.

— Perdóname, Byanca.

— No... no tienes que pedirme perdón... yo... — dijo ella apartándose un poco girando la cara para que no la viese — . Mejor me voy... no fue buena idea venir.

— Espera... no puedes irte así, tu ropa está empapada y podrías coger una pulmonía.

— No pasa nada, sigue lloviendo, que me moje un poco más no me hará daño — dijo Byanca tratando de sonreír.

Él la volvió a retener del brazo.

— Lo siento, Byanca.

Ella negó con la cabeza.

— Tranquilo, al menos me has escuchado, que también lo necesitaba. Ahora, por favor, me gustaría cambiarme y marcharme.

Se soltó y se metió en el baño para volver a ponerse su ropa, que estaba muy mojada. Luego salió de allí. En el salón estaba Leo mirándola, pero Byanca solo sonrió y se fue del ático sin esperar.

Bajó hasta la calle y donde volvió a recibirla la lluvia y se alejó a paso lento. Antes de desaparecer por una esquina levantó la mirada hacia las ventanas del ático donde Leo estaba asomado. Byanca le dijo adiós con la mano y desapareció rápidamente de allí.

Empezó a recorrer las calles sin rumbo fijo pensando en algo para salvar a su hermana sin poner en riesgo a Saulo. La única posibilidad era entregarse ella misma y salvar a ambos. Esa sería la opción más aceptable para todos, aunque no volvería a verlos a ninguno de los dos, pero así estarían a salvo de Zanetti. Así lo iba a hacer, se entregaría ella misma, pero antes tendría que arreglar algunas cosas para que ese horror acabase pronto.

Cuando se disponía a volver a la mansión Graziani vio las luces de unos

faros de coche que iban hacia ella. Byanca se detuvo y el coche frenó a su lado.

La puerta del conductor se abrió y apareció Saulo con cara de preocupación. Se acercó hasta ella para abrazarla con fuerza.

— Dios, Byanca, me tenías preocupado. Cuando fui a tu habitación a ver cómo estabas y no te vi... me asusté. He recorrido todas las calles buscándote.

Ella se abrazó a él con los ojos cerrados mientras la lluvia los empapaba.

— Lo siento... yo...

— No digas nada, estás afectada por lo de tu hermana y es normal, no debes irte así — dijo antes de darle un beso en la cabeza — . Encontraremos una solución y salvaremos a tu hermana.

Lo que Saulo no sabía era que ella había encontrado la solución a aquella situación. Estaba decidida a salvar a todos los que quería.

Saulo la llevó hasta el coche y la hizo entrar. Estaba realmente cansada de todo. Solo quería la felicidad de los suyos. Él volvió a meterse en el coche y pusieron rumbo a la mansión.

— Voy a poner la calefacción, estás temblando — dijo Saulo.

Byanca se abrazó y notó el aire calentando el habitáculo.

— Siento haberte preocupado — dijo ella.

— Lo importante es que estás bien — dijo él cogiéndole una mano.

El resto del camino se hizo en silencio y cuando llegaron ambos fueron a la habitación de ella en la que ambos se quitaron la ropa mojada. Luego se acostaron en la cama y se abrazaron.

— Saulo... — Ella levantó la mirada hacia la de él — . Te amo.

Él sonrió y le dio un tierno beso en los labios.

— Yo también te amo, Byanca.

La joven se acurrucó más contra su cuerpo y cerró los ojos para intentar dormir.

Leo se había quedado bastante mal tras la conversación con Byanca y, cuando la vio desaparecer tras la esquina, se sentó en el sofá con las manos en la cabeza.

¿Por qué le había negado la ayuda? Se la veía muy afectada y decaída.

En el fondo sabía la respuesta a aquella cuestión. Aún le dolía que le hubiese mentido y hubiesen acabado como lo hicieron. La herida era reciente y estaba sangrando.

Verla tan desvalida le había afectado bastante, pero no podía claudicar. Tenerla cerca no iba a conseguir que avanzara en el cometido de olvidarla.

— Lo siento, Byanca, pero aún te quiero y no quiero seguir sufriendo.

Se dirigió a la habitación y se acostó tras quedar en calzoncillos. Cerró los

ojos intentando dormir, pero los pensamientos daban vueltas en su cabeza, por lo que se levantó y fue a su despacho. Una vez allí encendió su ordenador y se puso a buscar información sobre las chicas desaparecidas, artículos, declaraciones. Cualquier cosa que los pudiese ayudar para encontrarlas.

Toda búsqueda fue en vano y al ver que casi amanecía, decidió darse una ducha para volver a la comisaría.

Cuando salió de esta vio que tenía una llamada perdida de Clairee y rápidamente la llamó.

— Leo, acabamos de recibir otra denuncia por desaparición — dijo la joven al otro lado de la línea.

— ¡Joder! Parece que nadie oye las advertencias de la policía.

— La chica que ha desaparecido salía de trabajar en un bar y no ha vuelto a su casa.

— Entendido, voy para allá.

— Te esperamos.

Leo colgó y se vistió con unos vaqueros y una camisa azul oscuro. Se puso unas botas de tipo militar y cogió su chaqueta mientras se dirigía a la puerta. Bajó hasta su Fiat y, con cierta velocidad, se dirigió a la comisaría, donde ya le esperaban sus compañeros con la denuncia en el ordenador.

Se sentó frente a la pantalla en su oficina y leyó detenidamente la denuncia.

— ¿Quién la recogió?

— Yo misma — dijo Clairee — . Como dijiste que no podíamos fiarnos de nadie, me encargué de recogerla.

— Perfecto, buen trabajo. Pablo, Pérez, necesito que vayáis al lugar de trabajo de la chica a ver si nos pueden aportar alguna pista.

— Allí iremos — dijo Pablo.

— Perfecto, cuando que tengáis algo, me avisáis.

Pablo asintió y ambos hombres salieron de allí. Clairee se sentó frente a él con rostro cansado.

— ¿Has estado toda la noche aquí?

— Sí, no podía dormir y preferí quedarme.

— Deberías descansar.

— Luego. Ahora debemos ver si existe alguna pista para encontrar a esa chica.

— Hazme caso, lo necesitas.

De repente, un pitido alertó a Leo que enseguida miró la pantalla de su ordenador. Había otro mensaje de Bianca a través de su nuevo nombre de hacker que decía:

“Aunque no quieras ayudarme, yo te ofrezco la oportunidad de salvar a todas las chicas que puedas. Ahí tienes un enlace web de un burdel ruso en donde están la mayoría de las jóvenes de las que denunciaron su desaparición. Espero que te ayude y, a pesar de todo, te aprecio, no lo olvides nunca”.

Justo debajo del texto había un enlace web que enseguida pulsó, accediendo a una galería de fotos donde estaban la mayoría de las chicas desaparecidas.

— Byanca... — susurró para sí.

Clairee lo miró y se acercó para ver lo que estaba viendo en la pantalla. Cuando vio las fotos, volvió la mirada hacia Leo.

— ¿Qué es esto?

— La página de un burdel ruso donde tienen a las chicas retenidas. Míralas, por Dios, tienen los ojos velados por la droga... esto se escapa de nuestro dominio.

— ¿Quién te ha pasado la página?

— Un hacker...

— ¿Byanca?

Leo cerró los ojos suspirando hasta que luego asintió.

— Sí. — Leo se incorporó y dio un par de vueltas por el despacho — . Anoche fue a verme, pero no me dijo nada de esto.

— ¿Cómo que fue a verte?

— Lo que oyes, me pidió ayuda y yo se la negué. Joder, he metido la pata hasta el fondo, porque ella nos está ayudando en esto. Soy un imbécil.

— No puedes ayudarla, es hacker y estarías colaborando con ella, si alguien lo descubriese te echarían del cuerpo.

— Es posible, pero los hay peores que yo, tenemos un corrupto en el cuerpo que no sabemos quién es.

— Vamos a descubrir quién es, ya lo verás.

— Empiezo a dudarle seriamente, Clairee.

— Pues no debes dudar, haremos justicia y recuperaremos a esas chicas.

— Lo sé. Ahora, por favor, déjame solo, necesito hacer un par de cosas.

Ella lo miró y deseó con toda su alma abrazarlo, pero al final no lo hizo, sino que salió de allí dejando a Leo solo que cogió su móvil y llamó a Byanca. Cuando ella descolgó, él empezó a hablar.

— ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué nos estás ayudando ahora?

— Esa información os hace más falta que a mí, Leo.

— Pero ¿por qué?

— Acepta la ayuda que te brindo, por favor, no me preguntes por qué lo hago — dijo ella con voz apagada.

— No pretenderás cometer una locura, ¿verdad?

— No te preocupes, Leo, sé lo que tengo que hacer y mi objetivo principal es salvar a dos de las personas que más quiero en este mundo.

Leo se levantó de su asiento rápidamente y se puso a dar vueltas por el despacho. Si sus sospechas eran ciertas, Byanca iba a ponerse en riesgo a favor de su hermana y de Graziani.

— No lo hagas, Byanca. No pienso permitir que cometas semejante locura.

— Es la única solución que tengo. No puedo contarle esto a nadie, entiéndeme.

— Maldita sea, no lo hagas.

— Antes de hacerlo debo solucionar algunas cosas, no te preocupes, todo va a salir bien.

— ¿Es que quieres que te lleven a un burdel o que te maten?

— Esta agonía es mucho peor, no sabes lo que es vivir atormentada y en una encrucijada. Me ha hecho elegir entre uno u otro. No puedo elegir. Aunque quiera, no puedo.

Leo suspiró mientras se pasaba una mano por el pelo. Lo que Byanca pretendía hacer era una completa locura y no podía dejarla sola en todo esto.

— ¿Y si te ayudara? ¿Serviría de algo? No voy a dejar que arriesgues tu vida de esta forma, Byanca.

— Anoche me dijiste que no, Leo.

— He cambiado de opinión. Te voy a ayudar a recuperar a tu hermana sin arriesgar la vida de Graziani.

— Mejor no. No quiero poner a nadie en riesgo, lo de anoche fue un error.

Sin decir más, Byanca colgó y Leo se apartó el aparato de la oreja maldiciéndola por querer cometer semejante locura.

Habían pasado unos pocos días en los que Byanca había ido solucionando cosas para dejar todo atado antes de que Zanetti la llamara de nuevo. Sabía que lo haría tarde o temprano.

Los mensajes eran constantes con imágenes de su hermana inconsciente y con marcas nuevas de golpes y heridas.

Había dado pistas más que suficientes a la policía para que detuvieran al policía corrupto.

Estaba en la habitación de los ordenadores cuando su móvil comenzó a sonar. Miró la pantalla y al ver que era una llamada oculta, supo enseguida que era él. Suspiró hondamente y pulsó el botón verde para descolgar la llamada.

— Hola, querida, ¿cómo estás?

— Habla claro, Zanetti. ¿Qué quieres?

— Sabes perfectamente qué es lo que quiero. Quiero que me traigas a Graziani para devolverte a tu hermanita querida.

— ¿Cómo puedo fiarme de ti?

La risa de Zanetti se oyó al otro lado de la línea.

— Tendrás que hacerlo si quieres volver a ver a la chica.

Byanca cerró los ojos mientras se mordía el labio inferior.

— De acuerdo, dime dónde y cuándo.

— Al amanecer en el puerto de Livorno, estaré esperándote.

— Vale. Allí estaré.

— Perfecto.

Tras esto, Zanetti colgó y Byanca miró la pantalla. Se llevó las manos a la cabeza y sintió deseos de llorar, pero no podía, debía ser fuerte y aguantar hasta el amanecer. Nadie debía saber sus intenciones, y Saulo menos que nadie, pero ¿cómo lo haría?

La única solución era dejarlo bien dormido para ella poder escapar de allí sin ser vista. Quizás dándole un somnífero... Sí, era la única opción viable que encontraba.

Tan concentrada estaba que no sintió la puerta abrirse.

— ¿Byanca?

Ella levantó la vista y se encontró con Saulo, que la miraba fijamente.

— Oh, Saulo, no te había oído entrar.

— ¿Estás bien? Pareces cansada.

— Ya sabes que no duermo bien últimamente, estoy preocupada.

Él se acercó hasta donde estaba sentada y se sentó frente a ella sin dejar de mirarla a los ojos, que se veían oscurecidos por las ojeras. Su mirada no tenía el brillo característico y parecía cansada.

— Sigues pensando en Chiara — afirmó él — . Es normal, pero no puedes seguir así o te enfermarás y así no ayudarás a tu hermana.

— Lo sé, pero no puedo evitarlo, Saulo. Pensar que estaba tan cerca...

Saulo la abrazó. Odiaba verla en ese estado.

Byanca cerró los ojos por unos segundos. Si hoy iba a ser el último día que iba a estar con Saulo, debía aprovecharlo al máximo para poder recordarlo cuando ya no estuviesen juntos, por lo que se apartó un poco y lo miró intentando sonreír.

— Tienes razón, necesito despejarme un poco, ¿vendrías conmigo a dar un paseo?

Él sonrió y asintió. Se incorporó tendiéndole la mano, que ella tomó para luego salir de allí. Se metieron en el coche de él y se alejaron de la mansión.

— ¿A dónde quieres ir? — preguntó él.

— No lo sé, a donde quieras.

— ¿Quieres dar un paseo por el Jardín de Boboli?

Byanca sonrió asintiendo, por lo que Saulo se dirigió hacia allí. Cuando se bajaron del coche, se cogieron de la mano y entraron en el jardín, agarrados de la mano, observando en silencio la naturaleza que allí reinaba. Las parejas también se hallaban por allí desperdigadas, dándose arrumacos. Saulo y Byanca se miraron sonriendo levemente y se dieron un tierno beso en los labios.

Tras pasear un rato, decidieron sentarse en la hierba. Ella entre las piernas de él mientras la abrazaba.

Byanca estaba acongojada por la situación, porque sabía que no iba a compartir otro momento como este.

— ¿Tienes tu móvil aquí? — preguntó ella de repente.

— Sí, claro — dijo él — . ¿Para qué lo quieres?

— Saquémonos una foto juntos, que no tenemos ninguna.

— Tienes razón.

Saulo sacó su móvil y tras desbloquearlo se lo entregó a ella para que sacara la foto. Ella puso la cámara apuntando hacia ellos con la cámara interior.

— Sonríe — dijo ella haciéndolo también.

Él la imitó y entonces disparó la foto. Sacó algunas más y luego fue a la

galería a verlas todas. Escogió una de ellas para editarla y le puso un corazón con las palabras “Te amo” justo debajo. Él sonrió cuando se lo mostró y le giró el rostro para besarla con dulzura.

Tras un rato de agradables besos, salieron del jardín de Boboli con intención de ir a comer al restaurante que pertenecía a Saulo, aquel cuya comida degustaron en la sala de juntas hacía mucho tiempo.

Pasaron una velada maravillosa comiendo. Luego, volvieron a pasear, esta vez por las calles más pintorescas de la zona, hasta que empezó a oscurecer, momento en el que volvieron a la mansión.

Una vez allí, Byanca lo arrastró hasta su habitación sin pasar por el comedor.

— ¿Te apetece tomar una última copa? — preguntó él confuso por la actitud de Byanca.

— Prefiero estar contigo.

Él se detuvo a medio camino y ella se giró para mirarlo.

— ¿Ocurre algo?

Ella lo miró tratando de disimular.

— Claro que no.

— Algo me dice que me estás ocultando información importante.

— Vamos, Saulo. Quiero estar contigo, nada más.

— ¿Estás segura?

Ella asintió y volvió a tirar de él hasta llegar a la habitación donde ella lo besó con urgencia. Saulo se dejó mientras la atrajo hacia sí y posó las manos en su trasero.

Byanca gimió al notarlo tan cerca y desabrochó la camisa casi con rapidez para tocar su maravilloso torso.

— Hazme el amor, Saulo. Ámame como si fuese la última vez — le suplicó ella entre besos.

Saulo la arrastró hasta la cama y le quitó la camisa con delicadeza, mientras besaba cada porción de piel que iba quedando al descubierto. Cuando la sacó por los brazos, la lanzó lejos. Él le besó un lado del cuello para pasar por la clavícula hasta su hombro a medida que apartaba el tirante del sujetador.

Byanca se agarraba a la espalda de él arañándolo un poco con las uñas. Se arqueó levemente para que él le quitara la prenda que aprisionaba sus pechos y, una vez liberados, él los besó hasta llegar a los pezones, que lamió sacando gemidos de placer de los labios de la joven.

Él siguió bajando sus manos hasta llegar al botón de los vaqueros que rápidamente soltó, y le bajó la prenda junto con sus bragas dejándola completamente desnuda.

Ella lo imitó y le bajó los pantalones junto con los calzoncillos. Su miembro pulsó con fuerza anhelando la humedad que se juntaba entre las piernas de Byanca. Sin esperar mucho más, porque ambos querían lo mismo, él le abrió las piernas y acercó su miembro hasta la húmeda hendidura que lo esperaba.

Byanca gritó extasiada al sentirse invadida por él y movió las caderas en busca de más, cosa que él no dudó en cumplir. Se movió lentamente al principio aumentando poco a poco la velocidad de sus embestidas. La joven sintió las lágrimas en las comisuras de los ojos, pero las aguantó con todas sus fuerzas.

— ¿Me amas, Saulo? — preguntó ella.

— Sí... — dijo él sin dejar de penetrarla.

— Dímelo, por favor, dímelo — dijo la joven tomando su rostro entre las manos.

— Te amo, Byanca, te amo tanto que creo que no podría vivir sin ti.

A la chica se le escapó un gemido lastimero ante aquellas palabras, probablemente las últimas que le dedicara.

— Yo también te amo, Saulo.

Él aumentó las embestidas hasta que, finalmente, ambos llegaron al orgasmo. Saulo salió de su interior y se acostó a su lado sonriendo, aunque en su pecho tenía una sensación extraña. Byanca parecía diferente a como estaba en otras ocasiones. Giró la cabeza para mirarla y la vio de espaldas a él. Se apoyó en un codo y posó su otra mano en el brazo de ella.

— ¿Estás bien?

Byanca, que estaba llorando, se limpió las lágrimas rápidamente y se medio giró sonriendo.

— Sí, claro.

— No te habré hecho daño ¿verdad?

— No, para nada. Me ha entrado un poco de sed — dijo ella incorporándose — . ¿Quieres tomar algo?

— Te tomaría a ti por completo — dijo él atrayéndola hacia sí.

— Tonto, hablo en serio — dijo ella apartándose.

— Lo que quieras, estoy abierto a todo.

— De acuerdo.

Byanca se cubrió el cuerpo con una bata para coger algo de su mesilla de noche y esconderlo en el bolsillo. Salió de la habitación hasta el despacho de Saulo, en el que preparó dos copas. Sacó el pequeño frasco de pastillas que había escondido en la bata y cogió dos cápsulas que abrió para verter el contenido en una de ellas. Removió un poco la copa y sonrió con tristeza. Cogió las copas y volvió a la habitación, donde la esperaba él cubierto de cintura para abajo con las sábanas.

Byanca se acercó y le entregó la bebida que contenía el somnífero. Saulo se bebió casi todo el contenido de un trago para dejarla a un lado y acercarse a la joven a la que quería besar de nuevo. Byanca empezó a llorar.

— Lo siento, Saulo... — dijo ella.

Él la miró sin comprender hasta que, de repente, empezó a sentirse mareado. Parpadeó varias veces para enfocar la vista.

— Byanca... ¿qué... qué has...?

— Perdóname, por favor, tenía que hacerlo. Si no, me detendrás y debo salvar a mi hermana.

— By... Byanca...

— Te amo, Saulo, no lo olvides.

El hombre entonces cayó dormido sobre las almohadas mientras Byanca se cubría el rostro, dejando escapar las lágrimas.

Cuando consiguió serenarse, se limpió el rostro y se vistió con unos vaqueros oscuros y una camiseta de tirantes blanca. Se calzó unas manoletinas negras y se puso una cazadora del mismo color. Se recogió el pelo en una coleta alta.

Cogió los pantalones de Saulo, donde sabía que había guardado las llaves del coche. Luego se dirigió a la puerta, pero, antes de salir, volvió a mirar hacia la cama donde él estaba profundamente dormido.

— No me olvides, Saulo. Manténme en tu mente.

Salió de la habitación para recorrer los pasillos sin hacer el más mínimo ruido. Cuando estuvo fuera, se subió en el coche para poner rumbo hacia el puerto de Livorno.

Durante el trayecto llamó a Leo que rápidamente contestó.

— Byanca, menos mal, estás bien.

— No por mucho tiempo, Leo.

— No me digas que vas a entregarte a ese hijo de puta. ¿Dónde está Graziani?

— Lo he drogado y sí, voy a entregarme.

— No lo hagas, Byanca, encontraremos la forma de salvar a tu hermana.

— Atiéndeme, Leo. Dentro de un rato conectaré las cámaras del lugar donde me encontraré con el hombre que ha secuestrado a mi hermana, lo grabaréis todo y haced lo que tengáis que hacer, pero el tema de Chiara solo me concierne a mí. Pase lo que pase conmigo, no intervengas, te lo pido por favor.

— No me puedes pedir eso.

— Eres la única esperanza que le queda a esas chicas. Cumple con tu deber como has hecho siempre.

Sin esperar respuesta, colgó y dejó el móvil en el asiento del copiloto.

Poco tiempo después llegó al puerto, que estaba prácticamente desierto, por lo que fue recorriendo entre las naves hasta ver varios coches oscuros junto a una nave muy grande.

Detuvo el coche y sintió sonar su móvil.

Sin dejar de mirar al frente, contestó.

— Veo que has llegado justo a tiempo — dijo Zanetti al otro lado de la línea.

— Tal y como acordamos.

— Muy bien, nos bajaremos dentro de dos minutos, a la vez. Solos tú y yo.

— De acuerdo.

— Perfecto.

Byanca colgó y rápidamente hizo un par de movimientos con su móvil para conectar las cámaras que había alrededor con la comisaría de policía.

Cuando pasaron los dos minutos, abrió la puerta y se bajó, igual que hacía Fabrizio desde el otro coche. Este iba vestido todo de negro salvo por la camisa, que era color burdeos.

Se miraron de frente y le vio dar un par de pasos para colocarse delante de los faros.

— ¿Traes a mi hermana? — preguntó Byanca.

— ¿Traes a Graziani?

Byanca miró hacia el coche intentando disimular y ganar tiempo para que Leo pudiese verlo todo.

Leo daba vueltas por su despacho cuando la pantalla del ordenador conectó con la cámara que le había dicho Byanca en la llamada.

En la imagen se la veía a ella delante de un Ferrari y justo frente a ella estaba...

— Fabrizio Zanetti — susurró — . ¿Él es el responsable de los secuestros? ¡Joder!

Puso atención a la pantalla en el momento en el que miraba hacia el Ferrari y luego volvía la vista hacia el hombre.

— Saulo no está aquí. Él es inocente.

— ¿Inocente? ¿Inocente de qué? — preguntó Fabrizio soltando una risotada.

— Vamos, Zanetti, reconoce que le tienes envidia por ser un hombre de éxito. En cambio tú... comprando droga, robando arte, secuestrando a chicas inocentes para prostituir las...

— Graziani es un fracasado, no sabe hacer nada bien. Merezco el control de la Toscana, somos la gran familia.

Byanca miró disimuladamente hacia la cámara, como si le mandara un mensaje sin palabras a Leo. Un mensaje que el policía pilló de inmediato. Había estado yendo por el hombre equivocado.

— Zanetti — habló ella — . Te propongo un trato.

Leo agarró la pantalla.

— No, Byanca, no lo hagas.

En ese momento, la puerta de su despacho se abrió y apareció Salvatore.

— Leo...

— Ahora no puedo, Salva.

— ¿Ocurre algo?

— Byanca se va a entregar al hombre que secuestró a su hermana y estoy viéndolo todo.

Salvatore se acercó y miró la pantalla.

— No estás en posición de proponer un trato, querida — dijo Zanetti

sonriendo con suspicacia.

— ¡Joder! — exclamó Salvatore — ¿Ese no es...?

— Fabrizio Zanetti. El responsable de los secuestros de las chicas.

Cuando Bianca comenzó a hablar, ambos miraron de nuevo hacia la pantalla. Salvatore se preguntó dónde estaba Saulo. Él no podía permitir algo así.

— Deja en paz a Saulo, suelta a mi hermana y me entregaré yo por ellos. Haré lo que quieras, pero déjalos a ellos.

— No, joder — maldijo Leo.

Fabrizio dio un par de pasos hacia Bianca que no se había movido un ápice.

— Arriesgando tu vida por ellos dos... Qué tierno me parece — Fabrizio le acarició la mejilla.

— Joder, Leo, manda a un par de patrullas para allá, Saulo se va a enfadar mucho, ¿Dónde, cojones está?

Leo miró hacia Salvatore frunciendo el ceño.

— ¿De qué conoces a Graziani?

— Eso no importa ahora, haz algo.

— Bianca me pidió que grabara esto.

— ¡No podemos fiarnos de ese tipo! Se la va a llevar y no va a soltar a su hermana. Irá a por Saulo. Estás cometiendo un error.

Sin decir más, Salvatore salió del despacho mientras Leo seguía observando y grabando todo para poder intervenir.

Mientras tanto, Bianca esperaba una respuesta que no llegaba de Zanetti.

— Deja salir a mi hermana. Ya ha sufrido bastante, por favor.

— Me conmueves, Bianca Marchetti, de verdad que sí, pero ¿sabes qué? Tu hermana no ha podido venir conmigo.

La joven abrió los ojos, sorprendida. La desesperación le había hecho confiar en la palabra de Zanetti y la habían engañado.

— Tú dijiste...

— Yo digo muchas cosas, querida — dijo Fabrizio haciendo una señal a alguien a espaldas de la joven — . Jamás confíes en la palabra de un mafioso.

Alguien la sujetó con fuerza y sintió un pinchazo en el cuello. Cuando el líquido penetró en su interior, su cuerpo perdió fuerzas. Quiso luchar, pero fue en vano y solo pudo ver cómo la arrastraban hasta un furgón negro cuyas puertas traseras estaban abiertas.

— Dejad ir... a mi... hermana — logró decir.

— Pronto la verás, querida, dulces sueños.

— No, mi... mi... hermana...

Byanca trató de aguantar despierta, pero finalmente perdió el conocimiento. Los hombres de Zanetti cerraron las puertas traseras dejando a la chica tirada en el suelo del vehículo.

Se subieron todos en los coches y se alejaron de allí.

Salvatore corrió todo lo que pudo con su coche, llegando a saltarse incluso algún semáforo en rojo.

— ¿Dónde cojones estás, Saulo? Van a hacer daño a tu mujer.

Rápidamente llegó a la mansión Graziani. Entró como una tromba, sorprendiendo a todo el que se hallaba cerca.

— Señor — dijo uno de los sirvientes del mafioso.

— ¿Dónde está Saulo?

— Creemos que durmiendo.

Sin esperar más, subió las escaleras y se dirigió a la habitación de su amigo, pero esta estaba vacía así que recorrió el pasillo abriendo todas las puertas hasta que lo encontró.

El muy imbécil estaba plácidamente dormido por lo que Salvatore se acercó y le tocó el hombro para despertarlo, pero, al ver que con ese simple contacto no lo hacía se sentó frente a él y vio el vaso de *whisky* en la mesilla de noche.

Lo tomó de los hombros y lo removi6 con fuerza.

— Despierta, Saulo. Vamos, abre los putos ojos, joder.

La cabeza de su amigo cayó hacia delante, pero lo oyó gemir levemente.

— Byanca...

— Despierta, amigo, ella no está aquí, ha cometido una locura.

Saulo se sentía pesado y apenas tenía fuerza para levantar la cabeza y observar a Salvatore, que parecía intentar reanimarlo de lo que quiera que le pasaba.

Cuando consiguió un poco de fuerza, intentó mantenerse erguido.

— Salvatore...

— Rápido, Saulo, tenemos que actuar. Byanca ha ido a encontrarse con Zanetti.

— ¿Zanetti?

— Sí, él es el que ha estado secuestrando a las chicas para prostituirlas, él fue quien se llevó a la hermana de Byanca. Tienes que ir a buscarla antes de que sea demasiado tarde.

— Joder, me pesa todo — dijo Saulo con pocas fuerzas — . Creo que Byanca me ha drogado...

— Crees no, seguro que lo hizo, o no habría salido a encontrarse con ese

hijo de puta.

— Ayúdame a vestirme, por favor.

— No me digas que estás desnudo. Joder, Saulo — se quejó Salvatore.

Aun así, lo ayudó a vestirse y a incorporarse para sacarlo de la habitación.

— ¿Cómo sabías lo de Byanca? — preguntó Saulo empezando a recuperar las fuerzas.

— Conectó una cámara del puerto de Livorno con la comisaría. Leo está viéndolo todo, por cierto, se ha llevado tu Ferrari.

— Maldita sea... Vayamos al puerto.

Salvatore asintió y ambos se subieron en el coche de este para poner rumbo al lugar, pero al llegar lo único que encontraron fue el Ferrari de Saulo.

Este, que ya había recuperado las fuerzas, se bajó y se dirigió al coche. Abrió la puerta, encontrando el coche vacío, a excepción del móvil de Byanca. Lo cogió maldiciendo lo ocurrido. Su instinto la noche anterior no le mentía, ella estaba haciendo todo para despedirse de él porque iba a entregarse y salvar a su hermana.

Sin poder soportarlo, cayó de rodillas al suelo mientras miraba el aparato. Salvatore se acercó preocupado.

— Algo raro pasaba, ayer sentía algo raro en su actitud y no supe lo que era... joder, se estaba despidiendo de mí. Hemos llegado tarde.

— La vamos a encontrar, Saulo.

— ¿Cómo? Si Zanetti se la ha llevado como hizo con su hermana no la volveré a ver. Jamás la tendré junto a mí de nuevo — dijo llevándose una mano al corazón.

— No digas eso.

Él sacó su móvil y miró en la galería de fotos las que se habían hecho el día anterior en el Jardín de Boboli. Abrió la foto con el corazón y las palabras “Te amo”. Con rabia dio un puñetazo en el duro suelo.

— ¡Maldita sea, Byanca!

El grito fue acompañado con varios puñetazos en la misma dirección, lo que hizo que se destrozara los nudillos.

— Basta, Saulo, así no hallaremos una solución. Encontraremos a Byanca, Zanetti no es tan listo. Tenía la ayuda de un policía que aún estamos intentando averiguar quién es, cuando lo sepamos, no tendrá posibilidades.

— No pude protegerla, Salva. Si algo le pasa estaré muerto.

— No le va a pasar nada. Debemos confiar en que va a estar bien y la vamos a encontrar sana y salva junto con su hermana. Mírame, Saulo, yo aún no he logrado encontrar a Giulia y no pienso perder la esperanza, porque sé que está en algún lugar. Voy a encontrarla, tanto a ella como a mi hijo, ¿entiendes? Por

eso mismo tú debes levantarte y buscar a Byanca. Llamaremos a Leo y veremos si ha conseguido algo de información que nos ayude a encontrarla.

Salvatore sacó su móvil y marcó el número de Leo que enseguida contestó.

— Salva.

— Supongo que nos estás viendo, ¿verdad? — preguntó este mirando hacia la cámara.

— Sí, os veo.

— Entonces podrás contestarme a lo que acabo de decir.

— Lo siento, pero solo podía ver la imagen. Maldita sea, le han pinchado algo en el cuello que hizo que perdiera el conocimiento. La han arrastrado hasta un furgón y supongo que la han metido dentro.

Salvatore miró a Saulo que estaba atento a las palabras de Leo al otro lado de la línea. Tenía los puños apretados, notándose en estos los nudillos blancos salvo los de la mano que había golpeado el suelo.

— Entonces tenemos un problema, porque Byanca no se llevó su móvil. No tenemos nada por dónde empezar.

— Un momento, Salva — dijo Leo — . Zanetti quería a Graziani, él le exigió un intercambio al que ella se negó, quizás él mismo quiera contactarle para salvar a Byanca.

— Que me llame entonces — dijo Saulo con rabia — . Se va a arrepentir de todo lo que ha hecho, porque lo mataré con mis propias manos.

Este se levantó y se pasó las manos por el pelo con frustración.

Salvatore volvió a mirar a la cámara.

— Si queremos encontrarlo debemos pinchar tanto el teléfono como el móvil de Saulo, es la única forma de hallar el lugar exacto en el que pueda estar Byanca, pero también debemos descubrir quién es el cómplice de ese malnacido y que está en la comisaría trabajando.

— Los españoles se están encargando de eso ahora mismo.

— Haced lo que tengáis que hacer — dijo Saulo — . Cualquier cosa para salvar a Byanca de las garras de Zanetti.

De repente, a Saulo se le ocurrió una idea y cogió su móvil para llamar a Piero. Este contestó al poco tiempo.

— ¿Saulo? ¿Por qué me llamas tan temprano?

— Necesito que mires el localizador que le puse a Byanca aquella vez.

— ¿Qué ocurre?

— Es una larga historia, necesito saber si lleva el localizador con ella.

— Voy a mirar. Tardaré un poco, me acabas de despertar.

— Espero tu llamada, entonces, por favor, que sea rápido, Byanca está en peligro.

— De acuerdo.

Tras esto, Saulo colgó y miró a Salvatore que seguía halando con Leo.

— Hace un tiempo le puse un localizador, quizás lo cogió por si algo salía mal — dijo él.

— Dudo que lo haya hecho — dijo Leo al otro lado de la línea.

— Pero es una posibilidad — dijo Salvatore —. Porque si tiene ese localizador encima, no tendremos que esperar a que ese cabrón llame a Saulo, si no que podremos ir a por ella rápidamente.

— No ha podido ser tan irresponsable para venir sin nada hasta aquí — dijo Saulo.

— Si fue capaz de drogarte sin que te dieras cuentas, es capaz de muchas cosas, porque el amor y la desesperación hacen a una persona ser una inconsciente.

— Joder, Salva, que le pedí ayuda a una amiga de la AISE.

— ¿De la AISE? ¿Cómo cojones conoces tú a alguien de la AISE?

— Era una amiga de la infancia, pero fuimos por caminos diferentes.

El móvil de Saulo empezó a sonar, era Piero. Sin más, Saulo contestó.

— Saulo, siento decirte que el localizador está en tu casa, por lo que Byanca no lo tiene encima si dices que corre peligro. ¿Ahora me vas a contar qué ocurre o tendré que preguntarle a otra persona?

— Lo que ocurre es que voy a perder a Byanca si no la encuentro rápido.

Los coches llegaron al lugar que había usado Zanetti como refugio para meter a las chicas secuestradas. Una pequeña casa a las afueras de la ciudad, no muy alejada de la civilización, pero lo bastante sola para que nadie sospechara.

Fabrizio fue de los primeros en salir y se acercó a uno de sus hombres.

— Despertadla y llevadla dentro, quiero divertirme un rato con ella.

El tipo asintió y se dirigió hasta la parte trasera del furgón una vez hubo entrado Fabrizio. Cuando abrió, zarandó varias veces a Byanca hasta que la oyó gemir.

— Arriba, estúpida, te esperan dentro.

— Mi hermana...

El tipo la sacó del vehículo y la arrastró hasta el interior de la casa. Una vez dentro, la llevó hasta el centro, de donde colgaba una cadena con unas esposas. El tipo le quitó la cazadora y cerró los grilletes en torno a sus muñecas con cierta fuerza.

Byanca se quejó y volvió a llamar a su hermana.

— Chiara...

— Vaya, vaya, nuestra invitada ya está despierta.

Fabrizio se acercó a paso lento mientras se miraban a los ojos, aunque los de Byanca aún estaban un poco velados por la droga que le habían administrado.

— ¿Dónde está mi hermana? Quiero verla...

Fabrizio paseó alrededor de ella, observando todo su cuerpo con detenimiento.

— Eres realmente bella, ahora sé por qué Graziani se ha fijado en ti.

— Quiero ver a mi hermana — dijo Byanca palabra por palabra.

Fabrizio se colocó a un lado agarrándola del pelo para hacer caer su cabeza hacia atrás. Ambos se miraron fijamente a los ojos.

— ¿Crees que puedo mostrarte a tu hermana cuando tú misma no me has traído a Graziani? No, pequeña.

Le soltó la cabeza con brusquedad y volvió a ponerse frente a ella con los brazos cruzados.

— Él no tiene nada que ver en esto.

Fabrizio lanzó una risotada.

— Tiene mucho que ver, pero ¿sabes una cosa? Te voy a dar una nueva oportunidad — dijo él sacando su móvil — . Llámalo para que venga a buscarte y podrás marcharte de aquí con tu hermanita querida.

Byanca negó con la cabeza.

— No voy a llamarlo — dijo Byanca con convicción.

Zanetti volvió a acercarse a ella.

— ¿Te niegas, entonces?

— ¡Claro que sí! No voy a dejar que le hagas daño.

— Pues yo quiero hacer daño a alguien... — dijo Fabrizio como si nada — . Podría traer a tu hermanita.

— ¡A ella no la toques! Haz conmigo lo que quieras, pero no la toques...

— ¿De verdad?

Byanca bajó la cabeza resignada.

— Sí...

— ¡Perfecto! — exclamó dando una palmada. Se acercó hasta una puerta por la que salió para luego volver con un cubo de agua y una toalla — Normalmente me gusta que mis torturados sufran y sangren, pero contigo haré una excepción, porque quizás pueda venderte a algún burdel, como hice con tu hermana.

Byanca lo vio mojar la toalla y estirla. Volvió a acercarse a ella con una sonrisa siniestra.

— Si dejas a mi hermana, haré lo que sea, por favor.

— Todo dependerá de ti, querida...

Sin decir más, estiró la mano que tenía la toalla y luego la bajó golpeándole la espalda. Byanca gritó tanto de sorpresa como de dolor. Apenas tuvo tiempo de reponerse cuando sintió cómo la golpeaba de nuevo, esta vez en un costado.

¿Cómo era posible que una simple toalla mojada hiciera tanto daño?

Los golpes fueron sucediéndose sin piedad y sin tiempo para recuperarse del dolor hasta que, finalmente, Fabrizio se detuvo con la respiración agitada. Byanca colgaba de sus muñecas ya dañadas, con mucho dolor en todo el cuerpo.

— ¿Estás bien, querida? — preguntó Fabrizio sonriendo y al ver que no contestaba, le dio la espalda — ¡Que venga alguien y la meta en la habitación!

La puerta se abrió y apareció el mismo tipo que la había atado para quitarle las esposas. Byanca cayó de rodillas al suelo cuando se vio libre, debilitada, pero

apenas tuvo tiempo de recuperarse, porque la cogieron del brazo y la sacaron fuera de allí por un pasillo hasta llegar al fondo.

Abrieron la puerta y la empujaron dentro. Byanca gimió dolorida tirada en el suelo.

Unos gemidos se oyeron al fondo de esta por lo que la joven levantó la mirada. Allí había alguien acurrucado y, a rastras, se acercó. Cuando la reconoció no pudo evitar sonreír.

— Chiara...

La chica, que estaba encogida y con la cabeza oculta entre sus rodillas, se incorporó. Junto a ella estaba su hermana.

— Byanca...

Esta se incorporó sobre las rodillas, a pesar del dolor, y no dudó en abrazar a su hermana mientras las lágrimas escapaban de sus ojos. Chiara no supo reaccionar al principio, pero, cuando sintió la calidez de los brazos de su hermana rompió a llorar.

— Ya estoy aquí, tranquila...

— ¿Has venido a sacarme de aquí?

— Sí, cariño, saldremos y podrás volver a tu vida de antes.

Byanca se apoyó en la pared sin soltar a su hermana. Le dolía todo el cuerpo debido a los golpes que Zanetti le había administrado, pero trató de disimularlo ante su hermana.

— Ese hombre... ¿está ahí?

— No te preocupes, no te volverá a hacer daño, olvídalo.

Le acarició el brazo con delicadeza para que se relajara y, al poco tiempo, su hermana se quedó dormida. Ella apoyó la cabeza en la de Chiara y cerró los ojos. Estaba tan cansada que apenas tardó en sucumbir a este y caer en los brazos de Morfeo.

La puerta del despacho de Leo se abrió con fuerza apareciendo, por esta los dos policías españoles. Pablo se quedó frente a él y colocó algo sobre la mesa. El policía lo miró y vio que era una tarjeta.

— ¿Lo habéis conseguido?

— ¿Acaso lo dudabas? — preguntó Pérez — . La verdad es que fue muy fácil despistarle para hacer la copia.

— ¿Habéis visto algo?

Pablo negó.

— Queríamos verlo contigo. Te concierne más que a nadie porque es tu compañero y sospechas que sea cómplice del tipo que secuestra a las chicas. Quizás esa tarjeta nos diga quién es.

— El problema es que ya lo sé.

Los dos policías lo miraron con la sorpresa reflejada en sus rostros.

— ¿Cómo lo has sabido? — preguntó Pérez.

Leo movió el ratón y abrió el archivo de vídeo que había grabado de la cámara del puerto de Livorno. Giró la pantalla y se los mostró. Los dos hombres miraron las imágenes.

— Se llama Fabrizio Zanetti, otra de las grandes familias de la Toscana, sospechosa también de ser una familia de mafiosos, pero han llegado al extremo de secuestrar chicas para venderlas a burdeles de mala muerte y prostituir las.

— Un momento... ¿esa no es...?

— Sí, mi ex, Byanca. Al parecer, Zanetti tiene a su hermana aquí y la chantajeó para que le llevara a Saulo Graziani porque son enemigos desde no se sabe cuándo. Le ofrecía un cambio que ella no aceptó y ahora también está en manos de ese hijo de puta.

— ¿Cómo es que tienes esta grabación? — preguntó Pablo.

— Ella conectó la cámara con la comisaría y he tenido que grabarlo para tener pruebas suficientes con las que acusar a Zanetti de todo — dijo Leo con la cara entre las manos y soltó una risotada — . Drogó a Graziani para que no la siguiera y me pidió que no actuara. No sabes lo que es contenerse para no salir corriendo a ayudarla. Me arrepiento tanto... Ahora no sé a dónde se la han llevado. Esto es horrible.

Pablo le posó la mano sobre uno de los hombros.

— La encontraremos, seguro. Ahora debemos ver qué hay en esa tarjeta.

— El tiempo corre en nuestra contra. Zanetti no se quedará quieto.

— Lo sé, pero tenemos que ver qué esconde Cyrano. Si es cómplice y lo detenemos, podemos interrogarlo. Quizá nos diga dónde se la ha llevado Zanetti.

— Pablo tiene razón, a ver déjame sentarme ahí — dijo Pérez obligando a Leo a incorporarse para ponerse frente al ordenador — . Esto será pan comido.

Enseguida sacó un lector de tarjetas en la que metió la copia que habían hecho del móvil de Cyrano, mientras Leo se detenía frente a la enorme pizarra en la que estaba toda la información recabada con los asesinatos hasta que empezaron a añadir el tema de las desapariciones. En el centro de todo había una foto de Saulo Graziani. La cogió y la miró.

Ver su desesperación en la pantalla cuando llegaron al puerto le confirmó lo que había estado negándose. Ellos se amaban y él ya no era nadie en esa relación. Ahora sí que había perdido a la que creía la mujer de su vida. Ya no tenía a nadie.

— ¿Estás bien? — preguntó Pablo.

Leo sonrió con tristeza.

— Pensaba en que ya he perdido a Bianca para siempre, Graziani estuvo en el puerto después de que se la llevaran y pude ver cómo sufría por ella. La quiere de verdad. Ahora me he quedado solo...

— ¡Lo tengo! — exclamó Pérez desde la mesa.

Tanto Leo como Pablo se acercaron y el otro empezó a abrir carpetas hasta que el primero vio la carpeta de los WhatsApp.

— Abre esa carpeta, creo que ahí puede estar todo — dijo Leo.

Pérez obedeció y en la carpeta solo encontraron una conversación, era con Fabrizio Zanetti. La abrieron para leerla atentamente.

— Lo tenemos — dijo Pérez.

— Sí, vayamos a detenerlo, tenemos pruebas más que suficientes para acusarlo de colaborar con la mafia — dijo Leo.

— Espera, Leo. Antes de que salgamos ahí a detener a Cyrano, hay algo que tenemos que contarte, pero no puede salir de aquí bajo ningún concepto.

— ¿Qué ocurre?

— Enseguida lo entenderás — dijo Pablo mientras se sentaba.

Leo los miró a ambos sin comprender, aun así, escuchó todas las palabras que le habían dicho los dos españoles. Una conversación que duró un rato y de la que nadie, salvo ellos, conocía su contenido.

Buscaron a Cyrano hasta encontrarlo en su despacho haciendo una llamada. Cuando este los vio entrar los miró.

— ¿Puedo atenderos en algo?

— Basta de fingir, Cyrano — dijo Leo — . Te hemos pillado.

— ¿Pillarme? — preguntó este con voz tranquila — . Pillarme ¿en qué?

Pérez sacó la tarjeta para mostrársela.

— Tenemos toda la información de tu móvil en esta tarjeta así que deja de fingir, Cyrano. Sabemos que eres el policía corrupto que colabora con un mafioso en el secuestro de chicas.

— ¿Y cómo sabéis que habéis cogido el móvil correcto?

— No nos equivocamos nunca — dijo Pablo — . Hemos visto la amplia conversación de WhatsApp con Fabrizio Zanetti, el culpable de todo esto.

Cyrano soltó una carcajada fría.

— Buen trabajo, chicos. Veo que estabais bien preparados.

Leo se acercó y golpeó la mesa con las manos sin dejar de mirarlo.

— Si sabes lo que te conviene, será mejor que colabores en esto, Cyrano. Cerraste cientos de denuncias de chicas desaparecidas en beneficio de alguien como Zanetti para mandarlas a burdeles a ser violadas. ¿Qué obtenías por ello?

— Poder — dijo con sinceridad.

— ¿Poder? ¿Qué clase de poder, por Dios? Son chicas inocentes.

— El poder sobre la Toscana. Te veo nervioso, Leo. Será mejor que te sientes.

— No me toques los cojones, Cyrano, sabes muy bien por qué estoy así. Zanetti lo tenía todo calculado, ¿verdad? Iba a conseguir que Byanca le entregara a Saulo, pero también iba a llevársela a ella. ¿verdad?

— Veo que aún te afecta que esa chica te dejara por Graziani. ¿Por qué será?

Leo cogió a Cyrano por el cuello de la camisa y lo zarandeó mientras Pablo y Pérez se acercaban para separarlos.

— No te atrevas a decirlo, ni siquiera pensarlo, ¿me entiendes? Eres una mierda y te vas a pudrir en la cárcel por todos los delitos que has cometido, te expulsarán del cuerpo, serás escoria.

— Basta, Leo, no entres en su juego — le dijo Pablo — . Tienes algo mucho más importante que hacer que perder el tiempo con este traidor.

Cyrano empezó a reír a carcajadas mientras Leo aflojaba su agarre.

— Quiero que me digas dónde se ha llevado Zanetti a Byanca y a su hermana ahora mismo.

— ¿De verdad crees que te lo voy a decir, Ruggeri? Como se nota que no me conoces. Si quieres saberlo habla con Graziani. Seguro que Fabrizio no tardará en llamarlo para que acuda a salvar a su mujerzuela.

Sin que los españoles pudiesen detenerlo, Leo le dio un fuerte puñetazo a Cyrano que lo tiró al suelo. Sacudió la mano y le dio la espalda.

— Llevadlo a una celda y que nadie se acerque a él para nada, únicamente lo haremos nosotros tres, ¿entendido?

— Sí — dijo Pérez cogiendo a Cyrano por un brazo.

Pablo lo imitó y se llevaron al hombre de allí.

Si lo que decía Cyrano era cierto, solo Saulo Graziani tendría el poder de llegar a Byanca y salvarla.

50

Varias horas más tarde, uno de los esbirros de Zanetti, un tipo alto, con cabeza rapada y ojos azules, entró en la habitación donde estaban las dos hermanas profundamente dormidas y abrazadas entre sí.

Se acercó hasta ellas y le dio una patada a Byanca, la cual se quejó y abrió los ojos lentamente. Miró a su alrededor, confusa por no conocer el lugar.

— Levántate — dijo el esbirro.

Chiara abrió los ojos y, al ver al hombre, se encogió entre los brazos de su hermana.

— Tranquila, pequeña — trató de serenarla Byanca.

— Nos van a hacer daño.

— A ti no van a tocarte, te lo prometo, pero debes quedarte aquí, ¿entendido?

Byanca se fue a incorporar, pero Chiara la agarró con fuerza.

— ¡No! ¡No te vayas!

— Estaré aquí al lado, no temas.

— ¿Me prometes que volverás?

— Te lo prometo — dijo Byanca dándole un beso en la frente.

Tras esto, consiguió apartar a su hermana para poder levantarse y la vio encogerse en la esquina. El corazón se le encogió al verla tan asustada, pero no pudo volver a acercarse, porque el tipo la agarró de un brazo y la sacó a la fuerza de allí.

Una vez fuera de la habitación, la llevó hasta el mismo lugar donde, horas antes, Fabrizio le había golpeado con la toalla mojada. Aún podía sentir dolor en diferentes zonas de su cuerpo.

Al llegar, el tipo la empujó dentro y se alejó. Miró alrededor hasta encontrar a Fabrizio en una esquina con el móvil en la mano.

Ahora que estaba más despejada y sin ningún efecto de droga en su

cuerpo, pudo ver bien la habitación. Era de techos altos de madera, con paredes de pintura amarilla desconchada. No había prácticamente ningún mueble salvo un armario que no podía adivinar qué escondía.

Cuando volvió a mirar a Fabrizio Zanetti, este se acercaba a ella girando el móvil entre los dedos con una sonrisa en la cara. Byanca quiso huir, pero lo único que hizo fue mirarlo desafiante.

— ¿Has dormido bien? Estarás contenta, has visto a tu hermanita querida.

— Déjala marchar, Zanetti, ya te dije ayer que yo me entregaba por ellos dos.

— Si la dejas ir no podré chantajearte.

— No hay necesidad, haré lo que quieras menos llamar a Saulo para que venga.

Zanetti dio una vuelta alrededor de ella sin dejar de mirarla.

— La verdad es que tienes un cuerpo espléndido, apetecible para miles de ideas que se me ocurren y que estaría encantado de mostrarte.

— Pues deja ir a mi hermana, por favor.

Fabrizio posó la mano en el lateral del cuello de Byanca, la cual tembló de repulsión y cerró los ojos.

— Parece que no entiendes mis palabras, preciosa, tu hermana se va a quedar para así poder chantajearte, porque si haces cualquier tontería, lo pagará ella.

— A ella ni la toques, bastante le has hecho desde que la secuestraste hace tres años.

— Pues entonces haz lo que te digo y ambas seréis libres — dijo mostrándole el móvil — . Llama a Graziani y os dejaré en paz.

— No me fío de tu palabra. Ya me mentiste ayer. Volverás a hacerlo.

— Muchas veces miento, pero otras tantas digo la verdad. Llámalo y os dejaré libres.

Byanca miró la mano que sostenía el móvil para luego volver a la mirada fría de Zanetti que sonreía, alternó varias veces las dos imágenes hasta que, de un manotazo, el móvil salió disparado de la mano de Fabrizio hasta el suelo.

Ella vio como Zanetti cerraba la mano en un puño y volvía a abrirla, tenso.

— Me estás haciendo enfadar mucho, Byanca, y tú no quieres que me enfade, ¿verdad?

— Vete a la mierda, Zanetti.

Este la agarró con fuerza del pelo haciéndole daño.

— Como vuelvas a hacer algo así te juro que te llevó a una habitación y te arranco la piel a latigazos.

Byanca sonrió.

— No te atreverás si quieres venderme al mejor postor. No quieren mercancía en mal estado.

Fabrizio la soltó bruscamente y le dio la espalda con un grito de desesperación, mientras se llevaba las manos a la cabeza.

— No llevas ni veinticuatro horas aquí y ya me tienes hartos con tu cabezonería. ¡Quiero que llames a Graziani! ¡Quiero matarlo con mis propias manos!

— ¡Jamás lo llamaré! — gritó Byanca — ¡No voy a dejar que lo mates, antes prefiero que me mates a mí, pero ni él ni mi hermana van a sufrir más!

Fabrizio se giró hacia ella y la miró fijamente.

— ¿Qué piensas hacer para impedírmelo? ¿Quién te dice que no estoy haciendo todo para que él te vea y venga en tu busca? Que lo de la llamada es una burda mentira con la que crees que ganas tiempo...

— Atrévete a hacerlo y te dejaré en la ruina.

— Estar en la ruina no es ninguna novedad para los Zanetti, los Graziani nos lo quitaron todo, pero pienso recuperarlo por el honor de mi familia.

— Créeme, conozco perfectamente la historia entre vuestras dos familias y no voy a perdonar lo que le hicisteis a Saulo.

— ¡Él mató a mi hermano!

— ¡Porque él lo torturó! ¡Estuvo a punto de matarlo!

Fabrizio se acercó a ella y la tomó del cuello con fuerza, cortándole la respiración.

— Él se merece morir. Con los Graziani fuera de combate, la Toscana será toda mía, ¿me oyes?

Byanca intentó apartar la mano de él de su cuello con las dos propias, pero era fuerte y empezaban a arderle los pulmones. Fabrizio apretó un poco más y luego la soltó, haciéndola caer al suelo.

Ella empezó a toser mientras se palpaba la zona del cuello.

— ¡Que alguien venga a llevársela! — gritó Fabrizio.

Byanca lo miró mientras entraba el tipo que antes la había sacado de la habitación donde estaba con su hermana y la agarró del brazo para levantarla.

— No vas a conseguirlo, Zanetti — dijo Byanca con voz enronquecida — . No voy a dejar que lo consigas.

— Eso ya lo veremos, querida — dijo él observando cómo se la llevaban de allí — . Voy a vengarme por fin de Graziani.

Byanca fue arrastrada hasta la habitación donde estaba su hermana. Una vez dentro, Chiara se acercó a ella y la abrazó. Byanca no pudo evitar fijarse en ella. A pesar de llevar pantalones y un pulóver de cuello alto, se apreciaba la extrema delgadez. Sus ojos, antes de un azul brillante, habían perdido color y

solo reflejaban miedo.

— Estaba muy asustada — dijo Chiara — , pensé que no vendrías nunca.

— Te prometí que no me iría. Es más, vamos a salir de aquí ahora mismo.

— ¿Qué?

— Lo que has oído — dijo Byanca apartándose y observando la habitación.

La sala era prácticamente igual a la habitación en la que había estado hablando con Zanetti, pero en esta tenía varias ventanas en un lateral. Sin dudarlo, se acercó a una de ellas y la abrió. Esta estaba tapiada por fuera con varios tablones. Probó con las demás, encontrando lo mismo.

— No podemos huir, Byanca, es imposible.

— Tiene que haber una forma — dijo ella mirando alrededor — . No podemos quedarnos en este lugar por más tiempo, Chiara.

— Ni siquiera sabemos dónde estamos.

— Da igual, correremos lo que haga falta.

Inspiró hondo y volvió a mirar hacia la ventana. Al fijarse bien, vio que los tablones eran viejos y quizá dándoles un par de patadas podía quitarlas. Miró a su hermana por unos segundos.

— Voy a darle patadas a la madera, cuando veas que cede, sal rápidamente y yo te seguiré, ¿entendido?

Chiara asintió y miró hacia la puerta con temor. Byanca retrocedió unos pasos y luego se acercó para darle una patada con todas sus fuerzas a los tablones. Sintió cómo empezaron a ceder.

Su hermana se llevó las manos a la boca. ¿Sería posible que por fin fuera libre de verdad?

Byanca le dio otra patada y, tras una tercera, las maderas acabaron cediendo del todo.

— Vamos, Chiara, ¡vamos! Cuando salgas, empieza a correr.

La joven se acercó a la ventana y salió sin dificultad, una vez fuera comenzó a correr volviendo la vista para ver si salía su hermana.

Justo cuando Byanca iba a salir, la puerta se abrió y varios esbirros de Zanetti, alertados por el ruido, entraron en la habitación, por lo que escapó rápidamente.

Una vez fuera, corrió con todas sus fuerzas hasta casi llegar a la altura de su hermana.

— No dejes de correr, Chiara.

Sintieron a los hombres de Fabrizio tras ellas, pero los ignoraron. Siguieron el camino que habían dejado las ruedas de los coches para salir de aquella zona, pero Byanca tropezó con una piedra y cayó al suelo.

Chiara se detuvo y se acercó a su hermana, que se llevaba una mano a la pierna maldiciendo por lo bajo. Esta intentó ayudarla a levantarse, pero un grito de dolor escapó de los labios de Byanca.

— Vamos, By, por favor.

— No puedo, me he torcido el tobillo.

— No quiero que nos atrapen, por favor — dijo Chiara llorando.

— No llores, anda — dijo Byanca sonriendo levemente —, solo tú puedes correr, hazlo, yo estaré bien.

— ¡No! ¡No quiero dejarte!

— Si no te vas, nos cogerán a las dos, vamos corre todo lo que puedas, no dejes que te atrapen. Cuando llegues a la ciudad busca a un policía y dile que buscas a Leo Ruggeri, él sabrá lo que hacer, ¿me oyes, Chiara? Eres nuestra esperanza, así que levántate y corre, yo estaré bien, te lo prometo.

— Pero...

— ¡Corre! — gritó Byanca al sentir el ruido de pisadas cerca.

La joven asintió, incorporándose, y corriendo con todas sus fuerzas se alejó de allí.

Los esbirros de Zanetti llegaron hasta Byanca y dos de ellos se separaron para ir a por Chiara.

— ¿Creías que iba a ser tan fácil, imbécil? — preguntó uno de ellos dándole una patada en el estómago a la joven, la cual se retorció de dolor.

— Me gusta el riesgo — dijo Byanca con una sonrisa mientras, deseaba interiormente que no atraparan a su hermana.

— Cuando el jefe se entere de esto vas a sufrir lo indecible.

— No le tengo miedo — dijo ella desafiante.

— Eso ya lo veremos — dijo el tipo cogiéndola y colocándosela al hombre para llevarla a la casa.

Ella no luchó, no tenía fuerzas para más, la carrera con el cuerpo apaleado tras la tanda de golpes con toalla mojada por parte de Zanetti la había dejado exhausta.

Chiara corría con todas sus fuerzas mientras oía a los tipos correr tras ella, por lo que decidió ocultarse entre los arbustos. Encontró algunos lo suficientemente grades como para esconderse.

Contuvo la respiración y no se movió ni un milímetro cuando pararon justo delante de ella, dando vueltas en redondo sobre sí mismos. Su cuerpo temblaba a pesar de todo, y tenía ganas de hundirse allí a llorar de miedo, pero debía hacer caso a su hermana y buscar ayuda.

No volvería a ser la chica desvalida que había sido ultrajada durante tres

horribles años. Cuando vio a los tipos volver en la misma dirección para por la que habían venido, dándola por perdida, espero hasta que estuvieron lo suficientemente lejos para salir de detrás de los arbustos y volvió a echar a correr hacia la ciudad a buscar ayuda con la que salvar a Byanca de las garras de ese malnacido antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando llegó a la ciudad, buscó a un policía desesperadamente, hasta que por fin encontró a uno entrando en una tienda para comprar una botella de agua. Una vez el tipo salió, ella se acercó y lo agarró de la camisa.

— Por favor, ayúdeme.

El policía, un hombre de mediana edad, con el pelo corto castaño y ojos marrones, la miró.

— ¿Qué ocurre?

— Necesito que me lleve a ver a Leo Ruggeri, solo él puede ayudarme... mi hermana... — señaló ella el lugar por el que había venido — . Por favor, lléveme con él.

— Antes tienes que decirme qué ocurre para que quieras verlo a él justamente.

— Solo él puede salvar a mi hermana. Se lo suplico, lléveme a donde esté, es urgente.

— De acuerdo, ven.

El policía caminó hasta el coche patrulla, donde le esperaba su compañero. Le hizo entrar en el asiento trasero y él se subió en el lado del copiloto.

— ¿Quién es la chica? — preguntó su compañero.

— No lo sé, solo dice que quiere ver a Leo urgentemente.

— ¿Será a lo mejor alguna chica de esas de las desapariciones?

— Es posible, decía algo sobre su hermana.

— Pues no demoremos más — dijo el policía poniendo el coche en marcha.

Chiara miraba el camino por el que había venido mientras se alejaba de allí, deseando fervientemente que hubiera hecho bien al dejar a su hermana sola.

El coche patrulla no tardó mucho en llegar a la comisaría. Chiara se retorció las manos con temor. Habían pasado un par de horas desde que había logrado escapar de aquella casa y aún estaba preocupada por Byanca, porque no había conseguido venir con ella hasta un lugar seguro.

No quería imaginar lo que podrían hacerle. Se limpió los ojos ante las lágrimas que amenazaban con escapar sin control. Cuando iba de camino hacia la comisaría se había dado cuenta de todo lo que había cambiado Florencia en tres años que había pasado encerrada entre cuatro paredes solo para satisfacer los más bajos instintos de hombres sin escrúpulos que gozaban maltratándolas.

Una vez llegaron al edificio, el policía que la había socorrido, la instó a bajar del coche para entrar allí a su retaguardia. La hizo esperar sentada en una silla hasta, que vio aparecer a un hombre rubio de ojos claros vestido con unos vaqueros y una camisa blanca.

Ella lo miró y vio cómo se detuvo de repente. Al sentirse observada por él, se abrazó a sí misma con temor.

Leo no pudo reaccionar al principio cuando vio a la joven. La había visto en una foto, pero no se había preparado para el impacto. Era una versión más joven de Byanca, pero con el cabello oscuro. Abrió la boca para hablar.

— ¿Chiara... Marchetti? — preguntó él.

La joven volvió a mirarlo y asintió lentamente mientras se levantaba.

— Si eres Leo Ruggeri, salva a mi hermana, por favor...

De repente, la puerta de la comisaría se abrió dando paso a otro hombre, este vestido de traje, con el pelo corto castaño y los ojos azules. Cuando vio al policía se acercó a él, pero tuvo el mismo gesto que Leo al verla a ella. La joven se encogió ante las miradas de ambos sobre ella.

El hombre trajeado miró a Leo.

— ¿Quién es ella? ¿Por qué se parece tanto a Byanca?

— Es su hermana, Graziani.

Él volvió a mirarla y se acercó un par de pasos, los mismos que ella trató de retroceder, pero encontró el tope del asiento donde había estado sentada y gimió asustada.

Leo lo detuvo, agarrándolo del brazo.

— ¿Qué haces?

— Dale espacio, está asustada.

— ¿Cómo es posible que esté aquí?

— No lo sé, pero creo que ha logrado escapar para que pudiera ayudar a su hermana, un compañero me dijo que le pidió verme urgentemente.

— ¿Dónde está Byanca entonces?

— No lo sé, cuando iba a hablar con ella, apareciste tú. Créeme que yo estoy igual de sorprendido que tú por el enorme parecido con su hermana.

— Salvad a Byanca, por favor. Le van a hacer daño — dijo Chiara con voz ahogada mientras intentaba mantener a raya las lágrimas.

— Tienes que explicarnos todo, Chiara, cualquier detalle que nos lleve hasta donde está Byanca — dijo Leo mirándola fijamente.

— Yo... no sé por dónde empezar...

— Tranquilízate, inspira hondo y cuenta todo lo que sepas desde el principio. Quizás estés más cómoda en mi despacho — dijo Leo haciéndole un gesto con la mano e indicándole una puerta.

La joven asintió y pasó al lado de ambos, cuando Leo se alejaba, Saulo lo agarró del brazo para mirarse fijamente a los ojos.

— Yo también quiero estar delante, esto también me concierne a mí.

— No debería dejarte entrar, Chiara está muy asustada.

— Byanca está en peligro por mi causa, Ruggeri. Está metida en todo esto por mí, lo lógico sería que me dejaras a mí también participar en esto. No puedo estar tranquilo en mi casa porque no dejo de pensar si estará bien o le están haciendo daño. Estoy desesperado. Si le pasara algo, no me lo perdonaría en la vida.

Leo lo miró a los ojos. Ambos querían encontrar a Byanca sana y salva. Ella no se merecía algo así y era momento de enterrar el hacha de guerra de forma definitiva, por lo que asintió y ambos entraron en el despacho del policía.

Chiara se había sentado con la mirada baja y abrazándose con fuerza.

— Nadie te va a hacer daño, Chiara — dijo Leo cuando cerró la puerta.

Saulo se colocó lo más alejado posible. No quería asustarla. La joven levantó la mirada por un momento para posarla sobre él.

— ¿Eres...? ¿Eres Saulo? — preguntó ella recordando la conversación que había tenido por Skype con su hermana cuando la habían sacado del burdel.

Él asintió.

— El mismo.

Leo se sentó frente a ella y entrecruzó los dedos.

— Lo mejor será que empieces a contarnos todo, Chiara, no podemos perder el tiempo si es verdad que Byanca corre peligro en manos de esa gente.

Ella asintió, volviendo la mirada al policía, y comenzó a relatar todo lo ocurrido desde que Arkadiy la sacara del burdel hasta lo que había pasado hacía un rato.

— ¿Recuerdas el recorrido para llegar hasta la casa donde tienen a Byanca?

— Creo que sí. Como iba corriendo no me fije en nada, estaba muy asustada y solo quería encontrarte, tal y como me había dicho mi hermana.

— Entiendo.

Todos se quedaron callados por un momento y, de repente, el móvil de Saulo sonó, recibiendo un mensaje multimedia con número oculto. Cogió el aparato y cuando abrió la conversación vio que era un vídeo con un número desconocido.

Sin pensar lo descargó y vio el contenido. Su semblante pasó del desconcierto a la rabia más poderosa que existiera.

— ¡Maldito hijo de perra! — exclamó.

Byanca llevaba un buen rato colgando de sus brazos, que ya comenzaban a resentirse por la cadena que le cubría las muñecas. El tobillo le dolía horrores, se lo había torcido al caer y los tipos de Zanetti no habían escatimado en hacerle el mayor daño posible.

Intentó nuevamente soltarse del amarre, pero era imposible, por lo que desistió y esperó a ver qué era lo que le tenían preparado por haber hecho lo que hizo.

Entonces vio aparecer a Fabrizio muy cabreado seguido de uno de sus esbirros que portaba algunas cosas que no logró ver bien.

— Me han dicho mis hombres que intentaste escapar, ¿es eso cierto?

— Si ya te lo han dicho, no hace falta que yo lo diga.

Fabrizio le dio un bofetón con fuerza.

— Cuando hago una pregunta quiero que me respondan, ¿me entiendes?

— Y he respondido, ¿o acaso no lo he hecho? — dijo ella desafiante.

— Estás acabando con mi paciencia, Byanca Marchetti.

— ¿De verdad? Todo un logro entonces.

Fabrizio la agarró fuertemente del pelo para que se miraran a los ojos. Él la miraba con furia mientras que ella seguía desafiándolo.

— Será mejor que pares, o el castigo será mayor.

— Puede ser, pero al menos sé que ya no podrás amenazarme con hacer daño a mi hermana, porque es libre.

— Mis hombres se están encargando de buscarla.

— No la encontraréis. Por fin será libre, escapará de este infierno que ha vivido durante tres años.

— Puede que ella sí, pero tú, querida mía... tu destino será mucho peor que lo que vivió tu hermana.

Estiró la mano hacia atrás y el tipo que lo había seguido hasta allí le dio algo que, cuando Zanetti lo cogió, soltó un zumbido raro.

Byanca gritó cuando sintió que le caía una gran cantidad de agua congelada encima, pero el grito se intensificó cuando una enorme corriente le recorrió todo el cuerpo durante unos segundos que se le hicieron eternos. Cuando cesó, ella levantó la mirada con la respiración agitada y sonrió.

— ¿Eso es todo?

— Esto no ha hecho más que empezar — dijo dejando el aparato eléctrico y mirando a su esbirro — . ¿Estás grabando?

— Sí, señor.

— Perfecto.

Zanetti cogió otra cosa que había justo al lado del tipo y sonrió a la cámara para luego girarse hacia ella. Le mostró el látigo que portaba para acercarse lentamente.

— ¿Ahora me vas a golpear?

— ¿Tú qué crees? ¿Qué te parece si voy alternando ambos? Puede ser divertido. Eso sí, sonríe, porque esto se lo vamos a enviar a Graziani.

— Eso jamás, no tienes su número o si no ya lo hubieras llamado antes.

— Tú me darás lo que quiero.

— ¡Jamás!

Zanetti le golpeó un costado con el látigo. Volvió a golpear, esta vez por el otro lado. Byanca intentó soportar el dolor, pero otro grito escapó de sus labios cuando recibió otra descarga.

Los latigazos podría soportarlos, pero las descargas eran otro cantar. Tras cada una, el cuerpo le temblaba incontrolablemente y le costaba mantener la compostura.

Solo deseaba que su hermana hubiese llegado a un lugar seguro. Estando todos lejos, ya no tendría que proteger a nadie. Solo quedaba no decir nada sobre Saulo.

Un nuevo latigazo le hizo desconectar los pensamientos que estaba teniendo.

— ¿Me vas a dar el número de Saulo?

Byanca negó.

— Nunca — dijo con la respiración agitada.

— Tú lo has querido.

La tortura siguió por varios minutos alternando varios latigazos, que dejaron marcas en varias zonas, y electricidad. Byanca estaba a punto de perder la conciencia cuando sintió un pinchazo en el cuello.

Zanetti volvió a agarrarla del pelo y la miró a los ojos.

— Te he inyectado suero de la verdad, ahora me vas a dar el número de Graziani y no me puedes mentir. Así que dámelo.

Byanca quiso callar, pero algo le obligaba a dar el número de Saulo sin poder evitarlo, luego quedó colgando de las cadenas que estaban manchadas de sangre de las muñecas.

Zanetti cogió su móvil y apuntó el número de Saulo para enviarle el vídeo que acababan de terminar de grabar.

— ¿Qué hacemos con la chica? — preguntó el esbirro mirando a Byanca que no se movía.

— Métela en una habitación, pero ácala, no quiero que escape de nuevo.

El tipo asintió y descolgó a la joven, que gimió dolorida. La sacó de allí para llevarla hasta otra habitación diferente a la que había compartido con Chiara. La dejó en el suelo y con unas bridas le ató las manos y los pies.

— Saulo... — susurró ella entre la conciencia y la inconsciencia.

Pero nadie le hizo caso y allí quedó, atada y encerrada en una habitación donde apenas entraba la luz.

Leo le arrebató el móvil a Saulo para ver el vídeo que había recibido. Este último se paseaba por el despacho sin dejar de pasarse la mano por el pelo, mostrando una gran rabia.

Zanetti le había hecho daño solo por querer salvar a su hermana y aprovechaba para luego mandárselo a él. Si lo hubiera tenido delante en ese momento lo habría matado con sus propias manos.

Chiara alternaba la mirada entre uno y otro.

— ¿Qué ocurre? — preguntó la joven dirigiendo la mirada a Leo — . Es mi hermana, ¿verdad? Le están haciendo daño por mi culpa. Sí, es eso...

— Tú no tienes la culpa de nada, Chiara — dijo Saulo girándose hacia ella — . Tu hermana haría cualquier cosa por protegerte, por protegernos, es así de entregada, aquí no hay culpas para nadie.

— Pero cuando se cayó no pude ayudarla.

— Ella prefería saber que tú estabas a salvo, ha arriesgado mucho. No te

eches la culpa, ¿vale?

Chiara asintió levemente.

— Tenéis que ayudarla, por favor.

— Créeme que no voy a parar hasta encontrarla, y mataré a quien se me ponga por delante — dijo Saulo convencido.

Leo lo miró fijamente y casi sin pensar, sacó su placa del bolsillo y la dejó sobre la mesa.

— Esto se ha convertido en algo personal, nada tiene que ver con la policía. Byanca ha sido muy importante en mi vida, así que cuenta con mi ayuda, Saulo.

La sorpresa se reflejó en los rasgos del hombre.

— ¿Estás seguro de esto? Mis métodos no son nada ortodoxos.

— Me da igual, Byanca es lo importante aquí.

Saulo se acercó hasta la hermana de la mujer que amaba.

— Sé que ahora mismo estás asustada, y lo entiendo, pero voy a avisar a alguno de mis hombres para que te lleve a mi casa. Conocerás a mi hermana y estarás segura. Nadie te hará daño allí. Confía en mí y en él — dijo señalando a Leo —, salvaremos a Byanca, aunque sea lo último que hagamos en este mundo.

Chiara lo miró decidida.

— Quiero pedirte algo.

— Lo que sea.

— Si tienes la oportunidad de matar a ese hombre, por favor, hazlo. No quiero que viva, quiero que se acaben los secuestros.

Saulo le tomó la mano, que ella no apartó.

— Te juro que cuando recuperemos a Byanca, no quedará nada de Zanetti, será hombre muerto.

— Gracias — dijo ella realmente agradecida.

Saulo asintió y miró a Leo.

— Es momento de prepararnos, vamos a cavar la tumba de Zanetti.

Byanca abrió los ojos tras estar varias horas inconsciente. Le dolía todo el cuerpo. Cualquier movimiento era un suplicio para ella. Apenas recordaba nada después de que Zanetti le pinchara, aunque no se sorprendió al verse atada de pies y manos.

El tobillo torcido era lo que más sufría, porque la brida le presionaba la zona hinchada.

Sintió la puerta abrirse y miró hacia el lugar, apartando luego la vista unos segundos después porque le molestaba la luminosidad.

— ¿Ya has despertado? Me tenías preocupado — dijo Zanetti con falsedad..

Byanca se mojó los labios que tenía resecos.

— Vete a la mierda...

— Encima que me preocupo por ti... Bueno, a lo que iba. Tu querido Graziani ha recibido el vídeo y lo ha visto. ¿Qué crees que debería hacer?

— Dejarlo en paz... — dijo ella.

— La cuestión es que no quiero. Lo que realmente necesito es tenerlo frente a mí para matarlo.

— No se va a dejar atrapar tan fácilmente.

— Eso ya lo veremos.

— ¿Es que no tienes suficiente? Deja de hacer daño a los demás.

Fabrizio se acercó y se agachó frente a ella para tomarla de la barbilla.

— Jamás es suficiente, querida, lo que disfruto haciendo daño es como una droga, cada vez quiero más y más. Me encanta ver las caras de dolor, oír los gemidos o los gritos por cada golpe que propino, me encanta cómo queda el cuerpo después de una buena tanda de latigazos. Más que encantarme, me pone muchísimo.

— Eres un sádico.

— Es posible — dijo Fabrizio — . Pero disfruto muchísimo haciendo sufrir a mis víctimas y Saulo no se quedará atrás. Sufrirá lo que no está escrito.

— Si viene, no lo hará solo. Todos sus hombres estarán con él para protegerlo.

— Tengo planes para que eso no suceda, Byanca, ¿crees que no lo tengo todo preparado?

— Pero ya no tienes la ayuda de tu policía infiltrado, a estas horas debe estar detenido por apoyar a la mafia — dijo Byanca desafiante.

Zanetti la soltó con brusquedad para luego incorporarse.

— Sí, lo sé. Me dijeron que filtraste la información a ese poli que era tu novio. Nada escapa a mi conocimiento, tengo mucho control por aquí, aunque no lo parezca. Buena jugada — reconoció mirándola —, pero eso merece un castigo, ¿no crees?

De repente, entró uno de sus hombres con su móvil en la mano.

— Señor, ha recibido varios mensajes — dijo el tipo tendiéndole el aparato.

— ¿Y no podía esperar a que acabara aquí?

— Pensé que si insistían era importante.

— Imbécil — dijo cogiendo el móvil para desbloquearlo.

Tenía varios mensajes, venían del número de Saulo. Entre estos había un vídeo que enseguida descargó. En el visionado pudo ver a Cyrano atado a una silla con claros signos de tortura. Su cabeza caía hacia delante.

Entonces vio aparecer a Saulo ante la cámara para agarrar la cabeza del policía y levantarla con brusquedad. Tenía el rostro destrozado y ensangrentado.

— Zanetti... ¿acaso no recuerdas que en las grandes familias tiene cabida el ojo por ojo? Y ya que tú te dedicas a torturar a mi mujer, yo torturo a tu hombre. Pero yo tengo un pequeño añadido, aparte de una buena ayuda: ¿ves lo que lleva colgado al cuello? Oh sí, seguro que lo recuerdas muy bien. Tu hermano no se lo quitaba nunca... Yo mismo se lo quité el día que lo maté, pero eso no es lo importante. Devuélveme a mi mujer... o yo mismo averiguaré dónde estás y, créeme, no te gustará nada que lo sepa, porque lo que le he hecho a tu hombre no será nada comparado con lo que pienso hacer contigo como vuelvas a tocarle un solo pelo a Byanca. Quedas advertido...

Tras esto, Saulo soltó la cabeza de Cyrano y el vídeo se cortó.

Zanetti lanzó el móvil al suelo con rabia, aunque, por suerte, este era resistente a roturas.

— ¡Maldito! — exclamó con rabia.

Byanca, que lo había visto todo, se encogió un poco por temor a la represalia por parte de Fabrizio.

Zanetti volvió a agacharse delante de ella con rabia.

— Eso no va a quedar así, vas a sufrir mucho.

— ¿Crees que merece la pena torturarme? Saulo hará lo mismo y todo será un bucle. Si quieres acabar con esto, haz lo que tienes que hacer: déjalo en paz y

haz conmigo lo que quieras. Deja a Saulo, te lo suplico.

— Vaya, ¿dónde has dejado la altanería de ayer?

— No quiero que mates a Saulo. Tu familia le ha hecho mucho daño, no se merece que le hagan más.

— No lo mataré, pero va a desear estar muerto, querida.

Fabrizio se levantó y salió de allí tras recoger el móvil.

Byanca se dejó caer, estaba cansada de ser valiente. Nada le salía bien desde que se había entregado, salvo que su hermana escapara.

— Saulo... haga lo que haga Fabrizio, no le sigas el juego — suplicó en la soledad de aquel lugar.

Cuando terminaron de grabar el vídeo, Saulo se alejó de Cyrano que, había perdido el conocimiento hacía mucho tiempo.

Leo había sacado a Cyrano de la comisaría gracias a la ayuda de los policías españoles para llevarlo a un lugar donde poder sacarle toda la información, pero no había abierto la boca en ningún momento.

Saulo miró el cuello del reo, donde estaba el collar del hermano de Fabrizio. Al fin había servido de algo.

— ¿Cómo es que tienes ese collar en tu poder? — preguntó Leo.

— Porque yo maté a ese malnacido. Me secuestraron y torturaron hasta casi matarme. Me tomé la justicia por mi mano.

— Sabes que estás hablando con un policía, ¿verdad?

— Lo sé, pero lo más importante ahora es Byanca. Además, confío en ti, me has demostrado mucho en muy pocas horas.

Ambos se miraron mostrándose respeto mutuo. Dos hombres totalmente opuestos en la ley, pero que se habían unido por una mujer a la que han habían querido o querían con toda su alma.

— Cyrano no nos ha dicho nada que pueda interesarnos.

— Lo sé, y me da mucha rabia.

— Bueno, como sabía que algo así iba a ocurrir, he traído algo de laboratorio. Salvatore me lo dio.

Saulo sonrió de medio lado.

— El bueno de Salva.

— No me ha hecho gracia saber que también trabaja para ti, es uno de los mejores forenses que tenemos ahora mismo.

— Lo sé. Es tan bueno tratando muertos como vivos. Es el médico de la familia Graziani, pero lo importante ahora es: ¿qué te ha dado?

— Suero de la verdad. Cantará como un pajarillo — Leo sonrió.

Saulo lo imitó y se acercó a Cyrano mientras Leo preparaba la jeringuilla

con el suero.

El hombre lo zarandeó y el otro gimió dolorido.

— Despierta, imbécil — dijo Saulo.

Cyrano abrió los ojos lentamente y miró a Saulo. Sonrió, a pesar de que quedó en una mueca un poco dantesca.

— ¿Me vais a matar ya? — preguntó él.

— Aún no — dijo Leo acercándose dando unos leves golpes a la jeringuilla — , es momento de que hables de una vez por todas.

— ¿Suero de la verdad? ¿Dónde ha quedado la ética policial, Ruggeri?

— En el mismo sitio donde dejaste tú la lealtad a la ley.

Sin decir nada más, le clavó la aguja en el cuello y presionó el émbolo hasta que todo el líquido entró en su organismo

— Lo pagaréis caro — dijo Cyrano.

— Más lo vas a pagar tú — dijo Saulo con los brazos cruzados — . Solo tienes que decir una cosita de nada y, quizás luego, me apiade de ti.

— ¿Tendré una muerte rápida?

— Todo depende de ti... solo tienes que decirme dónde se esconde Zanetti con Byanca.

— Es tan fácil... — dijo Cyrano, su boca no podía parar de hablar debido al suero, no podía mentir.

Dio detalles del lugar en el que Fabrizio escondía a Byanca, rápidamente Leo tomó nota y con su móvil miró el mapa del lugar.

— Está muy cerca de donde apareció Chiara — dijo Leo observando el aparato — . No miente, pero el radio es muy amplio, necesitamos más detalles.

— Solo hay una cabaña en toda la zona, no es difícil reconocerla — dijo Cyrano.

Saulo miró entonces a Leo y asintieron.

— Es momento de salvar a Byanca — dijo Saulo, no sin antes meterle un buen puñetazo a Cyrano que le hizo caer de la silla — . Este va por lo que nos has hecho esperar para tener una respuesta.

— Que te jodan — dijo Cyrano escupiendo sangre.

Saulo abrió la puerta de la habitación donde estaba y miró a dos de sus hombres, que habían acudido para ayudarlo si fuese necesario.

— Vigiladle bien.

Los dos tipos asintieron y entraron en la habitación mientras Saulo le hacía una señal a Leo.

— ¿Qué van a hacerle? — preguntó Leo.

— De momento nada grave, si hubiese querido matarlo se lo hubiera dicho. La tortura de antes no es nada comparado con todo lo que se merece por

haber hecho lo que hizo. Tanto él como Zanetti van a pagar caro lo que han hecho, principalmente por Byanca y su hermana.

— Entonces deja que mis hombres se lo lleven de nuevo — dijo Leo.

— Ni hablar.

— Sé razonable.

— He dicho que no y no se hable más.

Saulo se adelantó para ir a su coche. No podía esperar el momento de reencontrarse con Byanca. Leo miró hacia la puerta cerrada de la habitación donde estaba Cyrano por unos segundos y, finalmente, lo siguió.

Se metieron los dos en el coche y pusieron rumbo al lugar donde había aparecido Chiara para dejar el vehículo e ir caminando hacia la casa donde Zanetti tenía a Byanca.

Durante el trayecto, Saulo recibió una llamada que rápidamente cogió, a pesar de ir conduciendo.

— ¿Quién es? — preguntó sin mirar la pantalla.

Leo lo miró.

— Supongo que Cyrano te habrá dicho todo, ¿no? A él le mueve su propio interés.

— Me costó, pero con un poco de suero de la verdad lo conseguí y voy para allá a acabar contigo, Zanetti.

— Yo que tú iría pensando en otra cosa, porque tu mujer está en serio peligro.

Saulo detuvo el coche en el arcén.

— ¿Qué le has hecho?

— De momento, nada, pero si no te das prisa, puede que le pase algo muy malo. Y tú no quieres eso, ¿verdad? Tienes dos horas de límite para salvar a tu mujer. Así que yo me daría prisa.

— Como te atrape...

— El tiempo corre en tu contra — canturreó Fabrizio antes de colgar.

Saulo miró la pantalla y luego se metió el móvil en el bolsillo para volver a ponerse en marcha.

— ¿Qué te ha dicho? — preguntó Leo mirándolo.

— Me ha dicho que tengo dos horas para salvar a Byanca.

— ¿Dos horas? La dirección en la que vamos queda a casi hora y media — dijo Leo haciendo cálculos.

— Pues tendremos que ir más rápido si queremos llegar a tiempo. No pienso dejar que le haga daño a Byanca.

Aceleró y se dirigió a toda prisa al lugar. La velocidad era superior a la permitida y sorteaba coches sin cesar con la única ambición de llegar a su

destino. El trayecto lo hicieron en menos tiempo del que había calculado Leo, por lo que tenía casi una hora para encontrar a la joven.

Dejaron el coche aparcado en algún lugar cercano a las indicaciones de Cyrano. Rápidamente recorrieron el camino por el que supuestamente había corrido Chiara cuando escapó.

A lo lejos vieron la casa y, sin dudar, se dirigieron al edificio. Una vez allí, ambos sacaron sus armas por si había gente dentro mientras se posicionaban a ambos lados de la puerta. Se miraron y, tras asentir, Leo le pegó una patada a la vez que asomaba medio cuerpo apuntando con la pistola.

Dentro estaba todo oscuro. Volvió la cabeza hacia Saulo, que lo instó a entrar, por lo que Leo obedeció y el otro lo siguió.

— ¡Zanetti! He venido a por mi mujer. Sal donde quieras que estés — dijo Saulo al interior, pero nadie le contestó.

Se movieron sigilosamente por toda la estancia y luego se dirigieron al resto de habitaciones sin encontrar nada.

Leo negó con la cabeza y bajó el arma.

— Byanca no está aquí — dijo apesadumbrado — . Se la ha llevado.

— ¡Maldita sea! Solo nos queda media hora para encontrarla — dijo mientras se asomaba a la ventana que tiempo atrás había roto Byanca para escapar junto a su hermana.

Cerca de allí se veía un coche con alguien dentro. Al reconocerla, enseguida salió de la habitación bajo la asombrada mirada de Leo, que también se asomó a la ventana para ver lo mismo que Saulo. Sin pensar también corrió hacia allí.

No había pasado mucho tiempo desde que Zanetti había dejado a Byanca allí encerrada después de recibir la llamada de Saulo cuando lo vio entrar de nuevo.

Le vio sacar una navaja del bolsillo de su pantalón negro y ella no pudo evitar retroceder un poco, a pesar de estar atada de pies y manos.

— Aún no ha llegado tu hora, Byanca, pero muy pronto...

— ¿Qué vas a hacer?

— Simplemente voy a soltarte para llevarte a otro sitio, quizás hasta más cómodo que este.

Con la navaja cortó las bridas y la obligó a ponerse en pie. La agarró del brazo para arrastrarla y ella gimió de dolor al apoyar el pie torcido. La joven se lo miró para ver que estaba hinchado y un poco morado.

— No puedo caminar — dijo Byanca tratando de poner una excusa, porque sentía que nada bueno iba a salir de aquello.

— No me importa, siempre puedo llevarte a rastras. Así que será mejor que lo hagas por las buenas — dijo él sacando una pistola.

Byanca lo miró con rabia contenida y los puños apretados. Fabrizio le hizo una señal para que caminara y ella se vio obligada a hacerlo, aunque cojeando. La hizo salir de la casa para llegar hasta un coche que había en la parte trasera y que estaba en marcha.

— ¿Acaso me vas a llevar a algún sitio? ¿Al lugar donde me matarás?

— No me gusta mancharme las manos de sangre. Ese coche va a ser lo último que veas en tu vida. Dentro hay una bomba que detonará en aproximadamente dos horas, pero aparte de eso, no se puede detener el coche, porque si lo haces, explotará también, ¿qué te parece?

Byanca se detuvo mientras observaba el coche.

— Estás loco.

— No sabes cuánto, querida. Venga.

Una vez junto al coche, Fabrizio abrió la puerta y la obligó a entrar.

Cuando la tuvo sentada le colocó el cinturón de seguridad. Luego tomó las manos y las acercó al volante para atarlas con una brida a este.

— Vas a pagarlo caro.

— Ya lo veremos — dijo Fabrizio mientras sacaba un pañuelo del bolsillo y con él la amordazaba — . Espero que disfrutes de tus últimos momentos de vida.

Byanca lo miró queriendo gritarle millones de improperios que quedarían ahogados por la mordaza. Ante sí vio cómo llamaba a Saulo contándole que solo tenía dos horas para salvarla y deseó con todas sus fuerzas que la bomba que había junto a ella no lo matara a él también.

Cerró los ojos cuando Fabrizio se alejó y dejó fluir las lágrimas sin control mientras rememoraba toda su vida, en especial aquellos últimos meses en los que tantas cosas habían ocurrido a velocidad vertiginosa. ¿La echaría Saulo de menos cuando ya no estuviera? Solo esperaba que cuidara de Chiara como si fuese ella misma.

¿Leo la habría perdonado de verdad? Esperaba que sí, si iba a morir, prefería saber que todo estaba bien para poder estar en paz consigo misma.

El tiempo pasaba muy lentamente cuando sintió ruido dentro de la casa. Seguro que eran los esbirros de Zanetti recogiendo cualquier prueba de que ellos habían estado allí.

Sintió pasos cerca de donde estaba, por lo que giró la cara hacia la ventana. Cuando vio quien se acercaba, trató de incorporarse y gritarle que se fuera, pero sus ruegos no fueron escuchados.

Saulo se posicionó junto a ella y abrió la puerta.

— Byanca, mi amor — dijo Saulo quitándole la mordaza.

— Vete, Saulo, hay una bomba en el coche, por favor, aléjate. No queda mucho tiempo, vamos.

— No voy a dejarte aquí, no vas a morir.

— Tienes que irte, de cualquier manera la bomba estallará. El temporizador no deja de correr y si apagas el motor también explotará. No podemos detenerlo.

Otra persona se acercó hasta el coche.

— Byanca...

La joven miró a Leo con mirada suplicante.

— Llévate a Saulo, por favor, nadie puede salvarme de esto.

— ¿Por qué dices eso, Byanca?

— Tengo una bomba a mi lado.

— Tenemos tiempo para escapar — dijo Leo sacando una navaja del bolsillo para cortar la brida que unía las manos de la joven al volante.

Saulo le quitó el cinturón y la ayudó a salir. Cuando estuvo fuera, él la instó a correr, pero ella cayó de rodillas al suelo.

— No puedo correr, Saulo. Me torcí el tobillo cuando salvé a mi hermana.

— No importa, yo te llevo en brazos — dijo él agachándose junto a ella.

— ¡No! No pondríamos suficiente distancia.

Saulo la abrazó.

— No voy a permitir que mueras.

— Moriríamos los dos y tu familia te necesita, vete, por favor — Byanca miró a Leo — . Llévatelo, Leo, te lo ruego.

— No voy a dejarte sola, Byanca — dijo Saulo tomando su rostro entre las manos — , si vamos a morir, al menos lo haremos juntos.

La joven negó mientras las lágrimas escapaban sin control por sus mejillas.

Leo los observó y luego miró al vehículo. Decidido, se subió en este.

— Ninguno de los dos va a morir, tenéis toda una vida por delante juntos.

Ambos lo miraron con asombro.

— ¿Qué haces, Leo? — preguntó Saulo.

— Es la única solución, yo no tengo nada ni nadie por lo que luchar, nadie me echará de menos.

— No digas eso — dijo Byanca intentando levantarse, pero con pocos resultados.

Leo sonrió con tristeza.

— Estaré bien sabiendo que eres feliz, Byanca, no queda mucho tiempo — dijo mirando el dispositivo que había a su lado indicándole que le quedaban apenas cinco minutos — . Sed felices, os lo merecéis.

— No, Leo, no lo hagas — dijo Byanca.

— No te sientas, culpable, vive por mí, te lo suplico — dijo y luego miró a Saulo — . Cuando la bomba estalle, llama a los españoles, ellos se encargarán de todo.

Este asintió, entonces Leo pisó el acelerador a fondo y se alejó de allí a toda velocidad.

— ¡No, Leo! — gritó Byanca.

Saulo la abrazó desde atrás y la sintió sollozar. Solo pudo observar cómo se alejaba el coche y trataba de consolar a Byanca con poco resultado.

— Debemos irnos, Byanca, él lo ha decidido así.

— ¿Por qué? ¡No es justo! ¡Zanetti, te odio!

Saulo la refugió entre sus brazos justo en el momento en el que sintieron la explosión. Byanca gritó desgarradoramente al saber lo ocurrido.

Leo acababa de morir para salvarla a ella.

— Tenemos que irnos, Byanca.

— ¡No! Quiero buscar a Zanetti y matarlo con mis propias manos.

— No está por ningún lado, yo también quiero matarlo, pero ha desaparecido.

Byanca miró hacia la nube de humo que salía de algún lugar lejano, allí donde había explotado la bomba.

— Me las vas a pagar, Zanetti, no conoces a Byanca Marchetti — dijo con rabia contenida.

Saulo cogió su móvil y llamó a los dos policías en los que Leo había depositado su confianza. Les explicó por encima lo ocurrido y colgó.

Abrazó con fuerza a Byanca, la cual comenzó a dejarse llevar por el dolor y el cansancio hasta perder el conocimiento. Las partes visibles de su cuerpo mostraban heridas por los latigazos y algunas zonas con pequeñas quemaduras por la táser. Luego miró el pie y lo vio muy hinchado.

Se incorporó con ella en brazos para alejarse de allí y volver a la mansión Graziani. Cuando llegaron hasta el coche, sintió el ruido de las sirenas de la policía dirigiéndose al lugar de la explosión.

Tras dejar a Byanca en el asiento del copiloto, tomó su móvil de nuevo y llamó a Salvatore.

— ¿Saulo?

— Necesito que vayas a la mansión.

— ¿Has logrado salvar a Byanca?

— Sí, voy en camino, pero ha ocurrido algo terrible.

— ¿Qué ha pasado?

— Leo ha arriesgado su vida y ha muerto en una explosión. Lo hizo para salvarnos porque Byanca no podía correr, se metió en un coche donde había una bomba y lo alejó de nosotros.

Hubo unos segundos de silencio en los que Salvatore intentó procesar la información.

— No puede ser... Leo no puede...

— Sí, amigo. Está muerto.

— Maldita sea. ¿Y Zanetti?

— Ha desaparecido, cuando llegamos no había nadie, solo Byanca en el coche con la bomba.

— ¿Está bien?

— Tiene signos de tortura y un tobillo torcido, hace poco que ha perdido el conocimiento, el estrés por la pérdida de Leo ha sido demasiado para ella.

— Llévala a la mansión y la revisaré.

— De acuerdo.

Tras esto, colgó y se dirigió rápidamente a la mansión Graziani. Sentía

mucha pena por lo ocurrido, porque a pesar de todas las diferencias que siempre había habido entre él y Leo, lo respetaba porque lo había aun siendo enemigos por el amor que sentían hacia Byanca.

Saulo la miró y le tocó una mano viendo una fea herida en la muñeca, señal de las fuertes ataduras.

Cuando llegaron a la mansión, volvió a tomarla en brazos y la llevó a su habitación. En el trayecto se topó con Chiara, que había visto todo desde la ventana de su cuarto.

— Byanca... — dijo acercándose — ¿Está bien?

— Lo estará, la atenderá un buen médico.

— ¿Puedo ir con ella?

Saulo asintió.

Una vez en la habitación, dejó a Byanca en la cama mientras Chiara se sentaba a su lado.

— Perdóname, By — dijo Chiara — . Debí haberte ayudado a escapar conmigo. ¿Se pondrá bien?

— Físicamente sí, anímicamente, no lo sé.

Chiara lo miró sin comprender.

— ¿Acaso la ha...?

Saulo negó y le dio la espalda, rascándose la nuca.

— Tu hermana estuvo con Leo antes de estar conmigo. Lo sabías, ¿verdad?

— Sí, ella me lo contó.

— Pues esta noche lo ha perdido para siempre. Murió en la explosión de un coche — Chiara se tapó la boca con ambas manos — . Ella estaba en ese coche cuando llegamos, atada al volante. Como no podía correr a causa del tobillo, él tomó el control del coche y lo alejó para que explotara.

— Oh Dios mío.

Al cabo de varios minutos, tocaron en la puerta de la habitación y Saulo se apresuró a abrir, viendo ahí a su amigo con el maletín listo. Lo instó a entrar y se sentó junto al cuerpo herido de Byanca.

Le tomó el pulso y luego le quitó la blusa para ver el alcance de la tortura a la que había sido sometida la chica.

— Las heridas no son profundas, las quemaduras no son de gran importancia, con una crema se le aliviarán. Por lo que he podido ver, no hay nada roto en el tobillo, pero la torcedura es considerable, deberá guardar reposo durante unos días.

— ¿Estás seguro de que no hay nada grave?

— Segurísimo. Lo que sí voy a hacer es ponerle una vía con suero y un

antibiótico para evitar infecciones en las heridas.

Saulo asintió y vio cómo Salvatore preparaba todo para ponerle el suero a Byanca.

Chiara no se había separado del lado de su hermana y, cuando el médico acabó de ponerle el suero y vendarle el tobillo, la cubrió con las sábanas, para luego acostarse a su lado.

Salvatore guardó todas sus cosas y se acercó finalmente a Saulo.

— Ha sido un duro golpe para Byanca — dijo Graziani mirando a su amigo — . A pesar de todo, ella lo quería y se vino abajo cuando sentimos la explosión.

— No me puedo creer que Leo este muerto. Era uno de los mejores policías que había en la comisaría. Todos lo van a sentir mucho.

— Me hizo llamar a dos policías españoles, que también nos ayudaron a llevarnos a Cyrano de la comisaría para sonsacarle información. Supongo que ellos se encargarán de todo. Él me dijo que confiaba en ellos porque ya no se fiaba de nadie de la comisaría.

— Normal, lo de Cyrano ha sido un duro golpe, el comisario confiaba mucho en él y se siente traicionado. ¿Dónde lo tienes?

— En la nave, lo están vigilando, no podemos devolverlo a la comisaría en el estado en el que lo dejamos.

— No pienses en eso ahora, Byanca te va a necesitar cuando se despierte si es verdad que le afectó tanto lo de Leo.

— Sí, es lo mejor, si sabes algo, no dudes en avisarme.

Salvatore asintió y luego salió de la habitación.

Horas más tarde, Byanca abrió los ojos lentamente y miró a su alrededor, encontrándose en la habitación que ocupaba en la casa de Saulo.

Por un momento pensó que todo lo ocurrido había sido una pesadilla y se incorporó rápidamente. El dolor en su cuerpo le recordó todo lo vivido. Se miró y vio una vía en su brazo.

Al recordar lo que había pasado notó cómo las lágrimas corrían sin control por su rostro y un grito desgarrador, a la par que lastimero, escapó de su garganta.

La puerta de la habitación se abrió y entró Saulo corriendo para sentarse a su lado y abrazarla.

— Tranquila, pequeña, ya ha pasado todo.

— Leo... Leo está muerto... por mi culpa...

— No digas eso, tú no tuviste la culpa, él lo decidió así — Saulo la abrazó más fuerte.

— Tenemos que encontrar a Zanetti. Tiene que pagar lo que ha hecho — dijo ella refugiada entre sus brazos, mientras dejaba las lágrimas escapar libres.

— Lo encontraremos, pero no llores más, por favor. — Saulo miró hacia la puerta donde estaba Chiara, que se había ido a descansar hacía un rato, pero al sentir a su hermana gritar, había corrido a la habitación — . Además, hay alguien más aquí, preocupada por ti.

Saulo le hizo una señal a Chiara para que entrara y esta obedeció acercándose a la cama.

— By... — dijo la joven mirando a su hermana.

Byanca se apartó de Saulo y trató de sonreír instándola a acercarse. Chiara se sentó por el otro lado y se abrazó a ella.

— Chiara...

En el abrazo se dijeron todo lo que no se podían decir con palabras y fue un consuelo mutuo.

— Pensé que no iba a volver a verte — dijo Chiara — . Ese hombre podía haberte llevado lejos como a mí.

— Ya estoy aquí — dijo Byanca acariciándole la cabeza.

Debía ser fuerte para ayudar a su hermana que estaba rota por los tres horribles años que había tenido que pasar lejos de su hogar. Se apartó un poco para limpiarse las lágrimas que aún estaban en sus mejillas.

— Siento mucho lo de Leo — dijo Chiara — . Fue muy amable conmigo cuando llegué a la comisaría.

— Lo sé, era un buen hombre.

— Seguro que estará contento de saber que estás bien.

— Sí, seguro... — dijo Byanca suspirando.

Saulo se incorporó para dejar a ambas hermanas solas, seguro que tenían muchas cosas que contarse, por lo que decidió ir a su despacho para intentar pensar en algún plan en el que pudiesen atrapar a Zanetti. De repente, su móvil comenzó a sonar y cuando miró la pantalla, se extrañó al ver el número que lo llamaba. Confuso pulsó el botón verde.

Un coche se detuvo en el lugar donde había ocurrido la explosión, el fuego que se originó ya había sido extinguido y habían recogido todas las pruebas posibles. Apenas quedaba una estructura deformada de lo que había sido el coche con muchos trozos esparcidos alrededor.

Pronto vendrían a limpiarlo todo para únicamente dejar una fea marca oscura en el suelo como único recuerdo de la vida que se había perdido allí.

Clairee se bajó del coche con paso lento, observando aquel destrozo, y sintió cómo se le terminaba de romper el corazón. Cuando Pablo le había contado lo ocurrido no quiso creerlo, pero ahora que veía todo aquello ante sí, sabía que había perdido a Leo para siempre.

Se acercó hasta el cordón policial que rodeaba la escena y lo sobrepasó hasta llegar a la estructura.

Las lágrimas le impedían ver bien todo aquel amasijo de metal, aun así cayó al suelo de rodillas dejando escapar todo el dolor.

— Leo... ¿por qué? ¿Por qué tú? Eras lo único que me ataba a este mundo. Eras el que me entendía y que me escuchaba cuando tenía problemas. Tanto fue así que te metiste de lleno en mi corazón. ¿Qué haré sin ti? Antes me conformaba con verte feliz, pero ahora... ahora... — La joven se cubrió el rostro sollozando con fuerza — . Ahora no estás y me siento tan sola sin ti... Este dolor me está matando..., pero te juro que pienso encontrar al responsable de esto, haré hasta lo último para acabar con el malnacido que trunció tu futuro y acabó con tu vida. Esto no va a quedar así, Leo.

Se quedó bastante rato allí arrodillada llorando desconsoladamente y ni siquiera sintió cuando alguien se puso a su espalda hasta que una mano se apoyó en su hombro.

— Clairee...

— Déjame en paz, Pablo, necesito estar sola.

— Estando aquí no solucionas nada.

— Lo sé.

— Pues vámonos de aquí, has roto el cordón policial.

— No me importa, ya nada me importa. Lo único que me interesa ahora es encontrar al hijo de puta que le ha hecho esto a Leo y nadie me va a detener. Sé que es el mismo que está secuestrando a las chicas para prostituirlas, así que haré que me atrape y lo mataré.

— Lo que quieres hacer es una locura, Clairee, es peligroso. Si descubre que eres policía te matará.

— Tampoco se pierde a alguien importante, mi corazón ha muerto con Leo así que simplemente soy un cascarón vacío.

— No digas eso — dijo Pablo, ayudándola a incorporarse para ponerla frente a sí — . Leo no hubiera querido que dijeras algo así.

— Pero es la verdad.

Pablo le apartó el pelo de la cara en una suave caricia, sin dejar de observar su rostro porque, a pesar de estar enrojecido por el llanto, se la veía hermosa. Sin poder evitarlo, la abrazó con fuerza.

— No voy a dejarte caer, Clairee.

La joven lloró amargamente sobre su hombro hasta que el cansancio la venció. Pablo la tomó entre sus brazos y se dirigió a su propio coche para depositarla en el asiento del copiloto.

En el mismo instante en el que cerraba la puerta, su móvil vibró en uno de los bolsillos de los vaqueros que llevaba puestos y lo cogió.

— *¿Qué quieres, Pérez?*

— *Tienes que venir ya, hemos recibido una llamada de la cúpula que no podemos rechazar.*

Pablo miró a Clairee.

— *¿Tengo que ir yo también a esa llamada?*

— *Te recuerdo que trabajamos juntos en esto.*

Pablo suspiró y se pasó una mano por la cabeza.

— *Dame media hora.*

— *Tenemos que vernos donde siempre, no lo olvides.*

— *Entendido.*

Colgó la llamada y se metió en el coche. Sin saber muy bien donde dejarla,

se dirigió al hotel donde se estaba quedando. La llevó hasta su habitación y la depositó en la cama con cuidado para luego taparla.

Después escribió una nota en la que le ponía que estaba en su habitación y que podía quedarse allí el tiempo que hiciese falta, que volvería pronto.

Cuando acabó, se puso una cazadora de cuero y salió de la habitación para reunirse con Pérez y la persona que los había llamado.

Una vez en el punto de reunión, se encontró con Pérez y con otra persona que enseguida lo saludó.

— Me alegro de verte, Pablo — dijo la persona con un acento bastante peculiar.

— ¿Para qué nos has llamado? — preguntó Pérez.

— Antes que nada, habéis hecho un buen trabajo aquí, pero esto no ha acabado porque el culpable de los secuestros no ha aparecido.

— Lo sabemos...

— Por eso mismo, necesito que encontréis a una joven que pueda infiltrarse como esclava sexual en ese mundo y tener todo controlado desde dentro. Sé que hay una chica que trabaja en la comisaría que podría ser perfecta para este papel.

— ¡No! — negó Pablo rotundamente sabiendo a quién se refería — . Clairee no se va a meter en esto.

Pérez y la otra persona lo miraron con cierto asombro.

— ¿Y eso por qué?

— Habría que contar muchas cosas y no creo que sea capaz de asimilarlo.

— Algo me dice que aquí hay algo más que eso, Pablo, y no me gustaría tener que dejarte fuera de esto. Ambos sabemos que en este trabajo no se permite mantener relaciones.

Pablo retrocedió un paso y se rascó la nuca.

— No hay nada de eso, pero no está preparada para ese mundo. La crueldad que se maneja ahí es horrible, si no piense en las chicas que hemos rescatado en este tiempo. Han quedado marcadas de por vida.

— Un buen policía está preparado para lo que sea, ¿no crees?

— Pero no ella, ahora mismo está pasando un mal momento por lo que ha ocurrido.

— Te refieres a la explosión del coche en el que iba Leo, ¿verdad? — dijo Pérez.

— Sí. Está muy afectada, era su compañero de trabajo y estaban muy unidos. No es bueno proponérselo ahora.

— Pero no hay nadie más que pueda realizar ese trabajo, es la idónea para este encargo y tú lo sabes, Pablo — dijo Pérez.

Pablo miró a su compañero y también a la persona que los había reunido. No podía permitir que jugaran con la vida de Clairee así cuando ella estaba tan afectada en esos momentos, pero sabía que no podía imponerse ante las órdenes de los superiores, por lo que suspiró y asintió.

— De acuerdo, hablaremos con ella

La persona frente a ellos sonrió.

— Así me gusta, ahora debo marcharme, nos veremos pronto.

Sin decir nada más, se alejó de allí bajo la atenta mirada de los dos españoles que tenían una nueva tarea por delante.

Días más tarde, cuando Byanca ya se sentía mejor y podía incluso caminar un poco, iba con Saulo en el coche. Ambos vestidos de riguroso negro. La joven portaba en sus manos un enorme ramo de lirios blancos que destacaban sobre la oscura ropa que ella llevaba.

No tardaron mucho en llegar al cementerio de San Miniato en el que recorrieron mucho hasta encontrar la tumba que buscaban. El granito nuevo brillaba a la luz del día y la inscripción que allí había le partía el corazón a la joven.

Se arrodilló junto a esta y colocó el ramo casi con delicadeza, mientras observaba el nombre con una triste sonrisa.

— No me puedo creer aún que esté muerto — dijo Byanca acariciando las letras — . No quiero creerlo, me niego a saber que ya no lo volveré a ver.

Saulo se arrodilló a su lado y la abrazó.

— Sé que es duro, princesa, y también sé lo que lo quisiste, pero debes dejarlo ir. Él siempre permanecerá en tu memoria y en tu corazón — dijo Saulo mirando hacia un punto no muy lejano a donde ellos estaban — . Velará por nosotros siempre.

— No nos dejará solos, pero me duele tanto haberlo perdido, Saulo. Compartí dos maravillosos años junto a él.

— Lo sé, por eso mismo es mejor dejarlo ir y vivir lo que él ya no podrá vivir. Vengaremos su muerte como se merece y honraremos su memoria por siempre. Fue un héroe, cuando lo enterraron lo hicieron con todos los galones, tal y como se merecía.

Byanca sonrió entre los brazos de Saulo.

— Él no hubiera querido tanta pomposidad, seguro que se hubiera enfadado mucho. Odiaba el uniforme y todo lo que ello conllevaba. Nunca se lo puso, ni siquiera en actos oficiales en los que se le requería llevarlo. Decía que le hacía verse más mayor de lo que era.

Saulo también sonrió.

— ¿Ves? Esas son las cosas que debes recordar de él, las cosas buenas que tenía. Siempre va a tener mis respetos por haber dejado de lado la responsabilidad con la ley para salvarte a ti, se lo deberé siempre.

Byanca entonces se apartó de Saulo y volvió a mirar hacia la tumba con una sonrisa.

— Gracias por todo lo que me has dado, Leo, te lo agradeceré eternamente y tu memoria permanecerá en nuestros corazones y nuestras mentes. Jamás te olvidaremos.

Saulo se incorporó mientras ella hablaba y miró al mismo punto que había mirado minutos antes con las manos en los bolsillos del pantalón. Allí había alguien observándoles y no pudo evitar hacer una señal con la cabeza para que supiera que Byanca iba a estar bien de ahora en adelante.

La joven se levantó y se agarró al brazo de Saulo para salir de allí de vuelta a Florencia.

— Hay unas maravillosas vistas desde aquí, ¿verdad? — preguntó Saulo.

— La verdad es que sí — Byanca se detuvo y lo miró — . Gracias por aparecer en mi vida. Desde el momento en el que nos encontramos la primera vez supe que nada volvería a ser lo mismo y han ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo que a veces me cuesta asimilar que estoy con un hombre maravilloso y que ha estado dispuesto a dar su vida por salvarme junto con Leo.

— Lo haría una y mil veces más. Doy gracias al cielo por haberte puesto en mi camino, Byanca. He vagado sin rumbo en este mundo hasta que tú apareciste para desbaratarlo todo y ponerlo patas arriba con tu sonrisa y tu mirada. Daría mi vida y más si hiciese falta con tal de que no te fueras de mi lado, de que me amaras por siempre.

— Sabes que nunca te dejaré.

— Sí, pero no solo me bastan tus palabras, mi amor, me haría muy feliz si me dieras el “sí, quiero” en un altar, frente a todos, para dar envidia a esos desgraciados que aún no han encontrado a la mujer de su vida.

Ella sonrió y se abrazó a él para luego besarlo con pasión y decirle muy dulcemente.

— Sí, quiero.

Epílogo



Escondido tras una tumba con forma de ángel, veía lo que ocurría en aquella un poco más allá. Byanca y Saulo hablaban sin dejar de mirarla hasta que sintió la mirada de él sobre sí mismo.

De nada servía esconderse, hacía días que lo había llamado para decirle que estaba vivo, pero que no se lo podía contar a nadie, ni siquiera a Byanca, a pesar de que le doliera verla tan decaída, pero era mejor así.

Su nuevo trabajo implicaba cortar lazos con su pasado y uno de ellos era la mujer que había sido tan importante en su vida.

En ese momento venía a la mente la conversación que había tenido con Pablo y Pérez contándole algo que él jamás hubiese esperado.

Ambos pertenecían a una organización europea de inteligencia y venían camuflados como policías nacionales de España para poder llevar la investigación desde cerca.

— Esto debe ser una broma, ¿verdad? — dijo Leo sin llegar a creerse lo que ellos le decían.

— Es la verdad y queremos que pertenezcas a nuestra organización, pero para hacerlo debes alejarte de todo y cortar lazos con todo lo que te ate a este lugar — dijo Pablo.

— Pero...

— Sabemos que es difícil de asimilar, pero tienes tiempo para pensarlo

— le había dicho Pérez.

Y lo había meditado hasta el cansancio sin decidirse, hasta el momento en el que supo que Byanca iba a morir a causa de la bomba que había junto a ella en el coche. Eso le ayudó a decidirse y mientras aceleraba el coche, llamó a Pablo diciéndole que aceptaba, que iba en un coche con una bomba.

Cuando llegó a un punto lo suficientemente alejado, saltó del coche y este explotó. Había escapado por muy poco y, a pesar de haberse quemado el hombro, estaba vivo. Pero muerto para el resto del mundo.

Ahora era una sombra que tenía la misión de infiltrarse en las filas de Zanetti y descubrirlo desde dentro.

Byanca volvía acariciar su tumba y el remordimiento le carcomió por dentro, pero entonces vio que Saulo lo miraba y le hacía una señal que le indicaba que él la cuidaría por él.

Leo sonrió y, tras alzar la mano para despedirse, se alejó con paso pausado por el lado contrario al que iría la pareja.

Su nueva vida como agente encubierto comenzaba en ese momento y se juró acabar con Zanetti, aunque fuese lo último que hiciese en la vida.

Lo que ninguno de ellos sabía era que en el otro lado del cementerio alguien vigilaba a la pareja y sonreía maliciosamente mientras maquinaba una venganza.

Fin

Agradecimientos

Qué difícil se me hace escribir los agradecimientos porque siempre acabo olvidando nombres que son importantes, espero poder acordarme de todos y si no, que sepan que están en ellos implícitamente.

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi madre, ese fiel apoyo que no duda en darme el empujón que necesito para continuar con mi sueño.

A mi familia por todo su apoyo.

Mi fiel amiga Abigaíl, aquella que aguanta hasta la saciedad mis paranoias con mis personajes y mis historias.

A mis lectoras beta: Aurora Salas, Tania Lighling. Las primeras en conocer un poco más a Saulo y Byanca, con las que he destripado hasta la saciedad cada cosa que iba escribiendo.

No pueden faltar mis queridas Románticanarias a las que debo muchísimo, no solo ser parte de un grupo genial en el que nos apoyamos todas, sino por ser grandes amigas y compañeras en este mundo de la literatura, con las que disfruto de nuestras reuniones y esas conversaciones kilométricas por WhatsApp.

A mis mafiosillas, ese grupo de Facebook que creé pensando “nadie se unirá, seremos tres gatos” y hoy en día somos un buen puñadito, gracias de corazón.

A todos esos amigos de Facebook que casi sin quererlo han llegado a mi vida para ampliar mi círculo y donde he conocido gente maravillosa: Dama N. Prayton, María Vega, Ester FG, Juani Hernández, Azahara Vega, Roser y Yolanda, Javier Castillo (que siempre intentaba descifrar mis fotos de Instagram), Lorena Santos Hijosa, Ainhoa S. Gómez, Calvar Alcuadrado, Pili Doria, Nira RJ, Gemma Riancho, Gema Pablo, Loli Zamora, Luz Alverenga Rojas, Elena GV Correctora, Ariel Romero... y probablemente me deje muchos nombres atrás, pero que sepáis que estáis aquí, en mi corazón.

A mi editora por darme esta oportunidad inmensa, gracias, Ángela.

Y como no podía ser menos, a ti, lector, espero con toda mi alma que Byanca y Saulo te hayan hecho soñar y que te animes a querer conocer al resto de la mafia.

Biografía



Nacida en Gran Canaria el 20 de febrero de 1989, empezó a leer desde muy pequeña y esa afición la llevó a empezar a imaginar historias que poco a poco fueron tomando forma en el papel. Su incursión en la novela romántica fue gracias a una amiga que le prestó una novela de este género y desde ahí no ha parado hasta hoy. Tiene otras dos novelas publicadas hasta ahora: *Cruzando el límite* y *Nieve roja*, ambas con Romantic Ediciones.

Otras Publicaciones



Vero, una treintañera algo tímida, decide volver a estudiar y un día se tropieza con él en la biblioteca: su piedra en el camino... es sexy, es encantador, es guapo... pero también es ilógico, egocéntrico, egoísta y un encantador de serpientes. Será como esa piedra que se te cuela en el zapato fastidiándote la vida y que no logras sacarte agitando el pie.

Pero entonces Vero descubrirá algo —o mejor dicho alguien— a su lado. Casualmente también se ha tropezado con él, o no... no lo sabe bien. ¿Quién es? ¿Cómo ha llegado hasta allí? ¿Y por qué demonios no puede durar eso eternamente?

¿Cuántas veces has tropezado en la misma piedra? ¿Y en el mismo amor? ¿Cuántas veces te has empeñado en que él o ella es la persona de tu vida cuando en el fondo sabes que no es más que un lastre?



Una familia marcada por la indiferencia y el desprecio. Una relación destinada a la oscuridad.

Las vidas de Susana y Jonathan estaban llenas de reproches y desplantes por parte de sus padres, lo que propició que buscaran apoyo el uno en el otro y que un pequeño rayo de luz se colara de la forma más inapropiada posible.

Cuando maduraron y todo dejó de ser tan inocente, Jonathan se marchó a la capital, intentando distanciarse de esos sentimientos prohibidos.

Ahora, cuatro años después, ambos se reencontrarán.

¿Pueden las vidas de estos dos jóvenes unirse a pesar de todo lo que tienen en contra? ¿Lucharán por lo que sus corazones gritan o fingirán una normalidad que están lejos de sentir?

Cuando es puro y verdadero, ¿dónde están los límites del amor?

^[1] Lo que está en cursiva es en español original, en la novela se habla italiano, para diferenciar que es en otro idioma.

[2] *Hermosa* en ruso.

[3] *Joder* en ruso.

[4] Agencia de Información Exterior y de Seguridad.